

El hombre del BAOBAB

África cambió su destino

África cambió su destino.

Hay ocasiones en las que la vida nos enseña que sólo parándonos podremos ser capaces de encontrarnos. Cuando Luis Vaissé quiso buscar en su interior lo halló casi vacío; aun así, decidió iniciar junto a su padre el viaje que marcaría para siempre sus vidas. África regaló al anciano la posibilidad de quedar en paz con el pasado. A Luis le mostró la verdadera razón de la existencia: que el amor, cualquier amor, es lo que mantiene vivo al hombre. El hombre del baobab es una novela tierna y apasionada, desgarradora y envolvente, de profundos sentimientos, que desnuda sin pudor lo más íntimo del ser humano.

David Cantero

El hombre del baobab

África cambió su destino

ePUB v1.0
Enylu 01.01.12

Fecha de publicación: 12/05/2009
301 páginas
Idioma: Español
ISBN: 978-84-08-08527-0
Código: 500926

Pues si hay días en que la naturaleza miente, los hay también que dice la verdad.

Albert Camus

Cada beso humano es también una respuesta —a su manera distorsionada y tierna— a una pregunta que no se puede formular con palabras.

Sándor Márai

A todos los que sí e incluso a los que no…

A las personas que amé y me amaron…

A mis hijos, Álvaro, Adriano y Alejandro…
A mi madre, Raquel, y a su hermana, Petra…
A mi padre, que ya no podrá leerlo…

a Berta

RESUMEN

Hay ocasiones en las que la vida nos enseña que sólo parándonos podremos ser capaces de encontrarnos. Cuando Luis Vaissé quiso buscar en su interior lo halló casi vacío; aun así, decidió iniciar junto a su padre el viaje que marcaría para siempre sus vidas. África regaló al anciano la posibilidad de quedar en paz con el pasado. A Luis le mostró la verdadera razón de la existencia: que el amor es lo que mantiene vivo al hombre.

PRIMERA PARTE

LA RAZÓN DE LA DEMENCIA

El comienzo

Aunque tenía prácticamente asumido que su padre moriría pronto, Luis Vaissé se fue aferrando a esa lentísima tragedia para argumentar y justificar la suya propia, que era la de no saber vivir. Cada vez con más insistencia pasaban por su cabeza infinidad de sombrías formas de escapar de la vida, de sus desventuras, que para él eran tantas. Si bien en apariencia era un hombre normal, gentil, sencillo, tal vez feliz, su espíritu era absolutamente incapaz de admitirse, concebirse o complacerse en la gracia de vivir, y en casi todos los sentidos que ello otorga. Hacía ya más de tres décadas y media que vagaba por el mundo intentando sin éxito disfrutar del don de estar vivo. Un regalo que en teoría todos aceptamos agradecidos, en el que nos recreamos insaciables sólo por el hecho de haber nacido.

Su infancia fue breve y dificultosa, su adolescencia una rara especie de tormento, la juventud un tiempo truncado por el infortunio y la desdicha. Y ya camino de la verdadera madurez las cosas no parecían cambiar a mejor ni a peor. Se acercaba a los cuarenta con un amargo regusto a fracaso en la boca del alma, nada nuevo si miraba atrás. Todo a su alrededor sabía o apestaba a desgracia, desidia o

desengaño, y así había sido siempre o casi siempre. A nadie podía culpar de ello. Su mala relación con la vida era algo demasiado íntimo, inevitable, enigmático y contradictorio incluso para él. Algo casi incompartible. A veces anhelaba sentirla como la sienten algunos, como cuando recorremos el reverso de los dientes con la punta de la lengua tras una meticulosa limpieza en el dentista, suave, ordenada e impoluta. Pero un escabroso sarro recubría la suya desde muy niño. A pesar de ser un tipo corpulento, de aspecto muy varonil, Luis nunca pudo desprenderse de esa apariencia vivaz y desvalida que poseen los niños y la mayor parte de los cachorros. Su semblante despejado, en algo rudo, traslucía siempre un vago y desconcertante aire infantil. Aún era fácil imaginarlo de pequeño. Desgarbado, atolondrado, desamparado, lánguido, en algo femenino. No era sencillo sospechar hasta qué punto seguía siendo sólo un crío anónimo, trastornado, encerrado en un fornido cuerpo de hombre adulto, todavía dotado de cierta hermosura.

Faltaban apenas cuatro años para rematar el siglo y un milenio. El verano se prolongaba innecesariamente, mucho más allá de la comarca reservada al frío v los días de aspecto otoñal. Una calurosa mañana de octubre del año 1996, decidió poner fin a toda la ansiedad de forma definitiva. Acabar de una vez por todas con la tristeza, el desasosiego, la apatía, el recelo y la pereza que le perseguían desde siempre. Yacer y reposar al fin de todo el cansancio que le provocaba la existencia. Dejaría de ser el banal transeúnte de lo cotidiano que era. Había asumido con determinación la idea de abandonar la vida, de dejarla atrás. Nada parecía poder disuadirle. Ni siquiera su hijo Adrián, que tenía apenas dieciséis años, una mala edad para quedar huérfano de padre. Aún le necesitaba, muy

probablemente, aunque no lo pareciera. Pero estaba decidido a apagar la luz a toda costa, a morir y zanjar de una vez ese mal asunto que para él era la vida. Aunque esto pueda parecer una incomprensible locura para la inmensa mayoría de los seres humanos, él encontraba completamente lógica tan meditada decisión. No hallaba razones para soportar el martirio de existir, no había un solo motivo que le impulsara a seguir sufriéndolo. Sumido en su lógica demencia, veía absolutamente coherente el fatal desenlace. Tal vez morir significaría descubrir, renovarse, probar suerte buena o mala de nuevo. O tal vez era de verdad la nada. Daba igual. Morir era una idea fría y persistente en él, enajenante y, sin embargo, muy persuasiva. Quizá la única escapatoria que se le ocurría.

Una vez su padre hubiera fallecido, solucionaría toda la absurda burocracia que conllevan las defunciones y le seguiría. Nada más, sin más aspavientos. Pero antes de que la muerte consumara en ellos sus quehaceres, decidió satisfacer un deseo muy antiguo, cien veces postergado. Viajaría junto a su padre, solos los dos, por primera y última vez antes de irse para siempre de este mundo. Por el camino, si encontraba las ganas de hacerlo, podría escribir algunas cartas de despedida. Tendría tiempo, irían lejos, el vuelo sería largo...

«Las Autoridades Sanitarias advierten que el tabaco perjudica seriamente la salud... »

Leyó en la cajetilla mientras sacaba un cigarrillo. Lo encendió por primera vez verdaderamente despreocupado ante la cínica sentencia grabada en el paquete. ¡Que os jodan!, pensó. Salió del portal y se dispuso a coger un taxi, pasarían muy pocos a esa hora, las seis y veinte de la

mañana. Debería haber pedido uno por teléfono, la parada más próxima quedaba muy lejos. Un bochorno húmedo de colores sepia lo cubría todo dando a la vida el aspecto de una vieja foto descolorida. No era de día ni de noche, no era invierno ni verano, no era vida ni muerte lo que le abrigaba. Era sábado y lloviznaba agua caliente...

Razones para contar

En la radio sonó esa misma canción, justo la que escuchaba el día que recibió la noticia de que su padre había muerto. Tal vez por ello, el tema quedó grabado en su memoria de forma indeleble. Tenía entonces dieciséis recién cumplidos, y de eso hacía ya diez años. Después de una década de distancia y olvido, al término de una rara y tensa jornada de trabajo, Adrián está tendido en la cama, desfallecido, completamente agotado. El telón de otra etapa de su vida, tal vez la más colosal, la más esperada, está a punto de alzarse. Tiene que descansar, dormir de verdad, no tan poco y tan mal como en las últimas semanas. Mañana será el gran día, ¡por fin! Ha pasado más de seis horas metido en un simulador de vuelo, a los mandos de un Boeing 737. Con las manos en los cuernos y los pies en los pedales, pulsando interruptores, accionando palancas, sudando la tinta que sudan los pájaros. Preparándose para la prueba definitiva, para el examen y la suelta finales. Aterrizando y despegando en medio de la tempestad, una y otra vez. Resolviendo paradas de motores, pérdidas de combustible, fallos hidráulicos. Luchando contra endiabladas rachas cruzadas o endemoniados vientos en cola. Perfeccionando técnicas y destrezas que te salvan de la muerte, a ti y a los

cientos de personas que llevas detrás. Aprendiendo una vez más a salir airoso de las cizalladuras, a evitar o escapar de las corrientes que pretenden tirar al suelo aviones cargados de almas.

Todo por si un día...

Atardece. La iluminación es tenue, la habitación está moteada de sombras y luces que alumbran o esconden pequeños recuerdos. Fotografías, objetos que le cuentan quién fue, quién es, de dónde proviene, qué dejó atrás. Todo quedó al otro lado del océano, ¡tan lejos! El chico trotamundos salió de su hogar un día ya lejano, con apenas veinte años, y se marchó a Estados Unidos. Así solucionó en parte la tristeza, alejándose, haciendo camino al elevarse y al descender, una y otra vez. Siempre quiso ser aviador, como su abuelo, como su tío, y por fin estaba a punto de conseguirlo. Eso parecía. Pronto licenciaría, podría pilotar en alguna línea aérea. Ya estaba cualificado para navegar con determinados tipos de aviones. Era sólo cuestión de tiempo, de búsqueda, de paciencia, de presentar solicitudes aquí o allá. Encontraría trabajo, eso era seguro. Tal vez regresaría pronto a España, pilotaría en Iberia. El sueño estaba a punto de cumplirse, podría seguir subiendo allí arriba unas horas todos los días, la mayor parte de los días de su vida. ¡Qué hermosa y conmovedora idea! Pensaba en ello con cierta melancolía cuando sonó otra vez esa canción, por completo azar. A la vez alguien llamó con insistencia a la puerta de su apartamento. Una molestia imprevista. Aturdido, con extrañeza y desgana, estampó su firma, la hora y la fecha, donde le indicó el mensajero de Fedex.

A las 19.26 h. del 11 de octubre de 2006, Adrián Vaisse. No esperaba ningún paquete. Encendió una de las

lámparas por romper la penumbra y ver mejor la consigna. Lo enviaba su madre desde Madrid. Palpó el sobre con extrañeza, tal vez contuviera un libro no muy grueso. Rasgó la impenetrable bolsa de plástico con la ayuda de la punta de un cuchillo. Dentro del envoltorio oficial, otro sobre nuevo y almohadillado. Y en el interior de éste, otro paquete de aspecto vetusto, meticulosamente atado con unas vueltas de cordel. Tenía la apariencia de haber viajado mucho, durante largo tiempo, dando vueltas por ahí hasta llegar a sus manos. Ni una nota de mamá explicándole. Eso hizo aumentar su estupefacción. Se dejó caer sentado en la cama con el insólito envío sobre las piernas. Estaba expedido en Bamako, y había llegado a España desde África, desde Malí. Bajo una docena de bellos timbres africanos y otros tantos descoloridos e ilegibles matasellos, con letra que le resultó muy familiar, estaban escritos su nombre y sus antiguas señas, la dirección de la casa en la que vivía con su madre.

Adrián Vaissé
Camino de Navahonda, 7
28290 Robledo de Chavela (Madrid)
Spain / Spagne

Al otro lado del sobre, en el remite, con la misma caligrafía marchita y conocida, algo que le golpeó el centro del alma rompiendo una espesa bruma del pasado: el nombre de su padre. Sólo eso, su nombre, Luis, y algunas estrellitas dibujadas con rasgo veloz e inconfundible.

Sostuvo el fardillo largo tiempo entre las manos y aún le dio varias vueltas antes de decidirse a abrirlo. ¿Qué era aquello? ¿Qué podía ser? Cortó con cuidado el cáñamo y lentamente desplegó sobre la cama el precario embalaje. Retiró primero el papel de estraza lleno de manchas que lo envolvía todo, luego un par de viejas hojas de periódico, dos pliegos enormes y amarillentos de *Le Matin du Mali.* Por fin descubrió el contenido. Era un cuaderno de color ocre, cubierto de polvo y arenilla. Uno de esos librillos de dos líneas que se usan en los parvularios. En el anverso había unas palabras impresas en francés: *«Cahier - Le réveil qui sonne.»* Debajo de éstas, un pequeño despertador dibujado con ingenuidad. Echó un rápido vistazo a las páginas. Todas parecían profusamente escritas a lápiz con la misma caligrafía, con aquellos trazos tan sabidos que sacudieron con fuerza cualquier serenidad...

Blanco, gris y negro

Aquella noche cumplía años. Luis había nacido una lluviosa madrugada de 1960 hacía ya treinta y seis. Después de una cena frugal, mediocre, encendió un cigarrillo ávido de la fumada y abrió un libro que tenía siempre a mano, uno que le dolía y que se le resistía. Aspiró unas profundas bocanadas y ojeó unas páginas sin detenerse demasiado en ellas. Luego abrió una ventana y miró el atardecer. Inundó la estancia un intenso olor a tierra mojada. Imaginó lejano un tractor que tiraba de un arado, de unas enormes azadas que arañaban la tierra doliente, desgarrándola, dejando profundos surcos, levantando terrones y aromas entrañables. El sol rompió el inmenso gris e inflamó una buena porción del horizonte. El cielo agonizante quedó tiznado de malvas y anaranjados intensos, inverosímiles. Si ella estuviera aquí, pensó, si pudiera ver este cielo ahora, a mi lado. Aquel divino relieve de la luz en las nubes sobrecogió aún más su ya mermado ánimo.

Qué absurdo es perturbarse así ante la belleza, se lamentó, qué disparate conmoverse así por nada, qué absurdo es todo. ¿Qué hay detrás de cada emoción?, preguntó a Dios su pensamiento. Él, como era de esperar, no respondió. Abrió de nuevo ese libro que amaba y

rechazaba a un tiempo. *Cantinelas de un niño roto,* se titulaba. Las páginas le abanicaron refrescando su rostro al pasarlas con el pulgar. Se detuvo y leyó en la línea más insospechada.

> *Tal vez los hechos, sus hechos y los míos, ya lo digan todo. La vida es ilógica en sí misma, grotesca en su origen y en su fin...*

Ésa fue la única respuesta que obtuvo. ¿Estarán realmente todas en los libros?, se preguntó. ¿Qué podía esperar de la vida? ¿Qué tenía?

Un padre viejo, arrinconado y moribundo. Lina madre incomprensible, perdida en el desafecto. Un hijo que le olvidaba, que se alejaba, que ya no le buscaba, que apenas le abrazaba, que parecía haber dejado de quererle. Una mujer que le había perdido y otra que pronto le perdería. Sólo unos cuantos ángeles amados desvaneciéndose en la memoria, caídos, irrecuperables. Todo en una existencia que juzgaba no pertenecerle, que apenas le concernía. Su aflicción era lo único que juzgaba real, casi palpable. Siguió leyendo, fumando y cavilando. La adolescencia de su hijo y la senectud de su padre le apesadumbraban de forma brutal.

Abrió por otra página sin pensar...

> *... en la pubertad queremos, a toda costa, olvidar la infancia, dejarla atrás cuanto antes, lejana, inexistente, vergonzante. Luego, superado el largo, caótico y estúpido periodo de la mocedad, esa sucesión de años absurdos, nos desvivimos en reinventarla, en intentar recuperar briznas de la niñez perdida.*

Pero es una pretensión casi imposible. Quedó hecha añicos. Hay a quien eso le trae sin cuidado, porque nunca fueron niños o no llegaron a gozar de serlo. Pero otros, lloran con enorme desconsuelo al darse cuenta, al descubrir que realmente consiguieron olvidar. Y así seguimos adelante, desmemoriados, eterna y secretamente afligidos, cada vez más turbados y más necios, más desamparados, más solos. Así hasta la vejez, si hay suerte, dicen. En ella caemos doblados desbaratados, descosidos, sin darnos cuenta apenas. Y es en ella cuando, sin pretenderlo, conseguimos recordar todo aquel gozo inconsecuente de ser niños. ¡Qué impiedad! La caprichosa inocencia, aquella que despreciamos, nos reencuentra ya vencidos, para regodearse en la venganza. ¡Estás muerto!, nos dice, o morirás pronto, ¡maldito! Nada queda de ti, de quien fuiste a mi lado. Nada queda de ti cuando tú eras yo, de mí cuando yo era tú. Y ese niño inhumano que nos acompaña inerte, que rehúsa los abrazos, que desecha la ternura o la clemencia, nos susurrará al oído hasta el último instante, hasta el último aliento, recordándonos todo lo que malgastamos, todo lo que derrochamos, todo lo perdido en décadas de vacío... Los días, todos los días vividos entre gozos y desdichas, terminan convirtiéndose en olvido, y desde allí van oprimiendo el corazón, afligiendo el alma de una u otra manera...

¿Adónde nos lleva la vida?, preguntó de nuevo a Dios, y se preguntó mientras apagaba el pitillo contra el vidrio ya empañado, como sus ojos. Cayó el ascua sobre la moqueta chamuscándola, cayeron centellitas sobre la camisa atravesándola, resbaló una lágrima hasta quemar sus labios entreabiertos. Con la colilla aún humeante entre los dedos escribió un nombre en el vaho que cubría el cristal: Nadia... Buscó dejar de pensar en ella leyendo una veintena de

páginas seguidas. Luego, cerró el libro, atormentado, y miró largo rato unas fotografías. Garabateó algunas palabras en un cuaderno. Ya tarde se acostó y lloró quedamente hasta quedar dormido, muy mal dormido.

Pasó la noche entre velas y pesadillas, entre sudores fríos y confusos pensamientos. Cuando ya se acercaba la hora de despertar, pareció llegarle el sueño más profundo, en muy mal momento. Pronto repiqueteaería el reloj y no podría desoír esa llamada. Había que llegar con tiempo suficiente al aeropuerto. Posiblemente tendría que arrastrar fuera de la cama a su padre. Vestirlo, arrancarlo con mano firme de la letal rutina a la que se aferraba. O tal vez papá le esperara ya despierto, ansioso, encabronado, dispuesto a dar batalla, a demorar o evitar emprender viaje. Un éxodo a regañadientes que probablemente arrastraría a los dos mucho más allá de cualquier añoranza, de toda la vida perdida, de cualquier propósito. Eso esperaba él. Esa madrugada casi insomne podía haber sido la última, o tal vez la primera, pensó. Lo que era seguro es que desde ese amanecer todo sería distinto, otra cosa...

A las siete menos cinco, por fin, pasó un taxi. Levantó la mano con desgana para detenerlo. Entró en el coche muy aturdido, muy abatido, muy somnoliento. Asqueado y con náuseas. El silencio y la quietud se iban rompiendo con la creciente luz del día. A las diez deberían estar en Barajas y aún tenía que pasar a por su padre, apremió al chófer. Llegarían tarde.

El coche apestaba a anís, sudor agrio, a cenicero rancio. ¿Puede ir más deprisa?, por favor, urgió de nuevo al taxista lento hasta la exasperación. Éste, como única réplica, lo miró de soslayo con cierto desprecio y farfulló algo con un palillo en la boca y tono chulesco. De tanto en tanto levantó aún más el pie del acelerador. ¡Maldito cabrón! El sólo

quería recoger a papá lo antes posible, llegar a la terminal, embarcar entre los primeros, despegar mucho antes de que marchitara la loca idea de emprender aquel viaje. Reclinar el asiento y tomar un Orfidal con una reconfortante taza de té. Que ya no hubiera vuelta atrás. Sintió un gran deseo de dormir, de morir, una vez más. Como una leve fiebre llena de desconsuelo...

PENÚLTIMOS PENSAMIENTOS (AVANT-DERNIÈRES PENSÉES)

Había decidido hacerlo no tanto por desesperación como por desfallecimiento, por la absoluta e insufrible extenuación que le producía vivir. No era una idea nueva. Y más que aprensión, llegaba a sentir una malsana curiosidad ante la posibilidad, ya certera, de emprender el postrero viaje. En cierto modo sería como cambiar de casa, de lugar, de entorno, si es que en *el lado de allá* existía alguno. ¿Sería realmente eterno el descanso? Siempre da pereza hacer mudanzas, pero luego suele merecer la pena el cambio, pensó. Además, pocos aparejos hacían falta para esa travesía. Lo complicado era emprenderla, soltar amarras, despegar. Aún no tenía muy claro de qué forma llevaría a cabo el veredicto, cómo ejecutaría la mortal sentencia. No es fácil quitarse la vida, aunque a veces pueda parecer tan sencillo perderla. De tanto en tanto meditaba sobre ello. Hallaría el modo, el menos doloroso, el más plácido. Su padre daría pronto esa zancada, o ese pasito, ya era inevitable. Un pequeño o un gran lance, según se mire, según quienes miren. Depende de a quién toque plegar los ojos para siempre y de qué modo. Estaba a

punto de morir. Estaban a punto de morir los dos, cada uno a su manera, cada uno llevado por sus particulares razones y sinrazones. Él, con aceptación, con arresto, casi con deseo, aunque suene obsceno sugerirlo. Con salud de hierro, saldría al encuentro de la pecaminosa muerte, casi impaciente. Su padre todo lo contrario. Se había topado con ella de mala manera, de la más infame para el peor de los hipocondríacos. Después de haberla burlado varias veces en su juventud, después de una larga vida de aprensión, obviándola, no pensándola, esquivando cualquier palabra, visión o pensamiento que pudiera recordarle su posibilidad, fue la parca la que fijó su mirada en él, en sus entrañas, encaprichándose de ellas.

La enfermedad y el pánico le tenían acorralado, sumido en la más absoluta cobardía ante el ya ineludible trance. La inminente expiración del padre, lejos de amedrentar al prometido suicida, sirvió para alentarle en lo más íntimo, para darle el ánimo que le faltaba. Así, de algún modo, acompañaría a su progenitor en ese viaje tal vez hacia la nada, tal vez hacia un lugar palpable o etéreo, pero completamente nuevo. Absolutamente desconocido, probablemente mejor que éste.

Antes de hacerlo, del éxodo definitivo, había decidido emprender junto a su padre otra travesía más terrenal y breve, la que el tiempo permitiera. Un último itinerario compartido antes de la gran ausencia. Los doctores, ejerciendo su indeseable papel de agoreros, pronosticaban para su padre de seis meses a un año, a lo sumo. Podría ser algo más o algo menos, pero en cualquier caso ya no quedaba mucho, sentenciaban con comedida y distante condolencia. Desaconsejaban que viajara a cualquier lugar que no fuera, llegado el momento, la unidad de paliativos de un hospital. Y por lo que él podía leer en los ojos del

anciano, los médicos no andaban errados en su luctuoso vaticinio. Pero eso no iba a desanimarle.

No albergaba ninguna intención de comunicar sus ocultos propósitos. Intentaría no hablar demasiado de aquel *excéntrico* viaje con su padre moribundo, y por supuesto nada diría a nadie de su intención de eliminarse. Nada debía levantar sospechas. Aunque le sobraran motivos a nadie deseaba explicarlos. Ninguno los entendería en el caso de tomarse la molestia de intentar comprender. Se iría sin hacer ruido, sin pistas, sin preavisos, sin conmovedoras o trágicas escenitas, sin notas a la enlutada viuda o al solemne juez. Pero antes de inmolarse, se dijo, tal vez debería conceder cierto espacio a la cortesía, a la cordura, a la buena educación. Despedirse amablemente de las personas bienamadas, que no eran muchas. No le llevaría mucho tiempo hacer un par de brevísimas visitas, tal vez escribir algunas cartas, tres o cuatro, cinco como mucho. Adioses fugitivos, sinceros, que intentarían desdramatizar el amargo trance, aliviar a los que dejaba atrás, abajo. No intentaría hacerles comprender, no buscaría justificarse, ni dar por buenas sus razones. Vendrían a decir «hasta más ver». Prefiero esto, prefiero marcharme de aquí, ya no comprendo nada, ni os comprendo a vosotros, ni me comprendo a mí mismo. Estaré bien, mucho mejor, tratad de entendedlo, y ¡buena suerte! O al menos respetad mi decisión e intentad no sufrir por ella. Debí haberla tomado hace mucho tiempo. Por encima de todo no hagáis un melodrama de todo esto. De algo, al fin, tan intrascendente...

Aquella mañana abrió los ojos con la amargura y el desconcierto que dejan los malos sueños, los duermevelas.

Una sensación que no terminaba de abandonarle a medida que avanzaba el día, mientras se encaminaba a una pesadilla después de despertar de otra.

En el sueño se vio con su padre en una playa solitaria, inmensa, anochecida. El parecía ser pequeño aunque se expresaba con voz y razonamientos adultos. Su padre unas veces tenía la apariencia y el comportamiento de un anciano, otras la de un niño. Así, entre palabras y silencios, leían junto a una hoguera, o jugaban a romper las olas a patadas, o chapoteaban sin importarles el frío y la oscuridad, o dibujaban con una vara extrañas figuras en la arena fosforescente. Parecían recuperar el tiempo y los afectos perdidos. A pesar de lo surrealista de la escena, ésta era plácida, en algo idílica. Eso cambió en un momento dado. Mientras secaba la cabeza de su padre con una toalla, reprendiéndole por no estarse quieto, decidió con urgencia llegado el momento de regresar a casa. Una aprensión terrible, sobrecogedora, un miedo indescriptible le empujaba a salir de allí a toda prisa. Sin darles tiempo a reaccionar, el cielo se oscureció lóbrego y cayó sobre ellos como una colosal manta, cubriéndoles, aplastándoles. Acto seguido, su padre yacía en el negro arenal suplicándole a gritos que le inyectara cuanto antes un calmante. El buscaba torpemente en los bolsillos llenos de arenilla las agujas, las jeringuillas, las ampollas, pero todo le resbalaba de las manos húmedas, pegajosas, temblonas. Su padre, entre alaridos, empalidecía por momentos, su nariz se afilaba, se alargaba visiblemente, las cuencas se le hundían, todo su rostro se transformaba en un gesto aterrador. Los ojos suplicaban apagándose bajo unos párpados mortecinos, casi transparentes. Babeaba, gorgoteaba asfixiándose. Al cabo, encontró con dificultad la vena oscura y pinchó en ella. Vació el contenido en el escaso torrente de

sangre negra. Luego recargó la cánula y clavó la saeta en su propio brazo, inyectando una cantidad similar de droga. Las sobredosis del sedante hicieron pronto efecto. Tumbados y cogidos de la mano miraban las estrellas dispuestos a volar hacia ellas, a partir y seguir juntos tras la muerte...

Despertó asfixiándose en una intolerable agonía. Pero era una idea. Tal vez lo había leído en alguna parte, en algún libro, antes de haberlo convertido en sueño. La morfina era una posibilidad a tener muy en cuenta, tal vez la mejor manera de morir. Una buena dosis y adiós. Cavilaba sobre lo sencillo que sería cuando el taxi se detuvo frente al portal de la casa de su madre. Rebuscó en el bolsillo y pagó el insufrible trayecto a aquella bestia maloliente. Aún conservaba una copia de la llave de la puerta. Antes de abrir dio unos pasos atrás y miró fachada arriba hasta detener la vista en la ventana iluminada. Como siempre, arrepentido de llegar hasta allí.

Razones para no amar

Me gusta entretener la voz en los palacios de la aurora. Contenerla lejos de las cavernas del sol y de la luz. Acallarla al describir la penumbra o ennoblecerla al evocar el esplendor de las estrellas más calladas. Recrearla en la única cara que la Luna nos enseña. Alzarla al detallar la seda de su rostro cuando aún era mi rostro, el reverso de sus manos cuando aún eran las mías, o el tacto divino de su boca, la única ocupación entonces de mis labios...

Hay historias que jamás deberían ser contadas, ni siquiera recordadas. Y sospecho que la que me une a ti, Nadia, es una de ellas. En este instante nevará donde tú estás. Aquí, la tarde ensaya nuevos colores que ofrecer a los adioses. El cielo se ha dado profundidad, márgenes, relieve y, aunque parece aterrado, exhibe lo mejor de sí mismo. Intuye que queda poco tiempo para que llegue la oscuridad, su muerte cotidiana. El Sol es hoy apenas un filamento y oculta su impotencia tras el ámbar de las nubes. Debería estar avergonzado, un día más ha sido incapaz de calentarme el alma. Vivo aterido. Pero ha coloreado como nadie esta tarde tan extraña; añiles, blancos, violetas y naranjas... ¡Qué atardecer! Ojalá pudieras verlo. A mi lado, delante de mí, tengo las dos únicas fotos que quedan de ti.

Las demás se perdieron en las profundidades de esas cajas de cartón en las que guardé todo nuestro pasado. Aún no he sido capaz de abrirlas, creo que ya nunca lo haré.

Desde una de las fotografías me miras lánguidamente mientras apoyas el rostro sobre una de tus manos.

¿En qué te convertiste? ¿En qué me has convertido? ¿Qué hice mal, sino amarte? Seguramente fue así, te *malamaba,* te *malamé.* Nadie merece ser venerado de la forma que yo lo hice contigo. Demasiada voluntad, demasiado sentimiento, demasiada sensibilidad, demasiado desatino sobre el seductor e insano tapete del amor. Siempre redoblando la apuesta, siempre aceptando las degradantes normas de ese juego incoherente, para perderlo todo por el vano orgullo, por la loca obsesión de un envite imposible. Sentía, sentía tanto a tu lado. ¡Qué bueno era eso de sentir cosas tan bellas! Llegué a tener fe en «nuestro amor». Creí ciegamente en él, te lo juro. Estuve convencido de que podríamos ganar, llegar a amar. Amar de verdad. Ahora ya no creo en esa clase de apego, y me avergüenza haber creído alguna vez, haberme exaltado hasta ese punto. ¡Y qué punto! Lo cotidiano mata, he ahí la realidad del amor, y hay que saber aceptarlo, soportarlo. ¿Cuántas veces me lo habré repetido?

Como las tuyas, también he perdido las manos de ese particular Dios en el que siempre confié, y me asusta no poder recuperarlas. No puedo seguir sin él, pero se esfuma. Necesito creer en algo. Seguir creyendo. Qué estúpido suena, pero qué cierto es. ¿Seré yo un dios, un pobre diosecillo impotente e inofensivo, tan incapaz como los grandes dioses que inventaron los hombres?

Estoy cansado, tantos años de ansiedad son suficientes. Y ahora sin ti... Imagina.

¿Recuerdas cuando no era así? ¿Recorrerá ahora alguna lágrima tus mejillas? Yo intento combatir los sollozos, impedir que me ahoguen mientras escribo, que las lágrimas empapen el papel y empañen las palabras. Caíste rendida, exhausta de amor. Tus obsesiones y sobre todo las mías nos llevaron a naufragar en una insignificante pero profunda charca, en un pequeño y oscuro lodazal emponzoñado, enamorado. No consigo verlo de otra forma. Demasiado amor. Nos engulló tan amoroso y movedizo fango. Y mientras nos ahogábamos tú disimulabas, sonreías falsamente al cielo para olvidar que nos hundíamos. Yo quedé paralizado por la angustia de ver impotente cómo afondaban nuestros corazones. El mundo me gritaba que lo harías, pero yo no quise escuchar su ronca y silenciosa voz, ni atender a sus gestos desesperados. Mil signos señalaban tu inminente ruindad, pero te amaba tan ciegamente que fingía no entenderlos, no saber interpretarlos.

En la foto, en tu reloj, si te fijas bien, se puede leer la hora. Las doce y cuarto, más o menos. Estás sentada en aquel infecto bar en el que tomamos unos bocadillos de pescado seco y unas Oranginas; ése en el que entramos agotados después de tanto caminar. ¿Te acuerdas? Era oscuro y lúgubre, pero nos pareció encantador. Uno más de los estúpidos y alucinantes efectos de estar seducidos, embaucados por el amor, fanatizados por él *(en amor a dos).* Al fondo, un tipo desenfocado, abatido, mira el vaso vacío en el que un instante antes buscó aliviar soledades y tristezas. Delante de ti, encima de la descascarillada mesa, una botella añil y abombada sostiene una vela encendida. La cera gotea sobre la madera roja. Todo se ve blanco, gris o negro en la foto, pero la cera y la madera eran rojas, como la sangre.

Lo recuerdo claramente, recuerdo todo de ese día. En tu cara se ve que te ibas consumiendo. Mentir tanto, con tanta astucia, con tanta constancia, absorbe demasiada energía. Mientras tú te empecinabas en tu farsa, en mí, como en el sauce, crecía la facultad de presentir los acontecimientos, de adivinar cuanto ocultabas. Algo que nunca dejó de sorprenderte. ¿Cómo no lo tuviste en cuenta? Cuánto sufrimiento nos hubieras ahorrado. ¿Recuerdas las noches que en la más absoluta oscuridad, sin vernos, ni siquiera tocarnos, como en un macabro juego, te decía con exactitud lo que pensabas? Un escalofrío recorría tu piel y tu voz delataba el desconcierto, la sorpresa, el miedo que sentías al descubrir que podía conocer las dobleces de tu hipocresía. Antes de todo esto, el amor manaba intacto de un punto exacto de tu frente, apoyando mi cabeza en ese lugar, fui sintiendo cómo el amor se iba apagando noche tras noche, hasta desaparecer. Qué triste resulta recordarlo. Después, sólo presagié dolor en tus designios. Luego, el tacto de tu piel se convirtió en mármol.

En Port Louis hacía calor, mucho calor. Todo lo envolvía un bochorno húmedo e insoportable. Habíamos pasado la mañana buscando en algunos tugurios conchas que aplacaran tu codicia malacóloga. El día anterior buscamos sin éxito en varias playas, buceando en las cálidas aguas cristalinas. Pero fue entre telas y especias donde encontramos un par de esas raras joyas caracolas que tanto te gustaban. En la foto tienes una de ellas sobre la mesa. Se la compramos a aquella señora obesa del peinado imposible que, para su desesperación, tuvo que sacarla de debajo de una enorme pirámide de conchas. Recuerdo su cara y la tuya cuando la montaña de cascarones de moluscos se vino abajo, qué escena tan cómica, qué hermoso recuerdo. Así eras cuando te encaprichabas de algo. Tu mano esconde el

nácar detrás de una caricia, como apartándola, como protegiéndola de mí. Qué lejos quedan ahora tus manos.

Nunca he conseguido acostumbrarme a ver cómo la mala fortuna o la desgracia termina quitándose la máscara sobre el papel fotográfico. Mientras revelaba esa fotografía, fui leyendo en tus ojos cuanto guardaba tu alma. Tal como lo veo ahora. Ese extraño brillo, esa incómoda languidez, su lacónica ternura, su cansancio. Mi pueblerina ingenuidad me impidió verlo entonces. Allí, a través del objetivo, sólo admiraba tu belleza. Ocupado en ella no indagué en la mirada de ese instante. Todo estaba a punto en tus entrañas y en tus ojos. Todo dispuesto para apagar la luz y la sangre, para encender todo el dolor. Me miras distante y asustada, como pidiéndome que me aleje de ti, que te ahorre el descomunal desconsuelo que se nos avecinaba. Me miras desoyendo mis palabras, mis «te amo». Me miras sin tiendo justo lo contrario. «Ya no te quiero», dicen tus ojos, vete, ¡apártame de ti! Necesito otra vida, otros sueños, otra boca, otras caricias. Me miras llena de aprensión, como quien planea despedirse sin adioses, sin estar segura de querer partir. Tus ojos marcan la distancia exacta que ya nos separaba. Antes de tomar el avión ya volabas alto por un cielo inalcanzable. Tan alto que apenas me distinguías.

Cierto que también se adivina amor en ellos. Ese amor que ahogaste en tu avaricia y que lejos de haber muerto, tal vez hoy te torture despiadadamente. ¡Quién sabe! Qué arrogantes delirios.

Me quebró el dolor cuando intuí que definitivamente te había perdido. No tuve tiempo de pedirte un último encanto, de convencerte amándote para que no lo hicieras. No tuve tiempo de rogarte, de persuadirte, de asegurarte que tras la nueva y efímera pasión junto a otra persona

llegarían el luto, el cansancio, la nostalgia, como suele pasar. Quizá de nada hubiera servido.

> *En el amor, quienes renacen tras el peor hastío, escapando de las tinieblas del más profundo dolor, por largo tiempo pierden la facultad de amar. Buscan desesperadamente dejar atrás todo el tiempo y los recuerdos que trastocaron el sufrimiento y la tristeza. Y van descubriendo, lentamente, que ya nunca volverán a ser los mismos, que jamás volverá a ser igual...*

Eso hicimos nosotros. Escapar del amor agonizante, disolvernos, jadear con dificultad. El silencio se impuso entre los dos sin compasión. Vivir uno al lado del otro se hizo casi imposible. ¿Merecerá la pena buscar culpas y pecados? No, claro que no, pero es tan inevitable.

Después de tantos años contigo, había aprendido, en cierto sentido, a mirar para otro lado. A tolerar lo que en otro tiempo me pudo parecer intolerable, a medir de acuerdo a mis locuras y fracasos los límites del amor, su realidad y su ficción, lo cierto y lo incierto, lo sincero y lo insincero. Pero nada pudo salvarlo. Al fin, a pesar de mis denodados esfuerzos por evitarlo, fui a caer en el infra—mundo de los celos. Empecé a padecer y hacernos padecer todas sus consecuencias. Me deslizaba por un tobogán de hierro incandescente revestido de afiladas cuchillas, inclinado, muy inclinado, y embadurnado de grasa hirviendo.

De improviso me dices que has decidido ingresar a Francia. Que en París ha surgido una oportunidad única, algo que no puedes desperdiciar. Un nuevo trabajo, mucho mejor pagado, con enormes posibilidades de éxito. Éxito, qué expresión, qué concepto tan falaz, desordenado y

blasfemo. Estabas tan excitada que, más que hablar, disparabas ráfagas de palabras, certeras, irrefutables. Términos incontestables que no procuraban tregua al contrincante. Tendrías más cerca a tu familia, vuelos diarios a Clermont. Por la autopista tardarías pocas horas en ir y venir en coche. De la noche a la mañana se avivó toda la inmensa ambición adormecida. Ya te veías laureada, colmada, renovada, lejos de mí, de nuestro hogar, de nuestra vida.

Y empezaba a ver claro que pasarías por encima de todo sin importarte el destrozo. Era evidente. No te reconocía. ¿Quién eras?

Vivir en Madrid, en España, comenzaba a asquearte, asegurabas. Exponías una tras otra oleadas de excelentes razones para justificar tu decisión, para aceptar, para marcharte. Luego, tras un pesado silencio, llegó el primer acto de la compasión. Al apaciguarse tu palabrería, caíste en la cuenta de que aquello, de «algún modo», también me afectaba. Y así empezaste a incluirme en tu autocomplaciente discurso, intentando mostrar cierta piedad ante mi silencioso gesto, ante la creciente desesperación que yo, en vano, intentaba disimular. No sólo significaba una oportunidad para ti, también sería bueno para mí cambiar de aires, cambiar de trabajo, de ambiente, alejarme de mi idolatrado hijo y de su infausta madre. Dejar atrás el asfixiante amor que me conducía a uno y el opresor rencor que me profesaba la otra. No sólo había buenas razones para marcharte tú, también para que yo lo hiciera. Esa parte la recitaste tan poco convencida que sentí misericordia ante tu fingido interés, ante tu creciente patetismo. Realmente fue patético, pero muy significativo, muy clarificador. Aunque uno es incapaz de imaginar a la persona amada escupiendo semejantes discursos.

Vomitando aquel aluvión de palabras pomposas, absolutamente vacías, que simulaban invitar mientras desahuciaban. Como el maestro de ceremonias en el circo que, con gran cinismo, implica al espectador en uno de los números en el que jamás le permitirá participar.

En absoluto tenías pensado incluirme en la función. Yo ya no cabía en tus planes. Ya habías tomado tus decisiones y entre ellas también las mías. Era sólo una manera de intentar callarme, sólo me comunicabas los mandatos con acento agrio y soberbio. Algo se había quebrado de forma irremediable, ¿sólo por una oferta de trabajo? Todo lo que habíamos construido, lo que teníamos, de improviso, te inspiraba miedo y desconfianza, repulsión, llegué a pensar. No me equivocaba. Sin darte cuenta, eras tú la que justo en ese instante ya lo estabas convirtiendo en algo despreciable. Algún otro resplandor te tenía hechizada, especulé. Tampoco erraba.

Tus maliciosas e inesperadas reflexiones me dejaron tan desconcertado que comencé a pensar que todo cuanto decías quizá fuera una idea acertada. Que tal vez en ello hubiera algo de cierto, de esperanzador. Por un instante me obligué a querer creer que era posible acompañarte, que nuestras vidas no se verían trastornare» das, que la distancia no alteraría nada entre nosotros. Tal como lo describías, parecía cosa fácil. Todo iría bien. Sólo habría que esperar que llegara el momento de reunimos allí, sólo unos meses, tal vez. Mientras, nos veríamos de tanto en tanto, iríamos y vendríamos. Pero tan optimista espejismo duró poco. La realidad, como yo temía, iba a ser muy distinta.

Claro que deseaba escapar contigo de todo lo absurdo, de todo lo detestable que nos rodeaba. Cada vez más atenazados por la caótica vida en Madrid, por las

maquiavélicas intromisiones de mi ex mujer, por los apuros y las obligaciones. Por los compromisos, por los malos horarios, por mis constantes viajes, por tu estúpido trabajo, por el dinero que siempre era insuficiente, por la gente hueca con la que alternábamos. Lejos, tan lejos, de una vida sencilla y sosegada. Alejados de la tierra, de los cercados de piedras cubiertos de musgo, de los torrentes, de las raíces y de los árboles. Tan lejos del silencio. Pero el que proponías no era el camino hacia esa vida, esa qué hasta entonces confesábamos añorar y buscar los dos. Eso me hiciste creer hasta ese día. En ese preciso momento deberíamos habernos separado.

No podíamos lamentarnos de nuestra existencia. Si lo piensas, poseíamos mucho más de lo que necesitábamos, sólo lo gestionábamos mal. Teníamos una hermosa casa en la que refugiarnos del mundo exterior, una burbuja de paz y ternura. En ella, la preciosa lentitud se mezclaba con la buena música o las mejores conversaciones. Nuestra casa era entonces un lugar lleno de rincones, de arte, de libros, buenos vinos y buenas verduras hirviendo en los fogones. Una casa íntima, llena de comprensión y misterios, de amor. Sobre todo amor, del mejor que uno pueda imaginar. Era lo más parecido a un hogar que yo había conocido. Mi hogar, nuestro hogar. Yo ya soñaba con llenarlo de hijos. La cocina era una de mis habitaciones favoritas. Siempre olía a madera y a tomillo, luminosa y enorme. La encimera de abedul estaba llena de dibujitos grabados con la punta del cuchillo o el punzón, también pequeños poemas y frases escritas a lápiz. Recuerdo la última que trazaste en francés:

> *... la felicidad nunca se sirve en lonchas, viene en porciones, como los quesitos... por eso sonríe tan feliz la vaca de la etiqueta.*

No sé de dónde la sacaste pero me pareció acertada. Recuerdo tu risa cuando hice un chiste de mal gusto al respecto, abrazándote por detrás, embistiéndote con palpitante ternura, mientras enjuagabas unos platos, «detrás de la vaca que ríe... mi amor, siempre está el toro que empuja», te dije. ¿Recuerdas?

¡Cuántas porciones de felicidad consumimos juntos en esa cocina!, en esa casa. Empaquetadas habrían llenado un millón de cajas redondas o cuadradas. Ahora me oprime su vacío de muerte, me enloquece. Soy incapaz de vencer el frío y el silencio que has dejado. No resulta trágico, sólo evidente, extremadamente real. Como dicen en las películas, parece que «ha llegado la hora».

Quería antes de partir escribirte una larga carta, pero hoy las manos me pesan como toros y resbalan torpes en la arena en que se convierten las palabras. No sé si lo conseguiré. Poco puedo decirte, no quedan gestos, guiños o sonrisas, ni siquiera suficientes lágrimas. Ya se han vertido casi todas. No queda una sola caricia que ofrecerte, una de esas que lo decían todo y aliviaban con su roce. En esta nada, sólo veo pañuelos blancos agitando su crueldad, pidiendo la ejecución de este destino, de esta muerte. En este espacio impenetrable en el que vivo, miro tus fotografías como quien mira el atardecer, como si estuvieras al otro lado de esas ventanitas de papel, detrás del gris, el blanco y el negro, observándome. Busco hallarte, apartarte, pero ni encuentro ni esquivo ni olvido.

Al final caímos en las fauces del desamor, negando al amor cualquier posibilidad. Nuestro delicado mundo quedó desperdigado, hecho añicos. Aunque esta casa guarde aún la luz de nuestra maravillosa y antigua locura, estos corredores llenos de recuerdos me llevan al mismísimo centro del rencor.

Y no quiero caer en eso, te lo juro. Esta casa se ha convertido en el museo de tu ausencia, es un lugar también llamado infierno. ¿Has oído hablar de él? ¿Podrías sacarme de aquí? ¡No puedo más! Haz que pueda irme de aquí...

He guardado en el altillo del trastero las cajas de cartón en las que quedó confinada nuestra vida. El paso de los años convierte las cartas que escribimos en laberintos de palabras sin sentido. ¿Recuerdas cuando cada noche te leía algunas páginas de un libro, algún poema, alguna columna interesante en el periódico? Hoy he leído algo hermoso y muy apropiado. Escucha...

> *Describir ahora el alto vacío del amor es tarea imposible. El humor y la esperanza agriados, cuajados en traiciones, y mi alma envuelta en el áspero sudario que ajustaste con tus manos.*
>
> *Así está todo. De oculto luto, de luto blanco. Remiendo de olvido los viejos recuerdos mientras se mezclan y se confunden con los recientes recuerdos, que en todo se parecen y recuerdan a los tuyos. Me pierdo en abrazos que no siento, sabiendo que no encontraré en ellos ningún alivio. No hay paz que perdure en los jardines del amor. Allí, el tiempo, en imparable descomposición, corrompe el final de cada día, de cada beso, de cada palabra...*

Puedo imaginar, casi sentir, el sosiego de nieve que seguramente te envuelva ahora, allí, en tu casa, en Clermont-Ferrand. Tal vez estés mirando por la ventana, desde la cama, cubierta hasta los ojos. Tal vez busques algo de calor acurrucándote en la almohada, abrazándola o metiéndola entre tus piernas. Tal vez lo hayas encontrado ya en otro cuerpo.

Ante mí siguen esas dos fotografías, hiriéndome.

Puedo también imaginar, casi sentir, el asfixiante calor de aquel día en el mercado de Port Louis, en aquel sucio bar de mesas rojas. El dolor de aquella tarde en que te acompañé al aeropuerto.

Volarías a París y desde allí a Clermont. No podías esperar más. De nada sirvieron mis calladas súplicas ante tu impaciencia y tu determinación. Recuerdo la desconcertante despedida, una más, pero muy distinta de las otras. El sudor nos bañaba, ajustando aún más a tus caderas un ceñido vestido negro que revelaba sin pudor tu fascinante cuerpo. Te deseaba con locura mirando extasiado sus transparencias. Me besaste frugalmente, casi sin mirarme. Luego, caminaste inerte hasta la escalerilla del avión, sin volver la mirada. Te silbé fuerte para que lo hicieras, y te lancé un último beso que apenas pasó rozándote.

En cuanto pusiste uno de tus pies en la escalerilla, comenzó mi loca espantada hasta el parking, y después la carrera por la calzada que recorría la valla exterior del aeropuerto, hasta llegar lo más cerca posible de la cabecera de la pista. En sólo unos minutos, un 340 despegaría desde allí llevándote en su vientre. Lejos, tan lejos del suelo que yo pisaba, hasta un cielo que más que nunca me pareció infinito. Te habían asignado el asiento 14—A, una ventana a la izquierda, si me daba prisa y mirabas por ella me verías. Detuve el coche en el escaso arcén levantando una polvareda, a sólo unos cien metros del asfalto por el que rodaba el avión. Llegué a adivinarte a través de la ventanilla, mirándome. Eso me pareció. Me quité la camisa y subí al techo del Jeep para hacerte señas. Como un auténtico gilipollas, comencé a agitarla al viento desde allí arriba. Y eso hice mientras el Airbus giraba

enfilando la pista, y durante toda la carrera de despegue hasta elevarse, ¡como si pudieras verme! ¡Pobre estúpido patético! Saltaba, lloraba y lanzaba al aire besos voladores, impotentes... ¡Cuánto te amaba!, ¡cuánto iba a añorarte! ¡Qué pena que te fueras así!

Debo ir tras ella cuanto antes. Tendré que darme prisa en acabar el trabajo para ir a su encuentro. Eso fue lo primero que pensé. Pero quedaba tanto por hacer. No tardaría menos de tres semanas, y eso era demasiado tiempo. Mientras te alejabas en el avión, la realidad fue cobrando en mi mente una nueva dimensión. Quise o pude comprender y justificar cada una de tus odiosas palabras. En mi desconsuelo, me sentí un absoluto egoísta, un rotundo idiota. Deseaba más que nada poder rebobinar, decírtelo justo en ese instante. Decirte: puedes ir y estar tranquila. Pronto estaremos juntos. Lo entiendo, respeto tu decisión, la comparto, te amo, te ayudaré en todo cuanto pueda. Sé cuánto deseas ese nuevo compromiso, ese nuevo trabajo, y cuánto disfrutarás con él, teniendo además cerca a tu familia. Todo irá bien, mejor que bien. Perdóname. En lo sucesivo, no permitiré que nada nos separe, que nada nos aleje...

Pero la distancia era ya insalvable.

Aún sobre el techo del coche, todavía descamisado, encendí un pitillo sin apartar la vista del cielo. El avión emprendió un pronunciado viraje a la derecha, trepando hacia el norte, difuminándose entre las escasas nubes y los gases de sus cuatro motores. Perdiéndose, dejando atrás millas de nada azul, todo el espacio que ya nos distanciaba. Abajo, los coches que pasaban junto al mío aminoraban la marcha, y sus ocupantes me miraban preguntándose si necesitaba ayuda o si era sencillamente un loco. Al bajar de allí y sentarme al volante, ya sin ti, supe que aquello, más

que una despedida, había sido el más inevitable adiós, el más definitivo. En aquel rotundo atardecer, comprendí que no habría besos que guardar para el reencuentro. Una vez más sentí que mi vida, de algún modo, sólo se colmaría en la muerte. Algo que tenía que haber hecho hace tantos años, cuando era invulnerable y tenía el valor. Mucho antes de ti, de todas estas idioteces que ahora me desgarran, mucho antes de volver a concebir la posibilidad de que un nuevo dolor pudiera lacerarme.

Todo se empaña

Vi cómo lo hacían unos chicos en el autobús. Uno de ellos tenía varias marcas recientes en el antebrazo. Allí había apagado varios cigarrillos. Al menos seis, el último delante de mí, mientras sonreía entre necio e impávido. Como yo, estaban sentados en el piso de arriba del bus. Ocupaban los cuatro asientos de la primera fila. Un fastidio, ya que casi siempre intentaba conseguir uno de esos sitios, especialmente cuando llovía. Me gustaba contemplar el panorama desde allí, tan alto, a través de los cristales empañados, todas esas luces de colores virando como en un gigantesco caleidoscopio desenfocado. Los chavales hablaban de forma pausada e incoherente, bastante colocados. Sus miradas se reflejaban perdidas y siniestras en los cristales. Hacían aquello como una tentativa contra la insatisfacción. Una absurda competición en la que entraban en juego la inevitable y estúpida hombría de los hombres y un singular pasotismo. Por lo que pude escuchar y entender, así aprendían ellos a soportar el dolor. Se entrenaban para el sufrimiento.

Eran extremadamente jóvenes, el mayor tendría quince o dieciséis años. Llevaban la cabeza rapada y el cabello teñido de colores. Uno de ellos tenía el pelo naranja,

parecía una versión punk de Tintín. Pensé que me gustaría teñirme el mío de un bonito azul, que tal vez un día lo haría. Fumaban un par de canutos a hurtadillas del revisor. Un negro enorme que, de tanto en tanto, pasaba pidiendo billetes a los nuevos viajeros, encorvado para no dar con la cabeza contra el techo. Ignoraba a los chavales por evitar la bronca. Ocultaban los pitillos entre las manos y los iban pasando cuando podían, de uno a otro, dando profundas caladas que retenían en sus pulmones todo el tiempo posible. Luego exhalaban el humo por una escueta ventanilla. Era tal el vacío que reflejaban sus rostros, sus ojos hundidos, sus bocas blasfemas, tan grave su mueca de cansancio, que incomodaba mirarlos. Pensé en mi hijo. Entraba, o estaba ya, en esa terrible edad en que despreciamos la inocencia y masacramos la candidez. Todo se empañó aún más.

Recordando la macabra terapia que había contemplado esa noche en un autobús londinense, metí yo la mano en el fuego al poco de llegar a casa, en Madrid, desde Mauricio. Una semana después de que Nadia se fuera, hice las maletas y salí tras ella, con demasiado retraso y sin esperanza de alcanzarla. Antes de eso, de volver a verla, necesitaba una descompresión, ir adaptándome, buscar la forma de eludir la inevitable hipoxia que me ahogaría. Con ese propósito, el de hacerme a la idea, pasé un par de días de escala en Londres. En cualquier caso, llegué a España como salí de la isla del índico, empujado por el ansia, de forma totalmente precipitada. Inoportuna. Ella no estaría, nada sería lo mismo.

Encontré la casa fría, muy fría y vacía, como un inmenso nicho. Busqué unas hojas de periódico, unas pifiólas y unos troncos, y prendí la chimenea con urgencia. En la encendida, el salón se llenó de humo y de extraños reflejos.

Nadia no tendría prisa por volver, ni esperaba que yo regresara tan pronto. Estuve a punto de llamarla para decírselo, para decirle que estaba en casa, pero no lo hice. Ella seguía en Clermont ocupada en sus asuntos, arropada por su deliciosa y envidiable familia. Lejos, segura y cobijada. Disfrutando de ellos y de su nueva tarea. Febril y abstraído en estos pensamientos, en el juego de las llamas, pensé en los muchachos del autobús. ¿Tendrían razón? ¿Acaso aprendiendo a resistir el dolor físico se pueden llegar a soportar las punzadas del alma?

Mordí con fuerza el borde de uno de los cojines, acerqué la mano a la hoguera, y agarré con fuerza una tea al rojo vivo. Aguanté apretándola unos largos segundos, sin un lamento, hasta abrasarme la palma. Luego la dejé caer de nuevo al pie de las llamas. Olía a barbacoa. Casi perdí el sentido. Sobrellevar aquel dolor en nada alivió mi desconsuelo. Sólo conseguí tener que llevar la mano vendada unos días y unas enormes ampollas que, al mínimo roce, me recordaban lo estúpido que puede uno llegar a ser. Había llegado al límite. Mi vida se derrumbaba, otra vez. De forma definitiva y terrible, por no sé qué misteriosas razones. Todo cuanto tenía se desmoronaba ante mis ojos como una muralla de arena ante la incontenible marea.

Nadia se alejaba de mi orilla dejando la playa desolada.

La situación, si cabe, había empeorado desde nuestro último y escueto adiós. Por más que intenté apaciguar mis sospechas fue inútil. A esas alturas ya estaba convencido de que amaba a otro hombre, o a otra mujer, quién sabe. Que detrás de todo aquello, además, había una infidelidad. Algo siempre ajeno a nosotros, una posibilidad tan impensable, tan improbable, que resultaba ridículo siquiera pensar en ella. Asumirlo ahora, digerirlo, parecía una tarea imposible.

Pero sincerándome conmigo, llegaba a la conclusión de que por encima del amor, aquella perturbadora sospecha era la que me empujaba, la que me había llevado a abandonar sin más el trabajo, de improviso y sin explicaciones, dejando a medio acabar un reportaje en el que los editores habían invertido una pequeña fortuna. Algo que, además, me iba a proporcionar unos ingresos absolutamente imprescindibles. Aparte del dinero que dejaría de ganar, si no inventaba una buena excusa, aquello me podía costar mucho más caro. No sería raro que me despidieran.

Pero en mi delirio, nada de eso tenía ya mucha importancia. La impaciencia por descubrir si era cierta mi aprensión me condujo a un estado de rotunda enajenación, a una desconfianza absoluta que desterraba toda lógica, cualquier entereza. Veía todo desde otro punto de vista, desde otro mundo. Desde *Yanadaimporta,* un planeta muy lejano, oscuro y tenebroso, de atmósfera nauseabunda.

Comencé a indagar en cada caja, en cada cajón de cada armario, entre todas sus cosas, entre su ropa, en sus estantes, en sus maletas, despreciando de forma infame toda su intimidad. A medida que buscaba y rebuscaba, me sentía más indigno, más ridículo y más deplorable lo que estaba haciendo. Pero no podía detenerme. Después de horas de frenético registro, hallé lo que nunca hubiera deseado encontrar. Estaba casi a la vista y en el lugar más practicable, el más insospechado, en una estantería de la cocina. Entre unos libros de recetas se acumulaban algunos papeles, cartas del banco, facturas, también un sobre mediano de un azul muy llamativo. Dentro encontré algunas cartas perfumadas, enviadas desde Italia y Francia. Cuando las saqué de allí aún emanaban un insoportable aroma a colonia cara *para hombre.* Un olor que me pareció repugnante, que impregnó mis manos y el ambiente, que

casi llegó a asfixiarme. Eché un rápido vistazo a las románticas misivas de su amante, diez o doce. Luego fui examinando una por una, al detalle, desgarrándome más y más a cada palabra. No sé cuántas leí. Caí derrotado, literalmente. Clavé las rodillas en el suelo y lloré con profunda amargura, con rabia, con incredulidad e indignación. Pensé en llamarla. No lo hice.

Decidí permanecer encerrado en casa, reflexionar, intentar serenarme. Pasé unos días buscando el modo de quitármelo de la cabeza, encendiendo un cigarrillo con otro, pensando en la manera menos dolorosa de afrontarlo todo. No era el único problema, no era la única desdicha. Era como si el sueño y la realidad se confundieran en mi alma una y otra vez. Una vez más. ¿Con qué baremo debemos medir cada infortunio? ¿Con qué escala determinar su verdadera magnitud? ¿Acaso sirve de algo comparar nuestras triviales desventuras con aquellas que todos consideran verdaderas desgracias? En un momento dado, si se dan las circunstancias apropiadas, la más nimia de las fatalidades puede ser peor que el peor cáliz de la muerte.

Papá

No hacía mucho que mi madre me había dado la mala noticia. Lo dijo con voz suave y serena. Sonó como si mi padre pronto fuera a emprender un viaje más. Sus palabras iban a ser premonitorias en cualquier caso. «Papá se muere», me dijo. Y aquello parecía sólo un «papá se va». Pero hacía ya muchos años que él había dejado de viajar, de volar. Se jubiló y ya no volvió a ser el mismo. Júbilo, jubiló. Qué expresiones absurdas, qué dos disparates. El primero, un consuelo efímero y embaucador. El segundo, el compendio de soledades e inutilidades que nos son impuestas. Pero en el respingo que va de la U a la O, la tilde cambia el significado de la palabra de un modo aterrador. Desde hacía tiempo un cáncer intransigente le devoraba la vida, y yo llevaba meses, no sé cuántos, sin verlo. Tal vez más de un año. Nunca le perdoné a mi padre que se hiciera viejo. Ni él mismo se lo perdonó jamás. A medida que fuimos cumpliendo años dejó de existir entre nosotros una verdadera relación. Después de tanto, de tan excepcional amor, la indiferencia y la distancia crecieron hasta hacerse insalvables. También tenía la maldita certeza de que tras su muerte retornaría el afecto a borbotones. Un afecto que gozar en vida parecía imposible. Volvería a quererle

infinitamente una vez se hubiera ido y lamentaría no haber sabido poner fin a tantos años de apatía, de horrible displicencia. Ese, lo sabía, sería mi eterno castigo.

¿Me amaría tanto como yo a Adrián? Él también conoció bien el angustioso don de amar a un hijo, a varios hijos, en la distancia. Ese lánguido y sombrío tormento. Entre mi padre y yo se acortaron las palabras y se prolongaron los silencios hasta quedar los dos petrificados. ¿Me recordará mirándole desde el pasillo mientras se afeitaba? ¿Recordará las alegrías que compartimos o las cometas que volamos juntos? ¿Mis chapas estorbando en el pasillo, alguno de mis juegos? ¿El día que me conoció? De niño, yo esperaba impaciente los regresos de mi padre. Todos, tantos. Me sentaba en los altos brazos de una higuera a verle llegar. Desde arriba, como Daniel Boone, oteaba un recodo del camino en el paisaje, vigilaba la curva de la carretera por la que inevitablemente tendría que pasar su viejo Renault. Luego, cuando bajaba del coche, me acercaba corriendo a abrazarle, dejándome embriagar por su olor, por el precioso tacto de sus manos. Sin embargo, algo en él, tal vez su imponente presencia, retenía en parte mi ternura, y toda mi efusividad se transformaba pronto en tibio recibimiento. Después me mantenía alejado de él. ¡Pero cómo le amaba! Tan profundo que no llegaba a tocar el fondo con los pies.

En cajitas grises o doradas vamos guardando los recuerdos. Unos tan efímeros que se escapan apenas abres la tapa, sin llegar nunca a saber si fueron ciertos. Amontonamos allí otros más cercanos a la eternidad, que parecen más largos y reales. También se guardan esos que ni siquiera sabes si te pertenecen, si son tuyos o robados, si los tomaste prestados de un libro o una película, o de entre los cuentos que olvidaste. Muy pocos, poquísimos, titilan

brillando inalcanzables desde el fondo oscuro de la caja. Esas ínfimas estrellas son los verdaderos recuerdos, ya sean piadosos o infernales. Unos están bruñidos con esmero, coloreados por la memoria, otros ocultos en la neblina de nuestra confusión. Remembranzas fugaces que vemos caer desde el universo del alma mientras pedimos un deseo: no perder ni uno más.

La primera vez que vi a mi padre fue un momento inolvidable, algo que se fijó en mi mente con determinación. Quizá, porque traía un enorme coche de juguete entre las manos. Era un jeep amarillo, con una sirena roja que se encendía y sonaba y giraba de verdad.

El señor desconocido y vestido de gris, alargando los brazos, me entregó aquel prodigioso cacharro con cierto ceremonial, tímido y anhelante a un tiempo. Luego me besó varias veces, con visible congoja. Cogiéndome por los hombros, me zarandeó suavemente mientras decía palabras que no recuerdo pero puedo imaginar. Poco más. Una puerta entreabierta, los crujidos del suelo de madera, una canción, un olor que ya para siempre sería inconfundible, unas manos grandes, un juguete, un jeep amarillo con sirena roja...

Me recreo en la escena. Papá regresa de un largo viaje, un viaje que ya dura más de cinco años, los que yo cumplo ese día, un lunes de octubre. Ha escrito cientos de cartas a mamá y en todas ellas hay una postal para mí. Decenas de tarjetas con fotos de animales salvajes, exóticos guerreros o aviones, y en la parte de atrás, cien mil palabras que no entiendo. Fotografías. Eso había sido él hasta entonces para mí, y yo para él. No conoce a su hijo.

Apenas ha escuchado sus balbuceos o sus primeras palabras por el auricular de un teléfono y no le ha visto aún en colores. Sólo en blanco y negro, y casi siempre algo

desenfocado. Eso había sido yo hasta entonces para él. Una imagen grisácea, un niño descolorido, un pequeño bastardo distante y silencioso. Una posibilidad casi irreal.

—Soy el que durante años te ha mandado todas esas fotos de animales, ¿sabes? El que te decía te quiero por el teléfono. Ven aquí, mi pequeño Luis, dame otro abrazo, y otro más... Abraza fuerte a tu padre.

Un raro impulso tira de mí, me cuelgo de su cuello y me hundo en él como sólo sé hacerlo en la almohada. Un placer conciliador. Entre sus brazos me siento extrañamente seguro. Un calor inédito me ahoga, me enciende el pecho y las orejas. Intento recordar o imaginar un poco más atrás, sólo unos minutos antes.

El sube por la escalera de madera. Los escalones crepitan a cada paso. Ese sonido va erizando la templanza de mi madre. Ella quiere a toda costa disimular el ansia, sus cada vez más contradictorios sentimientos. Toda la ira, toda la alegría, todo el desprecio, todo su impúber e impaciente amor. Meticulosamente desaliñada, oliendo a jabón, destilando deseo e impaciencia. Intenta borrar de sus labios el excesivo carmín, la tonta sonrisa tonta.

—¡Vas a conocer a papá, por fin vas a conocerle!

Cinco años después se anticipa a sus nudillos y abre como quien no espera. Como quien justo va a salir. Como quien no esperara tener que abrir. Aunque, ansiosa, desde el balcón le haya visto bajar del tren; aunque detrás de los visillos haya seguido cada metro del corto recorrido hasta el jardín; aunque haya escuchado atentamente cada paso subiendo la escalera. En el primer encuentro se miran sin

mirar y se abrazan y se besan brevemente, casi como extraños. En la radio, los Mamas and the Papas cantan *Monday, Monday*. Es la música apropiada. Todo suena a que la dicha y la esperanza vencerán ese lunes todos los reproches, todo el rencor. Luego salimos, tal vez a pasear y a comer en una terraza. ¡Qué día tan feliz! Al caer el sol regresamos. Aquella noche no pude dormir con ella. Poco a poco fui perdiendo mi sitio en la cama de mi madre. Aquel tipo me lo había arrebatado. Más tarde el hastío y el resentimiento se lo arrebatarían también a él. Así sucedió, aunque durante unos años, no recuerdo cuántos, el amor entre ellos mereciera ser así llamado.

A la mañana siguiente mamá me levanta temprano.

Está preciosa, especialmente hermosa. Me lava la cara en la palangana, me moja el pelo con la toalla empapada y escurrida, me repeina, me repasa, traza bien recta la raya del pelo, me araña con las púas del peine una vez más, me echa un poco más de colonia y polvos de talco, me ajusta la ropa, me sacude el culo, me lleva hasta la puerta. Yo aún somnoliento, camino torpemente dejando tras de mí huellas de Kanfort negro. Puedo verme impecable, reflejado en el oscuro brillo de mis zapatos. También veo la imagen de mi madre y del señor de gris que no conozco y que dice ser mi padre. Ahora cubre su traje con una gabardina. Sus manos grandes, muy abiertas, recorren la espalda de mamá, acarician del cuello hasta las nalgas una y otra vez. Atrapan la cintura, aprietan el culo, arrebatan su cuerpo. Retozan lentas y se posan en la nuca, o tapan tiernamente las orejas, o lisonjean las mejillas mientras su boca besa la boca de mi madre. Una y otra vez, ajenos a mi presencia. Lloran o ríen, con ternura, y se abrazan con fuerza. Yo espero paciente y cabizbajo que acaben las cobas. Espero junto a una robusta maleta de piel desgastada. Está llena de etiquetas con

dibujos y palabras que no sé leer, pero que seguro suenan a lugar extraño y muy lejano. Sobre todo se repite una: Hotel. La conozco bien pues está escrita a la entrada de mi casa. Bajamos al comedor. Café, tostadas y delicadas porciones de margarina en forma de flor, miel, zumo de naranja, café para ellos y para mí un Colacao.

Desayunamos de forma un tanto precipitada. No podemos perder el tren para Madrid, ni papá puede perder su avión. Aquella palabra mágica me acompañaría ya siempre. Mi padre era aviador, volaba en extraños, ruidosos y bellísimos aparatos. Acababa de conocerle pero, al parecer, tendría que pasar mucho tiempo hasta que pudiera volver a verlo. Debía salir pitando hacia ese lugar misterioso del que anteayer había regresado. Una selva inmensa llena de cocodrilos, tarántulas, leones, elefantes, boas, jirafas, monos, escorpiones, monjas y caníbales. Todo lo que había visto en las postales.

Tenía que volver a la guerra del Congo. No sabía bien qué era una guerra, ni qué era el Congo, pero sí que estaba tan lejos que no llegaban los trenes, tal vez al otro lado del mundo, y que allí todos menos mi padre tenían la piel muy negra.

Conocí a papá ese día tan chocante, tan bello, tan lejano, y desde entonces, aun sin verle, le amé profundamente. De ese modo en que sólo se aman padres e hijos.

Un amor puro, incondicional, capicúa, inevitable. Posiblemente el más sincero y desinteresado. No hay dolores titánicos ni partos de por medio, ni carne de la carne, no crecí dentro de él, ni di pataditas en su vientre, no estuvimos unidos por un cordón de sangre. Ni siquiera nos rozamos hasta que pasaron cinco años, pero ahí estaba el amor, todo el amor, poderoso, vibrando en el corazón de un niño, en el corazón que se recoge o se expande, que late

combatiendo el miedo y la desesperanza. En el centro exacto de mi alma.

Un año después regresó herido. Vencido y angustiado por asuntos o derrotas que escapaban todavía a mi corta comprensión. Ya en España, tuvo que pasar aún otro año, yo tendría siete entonces, para que papá viniera a vivir con nosotros, conmigo y con mamá. Detrás de él dejó otros hijos, mis hermanos, otras mujeres, otras vidas. En aquellos años dolientes de la dictadura, en aquellos días dictados y sombríos, aquel gesto imprudente, la bigamia o la trigamia, de saberse, podían suponer una enorme deshonra. Un gravísimo insulto a la moralidad, lo que llenó su vida, nuestras vidas, de tristezas y desasosiegos, de añoranzas e incomprensiones, de infamias y falsedades. A pesar de todo aquel nefasto enredo, mi padre siempre fue un hombre honorable. Él, que tanto tuvo que mentir, siempre quiso creer en aquello de que «la verdad conquista el mundo». No mentía, sólo se equivocaba, esquivaba. Era sólo un crío grande, valeroso y honesto obligado a inventar historias para salvarse de una o de otra. Las temía. Las mujeres que se cruzaron en su vida, para bien o para mal, llenaron su corazón de dolor e incertidumbre. Le empujaron de una u otra manera a la mentira y la huida, al miedo en definitiva. Él, que sólo conocía el valor, que no temió a las balas, ni a las garras de los hombres o las fieras, ni al frío, el hambre o la sed, se vio doblegado por un par de damas. Aquella «verdad» que él soñó quedó apagada en ellas, en las feroces hembras. No lo pudo soportar y escapó lo más lejos posible. Pero tuvo que regresar. Casi siempre se acaba regresando.

Ahora mi padre se extingue. Mi pobre madre envejece. Mis hermanos siguen siendo imágenes difusas, personas

queridas pero extrañas. Y a mi hijo se le corroe la infancia lejos de mí, casi sin mí.

Y yo ya sólo soy una sombra de mí mismo. Lo que queda del pequeño Luis; por no ver, cierra los ojos, o finge que duerme, o rebusca en los sueños que ya no sueña. Entre la luz y la sombra que de forma inevitable llegará, no hay para mí mucha diferencia. La tristeza y la alegría ya son idénticas, dos medrosas e impotentes furcias. Poco o nada me conmueve y eso me aterra. Invento pasados para redimir el presente. ¿Quién sabe qué es real o ficticio? ¿Puede alguien decirme dónde está la verdad? Su voz canta en mi memoria. Casi todo cuanto sé lo aprendí de él, a pesar suyo. Cuantas cosas me decía papá, sin venir a cuento, sin saber de dónde venían las palabras. De su voz exótica manaban tan extraordinarias como sencillas, extrañas, infrecuentes. Adornadas siempre con la singular candidez de la naturaleza de la que provenían, en la que se fundían. Con la grandeza de la vida, de la nada, de la muerte, de los aviones y de los viajes. Luego llegó el silencio, un silencio severo, mohoso, cortante, forjado en un millón de días errados. La indiferencia se alzó entre nosotros como una verja alta y herí umbrosa, de aspecto insalvable. Pero hay instantes en los que todavía me basta con cerrar los ojos y... y estoy entre sus brazos, apoyando mi cabeza en su pecho, respirando los dos suavemente... hay momentos en los que me basta cerrar los ojos y... estoy con él, en casa, resguardado... hay momentos en los que ese inmenso sueño parece para siempre... en los que parece que ese sueño siempre ha sido así... y que así será... algún día.

De vuelta a casa, un lugar también llamado infierno

Regresé a Madrid con urgencia por reencontrarme con él, con Nadia, aunque no estuviera. Angustiado por romper tanto silencio, tanto desencuentro. Con la esperanza de reconocer aún a mi padre, a mi mujer, que los dos me reconocieran. Que los dos me perdonaran. No quedaba apenas tiempo. ¿Cómo había llegado todo hasta este extremo? No era capaz de responder esa pregunta. Aterricé en Barajas con la firme decisión de llamar a Nadia nada más bajar del avión, decirle «vuelve cuanto antes, he llegado, estoy aquí, aguardándote». Pero no lo hice. Mientras esperaba que la cinta giratoria me devolviera el equipaje, tomé la decisión de ir de inmediato a ver a mi padre. Pero tampoco lo hice. Al subir al taxi, escuché cómo mi voz daba al chófer la dirección de mi casa. En el asiento de atrás, mientras el taxista intentaba en vano entablar conversación sobre el tráfico infernal o la puta Liga, yo me iba hundiendo en las tinieblas de la incertidumbre. El niño que aún deseaba saltar al cuello de papá, dormir entre sus brazos, respirar ese aroma inconfundible que tanto me serenaba, luchaba por contener lágrimas y sollozos. No

vayas todavía, espera. No la llames. Dentro de mí, también gritaba ese perverso e ignorante adolescente que nunca supo bien a quién culpar de tantas cosas. Ese que fue guardando pequeños resentimientos, reproches negros, verdes y grises, también para su padre y su madre. Pobre idiota. Una vez en casa, encendí la chimenea, conecté la calefacción y desconecté el teléfono. Dispuse no salir de allí y no abrir la puerta a nadie. Tenía algo de comida en el congelador, quedaba algo de leña, y un cartón de cigarrillos. Era más que suficiente. En la cajita del hachís tenía una china envuelta en unos cuantos papelillos. Frente a la chimenea desmenucé el polen y lié un pitillo. Tras unas cuantas caladas me sentí embriagado y ajeno, algo más alejado de casi todo. Así pasaré unos días, pensé. Colocado y sumido en una radiante soledad, en un oscuro silencio. Pensando, escribiendo, dormitando. No conseguía llorar. Necesitaba el llanto como se necesita el vómito tras una indigestión, pero éste llega sólo cuando tu alma lo desea, jamás cuando lo llamas.

Juana, la señora de la limpieza, se llevó un susto tremendo y también me lo dio a mí. Levantó de golpe la persiana. Yo estaba medio desnudo, medio dormido, medio envuelto en una manta sobre la alfombra, frente a una montaña de cenizas humeantes que ya desbordaba la chimenea. Deduje que mi aspecto debía ser horrible por cómo me miraba.

—¡Ay!, perdóneme usted... Nadia me pidió que siguiera viniendo a limpiar una vez a la semana. Lo siento mucho, no esperaba que estuviera aquí —se disculpó—. He pensado que era usted un ladrón o un okupa de esos, ¡qué sé yo!

—Soy yo el que lo siente... No te esperaba. He vuelto antes de lo previsto —respondí cubriéndome como pude—. ¿Qué día es hoy, Juana?

—Viernes, y son las ocho. De la mañana, claro —aclaró con cierta sorna—. Vengo hecha un sorbete, hace un frío que pela y llueve.

Me dio el «parte» completo. Miré por la ventana, afuera diluviaba. Había pasado varios días encerrado, pero en absoluto me lo parecía. El tiempo a veces se revuelve contra nosotros, no se sabe si viene o va, si acaba de llegar o ya pasó. Luego se nos revela otra vez juguetón, inquieto, inabarcable, siempre dispuesto a dejarnos atrás despreciando nuestras vidas. Había perdido por completo esa noción. En cualquier caso no podía seguir un minuto más allí tumbado, escondido, dando la espalda a la situación. Juana me preguntó por Nadia, a la que adoraba.

—¿Cómo no ha venido usted con Nadia? Pensé que vendrían juntos. Me dijo que llegaría mañana, y claro, pensé...

—¡¿Qué dices?! ¿Que mañana llega Nadia? —indagué excesivamente sobresaltado, muy aturdido.

—Pues claro, a las seis de la tarde. Ya le digo, creí que vendrían juntos —respondió un poco indignada por mi ignorancia, algo preocupada y llena de curiosidad—. ¿Qué le ha pasado en la mano, es grave?

—No, no es nada, un pequeño accidente con la chimenea. —Recordé el sordo dolor que atenazaba ya todo el brazo y también todo el que guardaba mi alma—. ¿A qué hora dices que llega Nadia?

Juana, ya muy escamada, esperó en vano que aclarara sus dudas, aunque ya intuía cuanto pasaba entre nosotros. Era una mujer extremadamente lista. También muy discreta. Llevaba años viniendo a casa, nos conocía bien. Luego, sin más preguntas, regresó a su tarea. Yo deseaba más que nada volver a ver a Nadia. Abrazarla. Sentirla viva y real a mi lado, como si nada hubiera ocurrido.

Oler su presencia, volver a escuchar sus pasos por mi vida. La amaba con tal intensidad que me dolía. Estaba dispuesto a perdonar, a olvidar, en definitiva, a mirar sin remedio hacia otra parte. Pero sería mejor que fuera acostumbrándome a su ausencia. Pensar en ello me provocó un pinchazo agudo y seco bajo las costillas, en el estómago. El pulso se aceleró latiendo en mis sienes. Debía evitar a toda costa verla, de lo contrario me paralizaría. La poca determinación que me quedaba, si es que quedaba alguna, se vendría abajo. Buscaría perderme de nuevo en su remanso y ya nadie podría arrancarme de allí. Ni siquiera mi padre, al que ya olisqueaba la perra muerte. Tanto la necesitaba. Pero la parca estaba impaciente, por él, por mí. Ya no podía mirar hacia otro lado. Debía acompañar a mi padre hasta la estación con tiempo para despedirnos tranquilamente, antes que ella pusiera entre nosotros una eternidad de silencio. Corrí desnudo por el pasillo hasta el baño, temiendo toparme de nuevo con Juana. Desde mi llegada no me había aseado. Apestaba. La ducha me reconfortó y me sentí de nuevo capaz. Me sequé, encendí la radio y me afeité despacio, mirándome fijamente a los ojos. Rejuvenecía lentamente mientras Juana trasteaba por la casa al ritmo de la *Cadenza de Schnittke,* de Beethoven. Me vestí y allí dejé a los dos.

Al salir a la calle, el día seguía gris, muy triste y oscuro. En la semipenumbra, la ciudad se movía ya a ritmo de viernes. Las escabrosas fachadas de los edificios relumbraban a través de la neblina como velos sucios. La mañana se había disfrazado de noche bajo la pálida y anaranjada luz de las farolas, de los faros de los coches. Me vi avanzando acelerado, tenue y borroso, reflejado en el brillo de la acera, en el cristal de los escaparates. Una lúgubre aprensión aceleraba mis pasos; debía llegar cuanto

antes a casa de mi madre. Ella le había acogido, una vez más. No iba a permitir que papá muriera solo, lejos de «casa». A pesar de todo, de alguna recóndita manera, le quería. Al llegar frente al portal, me detuve y encendí un cigarrillo. Me sentía como quien va al encuentro del dentista. Aún di una vuelta a la manzana, caminando de forma más pausada. Intentando recapacitar, pensar con cierta coherencia. Qué antro repugnante es esta ciudad, pensé. Al regresar a Madrid siempre me invadía esa sensación. Sólo me incitaba a huir.

Al fin, demoré un poco más el encuentro con mis padres. Entré en El Corte Inglés, y gasté en la agencia de viajes buena parte del dinero que quedaba en la cuenta. La dependienta me atendió no sin cierto estupor. Dos billetes a Kinshasa, le apremié, para mañana o pasado, a primera hora, cuanto antes mejor. Alguna combinación habrá, ¿no? En primera clase, y la vuelta para dentro de un mes, justo cuatro semanas. Mejor déjelos abiertos, con la posibilidad de regresar antes si es necesario. No importa el precio. No importan las escalas, ni desde qué ciudad salga el avión. ¿Son necesarios los visados? Llamaré a la embajada. Eso lo arreglaremos sobre la marcha. No se preocupe, asumiré el riesgo. Búsqueme la mejor combinación posible. Sólo quiero volar en la mejor compañía y tener el mejor hotel una vez allí. Pasaré esta tarde a recogerlos, a última hora.

Papá y Mamá

Noto que están cicatrizando en mi alma todas las nostalgias; demasiado pronto, se están cerrando en falso. Como ellas, desdeñados, se van secando los recuerdos que guardamos de nuestros padres, las imágenes de sus rostros. Se transforman en el olvido hasta perder los semblantes del pasado, cualquier lozanía, paulatinamente. Sólo archivamos una memoria muy vaga de lo que fueron. Como si nunca hubieran sido jóvenes, tal vez bellos. Se van ajando a paso de buey y, un día, al regresar a casa, caes en la cuenta de que quien te abre la puerta es una anciana. Cuesta mirar las facciones de esa desconocida que en algo recuerda a mamá. Descubres que tu padre también se ha hecho viejo, muy viejo, y eres absolutamente consciente de su desamparo, del tuyo. Los reyes no existían, nunca existieron, y los padres que inventaron el engaño caen y mueren mucho antes que los árboles. Todo era mentira. No eran eternos, también ellos estaban a merced del tiempo, ese ser perezoso, insomne e impaciente, ese asesino. Su transcurrir, que fortalece castaños, membrillos o cerezos, consume hombres y mujeres, que apenas tuvieron tiempo de ser niños. Deberíamos pasar la infancia como alisos mecidos por el viento, vivir la larga adolescencia de los

pinos. Tener la carne de almendra y la voluntad de caoba. La piel del álamo o el olivo. Ser ciruelo, naranjo o limonero con el alma inmensa de un baobab.

Justo antes de llamar, mi madre abrió como si estuviera detrás de la puerta, agazapada, atendiendo cualquier posible regreso. Como si olfateara mi presencia, o intuyera la distancia justa que me separaba del rellano, del portón, del timbre. Me besó alborotada por la alegría de poder hacerlo, después de cientos de días esperando. Pero hijo, ¿por qué vienes siempre de tan lejos?, ¿por qué tardas tanto siempre?... Preguntaba como si yo acabara de regresar del país de *Hacetantotiempo,* un territorio tenebroso que ella conocía perfectamente. Su rostro se tiñe un instante de tristeza, pero la posibilidad de abrazarme llena de algarabía el vestíbulo y la aleja de cualquier asunto que no sea su hijo. La besé con cariño pero deseando acabar cuanto antes con aquello. Sabe que detesto tanto los reencuentros como las despedidas, pero parece haberlo olvidado. Aborrezco toda la innecesaria parafernalia y efusividad de esos instantes, unos vestidos de alegría y los otros de tristeza, aunque pocas veces sean ciertas la una o la otra. Opté por actuar como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si apenas acabara de llegar o salir de casa. Papá está durmiendo, susurró mi madre mientras entrábamos en la salita. Ha pasado unos días terribles, ha estado muy malito, pero hoy está mejor. Ahora tiene menos dolores, menos padecimientos. Pero necesita descansar.

—¿Sabe lo que tiene?, ¿sabe que se muere?

—Ya lo creo, imagínate cómo está. Es insoportable. ¡Con lo hipocondríaco que es! No lo quiere ni pensar, se engaña a sí mismo tan bien que se le olvida... quizá sea mejor así.

—No lo sé. Creo que no. Ahora no debería engañarse. Apenas queda tiempo. Mejor ser consciente, aceptar lo que

hay. Así tal vez consiga disfrutar del tiempo que le queda. Tiene ya muy poca vida entre las manos, no puede seguir tirándola de mala manera.

Como siempre que hablaba de mi padre, me descubría recriminando en él actitudes que fácilmente podría reconocer como mías. Su herencia genética era poderosa. Descubrir que podía reaccionar o comportarme igual que él, me llenaba de ira. No sólo me parecía a mi padre o a mi madre, de quienes siempre consideré sus virtudes, sino que sobre todo me veía reflejado en sus peores defectos. En todas esas actitudes que yo detestaba y que difícilmente podían evitar. Era contra mí mismo contra quien me revelaba al mirarme en ese extraño espejo, que me devolvía mi propia imagen con cerca de cincuenta años más. Para nada quería yo acabar así. Para nada quería que aquel destello, el inequívoco reflejo de una existencia equivocada, se hiciera cierto en mi futuro. Es preferible morir joven, pensé muy convencido. Me habría gustado tanto que papá fuera un padre como yo. Tal vez un día lo fue y yo no lo recuerdo. O no tuvo el tiempo suficiente para ejercer. Quizá no reparó jamás en el exacto valor, en el alto precio que se puede llegar a pagar por disfrutar del amor y la compañía de tu hijo. Por cada hora de paternidad, sobre todo cuando vienen medidas, racionadas, prestadas. Él, como yo, arrastró siempre una dolorosa gabela de culpa. La herrumbre del remordimiento nos va dejando opaca el alma, paralizándola lentamente, hasta hacerla mor ir entre lentos estertores. Yo sólo he cargado con la falta de un hijo. Cuando llegué al mundo, mi padre ya comenzaba a sufrir por otros tres. Demasiado dolor, demasiada confusión que digerir. Aún más para un espíritu tan pueril, tan frágil como el de papá. No puedo reprochar nada a mi padre, no debería hacerlo. Habría que calzar los zapatos de cada

persona para llegar a entender las verdaderas razones de sus actos, y eso es imposible.

Entré despacio en su habitación. Dormía con la radio encendida bajo la almohada, como siempre. Lejana, atenuada por el algodón, sonaba la *Rapsodia sobre un tema de Paganini.* Estaba profundamente recogido en el camastro de su zulo. Así llamaba él a la habitación que le había cedido mi madre. Un cuartito escueto, espartano, apagado y muy triste. La única ventana daba a un patio interior y apenas dejaba entrar algo de luz en los días soleados. Dormía en la que fuera mi cama cuando era niño. Aquel cuarto tenía un aspecto realmente siniestro. Hacía algo más de dos años que mamá le «había pedido» que se fuera de casa. Ya no soportaba su incipiente demencia, sus constantes manías, su infinita mala hostia. Papá se instaló entonces en una pensión dos portales más abajo. Mi madre le llevaba todos los días comida y cena, y antes de irse le dejaba preparado los aperos para el desayuno. Lavaba y planchaba su ropa una o dos veces por semana. Algunas tardes, si estaba de humor, pasaba unas horas con él viendo la tele, o salían a dar un paseo y tomar café. Sólo entraba en la casa de mi madre cuando mi hermano llevaba allí a sus hijos, por evitar que los niños visitaran a su abuelo en la triste pensión. Mamá vivía mucho más relajada, aunque a veces echara de menos las peleas con mi padre. Él seguía añorando su cuartucho y sus rutinas junto a ella. Cuando le diagnosticaron la fatal enfermedad, mamá se compadeció. Cuidaría de él lo que le quedara de vida. Era lo justo.

Al fin, papá había conseguido regresar.

Dormitaba con la boca entreabierta, pálido y liviano como una pavesa. Parecía ya muerto. Me sobrecogió pensar que tal vez ya no respiraba. Acerqué mi nariz a su leve aliento. De sus entrañas manaba un levísimo hedor a

defunción, pero aún respiraba, aún vivía. La habitación entera estaba impregnada de su fragancia, una mezcla de Williams, la loción que usaba después del afeitado, y de Patrico, la brillantina con la que siempre se embadurnaba generosamente el pelo. A pesar de ello pude distinguir claramente el aroma a muerte que también destilaba su piel. Algunos podemos oler su cercanía. Es un tufo muy sutil, turbio, dulzón, indefinido. Un hálito espeso, que en algo recuerda al olor del gas cuando se escapa o al del moho que recubre los limones cuando se abandonan. No es el pestilente olor de los cadáveres, es algo mucho más etéreo. Quien ha respirado esa terrible esencia, no la olvida jamás, y yo lo había hecho muchas veces. Sucede igual con el amoniaco o el cloroformo, quedan para siempre en nuestra memoria olfativa, dentro de nuestras narices. Sentí la urgencia de abrazarlo. Me senté en la cama junto a él, consciente de cuánto me faltaría. Los dos, él y el camastro, crujieron en un lamento oxidado. Le acaricié apenas la cabeza cuando se volvió hacia mí sobresaltado, dando un respingo innecesario. Tenía la frente helada y sudorosa.

—¡Joder!, Luisito, qué susto me has dado —bramó.

—¿Cómo estás, papá? —Le besé en la mejilla ya sin demasiada emoción. Llevaba meses sin verme, y como siempre, se comportaba como si acabáramos de hacerlo.

—¿Pues cómo voy a estar?, ¡jodido!, ya ves —respondió pensando como siempre sólo en sí mismo.

—Mamá me ha dicho que te encuentras mejor, que últimamente no tienes dolores.

—¡Qué va a decir tu madre! —replicó con desprecio e ironía—, estoy jodido, Luisito, muy jodido.

Hablaba con ese tono de cabreo infinito, que ya en él era costumbre y que tanto me fastidiaba. Era como si constantemente estuviera disgustado por algo que ni él

mismo conseguía recordar. Un tono de mala leche revenida, antiguo, perpetuo, que ya no abandonaba ni para comentar algo intrascendente, jocoso o divertido. Una modulación crispante que se había acrecentado con la edad y la sordera, y a la que daba colorido su vigorosa voz de trueno. En algo me recordaba al capitán Haddock.

Mi viejo capitán se incorporó con dificultad. Sentado en la cama a mi lado, con su camiseta de tirantes y sus calzoncillos tres tallas más grandes, aún parecía más delgado. Me levanté y le ayudé a alzarse a pesar de su resistencia a ser socorrido. Se acercó cojeando hasta la silla en la que, meticulosamente ordenada, dejaba cada noche su raída ropa. A pesar de la enfermedad, de la vejez y la cojera, su cuerpo conservaba aún cierta coherencia de la juventud. Nadie le echaría los casi ochenta que acababa de cumplir, ni diría que estaba tan enfermo. Mirándole de espaldas parecía sólo un chiquillo mal nutrido. Su cuerpo seguía siendo fibroso y muchos de sus músculos se resistían aún a la flaccidez de la carne abandonada. El cabello negro, fino y abundante, con ese brillo indeleble que le habían dejado décadas de gomina.

Mi pelo blanqueaba ya por las canas, tenía muchas más que él. Las manos fuertes y grandes, detenidas en los cuarenta, eran idénticas a las mías. Me pareció que iba recuperando el color, que estaba menos pálido. Comenzó con dificultad a ponerse los pantalones.

—Tu madre está empeñada en joderme. Ahora te dice que estoy bien y dos minutos antes, o dos más tarde, me quiere hacer creer que me estoy muriendo —se lamentó musitando, maldiciendo.

—Mamá no está empeñada en «joderte». Pensaba que habíais dejado de discutir, qué aburrimiento.

—Pero si es que con tu madre no se puede, se pasa el día chinchándome...

—Mira déjalo, estoy harto de escuchar siempre lo mismo —le recriminé tajantemente—. Se acabó, papá, ya no hay tiempo para toda esa mierda, tienes que escucharme atentamente.

—No tengo ganas de escuchar gilipolleces. Estoy hasta los cojones de tu madre, de los médicos, de todo...

—¡Maldita sea, papá! —le interrumpí alzando la voz, ya muy irritado, acabaríamos como siempre, a voces—, ¿quieres callar de una vez y escucharme? —Los dos estábamos de pie en el angosto pasillo que quedaba entre la cama y el horrible y enorme armario blanco que colapsaba la habitación.

—¿Qué es lo que quieres? —replicó impaciente, desganado.

—Ya no tienes tiempo —continué—, para nada. No tienes tiempo que perder, ¿lo entiendes? Te estás muriendo, ¡joder! Siento hablarte así, pero así son las cosas. ¿Y qué haces? Estar aquí encabronado, jodido y encabronado, como casi siempre desde hace tantos años. Lamentándote de todo. Lamentando tus lamentos, la vida que llevaste y la que no llevaste, la vida que llevas, la que te queda. Pero no haces nada, absolutamente nada por cambiarla, por cambiar tu actitud... Sí —elevé aún más el tono—, estás jodido, ¡realmente jodido! Ahora sí que lo estás. Te mueres, papá. Lo que no es tan extraño a tu edad. ¿Vas a pasar el tiempo que te quede lamentándote también?, ¿eh? Siempre que te veo sucede lo mismo. ¿Te das cuenta? Comienzo a hablar como tú, a blasfemar, a gritar y a decir constantemente jodidos tacos... ¿Dónde quedó tu educación?, ¿esa educación de la que tanto te vanaglorias? ¿Por qué demonios tienes que decir «joder» cada dos

palabras?... —Se hizo un largo silencio. Un silencio ya familiar, el que precede a los gritos con papá—. Te juro que no quería discutir, es lo último que deseo. ¿Cómo lo haces?, ¿por qué siempre me obligas a hacerlo?... O seré yo... ¿dime?

—Dos no discuten si uno no quiere. —Se volvió hacia mí soltando esa obviedad y enfurruñado como un niño—. Bueno, ¿qué coño quieres? Y perdón por lo de «coño» —añadió con ironía. Tomé un respiro para recargar mis acumuladores de paciencia, que con él quedaban casi siempre bajo mínimos.

—Quiero que te vistas de una vez. Quiero que salgas conmigo a la calle. Iremos a comprar algo de ropa para (i. Un traje elegante, beige como de indiana, eso te quedará bien. Una bonita camisa, unos buenos zapatos cómodos para caminar...

—Pero bueno, Luisito —odiaba que me llamara así, y él jamás evitaba hacerlo, o no podía evitarlo—, ¿tú te has vuelto loco? Pero si no tengo un céntimo, tengo que pedirle dinero a tu madre hasta para el periódico, que por cierto ya no me deja comprar dos, ahora sólo uno, y que me jodan... ¿Cómo voy a comprar ropa?

—¿Puedes callarte un momento? —le interrumpí de nuevo luchando por contener la voz—. Ahora yo tendría que volver a gritar, volver a discutir, pero no lo voy a hacer, no lo vamos a hacer. No alcemos más la voz ni digamos nada malsonante, ¿te parece?, ¿probamos? Ya sé que no tienes dinero, que tu pensión a medias no te alcanza. Mamá tampoco tiene demasiado, deberías agradecer que te pague el periódico y el peluquero, y los cafés, en fin. No te va a costar nada, yo voy a pagarlo todo. Ahora me dirás que yo tampoco nado en la abundancia, pero eso da igual, me importa un bledo, ¿entiendes? Venga papá, vístete de una

vez y vámonos a la calle. No sé cómo lo haces para que se me olvide que te estás muriendo, ¡joder! Vas a hacer que lo desee. —Hice una broma macabra.

—Yo no me estoy muriendo —replicó abrochándose la camisa con toda la dignidad de la que era capaz—. Me encuentro perfectamente. Como bien, voy bien de vientre, no me canso... bueno, la pierna me sigue molestando un poco, de vez en cuando, pero...

—Papá, tienes un cáncer. Odio esa palabra siniestra. Podían haber elegido otra, suena a monstruo, a cangrejo negro y feroz. Pero eso es lo que tienes desde hace más de un año: un cáncer de próstata irreparable. Aún no hay metástasis, pero llegará. Que tú no lo aceptes no te va a curar, ni va a hacer que vivas más. Con suerte te quedan seis meses, un año, no sé. Es duro pero así es. Siempre has sido un hombre valeroso... debes afrontarlo. No te queda otra.

—He leído en una revista que hay personas que han conseguido superarlo. Que los tumores pueden llegar a desaparecer adoptando una actitud positiva, ignorándolos, diciéndose a uno mismo «no pasa nada, esto no es nada, me curaré». —Decía todo aquello con nula convicción y con esa risilla nerviosa tan característica en él cuando no encontraba salida.

—Tú lo has dicho, actitud positiva. De eso te hablo. ¿Realmente crees que tú mantienes una actitud positiva?, pero si hasta hoy no has querido ni hablar del asunto, me lo ha dicho mamá. Mira papá, los que han conseguido esa proeza seguramente no estaban en una fase tan avanzada de la enfermedad y seguro que no tenían casi ochenta años. Ahora, para ti, pensar en positivo es aceptar serenamente, ser realista. Al fin y al cabo has disfrutado de toda una vida. En cualquier caso te iba a tocar pronto. Y no temas,

haremos todo lo posible para que el momento llegue suavemente, sin dolor...

—¿Cómo se puede aceptar que sólo te quedan unos meses?, ¡joder Luisito!

—Eso es lo que hay. No te queda mucho tiempo, y el que queda lo vamos a pasar juntos. Nos vamos a divertir. Siempre quise hacer contigo un largo viaje, ahora es el momento. —Dicho esto su cara se desencajó.

—¿Tú estás loco, ya estás con lo del viaje?, ¿adónde vas a ir con un viejo como yo?

—Quiero que vuelvas a África, que veas aquello otra vez. Mañana salimos para Ámsterdam y desde allí volaremos hasta Kinshasa. Leopoldville se llama ahora así, ¿sabes?, le cambiaron el nombre. Y el Congo se llama Zaire, o República Democrática, qué ironía...

—¡Claro que lo sé!, ¿crees que soy gilipollas? —replicó.

—Pasaremos allí unas semanas, dos o tres. No temas, que estaremos a cuerpo de rey, en un hotel de cinco estrellas, como dos señores. Iremos juntos a África, ¡por fin! Pasearemos por Goma, veremos qué queda de todo aquello, de aquellos lugares de los que tanto me hablaste, de Stanleyville, de Brazzaville. Recorreremos los lugares de tu pasado, de tu querida África. No puedo creer que no te apetezca regresar, llevas toda la vida añorando los años que pasaste allí. Bien, pues ahora te doy la oportunidad de volver, de verlo por última vez. Estaremos un mes como mucho. Si te apetece volver antes, antes volveremos. Dependerá de cómo te encuentres. Hasta que nos quedemos sin un céntimo. —Me escuchaba en silencio, sin mirarme, sabía que hablaba en serio—. Viajaremos, papá, sólo eso. Juntos, despacito, sin prisa, hasta donde lleguemos.

—Pero ¿tú sabes lo que puede costar eso?

—¿Quieres olvidarte del dinero?, no importa. Los billetes y el hotel ya están pagados. Tengo en el bolsillo más de un millón para gastar en lo que nos dé la gana. No es mucho pero será suficiente. Si se acaba tiraré de la Visa. Dejaré los números de la cuenta al rojo vivo si hace falta. ¡A la mierda el dinero, papá! Cuando mueras, los seguros pagarán la cuenta...

—¿Y Nadia?, ¿y el niño?, ¿y tu trabajo?, ¿lo vas a dejar todo por irte por ahí con un viejo moribundo? —empezaba a atacar por otro lado. Tomé aliento...

—Nadia y yo nos vamos a separar. De hecho ya estamos medio separados. Ella está con su familia, en Francia. Se va a vivir allí. Creo además que hay otra persona. En fin, no sé, me acabo de enterar. Aún estoy muy aturdido. Pero eso es ya inevitable. Mejor alejarme por un tiempo, no quiero verla ahora. —Mi padre adoraba a Nadia. Se quedó estupefacto ante la inesperada noticia, intentó decir algo, pero no lo hizo. Continué—: Respecto a Adrián, ya sabes, está con su madre que sigue en plan *hijadeputa,* nació así, qué le vamos a hacer. Apenas puedo verle. Tampoco él pone mucho de su parte, se ha hecho tan mayor, de pronto. Ahora sólo quiere estar con sus amigos, con las chicas, ya sabes. De eso no quiero hablar. No quiero hablar de ello. Y sobre el trabajo, lo he dejado. Nadia vino a Mauricio a pasar conmigo una semana, luego salió pitando, de improviso. Poco después me vine yo. No he hablado con mi jefe, aún debe de estar intentando localizarme, pensando que sigo allí, en la isla. He dejado tirado un reportaje de los caros. En fin, que como ves, todo va de culo. Ahora mismo lo único que me apetece es huir, escapar de toda esta mierda, ;qué mejor que hacerlo contigo, no? —Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero mi padre no se dio cuenta.

—Estoy viejo y enfermo, no puedo irme por ahí a la aventura. Necesito tener cerca un hospital, por si acaso... Además, tu madre se quedaría sola.

—No me jodas, ¿vale? No me vengas ahora con mamá, con que te importa que se quede sola. Ella estará encantada sin ti, descansando de ti. Y lo del hospital no me vale, el mundo está lleno de hospitales. Las cosas en África han cambiado desde que tú estuviste allí. Está mucho más civilizada de lo que imaginas o recuerdas. En Kinshasa hay un buen hospital. No busques más excusas. ¿Qué quieres?, quedarte aquí dándote radioterapia, asustado y aburrido, atiborrándote de pastillas, dejando que te abrasen las entrañas para nada. No se puede evitar lo inevitable. Mejor que la muerte no te encuentre rendido, tumbado o sentado en el sofá como un idiota, mirando las idioteces que dan en televisión. Olvídate —sentencié—, vas a venir conmigo aunque tenga que llevarte a rastras hasta el avión.

—¡Déjame en paz!, ¿me oyes?, ¡déjame morir en paz!, ¡déjame morir como yo quiera! —respondió lloriqueando e histérico. Buena señal tratándose de él. Reaccionaba. Aunque me partía el corazón verle así, tan humillado.

—Es lo único que quiero, que mueras en paz. ¡Maldita sea!, en paz contigo mismo, conmigo, con la vida. No sirve de nada fingir que esperarás plácidamente. No será así, no te engañes. Pasarás los días, uno tras otro, cada vez más aterrorizado, más acojonado, cada vez más inquieto. Las noches serán un infierno. No podrás dormir, ni querrás estar despierto. No dejarás de pensar en ello un solo instante. Para tu desgracia has llegado a tu edad con cierta lucidez. Si te quedas aquí, te hundirás en tu mísera existencia, en tu jodido pavor. No vas a morir en paz, ¿me oyes?, ¡no será así! —dije estas palabras con cierto tono de burla—. Hace mucho que no tienes serenidad, ¿qué crees?,

¿que vas a conseguirla ahora? Y ya estamos de nuevo gritando como energúmenos...

—Eres tú el que grita, y el que dice tacos. —Casi sollozó. Me enterneció su forma de contestar, como si tuviera doce años y respondiera a la bronca de su padre.

—Tú acabarías con la paciencia de cualquiera. ¿Cómo puedes haberte vuelto tan cobarde? —Era justo lo que tenía que decir para colmar su rabia.

—¿Yo cobarde? ¿Yo?, que luché en Brúñete y en Teruel, que tengo el cuerpo lleno de metralla. ¿Yo?, que me he pasado la vida jugándome la vida...

—Ya, ya lo sé, sé que no eres un cobarde. —Ahora sí que me recordaba al capitán Haddock, antes de partir hacia el Tibet—. Sé que te pegaron dos tiros y que te estrellaste con tu avión. Todo eso lo sé. Lo has contado diez millones de veces, como un auténtico abuelo cebolleta. Has tenido muchos cojones, sí, pero el valor del que te hablo nada tiene que ver con tus pelotas. El que necesitas ahora es mucho más sutil, mucho más humilde, mucho más difícil de ejercer. El valor de reconocerte sumido en la apatía, en la más profunda miseria espiritual. Has entregado tu vida al miedo, a la rutina, al hastío. Te hace falta valor para salir de ello, para aceptar. Tienes que intentarlo, tienes que venir conmigo, dócilmente. Tienes que hacerlo por ti y por mí. ¿Cuánto hace que no te pido absolutamente nada? Necesito a mi padre, necesito lo poco que queda de él. Es imprescindible —sollocé—. Eres un hombre fuerte, siempre lo has sido. A pesar de todo sigues siéndolo. Estás ya un poco cochambroso, pero bueno, qué le vamos a hacer. —Sonreí diciendo esto y tomándole por los hombros. Los dos sonreímos, toda una conquista—. Te vendrá bien, ¡verás!, tendrás fuerzas para hacer este viaje, el último viaje... y si te fallan, yo estaré a tu lado; no temas, no temas nada...

—Te recuerdo que tu padre todavía no es un viejo *gagá.* La cabeza y «otras cosas» aún funcionan casi como el primer día...

—Eres un viejo verde, cabrón y sinvergüenza. Seguro que sigues empalmándote como a los veinte. —Le dije mientras le anudaba los cordones de los zapatos—. Bueno, ¿qué?, ¿nos vamos? —De nuevo le afectó esa risilla nerviosa que llegaba cuando no tenía argumentos, cuando se sentía arrinconado por la razón, por una idea.

Cuando era incapaz de disimular un soplo de ternura—. Tenemos que hacerlo, papá. En serio, en broma, ¿yo qué sé? Pero hay que hacerlo ya, sin pensar. No hay tiempo. Olvida la palabra «pero», destiérrala de una vez por todas. Ahora sólo valen otras dos: «adelante, ¡claro!». Alguien me dijo una vez, y tenía mucha razón, que en esta vida hay que pararse a veces, respirar hondo y decir para sí: ¡¿pero qué cojones?! Y hacer entonces lo que te venga en gana, todo lo contrario a lo que todo el mundo espera...

—¿Quién te dijo eso? —respondió sin mirarme, mirándose al espejo, en cierto modo rejuvenecido, algo más erguido.

—Lo sabes bien. Fuiste tú. Aunque tan pocas veces supieras poner en práctica lo que predicabas a tus hijos...

Le ayudé a terminar de vestirse. Después desayunamos con mi madre. Al final conseguí llevármelo a la calle, salir a comprar algunas cosas. Charlamos y paseamos despacio, deteniéndonos frente a los escaparates. Lo primero que le regalé fue un bastón en el que apoyar su ancianidad y su leve cojera. La empuñadura era una de esas esferas de cristal que al girarla o agitarla deja caer una copiosa nevada. Dentro de la bola, en medio de la tempestad, volaba un viejo aeroplano, un DC-3. Una auténtica horterada, pero aquello le encantó y pasó el día

jugueteando con la esfera de su báculo como un niño. También le compré un traje muy elegante y unas camisas, una gabardina, un par de cómodos zapatos y unos pares de calcetines y camisetas y calzoncillos de su talla. Después de las compras, de comer y tomar un café, pasamos por la embajada. No podían tramitar los visados antes de dos o tres días, pero nos aseguraron que podíamos solicitarlos al llegar, no habría problema. Los pagamos por adelantado y extendieron la factura. Luego nos acercamos a la consulta de su médico, en la calle Goya. Me pareció oportuno que le echara un vistazo antes de partir, además necesitaríamos recetas para comprar varias cajas de sus pastillas y dosis de morfina para al menos un mes. Más tarde, después de recoger en la agencia los billetes y toda la documentación necesaria para el viaje, pasamos por el hospital Carlos III para que nos pusieran algunas vacunas. A las ocho dejé a papá en casa, agotado. Le rogué a mi madre que lo acostara pronto y que le hiciera una maleta sencilla. Pasaría a recogerlo muy temprano. Pero ¿estás seguro, hijo? ¿Os vais a ir? Le mostré los billetes imitando el vuelo de un avión con la mano. No lo dudes, le aseguré. Mi madre me miró incrédula, convencida una vez más de que su hijo estaba completamente loco.

Nadia

El hada de Luis, mala o buena, siempre fue Nadia. Una mujer indescriptible. Una llaga en carne viva que siempre escuece, que siempre atormenta... Una bellísima estrella que no deja de titilar. En su ser convivían sin dificultad lo más pueril y bobalicón con lo más aciago y perverso. Bondad y maldad eran en ella compatibles de un modo tan malévolo e imperceptible que aterraba darse cuenta de ello. Bien podía ser una mujer muy sensata, también una chiquilla desmesuradamente traviesa. Las dos capaces y dispuestas a sumergirse en el cálido mar de los pecados, de lo prohibido, de los peligros. Las dos cargadas de inocencia y maldad a partes iguales. Y como suele suceder con este tipo de hembras, capaz de torturar el alma de un hombre hasta encenderla y consumirla. Capaz de fulminarla en el ardor del deseo y en la dicha de poder amar a una mujer así.

A pesar de ser, en apariencia, poca cosa, nada más verla, uno ya deseaba complacerse en ella y complacerla, gozarla a toda costa. Alcanzado el sueño de conquistarla, era imposible contentarse en la callada «posesión» de sus afectos. Uno deseaba gritar al mundo, ¡esta mujer me ama!, ¡es mía!, aunque nada pudiera ser más impensable. Tenía

los ojos más hermosos e indómitos que uno pueda imaginar. Grandes, de un extraño verde plateado, como el mar a ciertas horas, ciertos días. Los párpados siempre algo entornados sobre una mirada miope, que parecía perdida entre las puertas del ensueño y del olvido. Un ligerísimo estrabismo colmaba la imperfección de su belleza. De ellos, de sus ojos, cuando menos lo esperabas, surgían llamitas maliciosas de apariencia enamorada, ineludibles y en algo siniestras. Nadia era una mujer de aspecto sereno, llena de ternura, con una doliente sensibilidad, y una voluble y voluptuosa capacidad de amar. Alta y esbelta, podría pasar por una discreta *top model,* o una tímida actriz, o una elegante y delgada *vedette.* Nada era tan fácil como hacerla llorar, y a pesar de ello, nada podía ser tan sencillo como, llegado el momento, que su crueldad te segara el alma mutilándola para siempre. En su voz, cualquier palabra sonaba amorosa, cándida, serena, deleitosa...

Regreso de Clermont (SINRAZONES PARA SEGUIR AMANDO)

Trepando por el viento se cruzó con el otoño. Él se acercaba lentamente mientras ella se alejaba de Clermont-Ferrand. Con la pereza con que se suele despedir el verano, pero impaciente por encontrarse con Luis. Intranquila, inquieta dentro de su cuerpo y en la butaca del avión. Había pasado ya más de un mes sin verle. Allí con sus padres, alejada del ruido, de la confusión, fundida en su ternura, el tiempo y la nostalgia cobraban para ella otra dimensión. Pero nada más despegar le asaltó la impaciencia por llegar a su lado. Durante aquel tiempo que pasaron separados, había estado constantemente yendo y viniendo a París, ocupada en los pormenores de sus nuevos quehaceres allí. Por el ventanal de su despacho en la rue Courcelles se veía a lo lejos la Torre Eiffel. Metida en faena y mirando por ella, había conseguido olvidar las preocupaciones, aplacar sus tempestuosos pensamientos. También aparcar por un tiempo los malos augurios de Luis, su pesimismo, esa agobiante forma de ver las cosas que, últimamente, mostraba sin ningún pudor...

No había vuelto a verle desde que lo dejara atrás en el aeropuerto de Port Louis, a finales de agosto. Desde ese día, durante todo ese tiempo, Luis no respondió a una sola de sus insistentes llamadas, ni a uno solo de los mensajes que dejó en la recepción del hotel. Los empleados que atendían las llamadas aseguraban que mister Vaissé salía al alba y solía regresar a su habitación muy tarde, después de anochecer. Luego, una mañana, le informaron de que partió de forma precipitada.

¿Hacia dónde? Pronto lo sabría.

Le añoraba. Le había añorado cada día de septiembre. Íntimamente. Alejarse de él no aplacó en nada su ansiedad. Todo lo contrario. Acrecentó su nostalgia de amar y ser amada. De ser amada de verdad, por él, como antes. Como un día. A pesar del hastío y la confusión que acechaban a aquel amor, hubiera querido tenerle a su lado cada instante, compartiendo la belleza de aquellos bosques, la paz de la casa de su infancia. ¡Cuánto le echaba de menos! Qué desatino todo, qué tempestad de pensamientos contradictorios.

Una noche Luis la llamó desde Londres. Fue la última vez. ¡Qué sorpresa! Pero su voz sonaba incómoda, cansada, muy abatida. Había hecho escala allí en su anticipado regreso desde Mauricio, le contó, y poco más consiguió sacarle. A él no le gustaba hablar por teléfono. Como de costumbre, no dio muchas más explicaciones. No lo reconocía en la parquedad de sus palabras. Justo antes de despedirse, Luis le confesó que su padre estaba muy enfermo, que se moría, pero que ya hablarían, le dijo. Fue una conversación seca, breve y chocante. A Nadia le pareció hablar con un extraño al que sin embargo conocía

perfectamente. No se atrevió, ni le apeteció entonces insistir más, preguntar más. Tampoco llamar a la madre de Luis, indagar. La comunicación con Amanda jamás había sido muy fluida, ni tampoco sabía qué decir, cómo comportarse o qué llorar ante ese tipo de desgracias. Ni siquiera podía imaginarlas cercanas, era incapaz de pensar en ello. Le aterrorizaban las paralizantes ideas de la enfermedad y de la muerte, de la desgracia acechando a sus personas más queridas. Creía conocer bien a Luis. Para él sería diferente, sabría afrontarlo. Era duro y estaba habituado a verla y sentirla cerca, pensó.

Los últimos días que pasó con Luis en el edén de Mauricio, transcurrieron en una chocante mezcla de ternura, culpa y compasión. Al menos por su parte. Entre la impaciencia por largarse de allí cuanto antes y la maravillosa idea de poder pasar allí, al lado de Luis, el resto de los días de su vida. Ante la certeza de amarle, se imponía muchas veces la evidencia de estar harta de amar y ser amada de ese modo. Tan dulcemente constreñida, delimitada, consumida. Es terrible languidecer en una de esas crisis de desamor frente a la persona que aún quieres con toda el alma, frente a alguien tan tierno y entregado como Luis. Tan enamorado. Insistió tanto en que le acompañara en aquel viaje que no pudo negarse. A ella no le gustaba entrometerse en su trabajo, intentar mezclar compromiso y placer, distraerle de sus ocupaciones. Pocas veces lo había hecho. Pero él le suplicó como quien está ante la última oportunidad, como si aquellos fueran los últimos días antes del fin del mundo. Nadia pensó que, tal vez, de la experiencia su amor saliera repuesto o roto de forma irreparable, su relación reforzada o definitivamente deshecha.

Los primeros días, Luis tuvo que dedicarse más a sus objetivos, a sus modelos y a sus escenarios, que a Nadia.

Pero trabajaba duro, condensaba tres jornadas de trabajo en una para luego poder dedicarle dos a ella. Nadia fue toda languidez aquellos días. Cuando estaba con él, se quedaba ensimismada mirando el mar, perdida en sus pensamientos, totalmente ajena a sus palabras mientras él hablaba y hablaba intentando reconquistarla, convencerla, tal vez, de hasta qué punto era extraordinario y bello aquel amor. En la paradisíaca Mauricio fue consciente de lo frágil que era ya aquella unión, aunque él pareciera o fingiera no darse cuenta. A la vez, crecía en ella la evidencia de que era impensable una ruptura. Le necesitaba y necesitaba estar lejos de él casi con la misma intensidad. Hubo momentos en los que se sintió hastiada, angustiada, terriblemente confundida. También hubo otros en los que cayó rendida a sus encantos y sus encantamientos. Profundamente embelesada, seducida, enamorada. Probablemente ocurrió en uno de esos instantes de apasionada y deliciosa enajenación. De improviso, mientras hacían el amor, en el instante del orgasmo, Nadia se sintió especialmente alada, repleta. Embargada por una emoción vehemente y nueva, completamente inédita, muy anhelada.

De entre todos, se cumplió en ella el sueño más soñado.

Hacía ya seis semanas que en su interior crecía lentamente un pequeño rey, o una reinecita, su altecita la reina. Luis aún no lo sabía. Debió suceder en aquel amoroso crepúsculo. Notó cómo su esencia atardecía bajando de su vientre a sus entrañas, abrasándola tiernamente. Luego, en Clermont, el resultado del test de embarazo sólo confirmó lo que ella ya había sentido tan nítido en aquel instante del nirvana. Estaba preñada de él. Por fin podría saciar su renovada sed de inocencia, de una infancia nueva, sólo

suya, plena y radiante. Nada le parecía más romántico que la maternidad.

Como si de repente el destino se desperezara, rompiendo las nubes, aclarando días e ideas, soleándolo todo, dejando atrás cualquier extravío, todo el desvarío. Así se sintió. Como cuando despiertas de un sueño lleno de malos sueños habiendo encontrado soluciones para todo. De repente la vida deja de pesar y el tiempo parece sacudirse el polvo del pesimismo, de los pésimos días transcurridos. Como quien escapa de la pesadilla. La certeza de saberse y sentirse madre le hizo tomar conciencia del cielo y del infierno. Sintió pereza y miedo, impaciencia y alegría, euforia y placidez. De improviso, todo empezaba a ir bien, mejor que bien, al menos para ella. Estaba deseando contárselo, compartir con Luis tanta buena nueva, tanta renovada ilusión. Había dejado solucionado y cerrado un nuevo y magnífico empleo en París. Algo estimulante, y aún más cuando por aceptarlo y ejercerlo vas a cobrar una cantidad indecente. Lo firmado en el contrato desbordó todas sus expectativas. Cualquier ambición quedaba satisfecha. Era el trabajo de sus sueños, pensaba una y otra vez, era ya suyo, y además, por fin tendrían dinero. Dinero de verdad, para vivir tranquilos, para dejar atrás todas las deudas, los malditos créditos, la asfixiante hipoteca, la mediocridad, la escasez. Podrían mantener la casa de Madrid y vivir en París sin problema. Su nueva empresa le proporcionaba incluso alojamiento, un apartamento precioso, enorme y luminoso en la rue de Rivoli.

Luis podría dejar de trabajar, al menos del modo en que lo hacía, pensaba. Ya no tendría que estar al servicio de nadie, de ninguna agencia, podría montar su propio estudio. Hacer lo que quisiera. O dedicarse por entero a

cuidar de la niña o el niño que esperaba. Tal vez trabajar con ella en la revista. Era un magnífico fotógrafo, y no sería difícil conseguirle ocupación. Ser directora de *Elle e* n Francia podía abrirle muchas puertas, proporcionarle muy buenos contactos.

Sus padres estaban felices con el embarazo, con que la «niña» hubiera regresado a casa bien preñada. De la noche a la mañana todo había cambiado para ella, y cambiaría para ellos. Estaba segura. Se sentía optimista y capaz, llena de energía, tocada por el poder de la persuasión. Le convencería, sin duda. Le esperaría en París y se amarían aún más en esa espera. La preocupación por Luis difuminó sus pensamientos, enturbiándolos. De tanto en tanto, ese desvelo lo ensombrecía todo. No podía dejar de pensar en él. Deseaba abrazarle, acariciarle dulcemente, tranquilizarle, darle pronto tantas y tan buenas nuevas. Empezar de nuevo. Hacía más de un año que todo se venía torciendo con Luis. Estaba más que harta de España, de Madrid, de su trabajo, del de Luis. De que pasara la vida viajando de acá para allá, de pasar tanto tiempo sin él, de que aquello les fuera separando de forma irremisible. Y ya no podía soportar a Carolina, la ex de Luis. La que no dejaba de intentar hacerles la vida imposible. La que tantas veces lo conseguía. Martirizando a Luis con las más absurdas exigencias, impidiéndole ver a su hijo, obligándole a ser sumiso, chantajeándole. Y Luis permitiéndolo, agachando la cabeza, cediendo terreno a cambio de unas horas con un hijo que posiblemente ni siquiera fuera suyo. Carolina siempre había sido una zorra. Aquello sacaba de ella a la peor Nadia. Pero no deseaba volver a pensar en todo eso.

Ahora, por fin, tendrían la oportunidad de poner tierra y agua de por medio. Y escapar de los tentáculos del rencor

de Carolina. Adrián podría ir y venir en avión tantas veces como quisiera. Le vendría muy bien viajar, pasar los fines de semana en París con ellos, alguna temporada lejos de su madre y de su país.

El último año fue complicado. Lo pasaron arrastrando pesados reproches sobre el fango de una crisis brutal. Larga y muy pesada, de la que, a veces, sólo ella se sentía responsable. Aunque eso no fuera así. Había pasado los últimos meses martirizada por el hastío y las incógnitas, por la culpa y la confusión.

Sufriendo y gozando, como pocas veces. Su entrecortada «no relación» con Luis le había conducido a un estado de rarísima enajenación. Flotaba entre lo que no deseaba ser y lo que era, entre lo que nunca había sido y lo que jamás hubiera querido ser. Perdida y sin muchas posibilidades de encontrarse. De que él la encontrara.

Todo sucedía en una interminable sucesión de emociones, de pensamientos. Aquello desembocó en una orilla lejana y solitaria, completamente ajena a Luis. Y allí, en esa orilla, Nadia encontró una Nadia que no conocía. Sorprendente, llena de aristas, capaz de desmenuzar todas las convicciones, de olvidar cualquier convencimiento. Cuanto había pensado toda una vida quedó en suspenso. No siempre somos quienes creemos o deseamos ser. Pero de improviso, la vida puede ser tan veloz como triste, o tan lenta como terriblemente dichosa. Los amantes a veces extrañan en otro amante, sin apenas darse cuenta. Y así le sucedió. Conoció a Piero. El único ser, el único hombre con el que se topó paseando por acantilados que sólo ella creía conocer. Seguramente una insensatez, pero no encontró el modo de evitarlo. Todo quedó oculto para Luis, al que para su desgracia, en ningún momento dejó de amar. Ni un solo instante, a pesar de todo.

Piero camino un tiempo a su lado por los rarísimos paisajes de su embeleso. Lugares y situaciones completamente ajenos a este mundo. Todo parecía irreal, aunque no lo fuera. Al principio ni siquiera llegó a sentirse demasiado culpable, o no encontró el momento de hacerlo. Era sólo como fantasear, como poder deleitarse en bellísimas alucinaciones. Pecar y gozar sin hacer daño a nadie. Tímida e inocente, llena de erotismo, de vida, ilusionada y bellísima. Soñando y viviendo sueños que alguien sueña y vive, pero que en absoluto te pertenecen. Pensando pensamientos que alguien piensa, extraños por completo a su vida, a su voluntad, a todo lo acostumbrado para ella. Mientras, imaginaba a Luis a salvo, ajeno a la aventura, aparcado, esperando en lo más cotidiano. «Lo cotidiano es la muerte del amor...», le había repetido Luis tantas veces, mientras luchaba por evitarlo. Qué tristeza. Cuando salía de viaje solía decirle: «alégrate, esto rompe lo cotidiano, nos mantendrá vivos y a salvo... a mí regreso nos amaremos más y mejor...».

Tal vez no le faltara razón. Pero sus ausencias fueron haciéndose demasiado densas y frecuentes, demasiado «cotidianas». Fue a finales de enero de 1995. Iba a hacer siete años que se conocían. Y en muchos aspectos, durante ese tiempo, la existencia de Nadia había dependido por entero de su relación con Luis, de Luis. Nada ni nadie se había interpuesto entre ellos. Así fue hasta que conoció a Piero. Tal vez sólo por eso, por estar metidos hasta el cuello en la maldita crisis de los siete años. Aquel pensamiento le pareció un titular para un artículo de la revista. Era apenas nada pero todo cabía en esa nada. Y ese vacío la ahogaba. Las ventanas de su amor habían quedado cubiertas de polvo de Luna, empañadas por una escarcha fina,

desafortunada. Luis partió una vez más, sin temer a la muerte.

Esa vez rumbo a Kobe, en Japón. Allí tuvo que fotografiar una vez más los infinitos rostros de la muerte. Todo el horror que dejó tras de sí un espeluznante terremoto. El temblor demolió buena parte de la ciudad y aplastó las vidas de miles de personas. Más de seis mil. Estaría allí por tiempo indefinido, un par de semanas como poco. Viajó hasta el país del sol en busca de la muerte, impaciente por llegar, con pasión, tal vez con compasión, inquieto por pisar y observar el territorio del espanto. Y como de costumbre, se fue sin mirar atrás, sin importarle mucho o nada lo que los demás pudieran sentir tras su partida. Dos días después, Nadia salió para Italia. Con profunda desgana debía asistir a un seminario de Derecho Económico en la Universidad de Milán, a cuenta de la empresa para la que trabajaba. No le vendría mal la distancia y la experiencia, sobre todo por no estar y esperar sola, una vez más.

Piero Pissetta era profesor allí. La casualidad le llevó a sustituir a un compañero para impartir clases de ese curso. Y la fatalidad le condujo a conocer a Nadia. Nada más verla quedó prendado y no paró hasta prendarla a ella. Para ello desplegó toda la maestría italiana del buen seductor. Era un hombre joven y hermoso, rubio y fornido, bien educado, divertido, apasionado, culto, elegante, delicado. Una absoluta tentación. Poseía todos los atributos necesarios para derretir la sensatez de cualquier mujer.

La primera vez que se vieron fue en la escalinata de acceso a la Facultad de Ciencias Económicas y Estadísticas, en la via della Festa del Perdono. Ella estaba sentada en uno de los escalones más altos y él no dejó de mirarla un sólo instante mientras subía todos los demás. Se acercó a ella con decisión y le preguntó aquello tan recurrente de:

«Ci conosciamo?» No, no se conocían, no se habían visto en la vida. Ella era una francesa que vivía en España y él un milanés al que no le gustaba viajar en avión y que apenas había salido de Italia. Pero *«peccato non conoscerti!»,* le respondió ella con ingenuo descaro. No, pero qué pena no conocerte, eso le soltó. Nada más cruzar sus miradas y aquellas palabras en italiano, Nadia supo que caería en sus brazos, en cualquiera de sus trampas, que él lo conseguiría, y que no habría indulgencia suficiente para ella. Nada más conocerle cedió al flirteo como una adolescente coqueta y despreocupada. Se zambulló en el afán de conquistar y ser conquistada, con ardor, sin esfuerzo, sin ofrecer la menor resistencia, sin dejar demasiado espacio a los remordimientos. Así pasaron juntos cerca de un mes, en las aulas y fuera de ellas. Fue mucho más que acostarse juntos cada tarde, cada noche. Fue algo peor que eso. Se fundieron absolutamente. Afanosos como nunca, desnudaron sus corazones, se despojaron de todo y se enamoraron perdida e inevitablemente. Pasaban las horas abrazados, cumpliéndose, derrochándose, como si el fin del mundo estuviera ya próximo, como si el tiempo y la realidad no existieran. A pesar de tanta pasión, de tan ardientes deseos, no conseguían culminar su «amor» en el sexo. Como si una extraña maldición o un tenebroso conjuro lo impidieran. Ella no soportaba la idea de que él llegara a penetrarla. Jugaban entusiasmados o inertes hasta el éxtasis, durante horas, pero sin llegar al final previsto y acariciado. Se masturbaban uno al otro, rozándose, carcomiéndose, relamiéndose. Se devoraban una y otra vez excitando aún más sus impenetrables apetitos, alentando el ansia de llegar a la verdadera posesión. Qué raro fue y qué placentero, qué febril, qué sensual. En medio de toda aquella voluptuosidad, el recuerdo de Luis, como una

indolente presencia, frenaba a Nadia sin refrenarla. Tal vez fueran los espíritus de los miles de cadáveres que le rodeaban en Kobe, o los peligros que seguro estaría corriendo, toda la incertidumbre por su suerte, el amor que aún le guardaba. Todo retenía de algún modo su erotismo, subyugaba en parte la lujuria, incomodaba sus ardientes entrañas, cohibía su incontenible deseo. Una situación absurda que, seguramente, sólo una mujer pueda compartir, comprender y experimentar. Para Piero llegó a convertirse en un juego tan inquietante como agotador, excesivamente frustrante. Un retozo que lejos de consumarse le consumía. Su hombría de algún modo quedaba una y otra vez insatisfecha. A punto estuvo de violarla en más de una ocasión, de joderla sin más miramientos, de metérsela hasta atravesarle el alma. Pero no lo hizo. Respetó la incomprensible y delirante contrición de aquella hembra divina que, además, le volvía loco en la cama, todas sus injustificadas contradicciones. Conformarse valía todo aquel placer.

Así transcurrieron los veintitrés días que duró el curso. Así hasta la primera despedida. No le confesó a Piero su inesperada inquietud, pero Nadia decidió regresar cuanto antes a la sensatez, a su hogar. Deseó apartar todo aquello de su verdadera vida. Pero no pudo, no era tan fácil. Regresó a casa, con Luis, pero tiempo después, volvió a caer en las redes de Piero. Siguieron viéndose. Muy de tarde en tarde, pero, así, de tarde en tarde, llegaron a follar, a follar de verdad, como verdaderos posesos. En algún momento llegó a sentirse despreciable por lo que hacía, pero de una forma tan insustancial que no bastaba para evitarlo. Cuando tocaba distancia, en la distancia se escribían. Sobre todo lo hacía él. Y de vez en cuando, muy de vez en cuando, se llamaban. Así fue todo. Nadia jamás se

había planteado tener un «amante», pero en eso se convirtió Piero. Con el tiempo la diversión se fue tornando agonía, incomodidad, molestia más que goce. Habían planeado pasar juntos unas semanas, en agosto. Después, pondría fin a todo aquello. Al menos lo intentaría con más fuerza, como si se tratara de dejar de fumar. Diría a Luis que se marchaba un par de semanas con su amiga Cármin. Una vez al año siempre viajaban juntas, aunque sólo fuera durante unos días. Todo sería muy verosímil. Perdida en las contradicciones, Nadia planeaba ya encontrarse con Piero en Italia. Para alisar el terreno a la farsa, iba a comentárselo a Luis, así como si tal cosa, cuando él le propuso que le acompañara a Isla Mauricio. Se quedó totalmente pasmada, sin saber qué decir. Dudó un instante, y a pesar del chasco, de sus infieles planes fallidos, fingió estar encantada con la idea. Luis tenía prioridad. No encontró el modo de lanzarse a la mentira y decirle que no. Y por fortuna o por desgracia no lo hizo. Iría con él, ¡claro!

E hizo bien. Allí, en el paraíso, Nadia reencontró por fin al Luis que más amaba. Lo mejor de él, que era tanto. Y quiso, por encima de todo, reencontrarse con ella misma. Pero el recuerdo del bello Piero seguía corriendo por sus venas, embrollándola. ¿Por dónde pasar? ¿Cómo escapar de uno o de otro? ¿Qué hacer? ¿Cómo vivir así? Esa no era vida. Todo eran verdades a medias, mentiras enteras, preguntas para las que no había respuestas coherentes. Hubo instantes en los que se sintió sucia, despreciable, abominable por soñar y pensar en Piero mientras dormía o follaba con Luis. Resolvió alejarse del abismo, no volver a saltar. Abandonar definitivamente ese otro universo que había colmado de estrellas, hechas con el serrín de la verdad deshecha. Había comenzado a abandonar la monotonía de su vida, de su verdadera vida, por la absurda

reincidencia en un amante absurdo que terminaría siendo también monótono. Se repetía aquello una y otra vez intentando persuadirse, a veces con escaso convencimiento. Al fin lo consiguió y dejó de desconocerse. Su voz interior habló con claridad. Su mente regresó a lo que todos considerarían cordura. Pondría fin a Piero y Luis jamás llegaría a saber nada de aquello. Jamás lo haría, jamás se lo diría. ¿Para qué? Iba a terminar, definitivamente. Llamó a Piero y le pidió que la esperara en Charles De Gaulle a su regreso de Mauricio a París. Nada más. Piero se comería su miedo a volar por verla una vez más: estaba tan enamorado. Cuando llegó el momento de dejar atrás el reinicio de Luis para ir al encuentro del final de Piero, su alma quedó rasgada. Pasó buena parte de las once horas del vuelo nocturno de regreso llorando.

Piero esperaba ansioso al otro lado de la puerta de llegadas, sonriente y saludando con la mano. Se encontraron, se besaron, se abrazaron, con los ánimos enfrentados. Ella agotada tras el insomnio y el largo viaje, con insuficiente coraje, penosa, recién embarazada. El impaciente, lleno de ternura, ansioso por tomarla en sus brazos, por estar entre sus piernas. Su sonrisa bajó pronto las alas, supo casi de inmediato que algo grave sucedía. Caminaron de la cintura y en silencio por la terminal. Se sentaron en un bar. Pidieron dos cafés y un par de croissants. Antes de darle tiempo a hablar, antes de que pudiera cautivarla de algún modo, clavó su mirada en él y le dijo que aquello había terminado. Fue directa, estricta, tajante. Nunca más volverían a verse, ni a escribirse, ni hablar siquiera. Jamás, jamás, jamás, jamás... repitió jamás muchas veces y en voz baja, sin parpadear, sin mover apenas los labios, suplicándole contrita que entendiera. Él la observaba en silencio, aún más compungido, con tanta y

tan cándida incredulidad en los ojos que su mirada dolía. Piero escuchó atentamente y supo que Nadia hablaba muy en serio. Apenas dijo una palabra. Ella, observando el rostro lloroso y bellísimo de Piero, se preguntó si aquellas facciones, aquellos ojos, los había visto antes, alguna vez, en un cuadro, en las páginas de un libro o una revista, en alguna película. Si alguna vez, aquel hombre, fue real y suyo. Ya no lo sabía. En ese momento, Piero le pareció sólo el personaje de un romance de poca monta, un ser ficticio por completo con el que había paseado por la angosta orilla de un mar privado. Ya no dudaba, era lo que debía hacer. Allí terminaba la historia de Piero, en un pequeño y atestado café del aeropuerto. La poderosa marea de Luis, como un tsunami, había arrasado las inciertas costas de su fantasía. Fue categórica, rotunda, impasible. Probablemente, Piero vagaría un tiempo añorándola, o tal vez no. No sería mucho en cualquier caso, eso esperaba. Era una buena persona, un hombre adorable. No merecía nada de eso.

Lo sintió por él, por Luis, por ella, por todo. Sintió haber puesto en marcha las maquinaciones de la mentira y haber manejado los engaños con tanta astucia. Sintió tan innecesaria y agotadora tarea, para haber llegado hasta ahí, hasta la tristeza y el dolor. A pesar de ello, tras aquella decisión, tras la ejecución de Piero, experimentó un gran alivio, una victoria en la derrota. Se despidieron sin grandes aspavientos. Besó los labios de aquel hombre con dulzura, levemente, por última vez. Luego dio media vuelta y se alejó de él tirando de su maleta de colores con ruedas. Se esfumó. Nada más, nada idílico. Dolía pero no miró atrás. Y a cada paso se sintió más aliviada, más ligera, renovada, más cerca de Luis. Regresaba a su amor y juntos esperarían el milagro que ya se forjaba en sus entrañas.

Aunque llegó a dudarlo, concluyó que el pequeño no podía ser de Piero, no coincidían las fechas. Sólo Luis podía ser el padre de esa enorme esperanza. Debió engendrarse en la isla, en el Paraíso Perdido. Llegó a sentirlo. Luis convertido en Adán, y ella en Eva. El diminuto embrión ya era mucho más que un símbolo, mucho más que un ser humano, mucho más que todo lo efímero y lo eterno que ella conocía.

No quedó apenas nada de Piero. Se fue de ella como vino, de improviso, de vacío. Y su sombra quedó en las tinieblas de un enredo del que escapar a tiempo. No fue una frivolidad, tal vez todo formara parte de la mala inercia humana, pensó, o de los antiguos códigos de la tribu. Piero sería siempre una confidencia incompartible, un inmenso secreto que guardar en el fondo del abismo de lo que sentimos alguna vez. Jamás debería llegar a convertirse en el inmenso error que habría podido ser. Sentía pánico ante la idea de tener que acarrear con las consecuencias. Se ama y se pierde, nada más y nada menos. Unos más, otros menos. Perdemos y amamos. Y por nada del mundo quería ella perder. La posibilidad de que Luis llegara a enterarse... seguía atormentándola. Tal vez amó a Piero, pero nunca podría compararse aquel extraño amor con el que le inspiraba Luis, tan inmenso. En medio de aquel tremendo lío, descubrió que él era esa parte de ella que siempre echaba en falta. No podía siquiera intentar suponer qué habría sucedido si hubiera sabido... Si supiera... ¿Cuánto habrían perdido? ¿Cuánto habría perdido ella? ¿De qué habría servido tanta pérdida? Qué innecesario resultaría todo. Qué ganas de borrar lo sucedido durante esos meses, de quemar las pocas páginas de ese libro que dejó a medias. Tenía la impresión de no ser la protagonista de esa pésima trama, que tal vez se lo contó un día su hermana o una buena amiga. Maldijo las torturas que impone a veces

el destino, el haber caído como una idiota en sus ardides, terminar tan enmarañada, tan confundida, tan dominada por la incertidumbre.

No guardaría de ello un placer que añorar extasiada, ni un pesar que recordar con especial tristeza. Simplemente sucedió. Le sucedió a otra Nadia, la que nadie conocía, ni ella misma. Ésa con la que no querría volverse a encontrar. Le partiría el alma que Luis pudiera sentir o haber sentido dolor o pena por ello. Que un episodio tan trivial hubiera podido separarles. El viento de un miedo irracional siguió hinchando el globo de su aprensión. Pavor a que algo ya inexistente pudiera interponerse entre ellos, alejarlos, romperlos. Debía tachar todo, cancelar cualquier pista, cualquier resquicio. Las cartas de Piero mal guardadas en la cocina pasaron por su frente congelándola. Debía llegar cuanto antes y destruirlas. Llegar cuanto antes, quemar las cartas, encontrarse con Luis, besarle, abrazarle, tranquilizarle. Acurrucarse en sus brazos y llorar en silencio. Susurrarle al oído todo está bien, mejor que bien. Decirle por fin que pronto serían tres. Que le amaba como nunca le había amado, como nunca amó. Que sentía más, que estaba más viva, más serena, mejorada. Regresar cuanto antes al reino de su amor, y hacer de él un territorio verdaderamente inexpugnable. Vivir a su lado todo el tiempo que quedara por vivir...

Aterrizó en Madrid desesperada por llegar a casa. A pesar de la hora, por una vez, el tráfico pareció no ponerse de parte de la impaciencia y sí de ella. No tardó mucho en llegar. Al entrar en la casa un silencio sepulcral le dio la bienvenida. De allí dentro salió un hálito de aire denso, garzo y oscuro que la atravesó. Como si al abrir, al empujar

la puerta, hubiera removido todo el vacío y éste le hubiera traspasado el pecho. Sintió un profundo estremecimiento, como si sus pasos avanzaran hacia una inminente destrucción, hacia un cataclismo de dimensiones insospechadas. Recorrió su espalda el escalofrío de la más honda indefensión. Entre la tenue luz que dejaban entrar las persianas, como un espectro, pudo ver a la muerte encrespada como un gato negro, recorriendo la estancia de esquina a esquina, deslizándose por las paredes, intentando esconderse sin conseguirlo. Luego desapareció siniestra y risueña, escurridiza, burlona. En el ambiente se respiraba el tufo de una dolorosa angustia, el miedo que provoca tener que mirar la realidad frente a frente y no poder apartar la vista. Aquélla no era su casa, la casa que dejó, alegre y hogareña, radiante. En el lapso de una ausencia se había transformado en una cueva húmeda y fría, en una catacumba sin fondo que apestaba a humo, a tabaco, a sudor, a daño, a partida. Se sintió derrotada. Cerró la puerta, apoyó la espalda en ella y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. Allí lloró como cuando era una niña, completamente desamparada, sobrecogida. La maestra vida le iba a pedir cuentas, lo intuía, iba a sacarla a la pizarra y no tenía hechos los deberes. Había llegado sólo dispuesta a la alegría, no estaba preparada para contemplar ruinas, las más tristes ruinas que se puedan imaginar. Suplicó a Dios su compasión, sintiéndose a su merced, como una llama al viento, como una pavesa. Al presentir la derrota, le afectó una extraña fiebre. Recorrió la penumbra del largo pasillo hasta el dormitorio y se metió en la cama vestida y tiritando. Le dolió acostarse, respirar su aroma aún impregnado en la almohada, sentir que la nube de plumas del edredón aplastaba su cuerpo. Cayó sobre él todo el cansancio, todo el peso del recuerdo

estancado en el alma y en la memoria, todo lo que en ese instante había dejado de ser suyo. Quiso ser otra. Poder regresar. Volver atrás, hasta aquel caluroso atardecer en Port Louis, poco más de un mes atrás. Deseó que la noche llegara cuanto antes, ocultar su desasosiego en ella, que se hiciera eterna su oscuridad y eterno su sueño. No tener que levantarse nunca más, no volver a despertar. Que el tiempo pasara, borrara y olvidara, sollozó a su Dios.

Perdóname Señor, rogó una y otra vez en susurros, gimoteando hasta quedar mal dormida, recogida en su dolor y en un soñar mortecino. La luna y el sol giraron por sus trémulos sueños destrozando estrellas. Ya había anochecido cuando despertó. Aterida, débil, con un terrible vacío en el estómago, por completo inapetente. Encendió todas las luces de la casa, puso en marcha la caldera y subió el termostato a treinta grados. Necesitaba calor con urgencia. Se sirvió un Orfidal, un vaso de leche y unas galletas que mojó y tragó con desgana. La muerte, como un sapo enorme, acechaba en algún lugar de la casa, agazapada, esperándola. Todo estaba ordenado y limpio. Todo normal en apariencia. Nada parecía poder justificar tan brutal y creciente aprensión. Lo único insólito en aquel decorado tan sabido eran unas cuantas cajas amontonadas en el salón. En ellas Luis había echado algunas cosas, algunos libros, algo de ropa revuelta. Un sinsentido. Se notaba que las había llenado de forma muy precipitada, movido por algún íntimo arrebato. Mirando en su interior pensó en las cartas de Piero. Saltó como un resorte y corrió por ellas hasta la cocina, pero ya no estaban donde recordaba haberlas dejado. Empezó a entender.

El orden y la limpieza no eran obra de Luis. Juana debía haber estado en la casa hacía poco, muy poco. Pensó en llamarla. Al llegar junto al teléfono encontró una escueta

nota de Juana y, dentro de un sobre cerrado, una larga carta de Luis. De nuevo sintió escalofríos...

Levantó el auricular, pero el teléfono no daba señal. Siguió el cable hasta la clavija. Estaba desconectado de la línea. Mantuvo largo rato la carta entre las manos antes de atreverse a abrirla. Pensó de nuevo en las otras malditas cartas, ¿dónde podrían estar?, ¿dónde las habría metido? Manoseó el sobre con cautela, se lo acercó a los labios y a la nariz, lo olisqueó aspirando lenta y profundamente. «Para Nadia», sólo eso había escrito. Hasta el trazo de su nombre le pareció espeluznante. Entre las minuciosas y pulcras letras de Luis, tan bellas, tan familiares para ella, entrevió un tic insólito, algo sobrecogedor... Tardó aún un rato en decidirse a rasgar el sobre y entrar en su interior.

Viernes. Octubre de 1996

Mi dulce Nadia:

Me voy y esta vez no puedo llevarte con migo. Hay viajes que uno debe hacer solo porque no están claros ni el destino ni la distancia a recorrer... Papá se muere, ya es inevitable. No le queda mucho tiempo. Menos del que yo imaginaba, tal vez sólo unos meses. No lo sé, los médicos tampoco. A pesar de todo, no puedo decir que esté mal. De momento no.

Ese viaje con él, ese con el que tantas veces fantaseé y te hablé, ya no puede esperar. Imagino lo que estarás pensando. A estas alturas es una locura, lo sé. Para cualquiera lo sería. En cierto modo también para mí, pero ya está todo en marcha, todo cerrado. Mañana a las diez salimos hacia Amsterdam, y desde allí, un par de horas después, volaremos a Kinshasa, en el Congo. Pasaremos unas semanas en lo que quede de su amada Leopoldville. Suena bien, ¿o no?

Me lo llevaré a rastras si es preciso. Siento haber esquilmado la cuenta, pero no puedo pararme ahora a pensar en ello, detenerme en las malaventuras del puto dinero. Será restituido muy pronto, créeme. No temas por eso. Las primas de los seguros de vida de papá repondrán todo lo malgastado. Tómalo como un anticipo. Quiero que vea aquello por última vez, incluso no me importaría que muriera allí. Sería un buen lugar. ¡Qué más da! Haré una pira con su cuerpo y dejaré que el gran río Congo arrastre sus cenizas y las lleve hasta el océano.

Veremos en qué acaba todo esto. Qué gran lío, y qué raro es siquiera considerarlo, ¿verdad? Nadie lo sabe, excepto mi madre. Y no sabe todo. Tampoco mis hermanos. No he querido decírselo, ni siquiera a Daniel. Si no se queda en el camino, espero estar de vuelta en un mes, más o menos. En cualquier caso, no creo que, dadas las circunstancias, el viaje se prolongue demasiado.

Siento no haber sabido... no haber podido... Lo siento todo. Créeme. Quisiera decirte tantas cosas... Sé mucho más de lo que te figuras, pero a pesar de todo... el amor y el deseo me ahogan, aún me ahogan. ¿Por qué tuvimos que separarnos? Ojalá me hubiera atrevido a seguirte hasta Clermont, hasta París. Ojalá no me hubiera apartado de ti un solo instante. Pero las cosas son como son, ¿no?

La vida muy pronto cambiará para los dos. Es necesario. Lo intuyo. Lo sé. Yo ya no necesitaré nada y tú lo tendrás todo, todo menos mi angustia y mis torpezas. Mis sentimientos ahora son demasiado confusos, contradictorios. Te amo, te condeno, te añoro, te detesto, te bendigo y te maldigo, todo a un tiempo... ¡Qué puta sensación!

Busco soñarte enamorado, pero por desgracia, desde hace unos días, apareces en todas mis pesadillas. La última fue anoche, una mala noche. Pero hoy me he levantado algo mejor. Distinto, aun siendo el mismo. Para domar a la nostalgia me he puesto a escribirte esta absurda carta. No servirá de mucho. Aún no sé si consentiré que leas esto, esta patochada. Aún no sé si la dejaré en alguna parte para que la encuentres o si la romperé en mil pedazos. Desde nuestra despedida no había vuelto a escribirte o decirte una palabra. Sólo esa antipática llamada desde Londres. No supe hacerlo mejor, ni contestar a tus llamadas. Lo siento, créeme, pero me sentía incapaz de enfrentarte, de enfrentarme a mí mismo, de enfrentarnos, parabién o para mal.

El maldito resentimiento me lo impedía. Hemos conquistado una situación insostenible, ¿lo sabes? Una realidad que niega cualquier posibilidad de amarnos. ¡Claro que lo sabes!

Sobre la mesa, frente a mí, tengo tus fotos y una vela encendida.

Pienso que así es el a mor, como esta desdichada candelilla, y que el nuestro no es muy distinto, por mucho que nos empeñáramos en creer lo contrario. Nada es eterno en él. Cuando prendemos la mecha ya lo sabemos, o lo deberíamos saber. La cera terminará consumiéndose en su lento y efusivo ardor, en su ardoroso atrevimiento, de forma inevitable. Y cuando menos se espera nos deja a oscuras, fríos, impotentes. La que tengo aquí, tal vez no alumbre ya lo suficiente para escribir a su luz otras cien palabras. ¿Qué hacer entonces? ¿Buscar? ¿Sin más remedio? Aparecerá otra candela en el cajón más inesperado, claro, y encenderemos de nuevo la cuerda encerada, posiblemente como si fuera la primera vez que

lo hacemos. Eso es amar. Nada más. Ir de corazón en corazón dando bandazos, entusiastas respingos, prendiendo ilusiones, nuevos destinos, sabiendo, sin querer saber, que todo ese monótono frenesí está abocado al fracaso. Buscar para encontrar lo mismo, una y otra vez, la misma progresión, el mismo desenlace. Y al parecer no queda otra, hay que aceptar su efímera existencia y gozar del resplandor mientras la cera se consume en el cerote. En nada me reconforta haber llegado a esta tajante conclusión.

Hay quien es feliz sin amar. Así quisiera ser yo. Pero ¿cómo?, después de haber probado tantos y tan exquisitos afectos a tu lado... El que tú y yo teníamos, esa pasión dichosa era algo inaudito. Ahora un lento desamor llueve sobre nosotros, gotea por nuestras almas y se cuela por sus mal cerradas ventanas. También, creo, está empapando estas letras. La punta de la pluma va y viene sobre el papel con la violencia de las olas de un mar embravecido. Me encrespa tener que despedirme de ti, antes de tiempo. Me convulsiona esta puta vida. Todo ese dolor que parece siempre ansioso por anularme, por tenerme. Estoy harto de andar esquivándolo, de sentir en mi nuca su olfatear, su fétido resuello.

Por eso, entre otras muchas cosas, me voy.

Hace ya demasiado, lo sabes bien, que la zozobra me persigue, que la paz no me encuentra, que no sé dónde encontrar el más mínimo sosiego. No tienes la culpa y es injusto cargarte a ti con ese peso. Si lo pienso, jamás he descansado, ni siquiera debí hacerlo durante los meses que pasé en el vientre de mi madre. Hasta llegar a ti, como un perro errante y perturbado, siempre busqué reposar en el rincón equivocado, una y otra vez. Y ahora. .. ¡maldita sea! De nuevo todo el desasosiego

acojonándome, acompañándome. Quizá no exista paz para mí. Tal vez estoy condenado a la inquietud. Posiblemente la armonía no esté a mi alcance, o no sepa alcanzarla, no sé, no sé, no sé...

Después de esto, de ti, no se puede, amar más. Eso parece.

¡Cuánto me vas a faltar!

Tú latirás lejana, ajena a lo que fue o lo que será, a todo lo que tenga que venir. Todo ha cambiado, ¡todo! Y ahora lo único inmortal en nosotros es la incertidumbre, la puta incertidumbre, las constantes preguntas sin respuesta, las respuestas a tantas cosas que no quiero preguntar. La única certeza son las tinieblas de mi ignorancia. Y para vivir hay que saber, y saber ver, y estar seguro de algunas cosas... pocas... y confiar en, ellas ciegamente. Como yo confiaba en ti.

No te entretengas más, mi amor, apenas queda tiempo. No tardes más. Ayúdame a despedazar esta pesadilla, a impedir que sea aún más real de lo que ya es. Si volví a la vida fue por ti, por ti... No puedo escribir más, ya no puedo escribir más, perdóname alma mía...

¿Habré sabido yo alguna vez hacerte feliz?

Con mucho más que todo mi amor, Tuyo eternamente.

Luis

PD. Busca dentro de la caja de madera, sobre el escritorio. Aunque no te apetezca demasiado, llama a mi madre. Te lo agradecerá, está algo confusa.

Al terminar de leer el sol se ocultó de golpe. El cielo se tornó siniestramente negro, del color de las nubes más negras. Lloró y sonrió y volvió a llorar y a sonreír y a llorar... La carta le pareció bella y despreciable, dulce y enigmática,

reconfortante y desgarradora, todo a un tiempo. Las palabras llegaron a tocar su cuerpo, acariciaron su piel, la calentaron. En su interior, la voz de Luis encogió todos sus órganos, detuvo todos sus sentidos, arrullándolos, disgustándolos, envarándolos. De repente, la esperanza y la desolación, la angustia y la alegría, el vacío y la plenitud, todo quedó convertido en un denso revoltijo dentro de su mente. Y mezclándolo todo, un cucharón de mal augurio, la certeza de que ya no volvería a verlo. Acurrucó su ceniciento corazón en un sofá intentando poner orden en sus emociones y en sus pensamientos. Deducir qué habría pasado en las últimas semanas, qué pasaría ahora por la mente de Luis, ansiando llegar a alguna conclusión. ¿Qué significaba aquella carta? Había tanta tristeza y tanto amor en sus palabras, era tan íntima. Ésa era la palabra para describirla, íntima. Incompartible. Para cualquiera podría resultar sólo un absurdo y petulante galimatías, casi indescifrable. Ella sintió tremar toda la carne, cada uno de sus huesos. El mensaje poseía el relieve de una despedida, el eco de un inevitable adiós. Poco importaba que él asegurara que el viaje no se prolongaría demasiado, que la vida iba a cambiar. ¿A qué se refería? Eran enigmas que superaban cualquier lógica, cualquier significado, al menos para ella. Luego llegó el arrebato de la impaciencia por saber, por hablar con él, con alguien que supiera de su paradero. Abrió la cajita de madera que mencionaba en la carta, pero no encontró nada dentro. Conectó el teléfono y marcó con urgencia el número de la madre de Luis. Se sintió egoísta, sin palabras. Nunca había tenido mucho que hablar con su suegra, pero tal vez ella sabría decirle, quizá supiera algo.

Su relación con Amanda jamás fue muy fluida. Simplemente se respetaban guardando largas distancias.

Ella siempre soñó ejercer su papel de madre absorbente, de fiera loba amante y protectora, pero su hijo jamás lo permitió, y de ello culpaba a Nadia. La *mamma* vio frustradas sus maternas aspiraciones de dominación desde que su hijo era muy pequeño, y en cierto modo intentaba hacer pagar a Nadia por ello. Procuraba no hablar con Amanda más allá de lo imprescindible, de lo que marcan las normas de cortesía de la nuera. Con el padre, con Alfonso, era distinto. Era todo un caballero. Seductor, bien educado, honesto, culto, un hombre elegante y parco en palabras que solía flotar ajeno a la realidad entre ingenuo y despistado. Aunque su ingenuidad y sus despistes podían llegar a enternecer o exasperar en igual medida. Era muy parecido a Luis. Desde el primer día Nadia y él conectaron a la perfección. Alfonso solía recordarle que no sólo había enamorado perdidamente a su hijo, y lo decía completamente en serio.

En el auricular los tonos se hicieron interminables. Colgó y volvió a marcar. Tal vez Amanda había salido. Las dudas y la impaciencia zumbaron una y otra vez en su oído esperando una respuesta. ¿A qué se refería Luis al decir que no guardaba rabia ni rencor? ¿Sabría lo de Piero? ¿Por qué no le había dicho antes que su padre estaba tan mal? ¿Por qué no había vuelto a llamarla? ¿Por qué tanto silencio? Alguien descolgó por fin al otro lado y ella sintió un gran embarazo...

—¿Amanda? soy Nadia, ¿cómo estás? Yo estoy en Madrid, acabo de llegar. Tu hijo me ha dejado una nota, dice que se va con su padre de viaje, que Alfonso...

—Pues sí, hija, está muy mal, se nos muere...

—¿Y cómo no me habéis llamado?, por Dios, alguien tenía que habérmelo dicho.

—Ay, hija, lo sé, pero ya sabes cómo es Luis. Me pidió que por nada del mundo te dijera nada, no quería que te preocuparas. Ya sabes cómo se pone conmigo. Lo bruto que es. Además, tú tampoco has llamado... —reprochó con cierta malicia.

—Lo sé, lo siento, he estado muy muy liada. Además, llevo mucho sin saber nada de Luis. Me llamó desde Londres y luego nada más, nada... ¿Dónde está?

—Pues se ha ido de viaje con su padre, imagina. Ya se han ido. Se lo ha llevado a África, nada menos. No deja de parecerme una locura...

—Pues sí lo es. Pero ya verás como irá bien —intenté mentir en vano—. Para ellos es importante hacer ese viaje. Luis lleva años planeándolo. Pero tienes razón, ahora es una locura. ¿Y si le pasa algo a Alfonso?

—Se lo ha llevado casi a la fuerza, la verdad es que el padre no estaba muy convencido...

—¿Te han llamado, has sabido algo de ellos?

—Nada hija, ni una palabra. Ni siquiera sé si han llegado aún. Ya me advirtió que no esperara llamadas... ¡Ya le conoces!

—Y Alfonso, ¿cómo estaba antes de salir?, ¿se encontraba bien?, ¿estaba en condiciones de viajar?

—La verdad es que no está mal para tener lo que tiene, aunque a veces le den unos dolores malísimos. Pero para irse por ahí a la aventura y tan lejos, pues no está...

—¿Y qué tiene?

—Un cáncer, hija. En la próstata, imparable según los médicos. Luisito se ha llevado un montón de inyecciones y de pastillas, todo lo que le ha recetado el oncólogo. Pero no sé. Este hijo mío no está bien de la cabeza, ya lo sabes, qué te voy a contar a ti. Mira que llevarse a su padre estando como está... Estoy deseando que vuelvan.

—¿Lo sabe su hermano?

—Qué va, hija... Tampoco ha querido que se lo dijera. Imagínate. A nadie, a nadie...

—Si no se lo has dicho a Daniel, te perdono. Veo que se puede confiar en ti para guardar un secreto.

—No debería ser ningún secreto, entre todos me van a crucificar cuando se enteren. Pero ya sabes cómo es Luis cuando se pone serio, lo cabezota que puede llegar a ser. Me hizo jurárselo y yo soy muy supersticiosa con los juramentos, le tengo miedo a romperlos. No veas qué apuro cada vez que llama alguien y pregunta por su padre... A mí no me gusta mentir, pero hija, estoy hecha una embustera.

—¿Y qué le dices a Dani?

—Pues lo que te estoy diciendo, que no sé nada. Excusas. Que el médico le ha mandado al campo a reponerse, que está pasando unos días en la sierra con su hermano Javier... Como allí no hay teléfono, pues eso...

—¿Sabe alguien que Alfonso está tan mal?

—Saben que está mal, claro. Eso salta a la vista. Sospechan que puede ser grave, pero nada más. No saben que se está muriendo, si a eso te refieres. Sólo se lo dije a Luis y él me convenció de que no dijera nada a nadie, ¿para qué? Si ya es tan mayor, si tiene que morir de todos modos. ¿Para qué amargar a nadie? Eso me dijo, y claro yo... Yo no sé qué va a ser de mí cuando se enteren todos, porque se terminarán enterando. ¡Tú fíjate! ¿Sabes qué quiere hacer Luis cuando vuelvan?, si es que vuelven... Pues organizar una cena para decírselo a toda la familia. Ya Alfonso no le ha parecido mala idea. En el fondo, padre e hijo son tal para cual...

—Pero ¿no hay nada que hacer?, ¿es seguro ya que...? Cuesta creerlo. ¿Os han dicho cuánto puede vivir todavía?

—Con seguridad nadie te dice nada, hija, ninguno parece saberlo. Me refiero a los médicos. Ya le han visto varios, y todos igual. Como es viejo, pues te andan mareando, como si eso no importara ya demasiado. Uno dice que tres meses, el otro que seis, otro que un año. ¡Ay qué asco de médicos! Para mí que no le queda mucho. Está bien de aspecto, pero hay algo en su cara, en los ojos. No sé, hija, no sé. Un horror. Da miedo pensarlo. Yo cuando me muera quiero que sea así, ¡zas!, sin darme cuenta. Que me parta un rayo...

—Escúchame, Amanda... Tengo que hablar con Luis, es muy muy urgente, muy importante que le localice.

;No te han dicho a qué hotel iban? ¿No te han dejado un teléfono de contacto, una dirección, algo?

—Nada, hija, ya te digo que no... Si yo no sé muy bien ni a dónde iban. Primero a Holanda, me dijo, creo. Luego desde allí hasta Kenia, me parece, no sé. Y al parecer tienen pensado moverse por ahí. No sé... ya sabes que mi hijo no suele decirme nunca nada... Y dime, hija, ¿qué pasa con vosotros?, ¿cómo estáis?, ¿qué sucede que andáis así, cada uno por un lado?

Pensó evasivas, aparentar que todo iba bien, decirle lo de su embarazo, que iba a ser abuela, pero no lo hizo. Silenció la buena nueva por no desconcertarla aún más, por no meterse ella en más líos. Buscó un mal pretexto para colgar y lo hizo. Nada más. Hablar con Amanda sirvió de poco o de nada, aunque en algo la sosegó. Al menos el tiempo que duró esa conversación a la que puso fin de forma tan precipitada, angustiada, compungida, balbuceando algunas palabras, seguramente ininteligibles. Después se sintió incluso más ansiosa. En algún momento sonaría el teléfono, pensó, sonará. Y será Luis desde el fin del mundo. Su dulce Luis. ¿Qué estaría él sintiendo en ese instante?, se preguntó.

No era sencillo conocer y compartir sus estados de ánimo, ni siquiera para ella. Luis era un ser hermético, demasiado impreciso, incluso para ella. Un hombre amable, sí, y en cierto modo simpático, siempre correcto con la gente que trataba. Pero poco más que eso se podía decir de él. En el fondo siempre vivía distante, ajeno a los demás. A veces parecía sentir algo próximo a la felicidad, muy pocas veces. Lo cierto es que vivía profundamente atormentado, aunque fuera en silencio. Sin decir apenas nada, sin excesivas lamentaciones, sin aspavientos, sin derrochar demasiado tiempo en penas ni alborozos. También podía pasar de un extremo a otro cuando menos lo esperabas. Podía regocijarse en algo insignificante, gozar como nadie de ello y, un instante después, caer de nuevo sumido en su recóndita tristeza, en su impenetrable amargura.

A pesar de ello, aunque pueda parecer imposible, poseía un don para hacer felices a las pocas personas que amaba de verdad. Luis, maravilloso Luis, casi siempre enajenado, absorto en su inmutable soñar, amparado en su burbuja, casi indefenso afuera, perdido en el laberinto de un mundo para él incomprensible. Si lograbas entrar en su pompa protectora, si conseguías que lo permitiera, podías descubrir cuantos prodigios guardaba Luis allá adentro. Ella lo había conseguido, ¡vaya que sí! Flotar indolente a su lado, en la incompatible atmósfera de su particular planeta, entre sueños y fantasías improbables que allí llegaban a saborearse. También había sufrido su feroz hiperrealismo, su insaciable ironía, su malsana y sarcástica crueldad hacia lo humano. Luis había desarrollado un afinado y malévolo sentido del humor, en algo tierno, como el de algunos niños, que a veces aplicaba con saña. Gracias a eso parecía sobrevivir. Para él el optimismo en exceso era cosa de cretinos, y la euforia desbordada un inequívoco síntoma de

la peor ignorancia. Hacía ya mucho tiempo que devoraba su vida esa corrosiva manera de apreciar, de percibir cuanto le rodeaba. Sin darse cuenta apenas, se alejaba de la infancia en la que buscaba guarecerse, cada vez más serio y taciturno, más loco y adulto. En Mauricio, durante aquellos días a su lado, Luis recuperó su vivaracha y deliciosa sonrisa de niño travieso. Sus ojos volvieron a chispear errantes. Pero algo en su interior, algún veneno agridulce, acechaba y le abatía de tanto en tanto, de improviso. Envejecía entonces a simple vista, y en su mirada se adivinaban los abismos de su espíritu ajado, condenado. Una preciosa alma de niño malhadada y marchita de tiempo equivocado.

A bordo, rumbo a Villa Leopoldo

Llegué con retraso, suele sucederme. Teníamos ya el tiempo justo. Pensé en pedir al lerdo taxista que nos esperara abajo, por no demorar más, pero eso sólo habría hecho más exasperante la tardanza y la huida hasta el aeropuerto. Cogeríamos otro, con un poco de suerte mucho más hábil. Subí las escaleras de la casa de mis padres a grandes zancadas y cargado con mi equipaje, una bolsa de mano y una maleta no muy pesada, sin resuello, y convencido de que papá me tendría preparado algún numerito. Seguro de que estaría aún en la cama, dormido, o en pijama, o a medio vestir, negándose, blasfemando, discutiendo histérico con mamá. Seguro de que pondría todas las pegas posibles para hacer inviable nuestra partida. Pero me equivoqué. Mi madre abrió, como siempre, mucho antes de que yo pudiera llamar a la puerta. Papá aguardaba ya sentado en su sillón orejero, bien despierto, como un chaval que espera en su primer día de escuela, con gesto impaciente, ceñudo y resignado, con el bastón que le había regalado apoyado entre las piernas. Escuchaba la radio mientras limpiaba con meticulosidad los gruesos cristales de sus gafas. Mamá le había puesto el traje nuevo, el que compramos la tarde anterior. Le había metido el bajo del pantalón y ajustado un

poco el tiro de la chaqueta, todo con gran habilidad, siempre se le dio bien la costura. Estaba hecho un pincel. Recién afeitado, muy repeinado y oliendo a su eterna colonia. Tenía buen aspecto. Junto a él, un vetusto neceser de viaje y una maletita de cuadros escoceses, escueta y también antigua, de las que cierran con una enorme cremallera alrededor. Tenía que haberle comprado una nueva, pensé, qué estúpido olvido. Del asa colgaba una etiqueta con sus datos, su nombre y su dirección. No había descuidado ningún detalle. En el fondo, pensé, estaba encantado de emprender el viaje.

La estampa me llenó de ternura. Pedí por teléfono y con urgencia otro taxi. Mientras llegaba y no llegaba, aún tuvimos tiempo de tomar con mi madre una taza de café recién hecho y unas galletas. Con aceptación, casi con nerviosismo, por increíble que pareciera, papá estaba listo para partir. Los dos lo estábamos.

Mamá, visiblemente preocupada, muy contrariada, sin dejar de regañarme no escatimó sin embargo su colaboración para que arrancáramos a tiempo. Bajamos los tres en el ascensor, luego volví a subir por los bártulos. Abajo, en la puerta, ya esperaba el coche. Esta vez tuvimos suerte con el conductor, era un mozalbete muy amable, un joven eficaz que nos llevó volando bajo y en silencio hasta la terminal internacional de Barajas. A las 9.50 estábamos facturando. Ya con las tarjetas de embarque en la mano y cargando sólo con el equipaje de mano me sentí mucho mejor, más ligero, esperanzado, casi convencido de que aquella chifladura era una buena idea. Papá parecía fortalecido. Me cogí de su brazo con cierto entusiasmo, con una mezcla de piedad y de fe en lo que hacíamos. Así, caminamos muy despacio con los pasaportes y los billetes en la mano, hasta el mostrador de embarque, casi sin

cruzar palabra, y allí esperamos el momento de subir a bordo.

A las 11.50 horas, muy puntuales, despegamos en un MD-87 de Iberia rumbo a Amsterdam. Las poco más de dos horas de vuelo hasta Schiphol fueron muy placenteras. Al poco de despegar, hablé con una de las azafatas para que preguntara al comandante si podíamos acercarnos un momento a la cabina. Papá había trabajado más de media vida en esa compañía como instructor. Casi todos los pilotos veteranos habían pasado por sus manos en los simuladores. El comandante nos invitó muy amablemente, su padre había sido amigo y compañero de mi padre. Nos presentó a su colega a los mandos, el primer oficial, un chaval joven y simpático. Charlamos un rato y tomamos un café. Luego sacaron el trasportín, un asiento que hay pegado a la puerta, entre los dos pilotos, e invitaron a papá a hacer el vuelo allí con ellos en el *cockpit.* Papá aceptó fascinado como un niño. Volver a estar allí, en la cabina de mando, frente a todos esos instrumentos que gobernaron gran parte de su vida, pareció rejuvenecerle. Me mostré muy agradecido con ellos y pedí a mi padre que, por favor, no les molestara, que se portara bien. Yo regresé a mi asiento, la cabina del MD era demasiado angosta. Miré por la ventanilla durante casi todo el trayecto intentando quedar dormido un rato, pero estaba demasiado excitado para conseguirlo. En algún lugar bajo aquel imponente manto de nubes blancas, pensé dolorido, estaría ella, tal vez mirando su reverso gris y oscuro. Por alejar de mí ese pensamiento, me puse a revisar todos los documentos, los pasaportes, los billetes, los certificados de vacunación, los bonos con las reservas del hotel y del alquiler del coche. No había tenido demasiado tiempo para comprobaciones. Una cierta inquietud me carcomía. Habíamos partido sin visas, un

enorme riesgo viajando a un país africano. En teoría, para «estancias inferiores a sesenta días», como turistas, con pasaporte válido para al menos tres meses y los billetes de ida y vuelta en el bolsillo, no era imprescindible el visado. El trámite, me aseguraron en la embajada, se podía «resolver» después de aterrizar en N'Djili, el aeropuerto de Kinshasa. Pero conociendo la exasperante burocracia africana, su acostumbrada podredumbre, cabía imaginarse muchos y muy variados problemas. En tal caso, pensé, encontraríamos un funcionario lo suficientemente corrupto dispuesto a ejercer, a aceptar unos dólares, a ser sobornado a cambio de dos permisos en regla. Ya pensaría en eso más adelante. Eran los inconvenientes de marchar con tanta precipitación. Yo estaba acostumbrado a resolver ese tipo de gestiones, formaban parte de mi trabajo. Después de aterrizar en Amsterdam, esperé a que desembarcara todo el pasaje. Una vez el avión quedó vacío, fui a la cabina a recoger a papá. Allí estaba feliz, charlando con sus colegas, recordando viejas anécdotas vividas en el cielo, mientras ellos terminaban de repasar la última lista de chequeo. En una hora volverían a Madrid, nosotros seguiríamos rumbo a África. Nos despedimos de la amable tripulación con un hasta pronto. Papá parecía otro después del aterrizaje. Me hablaba emocionado de la aproximación que acababa de hacer, de cómo habían actuado los pilotos, de cuánto añoraba ponerse a los mandos una vez más, con las manos en los cuernos y los pies en los pedales.

Así, nuestra escala en Amsterdam también transcurrió de forma muy agradable. Tuvimos tiempo de sobra para comer, cambiar dinero y hacer unas compras de última hora. Paseamos un rato por una de las mejores terminales

de Europa. Los Países Bajos pueden resultar un lugar insólito si procedes de un país tan «profundo» como España. Allí, el orden, la limpieza, la educación y la amabilidad son siempre algo exquisito, auténtico, habitual. Todo es eficacia y fluidez. También estaba entre los aeropuertos favoritos para los pilotos. A pesar de su enorme complejidad, de las numerosas pistas y las condiciones climatológicas casi siempre adversas, todo funciona como un reloj holandés, por grande que sea la nevada o por densa que sea la niebla. Además, deambulando por Schiphol, si hay suerte, puedes contemplar a algunas de las mujeres más sublimes del planeta. Mi padre no se perdió una sola de las piernas ni uno de los traseros que se cruzaron en nuestro camino. ¡Viejo perturbado! Pero estaba mucho más voluntarioso, animado, cariñoso, simpático. Nadie podría decir, viéndole así, que era un pobre anciano casi fenecido, a sólo un paso de la muerte. Dormitó un momento mientras, sentados, esperábamos dar el salto definitivo hacia Kinshasa. Finalmente, a las 16.30 horas, embarcamos a bordo de un 747 ele la KLM.

El par de asientos que nos correspondían estaba justo en el morro del gigante, en primera clase. Nos dispusimos a gozar de un vuelo de más de diez horas. Hacía muchos años que papá no lo hacía. Después de tantas horas de vuelo, de ser su forma de vida durante años, la experiencia de subir al cielo le hechizaba otra vez, le inquietaba casi tanto como la primera vez. El aparato rodó lento y silencioso hasta la cabecera de la pista. Al poco, bramó acelerando por ella hasta alcanzar la velocidad de rotación. La narizota del coloso ascendió con suavidad apuntando al infinito. Despegábamos. Las dieciocho ruedas de sus cinco trenes de aterrizaje abandonaron las tierras bajas de Holanda. Ya no

había vuelta atrás, pensé. Mi padre, sentado junto a la ventanilla, miraba abajo a través del viento, del velo sombrío de la bruma. ¿Qué pensaría en ese instante?, me pregunté. En éste no podré pasar a la cabina, ¿verdad?, me preguntó. No papá, en éste no. Desde las alturas aún pudimos ver cómo se ponía el Sol en algún lugar del horizonte. Mientras el avión trepaba con ímpetu hasta su nivel de crucero, sus ojos verdes y oscuros, lacrimosos, me observaron con solemnidad a través de los cristales de «culo de botella» de las gafas. Tomó un instante mi mano apoyada en el reposabrazos, la apretó levemente, sollozó y murmuró algo que no llegué a comprender. Estaba dándome las gracias. De nada, papá.

Después de la cena, atenuaron las luces y nos dispusimos a surcar la oscuridad que quedaba por delante lo mejor posible, lo más cómodos posible. Aunque no se había quejado en ningún momento desde que saliéramos de Madrid, le administré su consuelo de coloridas pastillas. Se levantó a hacer un pis, otro pis. Su dolencia le forzaba a intentarlo una y otra vez aunque luego sólo consiguiera echar unas gotitas. Se eternizaba ante la taza del váter suspirando y sacudiéndosela. Cuando regresamos del baño, le desabroché el pantalón, le quité el cinturón y los zapatos, la corbata, las gafas, cualquier cosa que pudiera molestarle, y le calcé unos patucos de la compañía. Ajusté su asiento reclinándolo por completo y mullí un par de almohadas para que reposara en ellas la cabeza. Una vez acostado le arropé delicadamente con un par de mantas y le mesé el cabello con ternura. En un gesto muy suyo, colocó las manos cruzadas bajo la nuca y cruzó los pies bajo las frazadas. Sonreía satisfecho en la placidez que le proporcionaban la morfina y el instante, allí recostado, regocijado, embozado, volando sereno al lado de su hijo.

Alejándose a novecientos kilómetros por hora de su tediosa rutina, de la siniestra oquedad de su vida a ras de suelo. Tal vez imaginando que así conseguiría burlar a la muerte, dejar atrás a esa tenebrosa dama encapuchada que ya recorría las calles, todas las calles del mundo, preguntando por él. El surtido de píldoras era un infalible sedante. Dormitaría varias horas seguidas, al menos eso era lo que yo esperaba. Pero aún tardó en conciliar el sueño. Mientras lo hacía charlamos quedamente sobre la vida y la muerte. «¿Habrá algo después, Luisito?, tiene que haber algo, ¿no crees?» Preguntándome esto se adormeció profundamente. Pobre papá. ¿Qué responderle? Claro que sí papá. Claro que habrá algo, le susurré. Puedes estar tranquilo, y será algo mucho mejor que esto. Yo también necesitaba dormir unas horas. Recosté mi asiento y me acomodé entre sus brazos. Pretendí ver la primera película que proyectaban en el vuelo, *French Kiss,* pero la pantalla y la modorra estaban demasiado cerca. Fui cerrando los ojos mientras Meg Ryan y Kevin Kline paseaban con la torre Eiffel al fondo. Ella Fitzgerald cantaba *I love Paris...* ¿Cómo no pensar en ti?, ¿cómo no soñar contigo?

Apenas llevábamos cuatro horas de vuelo cuando desperté sobresaltado, espantado por alguna pesadilla apenas olvidada. Ya estaríamos sobrevolando el desierto de Argelia. Pensé en tomar algo para combatir el desvelo, una pastilla que facilitara el descanso, pero no lo hice. Los pocos pasajeros que nos rodeaban dormían o lo intentaban. Una bendición volar en primera clase en trayectos tan largos como éste, pensé. Atrás, en la «clase económica», se hacinarían cientos de personas sin espacio apenas para estirar las piernas. Entre ellos decenas y decenas de «ñus»,

así llamaba mi padre a los turistas. Deseosos de aterrizar y emprender su loca carrera organizada por los ficticios escenarios de la jungla o la sabana. Ansiosos por devorar su porción de aventura africana, sin apenas saborearla. Todos ataviados con la misma estúpida indumentaria, todos disfrazados de aventureros de tres al cuarto, con sus cámaras de fotos colgando del cuello, afanados en lo único importante, captar con ellas la instantánea, la constancia de que estuvieron allí, aunque de poco les sirviera llegar tan lejos. Nada de África quedaría en ellos realmente, salvo una serie de fotografías ridículas, típicas, ramplonas, mal encuadradas y mal enfocadas. Qué lejos están los aborrecibles turistas de ser verdaderos viajeros.

Papá, inducido por los narcóticos, había entrado en un profundo sueño. Parecía ya muerto. Encendí la lamparita de lectura orientándola con cuidado de no molestarle. De tanto en tanto emitía unos leves ronquidos que parecían ser los últimos. ¿Tendría aún tiempo de confesarle el millón de sentimientos acallados que guardaba desde hacía tanto? ¿Sabría hacerlo? Saqué de la bolsa de viaje el libro que estaba leyendo, un texto sobre el Zaire que conoció mi padre, el Congo Belga se llamaba entonces. También una petaca llena de whisky de malta y un pequeño álbum con algunas fotografías de aquellos días ya tan lejanos. Di un par de buenos tragos y empecé a ojear las imágenes. Me moría por fumar un cigarrillo pero no estaba permitido en ese vuelo. El otro vicio, la otra tentación, la de volver a pensar en Nadia, era también cada vez más fuerte. Intentaba evitarlo a toda costa. La mantenía inanimada, detenida, terminantemente perdida en mi creciente resentimiento, en el férreo olvido que me había impuesto. Cada vez que ella o Adrián serpenteaban por la mente, precipitaba mis pensamientos hacia otra parte, hacia otras

levedades, con todo mi ser. Una angustia indomable se apoderaba de mí al evocarlos, un mal encantamiento al que me enfrentaba demasiado vulnerable, con el estómago encogido y el alma y los ojos apretados. Como al descender las pendientes de las montañas rusas.

Una historia de fantasmas congoleños

Mi padre ya vivía en el Congo cuando yo nací. En una de las fotos, papá está sentado en la terraza amplia y luminosa de la que entonces era su casa. La compartía con dos compañeros de su tripulación, la 206. Hombres valerosos, aventureros, gente apasionada que buscaba en África lo que en ningún otro lugar podían hallar. Por las paredes trepan enormes buganvillas de vivísimos colores, frondosas ramas de jacarandá. Es un *lodge* blanco, de apariencia lujosa y decadente. Una casa baja, de una sola planta. Un cielo plomizo parece aplastar el ancho tejado de pizarra negra que cubre el porche. La foto, imagino, se tomó desde otro chalet contiguo y cercano. ¿Quién se la haría? Se le ve a través de un enorme ventanal cuadriculado, de estilo inglés. La silla en la que está sentado y la mesa sobre la que escribe son de madera oscura, probablemente caoba. Una majestuosa maraña vegetal rodea la casa ocultando cualquier otro paisaje. Detrás, se alzan imponentes los brazos deshojados de un solitario baobab. En el pequeño jardín, el césped cuidado con esmero contrasta con la

salvaje frondosidad que lo circunda. Un sol invisible prolonga las formas, parece atardecer.

Mirar esas viejas fotografías, imágenes de hace tanto, tanto tiempo, con mi padre durmiendo a mi lado era un ejercicio insólito. Viajábamos hacia aquellos mismos paisajes, hacia aquellos territorios que seguramente ya no serían para él reconocibles. Rumbo al recuerdo y los recuerdos de ese hombre joven y apuesto que, unas décadas después, era ya sólo un bosquejo de lo que fue, un boceto que se difuminaba sin remedio. Era un tipo guapo mi padre. Un ser verdaderamente magnífico. En esa foto, viste pantalones beige y una camisa azul marino. Aquel día no se puso calcetines, sólo unos zapatos cómodos y elegantes color arena. Todo con el estilo propio del protagonista de una vieja película de los años cincuenta. Un cigarrillo cuelga indolente de sus labios, está muy moreno y el verde de sus ojos destaca profundo, aún más profundo que el espeso verdor de la selva. En el brazo derecho lleva ajustado un brazalete turquesa con dos letras blancas, «UN», United Nations. Sobre la mesa, libros, siempre libros, un cenicero de cobre lleno de colillas y dos vasos, uno con hielo, seguramente un Martini, otro que parece contener té y hojas de hierbabuena. Al lado, unos cuantos sobres y papel de carta, de esas cuartillas suaves y muy ligeras que se utilizaban entonces, con las esquinas surcadas por un avioncito sobre las palabras *Par avion - By Air Mail.* ¿A quién escribiría? Seguramente a mi madre, a mí. Lo hizo casi a diario durante años. Cartas llenas de amor, las mejores que uno puede esperar y recibir.

¿Qué hacía allí?, me sigo preguntando. Algo que todos hemos deseado alguna vez, huir. Una *cobardía* que requiere arrojo y mucho valor. El se atrevió a ser *cobarde,* a escapar de todo lo que aquí le oprimía. Era militar y se alistó

voluntario en la misión que la ONU mantenía en el Congo Belga. No se detuvo a pensar demasiado. Metió cuatro cosas en una maleta y se largó, sin más. Y no al encuentro de una vida fácil. En aquel tiempo, en aquel país, la guerra era ya tan larga, sucia y sangrienta como todas, por motivos muy similares a los que hoy las desencadenan. Le gustaba *guerrear,* apuntarse a causas que él consideraba justas, nobles. En el Congo, como en otros muchos lugares del mundo, se empezó luchando por la independencia, una insigne aspiración, pero todo acabó convirtiéndose en la repugnante batalla de unos y otros por la riqueza, por los diamantes y el oro, por el poder en definitiva.

En otra de las fotografías, fechada en diciembre, mi padre está sentado a la orilla de un lago que bien podría ser el mar. Atardece. Nada revela en la imagen que pudiera ser invierno. En el reverso, mi padre escribió:

> *Hoy ha sido un buen día, mucho menos caluroso. Me lo he tomado libre. Nus y yo hemos pasado la tarde tomando el sol en la terraza, disfrutando de esta inesperada, suave y distraída primavera; leyendo, duchándonos con el agua templada de la regadera, charlando. Unos pájaros enormes y alborotadores jugaban a perseguirse frente a nosotros, gritando en su idioma: ¡tú la llevas! Mañana temprano me tocará jugar a mí, volaré hasta Stanleyville. He dormido una reparadora siesta meciéndome en la hamaca. Os quiero tanto, os echo tanto de menos...*

Saqué de mi bolsa de mano un viejo libro de notas que guardaba de mi padre. Un compendio manuscrito de viajes, sentimientos y experiencias. El grueso cuaderno, de tapas de cuero oscuro y hojas amarillentas, guardaba también

entre sus páginas fotografías y recortes de prensa, flores secas, pequeños dibujos y notas cartográficas. Cuando despierte se lo dejaré ojear, pensé; se lo arrebaté hace años y nunca había vuelto a verlo. Aún dormía hondamente, yo seguía preso de un febril desvelo. Acaricié su frente, parecía frío. Le arropé con otra de las mantitas de avión. Rogué a la azafata que me trajera una taza de té. Recliné aún más mi asiento y, esperanzado en que llegara el sueño, comencé a leer...

En 1959 la situación en el Congo Belga era ya insostenible. Bélgica estaba harta del Congo, y el Congo más que harto de Bélgica. A principios del año siguiente, en una importante conferencia celebrada en Bruselas, las autoridades belgas fijaron precipitadamente una fecha para la libertad, el 30 de junio de 1960, una libertad que después no sería más que un dramático abandono. Durante la ceremonia del día de la independencia, en los jardines del palacio de la Nación, Patrice Lumumba habló con desprecio y resentimiento de los blancos, dejando muy claro a los europeos allí presentes, también al rey de los belgas, que los congoleños ya no serían jamás sus monos, sus macacos. Muchos flamencos llamaban así a los congoleños, sucios macacos, el peor insulto que podían proferir. Para rebajar el ambiente de tensión que ocasionaron sus palabras, el mismo Lumumba rindió también un cínico homenaje a la labor de los colonizadores belgas. Una vez concluido el traspaso de poderes, cuando terminaron los actos oficiales, en las calles de Leopoldvilile comenzó la fiesta, que durante cuatro largos días, precedería el antepenúltimo drama congoleño. La noche del 30 de junio, la mayoría de los bares y restaurantes de la capital permanecieron

abiertos toda la madrugada. Los negros celebraron con euforia la independencia por un lado, en sus locales, y los blancos ahogaron en alcohol su «derrota» por otro, en el suntuoso barrio europeo de la colina de Thysville. Ajenos aún a los sangrientos sucesos que ya se habían producido. En Leopoldville nadie imaginaba los acontecimientos que llegarían y que afectarían a África y al mundo entero.

Sólo cinco kilómetros de agua turbia y turbulenta separan Leopoldville de Brazzaville (entonces la capital del Congo Francés), en la otra orilla. La celebración fue tornándose delirio, resentimiento, odio. El ansia de venganza y el pánico se apoderaron de la ciudad. Los europeos miraban a Brazza como la única salida. Hombres, mujeres y niños intentaron refugiarse en el consulado. El embajador de Bélgica y los de otros países europeos ordenaron la urgente evacuación de todos sus ciudadanos ante la gravísima situación desencadenada.

Belgas, franceses, británicos, portugueses, todos se reunieron en Leopoldville y aguardaron angustiados una evacuación que nunca llegaba. Las mujeres y los niños comenzaron a salir hacia Brazzaville en lentísimos y abarrotados ferrys. Los europeos empezaron a ser conscientes de su situación, llegaban noticias de violentos disturbios en el Bajo Congo, en Matadi, en Boma. Se hablaba de mujeres blancas violadas, de hombres detenidos y apaleados, ejecuciones a manos de los soldados negros amotinados. El creciente nerviosismo provocó el caos, un éxodo brusco e inesperado. Todos presagiaban ya la catástrofe e intentaron huir desordenadamente hacia la costa, dejando atrás lo que tenían, sus casas, sus coches, sus animales, todos sus recuerdos y enseres. Leopoldville se hundía. Era un

barco a la deriva del que intentaban escapar miles de náufragos blancos. Algunos cadáveres fueron quedan do en las aceras, en las orillas.

El 14 de julio de 1960, ante el caos y el baño de sangre que ya parecía imparable, la ONU decidió enviar fuerzas a la zona para restablecer el orden. El día 20 llegaron las primeras tropas al mando del coronel Driss, un marroquí frío, calculador y muy eficiente. Con ese contingente de cascos azules marroquíes y canadienses, llegaron también numerosos médicos, personal sanitario, técnicos de la OACI (la Organización Internacional de Aviación Civil de Naciones Unidas), radiotelegrafistas, controladles, pilotos...

Pilotando uno de los aviones que transportó a ese contingente de Naciones Unidas, a los mandos de un Hércules C-130, una mañana neblinosa, cenicienta y pajiza, llegó mi padre hasta la flamante y desintegrada República del Congo. Tomó tierra en Leopoldville el primer día de agosto de 1960, sin imaginar que pasaría allí varios años de su vida. Era piloto militar, capitán del ejército del aire, y cuando pidieron voluntarios no se lo pensó dos veces. Solicitó la baja temporal en la milicia y firmó un sustancioso contrato con la ONU. Acababa de dejar preñada a mi madre. Yo apenas era un comienzo entonces, crecía dentro de ella cuando él se «fugó». Papá tenía ya 43 años, estaba casado y con tres hijos. Ante la llegada del «intruso», ese nuevo hijo, y la que se le venía encima, prefirió batallar en otra guerra mucho más lejana y seguramente, para él, más apacible...

La presencia de nuevas tropas extranjeras no hizo sino agravar una situación ya explosiva. Se abría una

crisis mundial de consecuencias imprevisibles. En septiembre de 1960, un coronel famoso por su crueldad, Mobutu Sese Seko, se hizo con el poder. La guerra quedó abierta en todo el país. Europa permanecía desconcertada ante un conflicto definitivamente sangriento e imparable, y achacaba el caos a la incapacidad de los africanos para autogobernarse, olvidando que el origen de casi todos sus problemas había que buscarlo en el brutal colonialismo que comenzó a finales del siglo XIX. La ONU, que hasta ese momento se había mantenido más o menos al margen, tuvo que actuar, meterse hasta las cejas en un conflicto que se les escapaba de las manos. En enero de 1961, las tropas de Naciones Unidas recibieron la orden de abrir fuego para intentar recuperar el control. El entonces secretario general de la ONU, el segundo que tuvo esa organización, el sueco Dag Hammarskjöld, convocó al Consejo de Seguridad. La guerra fría se había instalado también en el Congo Belga. Los soviéticos amenazaban a Estados Unidos, al mismísimo Kennedy, con intervenir. Mister H, que así llamaban a Hammarskjöld, fue el encargado de mediar entre rusos y americanos, para lo que era imprescindible «pacificar» el país negro. En septiembre de 1961 llegó al Congo Belga dispuesto a poner orden, con nuevos poderes y mucha más autoridad...

Un 18 de septiembre de 1961, como una más de las misiones que le encomendaban, a papá le asignaron pilotar el avión que tendría que llevar a Mister H a un destino secreto, hasta el lugar concertado para una trascendental cita. Despegaron de Leopoldville en dirección a Katanga, y desde allí, tras una breve escala, volarían hasta Ndola, al

norte de Rhodesia (lo que hoy es Zambia). Tras un vuelo tranquilo, a poco menos de mil metros de altura, descendiendo hacia la aproximación final, el aparato se precipitó a tierra. Todos, excepto mi padre, murieron en el accidente, incluido el secretario general de Naciones Unidas. Fue un verdadero milagro que consiguiera sobrevivir al colosal impacto. Pero lo hizo. Las causas del siniestro quedaron ocultas en el misterio oficial. Se especuló con que habían sido derribados por el fuego de los mercenarios, por un misil, con la posibilidad de una bomba a bordo, aunque la verdad sobre lo ocurrido sólo la conocieron el superviviente y los investigadores que analizaron los restos del aparato para averiguar lo sucedido.

Fue un sabotaje. Alguien limó cuidadosamente los cables de los timones de dirección y de profundidad del Hércules, y éstos se partieron a pocas millas de Ndola, haciendo el aparato ingobernable y provocando la tragedia. A mi padre, sus superiores le ordenaron guardar silencio y jamás contó nada, era un hombre de honor y de palabra. Durante las pesquisas alegó amnesia postraumática, eso le diagnosticaron los médicos militares. Mucho más tarde, su buena fortuna también quedaría en secreto. Oficialmente «toda» la tripulación del aparato falleció en el accidente.

Cerré el libro y miré el atardecer pensando en el laberinto que llevó a mi padre hasta África, hasta el Congo, y en el que unos años después, en el 65, encontró a su regreso a España. En el embrollo que le trajo a mi lado. Un tinglado familiar muy complejo, cuyos detalles él ya ni siquiera puede o quiere recordar. Se enamoró de mi madre, de Amanda Ardiles, una jovencita, una chiquilla veinte años más joven que él. Y jugando, jugando a seducir, la dejó embarazada. Un drama, al menos entonces, siendo él un

hombre casado, un militar de carrera, y teniendo ya tres retoños. Eran tiempos grises, muy grises, y tanto papá como su primera mujer pertenecían a familias católicas, franquistas, muy conservadoras y remilgadas. Confesar aquello supondría una convulsión, un escándalo de dimensiones insospechadas. En aquella época su situación era un horrible pecado, casi un crimen. Entre las preciosas fotografías que mi padre guardaba ocultas en las páginas de aquel libro, una me llamó la atención de forma especial. Una muy hermosa, cuarteada, en color sepia. En ella, una pareja posa ante la cámara con gesto indolente, enamorado. Están detrás de una mesa cubierta con un mantelito a cuadros. Quedan restos de una frugal comida o una cena, un salero, unas migas de pan, un par de vasos medio vacíos, una jarra medio llena de vino. La pared tras ellos es de madera, debe de ser algún mesón, o un restaurante coqueto. Él apoya el codo sobre la mesa y el mentón en su mano derecha. Entre los dedos un cigarrillo humeante del que a punto está de caer la ceniza. Sonríe levemente, con cierta desgana, mirando directamente al objetivo, desafiante. La otra mano aparece sobre el hombro de ella, que acurrucada en él mira al futuro con una candidez extraordinaria, entregada al amor, a la embriaguez, a los desvelos. El viste americana y polo oscuros. Ella una rebequita y un suéter pálidos. Tal vez fuera cierto, tal vez entonces estaban locamente enamorados. Hacían buena pareja. El repeinado, gallardo y elegante, como un actor de cine americano, una especie de Cary Grant a la española. Ella bellísima, como una joven estrella. En la foto acababa de cumplir veinte años, dulce, fresca e intacta como una manzana recién arrebatada a la rama...

Mamá apenas fue a la escuela, tuvo que trabajar desde muy pequeña. Era muy ignorante pero también muy perspicaz, muy vivaracha. Divertida y cantarina, una flor curiosa. Papá ya había pasado los cuarenta, y era todo un galán, educado, elegante, pícaro y muy amoroso. Un seductor, un aviador que no tardó en conquistar a la ingenua y jovencita empleada del quiosco del aeropuerto, en el que cada día él compraba el periódico. Así se conocieron, en Barajas, que entonces era poco más que un proyecto que crecía. Mi padre había tenido algunos líos de faldas, aventuras «extramatrimoniales», pero con ella la cosa fue distinta. Al parecer se enamoró de verdad, quizá por segunda vez.

Veinte años antes, conquistó a quien se convertiría en su primera mujer casi por un envite con los amigos, por la honra, sin pensar demasiado en el posterior compromiso. Marcia, que así se llamaba, era una de las damitas más codiciadas de Madrid. Culta, rica, de buena familia, una belleza lánguida y de alta alcurnia. También una codiciada presa para cualquiera que, como mi padre, se jactara de ser infalible en las batidas del amor. Y la consiguió, por encima de no pocos pretendientes. Pero no la amaba ni llegó a hacerlo, al menos no como él había soñado siempre amar, y aquello le convirtió en el cazador cazado. El día de la boda, justo antes de salir de la sacristía hacia el altar, se abrazó al cura y estalló en un incontenible y desesperado llanto. El desconcertado sacerdote intentó consolarle y disuadirle de seguir adelante con aquella farsa. A pesar de ello no supo decir no. Era un hombre de palabra, un capitán, un caballero. Además, contaba la presión, el compromiso con la sociedad, con la institución a la que servía, con las familias de los dos. Todo era demasiado

fuerte, forzado. Pero lo asumiría. ¿Cómo dar marcha atrás, cómo explicar que había llegado hasta allí por un estúpido acto de fanfarronería, por una apuesta absurda?

Ella le amaba con furia y él se casó manso, entregado, sin pensar en las consecuencias, no había otro remedio.

Así comenzó una vida de orden, infidelidad y rutina, como la de tantos, como la de casi todos. Pronto fueron llegando los hijos, para alegría de todos. Cuando comenzó a flirtear con mi madre ya tenía dos niños y una niña. Conocer a mi madre le condujo irremediablemente a mantener una doble vida, llena de obligaciones sin sentido, de zonas ocultas, de mentiras a las que se abandonaba buscando la posibilidad de un nuevo e inconfesable amor. Entre los tres se estableció una increíble relación. Vivía con su mujer y sus hijos en una lujosa casa del centro de Madrid, en la calle Velázquez. En esa misma casa, durante un fin de semana en que su familia estaba fuera, me concibieron a mí.

Aquella situación llegaría a ser insostenible.

Amanda, mi madre, era la más pequeña de ocho hermanos, la única hembra. Su padre, albañil, un hombre recto y honesto donde los haya. Pobre y rojo, como para él debía ser. Su madre, una mujer dura, seca y silenciosa, que afrontaba sin un lamento cualquier infortunio, cualquier tristeza. Era una familia de una humildad cercana a la penuria, en la que no había lugar para bobadas o fantasías. Aunque Amanda consiguió ocultar durante un tiempo su embarazo, los cambios en su menudo cuerpo terminaron haciéndolo evidente. Todo a pesar de las prietas fajas que gastaba para ocultar su creciente barriga. ¡Así nací yo!, oprimido. Cuando todo quedó al descubierto, a su padre, mi abuelo, se le partió el corazón. Su única hija preñada de un señorito facha, de militar cabrón y fascista. Aquello era

demasiado para un alma tan encarnada como su sangre. Después de cruzarle la cara, juró no volverla a ver jamás y la echó de casa. Su madre calló y lloró en silencio. Amanda se vio en la calle, sin remedio. Encontró cobijo en casa de una amiga, Ofelia, una chica algo mayor que ella, muy independiente, muy moderna para la época. Vivía en una buhardilla frente al parque del Retiro, amancebada con un artista barbudo y excéntrico tras haber abandonado a un marido estúpido.

En esa casa nací yo, en la semiclandestinidad.

Cuando papá se enteró de que mamá estaba embarazada, el escándalo ya era público entre todo el personal del aeropuerto. Casi todos sabían ya que el gallardo piloto se había liado con la gentil quiosquera y que, además, la había dejado preñada. ¡Qué sinvergüenza! ¡Qué golfo! ¡Qué zorra! Tarde o temprano su mujer, Marcia, también se enteraría. La noticia iba a correr como la pólvora. ¿Cómo podía ese pobre estúpido engañarla con la hija de un albañil, un jodido rojo que incluso había pasado por Carabanchel? Todos acabaron enterándose. También en la milicia, donde, al capitán, comenzaron a hacerle el vacío y la vida imposible. La familia de mi padre no pudo asimilarlo y le dio la espalda al unísono. Sólo uno de sus hermanos supo, en cierto modo, entenderlo. Tampoco la de mi madre. Su padre y sus hermanos concebían encontrar al tal Alfonso para darle una paliza de muerte.

La malaventura a veces no se colma. Para remate de males, todo se agravó cuando Marcia confesó a mi padre (y no en un acto de despecho) que también ella estaba embarazada del que iba a ser su cuarto hijo. Así las cosas, para papá la mejor solución era quitarse de en medio, al menos durante un tiempo. Sumido en un brutal aturdimiento encontró, por casualidad, la que le pareció

una buena escapatoria a la crisis. En el pasillo que conducía a su despacho, clavada en uno de los tablones de la oficina de control de tráfico aéreo, encontró la salida que buscaba, la única que podía tomar. La OACI necesitaba personal de vuelo para una misión de paz en África Central, en el Congo Belga. Pensó en cuántos miles de kilómetros separaban aquel lugar de Madrid. Y sin pensar más se puso a ello. Pasó todo aquel día en el Ministerio del Aire haciendo papeleos, rellenando formularios incomprensibles. Luego pasó los reconocimientos médicos, le acribillaron a vacunas y tuvo que contestar decenas de formularios que le parecieron complicadísimos, pero no tanto como su insólita situación. Salió de allí con un contrato bajo el brazo y un nuevo destino para su malograda vida. En sólo cuarenta y ocho horas partiría hacia Leopoldville. Le habían asignado pilotar uno de los Hércules C-130 con base en ese aeropuerto. Su misión allí no estaba muy clara, pero eso no tenía la más mínima importancia. Tampoco le pareció un inconveniente que en aquel ignoto país, la caza a los europeos se hubiera convertido en deporte nacional, en algo casi indiscriminado y demasiado cotidiano. Había obtenido un pasaje para un lejano infierno, pero sentía una tranquilidad pasmosa, un inmenso alivio. Se sintió feliz. Papá siempre fue experto en eludir los problemas, en apartarlos, sin maldad, sencillamente poseía un mecanismo mental para hacerlo sin demasiados remordimientos, con enorme y sincera inconsciencia, con regocijo. Para él, mucho más peligrosas que las calles de cualquier ciudad del Congo, eran las de Madrid. Y para qué hablar de su propia casa, de sus despachos en el aeropuerto o en el cuartel. Sin el respaldo económico de la familia de su mujer, y desheredado por la suya, con todo aquel desprecio, el futuro era más que incierto. Realmente su paga de militar no daba para mucho.

Pronto estaría sin un céntimo y aquel contrato que acababa de firmar, además, le permitiría mantener cuatro bocas y acallar así (al menos en eso) a todos los que le repudiaban. Era un hombre honorable, por encima de todo. Y lo cierto es que casi todo el dinero que ganó arriesgando su vida en el tenebroso Congo lo fue enviando a sus dos familias en España.

No encontró ni el tiempo ni el valor para dar explicaciones a unos o a otros, para despedirse bien o mal. Sólo un buen amigo y compañero fue a despedirle al pie del DC-7 que le llevaría hasta África. A él le confió una carta que debía entregar a mi madre una vez hubiera partido. Le suplicó que se la entregara en persona, que intentara esperanzarla de algún modo, que intentara hacerle entender lo imposible. Esa misma mañana, en la que se disponía a despegar a bordo de un avión, había quedado con ella en una terracita a orillas del estanque del Retiro. Llévasela, le suplicó. Acude tú a la cita. Habla con ella. Dale algún consuelo. Intenta explicarle.

Ella, pobre inocente, estaría esperándole en el parque sin sospechar que él jamás acudiría, que no volvería a verle hasta pasados cinco años. Su amigo, sin duda un gran amigo, aceptó el terrible mal trago de entregar aquel sobre a Amanda, de tener que consolarla, si eso llegaba a ser posible. Y en efecto, allí donde habían quedado, bajo la arboleda, en ella aguardaba ingenua e impaciente, entre la calma y la ansiedad, entretenida en dar de comer migas de pan a los pájaros que rodeaban sus pies, a los patitos del lago que se aventuraban hasta la candidez de sus manos puras.

Mientras recordaba aquella historia, mi propia historia, amores y desamores de otros tiempos, de otras vidas, los giros del azar que habían dado lugar a mi existencia,

mientras miraba aquellas fotos en blanco y negro, el sueño fue venciéndome. Necesitaba dormir, echarme una gran siesta, repararme en ella. Guardé las fotos entre las páginas del libro y el libro dentro de la bolsita del respaldo. Comprobé que papá seguía recogido, que respiraba tranquilo, y me acurruqué en mi asiento. Muy pronto, la esfera en la que proyectamos los sueños comenzó a resplandecer, a destellar en lentos y desvaídos colores...

Mi padre, sentado en su terraza africana, bebe a sorbos un Martini y escribe con delicadeza en el reverso de una postal ya timbrada. La primera que papá me enviaría desde allí. En el sueño, a su lado, incorpóreo, yo le miro con ese brillo en los ojos que sólo tienen los ojos de los niños. Como quien mira sin poder tocar un rarísimo hallazgo, un altísimo racimo, una roca lunar, la mismísima piedra Rosetta. De improviso, como si él pudiera verme, mi padre gesticula como lo hacen los magos, y ¡zas!, sonríe y finge arrancar al día, al cielo, un trocito de su luz y colocarlo suavemente sobre mi frente. Después, toma mis manos y pone en ellas la tarjeta que acaba de escribir.

Aún la conservo como una preciosa reliquia. Pude verla en el sueño con mayor claridad y viveza que en la realidad. Era como si en la superficie de la colorida cartulina las figuras cobraran vida y movimiento. En esa foto, un grupo de guerreros africanos, todos ataviados con taparrabos o faldillas de vivos colores, bailan al son de los tambores con los pies descalzos. Los llevan pintados de blanco hasta por encima de los tobillos, pareciera que usaran calcetines. El contraste con la oscura piel da a las piernas el aspecto de las patas de un1 caballo, de una cabra, de un okapi. De sus anchos cuellos cuelgan decenas de collares, colmillos color escarlata y marfil, un millón de cuentecillas con todos los matices del arco iris. En sus rostros, negros como la noche,

ojos muy abiertos y blancos. En la piel, inquietantes trazos rojos y blancos, pinturas de guerrear. De sus cabezas caen sinuosos pelajes teñidos de almagre, frondosos plumeros arrancados a extrañas aves del paraíso, gotas de sudor resplandeciente. Engarzados en sus orejas, larguísimos pendientes, ristras de pequeños bolillos que cuelgan como encajes decorando sus esbeltas figuras. Detrás, el cielo enjaulado tras las ramas de árboles inmensos y un millar de pájaros levantando el vuelo. En una de sus manos, los guerreros llevan largas lanzas en las que han ensartado colas de animales. En la otra, escudos curtidos en pieles de cebras o leones, cada uno diferente, cada uno engalanado con representaciones irrepetibles. Danzan de forma frenética, radiantes, arrogantes, desafiándome, desafiando al pequeño que les mira desnudo, y tan fascinado como aterrorizado... El sueño se apagó ahí, en esos desvaríos. Ya no recuerdo más. Llegado a ese punto, arrullado por el ronronear de los motores del avión, debí perderme, por fin y definitivamente, en los tenebrosos abismos de un verdadero letargo.

Descubriendo a Nadia

Desperté después de un par de horas de visiones confusas, más o menos reparadoras, desorientado, despistado, ansioso por encender un pitillo, con la boca seca y muy pastosa. Al abrir los ojos, pasearon por mi pensamiento Nadia y mi hijo Adrián. Una angustia indomable se apoderó de mí otra vez. Como casi siempre. Los aparté una vez más de mi mente, rogándoles que tuvieran piedad, que no regresaran. ¿Qué pensaría Adrián de todo esto, de las locuras de su padre? Y Nadia. ¿Cuánto estaría sufriendo ahora por mí, por nosotros? Sólo ella conocía los más recónditos recovecos de mi alma. Si alguien podía comprender mi proceder era ella, aunque eso no le estaría ahorrando, seguro, sufrimientos y una terrible intranquilidad.

Conocí a Nadia en París, a orillas del Sena, en la ribera de un verano inclemente, bochornoso, que ya se extinguía en su propia sed de invierno. A pesar de la extraordinaria luz que alumbraba esos días, todo se iba apagando en mi interior, a mi alrededor. De eso hacía ya ocho años. Ocho trazos, lapsos de tiempo breves, desertores, que ahora vistos desde las alturas, me recordaban la larga v gozosa existencia vivida a su lado. Ella tenía entonces apenas

veinte años y unos ojos que superaban cualquier posible significado de la palabra belleza. Estaba sentada en el Café de Les Prodiges, en la Plaza del Alma. Yo deambulaba por allí mirando a través del objetivo de mi cámara, plenamente absorto en el trabajo, completamente ajeno al encuentro que se avecinaba, con su mirada, con su alma prodigiosa. Yo había llegado a París unos días antes, tres o cuatro, no recuerdo, con el encargo de fotografiar algunos museos para ilustrar dos libros, *Arte en París y París todavía.* Dos ejemplares de una lujosa colección. Ediciones extremadamente cuidadas con muchas y buenas fotos, eso esperaba yo, y con textos de algunos selectos escritores. Aquella mañana, la luz, como ella, parecía perfecta. El cielo amaneció teñido de un azul impecable, moteado de algodones blancos, inmaculados, precisos. Tras una noche de tormenta y aguaceros, todo el entorno había cobrado un brillo y un relieve espectacular. La vida y la ciudad relumbraban de forma insospechada dispuestas a embelesar, presumidas, vanidosas, a punto para la inmortalidad. Fascinado, decidí fotografiar primero algunos exteriores, algo que solía posponer hasta el atardecer. La edificación del antiguo Museo de Arte Moderno se recortaba imponente ante el asombroso ciclorama matinal. Busqué la mejor composición para la sobria arquitectura fascista. Me preguntaba cómo una construcción tan simétrica, tan parca' tan huraña, podía haber albergado en tiempos tanta creatividad, tanta libertad artística. Me hubiera gustado componer con la torre Eiffel desenfocada, omnipresente, pero quedaba detrás de mí, ajena a mis deseos, a mis encuadres. Majestuosa, altiva, cortejada por esos restos de nubes bajas. Tras fotografiar el museo desde varios ángulos, con diferentes ópticas, insatisfecho por el resultado, decidí retratar escenas de calle en los

alrededores. Personas o personajes. Ensimismados parisinos que iban y venían con prisa o parsimonia. Desmonté la cámara del trípode, se lo pasé a mi asistente para que lo metiera en la funda, y cambié el angular por un teleobjetivo. Cargué un nuevo carrete de treinta y seis fotos, un 800 ASA. Comencé entonces a ojear a través de la lente, a disparar mi Nikon para resarcirme del fiasco con el edificio grisáceo. Fue entonces cuando la vi por primera vez. Mi ojo derecho deambulaba buscando gestos, instantes precisos, preciosos relámpagos de vida en personas completamente desconocidas. Una niña que correteaba tras un gato encrespado y huidizo; una pareja que paseaba de la mano su recién estrenada ternura; un grupo de chicas y chicos, estudiantes, que dibujaban sentados en un poyete de la plaza; el rostro de una joven, de una bellísima mujer que charlaba seria y distraída sentada en un café.

Tal vez por azar, el objetivo tropezó con su escorzo. Mis dedos enfocaron aquella mirada, y en ella me detuve sin pudor, como un ser invisible, privilegiado. Pulsé el disparador una y otra vez, hasta tirar una tras otra, en pocos segundos, todas las fotografías que guardaba el rollo recién estrenado. Bajé la cámara contrariado, fascinado y alcé la vista hacia ella. Completamente ajena a mi lente, a mi mirada, a mí, seguía allí, a menos de cien metros. El sueño era real. Mi buen compañero Salvatore, mi ayudante, tomó la cámara de entre mis manos, la cargó de nuevo y me la devolvió. Yo seguía absorto mirando a aquella mujer. Como sonámbulo, me aproximé unos metros y volví a enfocar su semblante ahora más pleno, más accesible, más cercano. Seguí disparando pero ya de forma más pausada, recreándome en sus facciones, en sus gestos. La chica se había girado levemente y su deliciosa imagen quedó enfrentada a mí en la composición. Era bellísima, bellísima,

bellísima. La criatura más hermosa que jamás hubiera contemplado. Agoté los negativos otra vez y abandonado a su hipnótica beldad. Luego entregué definitivamente la cámara, «la placa y la pistola». «Guárdala por favor», le pedí a un cada vez más desconcertado Salvatore, «necesito tomar algo». No le invité a acompañarme. Dejándole atrás caminé hasta el lugar donde ella estaba. Necesitaba ir solo, verla de cerca, observarla con detalle, sin márgenes, con los dos ojos y al natural. Me senté en una mesa cercana a la suya, a la que ella compartía con un hombre de aspecto elegante. Hablaba con ese tipo del que de inmediato recelé, al que de inmediato detesté y envidié. Hubiera dado cualquier cosa por estar en ese instante en su lugar. Aturdido, desorientado, turbado por aquellos disparatados pensamientos, creo que pedí un café al camarero. Definitivamente, aquella mujer era la efigie que uno sueña cuando intenta poner rostro a la peregrina idea del amor.

Aquellos días, todavía tan amargos para mí, yo andaba muy solo y taciturno, callado y tremendamente confuso, perdido después de haberme separado de mi mujer y de... de mi hijo. Del que siempre será mi hijo, a pesar de cualquier pesar. Tras mi precipitada huida, vagué durante meses con el alma apagada, ahogada en todo aquel dolor recién desbocado. Sólo habían pasado unos ocho meses. Desde enero, todo había quedado difuminado, estancado, furtivo, incluso las lágrimas que rebosaban cada noche. Y todo me desasosegaba hasta el martirio. Los remordimientos por el abandono, por aquel rotundo fracaso, el sufrimiento que me provocaba el vacío, la colosal ausencia de mi pequeño Adrián, que entonces tenía ocho años y comprendía a duras penas. En ese año, los ochos parecían repetirse hasta la saciedad. Me echaba tanto de menos como yo a él, o más tal vez. Yo, culpable y doliente,

paseaba mi desdicha en silencio, sin demasiados lamentos o desahogos, sin ningún consuelo. Tampoco creía merecerlo. Ante los demás, aunque mi vida hubiera saltado en pedazos, me mostraba impávido, abstraído por completo en el trabajo, en el ir y venir, en el mirar, encuadrar y disparar. Aquello, algo en apariencia tan irrisorio, se había convertido en mi tabla de salvación.

¿Cómo describir mi lamentable estado? Sentía todo aquel brutal tormento como la única realidad posible, y a la vez permanecía insensible ante cualquier otro estímulo, ante cualquier paliativo, ante cualesquiera fueran los alivios y los consuelos, vinieran de quien vinieran. Nada me interesaba demasiado, por no decir nada. Por supuesto tampoco ninguna hembra. Había dejado de sentir los envites del inevitable deseo carnal, del imperioso sexo, del que tanto me había alimentado. Sufría, sólo eso, nada más y nada menos. Esa era en verdad mi única y oculta ocupación. Sufrir. Qué estúpido, ¿no? ¡Pero qué cierto! Así somos tantas veces los humanos, indescifrables, impenetrables, decididamente idiotas.

Tal vez por eso, aquella mañana pulcra y solícita en París, se convirtió en la primera de una nueva existencia. Mi alma ensimismada, encerrada en esa espiral de padecimientos y delirios, en esa demente y silenciosa carrera hacia la autodestrucción, resucitó por obra y gracia de una damita desconocida, apenas entrevista, de apariencia sagrada. Tal vez me había enamorado. Así lo hubieran dictado todos los manuales del amor, con rotundidad.

No sé cuánto tiempo pasé mirándola, admirándola, pero sí recuerdo que en un momento dado, Salvatore, cargado con todos los bártulos, me silbó desde lejos. Con un gesto un tanto contrariado me indicó que se largaba, que me

esperaba en el coche. Asentí casi indiferente y seguí deleitándome en su contemplación. En sus pequeños ademanes, en el ir y venir de sus manos, de sus armoniosos dedos, en los mohines y sonrisas que esbozaban sus labios, o en cómo se posaban besando el borde de la taza al beber un sorbo. En los pormenores de su rostro, sus rodillas o su cuello. En todas las deleitosas formas del precioso cuerpo que su ceñido vestido tocaba. En toda su piel que ya intuía suave como pétalos. Y por encima de todo en sus ojos, aquellos ojos lánguidos, indescriptibles, en su fantástica mirada de gacela enamorada. La brisa, de tanto en tanto, me traía su aroma, y yo, como un animal en celo, lo aspiraba extasiado. ¡Qué insólito deseo! ¡Cuánto deseo de amor!, por necio que suene. Qué inmenso desconsuelo.

De improviso, ella y su acompañante se levantaron. El se abalanzó para retirar la silla de sus piernas y acarició levemente su espalda. Luego dejó unos francos sobre la mesa, junto a la nota que acababa de traer una camarera. Durante un instante ella volvió sus ojos hacia mí, tal vez incomodada por mi insistente mirar. No aparté la vista. Permanecí embelesado, observándola, mientras ella de algún modo me desafiaba, tal vez pensando que yo era sólo un cretino impertinente, uno más entre los muchos que, sin duda, la escudriñarían soeces cada día. Muy seria, musitando algo a su hombre, dio media vuelta, y él la siguió. Los dos se marcharon caminando despacio, cogidos de la mano. Unos minutos después, cuando aún los veía alejarse, salí de mi letargo sentenciado a no volverla a ver jamás. Aquella jovencísima diosa había desaparecido para siempre. La amé durante unos minutos. Regresé al coche repitiéndome que era un gilipollas, un auténtico gilipollas, y sin poder dejar de pensar en ella. Dentro, bastante contrariado, me esperaba Salvatore. Abrí la puerta, me

senté a su lado e intenté fingir una sonrisa. No supe qué decir, no encontré una disculpa que ofrecerle.

«Ma cosa fai? Sei stronzo? Porca putana! Dai, andiamo! e tropo tardi!... »

Arrancó la «máquina» y blasfemando en napolitano, «managia!», aceleró para llegar cuanto antes al lugar en que nos esperaban desde hacía más de una hora y media, otro museo, el George Pompidou. Allí tendríamos trabajo para todo lo que quedaba de jornada. Olvidaría todo eso.

¡La olvidaría!

El subdirector del Pompidou, como imaginábamos, esperaba con gesto impertinente, visiblemente molesto por nuestra tardanza, por la falta de puntualidad. «¡Un español y un italiano tenían que ser!», seguro que rumió algo parecido. «¡Que te jodan!», pensé yo mientras apretando su mano le ofrecía mil disculpas y la mejor de mis sonrisas. Tras descargar todo el material y ofrecerle una serie de excusas fútiles, nos presentó al subalterno que nos iba a guiar por las salas del museo, un tipo espigado, hierático, celoso e impertinente. Tras firmar unos papeles, y escuchar una larga retahíla de advertencias, nos pusimos manos a la obra. Yo teniendo que lidiar con una creciente desgana, Salvatore aún un poco molesto conmigo. La apatía fue remitiendo una vez metido en faena, una tarea colosal, ya concentrado en plasmar gran parte de lo que guardaba aquel inmenso lugar poblado de arte. Con meticulosidad, fuimos fotografiando uno tras otro todos los cuadros seleccionados que figuraban en la lista. Pasamos de Modigliani a Kokoschka, de Picasso a Ernst, de Balhus a

Mondrian, de Gris a Kandinski. Una ocupación tan interesante como lenta y pesada. Así fue pasando el día, maravillándome en las obras, aprendiendo, gozando en la contemplación del mejor arte, en el hallar la mejor manera de fotografiarlo, de evitar gente, brillos y reflejos. En mi abstracción conseguí no volver a pensar en la diosa que acababa de perder.

A la hora del almuerzo, después de trabajar a buen ritmo, habíamos recuperado casi todo el tiempo perdido. Necesitábamos más película. Salvatore salió a por material, traería carretes y aprovecharía para comer algo. Tardaría una hora más o menos. Yo tomé una *baguette* y un capuchino en la cafetería del museo. Después de salir a la calle a fumar un pitillo regresé y esperé paseando por las salas de la pinacoteca. En una de ellas habían instalado una exposición itinerante de Paul Klee. Un artista fascinante. Lejos de rendirse al realismo, a la realidad, no pintó un solo cuadro que la reflejara como la solemos entender los humanos. Con sus trazos, sus líneas, sus cuadrículas, sus opulentos colores, sus pequeños o grandes personajes, se movía como ningún otro por las regiones de lo oculto, por los territorios del miedo o la ternura. Sus obras, siempre ingenuamente hermosas, me decían irónicas que raramente nada es lo que aparenta ser. Me detuve ante *Las villas florentinas.* Si algo me cautiva de mirar fotografías o cuadros es indagar en sus secretos, descifrar el modo en que fueron creados. Imaginar el instante, el impulso que puso en marcha el mecanismo que condujo al prodigio. Qué roce de la mano del artista arrancó o detuvo la obra, cuál fue el último gesto antes de la última pincelada.

En esos pensamientos andaba sumido cuando, al entrar en otra estancia, la vi. ¡Era ella! Estaba allí, mirando una pequeña litografía azul y amarilla que colgaba de la pared

destacando en la penumbra, a la altura de sus ojos. Mi corazón se aceleró hasta casi salir por la boca, me faltaba el aire. Intenté serenar el ánimo y apaciguar el pulso. ¿Cómo describir lo que sentí? Es imposible, no alcanzan a conseguirlo las palabras que conozco. Me acerqué a ella con cautela, muy lentamente, como una fiera se aproximaría a su presa. Una fiera mansa, des— ^ dentada, desuñada, estremecida. Sola, desarmada, enamorada. Conseguiré que se rinda, lo haré. Esta noche, pensé, saborearé en ella, uno a uno, todos sus deseos. ¿Creía yo acaso en el azar? Tal vez no, pero aquel nuevo encuentro, aquella nueva oportunidad, significaba mucho más que el eco de una simple casualidad. No podía ser casual que ella estuviera allí. Que la hubiera visto por primera vez en el Café de Les Prodiges, en la Plaza del Alma y que ahora, estando ya justo detrás de ella, un angelito de corazón alado sirviera a nuestros ojos «un pequeño desayuno». Nuestro primer desayuno.

Pude otra vez aspirar su aroma. Pude acariciar con la mirada su cuerpo, su cabello, toda su piel. Sentí la certeza de amarla. Quise detener el tiempo y el tiempo se detuvo en ella. Deseé poner mis manos en sus hombros y girarla hacia mí. Posar sin más mis labios en los suyos. Completamente embriagado, enajenado, era incapaz de pensar o actuar con coherencia. Un duendecillo vil y verde, tocado con chistera, me decía al oído burlándose de mí: «Pero ¿qué clase de estúpido eres? Ella será francesa y tú 110 conoces más de cuarenta palabras en su lengua... ¿Qué le vas a decir? ¿Eh? *¡Je t'aime! Así,* sin más... Sólo eres un pobre cretino, un osado... Más vale que sigas tu camino... No la molestes... No te humilles ni la humilles...»Acallé la impertinencia de ese agorero color guisante. En la portada de uno de los folletos que tomé al entrar en la sala, figuraba escrito un poema de

Jean Arp. Me acerqué un poco más a ella y, con el mejor acento que supe poner, musité casi leyendo para mí: «*Dans mon coeur de bouillard... meurt la chimère des roses... mes paum.es reres ont perdu leurs ailes?*»

Ella fingió no inmutarse pero se demoró aún más en la contemplación. Había percibido mi presencia, pero no se mostró inquieta o incómoda. Al contrario, su callada expectación parecía tentarme. Volví a susurrar cerca de su oído aquel verso sin comprender bien su significado, sin saber si las palabras tenían algún sentido. Lo cierto es que surtieron el efecto deseado. Consiguieron que ella, dándose la vuelta muy despacio, me mirara. En el encuentro con sus ojos fueron los míos los que hablaron primero. Nadia sonrió con sensual ternura, entre divertida y azorada, tocada tal vez. Ni mi presencia ni mi proximidad le molestaron. De algún modo ella parecía esperar, aguardar a que mi voz rompiera el silencio. Con sigilo, acompasados, retumbaron mis latidos y los suyos. Los dos sentimos el sordo rumor de dos corazones condenados a encontrarse. Durante un larguísimo minuto, nuestras miradas, desbocadas, perennes, conversaron ajenas a nosotros. Luego ella habló primero y por primera vez pude escuchar su voz divina:

«Est-ce que tu n'est pas d'ici, est-tu?» «Tú no eres de aquí, ¿verdad?», me preguntó con cierta sorna, divertida.

No, fue mi escuálida y tímida respuesta.

«Tu francés no es muy bueno, pero es hermoso lo que intentas decir» se anticipó. «¿Cómo era?, *¿dans mon coeur de bouillard...?»*Dijo aquello hablando en español con mucho acento, burlona, pero en mi propio idioma. Aquellas palabras, en su boca, cobraron una dimensión desesperadamente dulce para mí, dulcemente esperanzada. ¡Podríamos entendernos de alguna manera! Feliz, como si ya la conociera, cerré los ojos y, sin más, me

aveciné a ella como quien se avecina a una flor. Su aliento olía a menta, a bienaventuranza, a jardín y a laberinto. Casi rocé sus labios. Al abrir los ojos ella ya no estaba. Caminaba sinuosa, esquiva y garbosa como una ese. Muy despacito, casi retándome a seguirla, hasta el siguiente cuadro en la pared, *Como un cuento de Hoffman.* Lo hice embelesado, dócilmente. Cuando llegué de nuevo a su lado, con un gesto delicioso, sonriente, coqueto y consciente, aunque nada convencida, me dijo: «*Au revoir.*» Pero en aquel adiós nada sonó a despedida. Recordé un poema de Bécquer que, de niño, papá me recitaba apasionado: «Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado, ¡hoy creo en Dios!»En aquel instante volví a creer en la vida, en el absoluto poder del universo, en Dios al fin y al cabo. La simple posibilidad de amar a Nadia me había salvado. De nuevo quería vivir. Al menos hasta haberla amado una vez.

¡Vivir!

El viaje a ninguna parte

Recordar todo aquello no me hizo ningún bien.

Sentí náuseas. Por si esto fuera poco, papá despertó de improviso, completamente fuera de sí, aterrorizado, a la deriva, con el rostro desencajado. Había dormido más de cinco horas de un tirón cuando, de repente, dando un respingo siniestro, se abalanzó sobre el respaldo del asiento que tenía en frente y lo zarandeó violento, delirante, intentando incorporarse con torpeza. De su garganta salía un sonido bronco, un mugido gutural, como si una flema le ahogase de forma irremediable. Al conseguir levantarse, los pantalones le cayeron hasta por debajo de las rodillas. Se había orinado encima y babeaba. Era evidente que, al menos durante un largo instante, había olvidado dónde estaba o dónde iba, qué hacía allí metido o quién era yo. Le abarqué como pude e intenté tranquilizarle. Se fue calmando. Conseguí subirle los calzones, abrocharle el cinturón y sentarle de nuevo. También que bebiera un sorbo de agua y que tragara una de sus pastillas de colores, un ansiolítico que le ayudaría a recomponerse. Luego saqué una muda que mamá, siempre previsora, había metido en su equipaje de mano. También un paquete de toallitas húmedas y un pañal gigantesco, grotesco, que decidí

ponerle por si la incontinencia atacaba de nuevo. Ya algo repuesto del lamentable episodio de pánico y desconcierto, le acompañé al baño. De camino, disculpándome, rogué a una azafata que colocara un par de mantas sobre el asiento mojado. En el angosto habitáculo del váter, casi como dos contorsionistas, conseguí que se lavara un poco, se cambiara y se perfumara. Salió de allí como nuevo, preguntando que cuándo se comía. También estaba hambriento. Al poco, unas manos colocaron en nuestras mesitas las bandejas con el desayuno, un tentempié frugal pero delicioso. Quedaban por delante varias horas de vuelo...

No tuvimos mucho tiempo para preparar ese viaje, aunque hiciera más de treinta años que yo lo imaginaba, que me disponía a ello de algún modo. El justo para abrir las maletas y echar lo imprescindible en ellas. El viernes, al fin, convencí a papá de salir a comprar algunas cosas. Pasamos horas de tienda en tienda, avituallándonos. Le regalé un traje nuevo que le daba un aspecto espléndido. Viéndole así costaba creer que era tan viejo y que estaba tan enfermo. Papá se había acostumbrado a llevar una vida rematadamente austera. Casi siempre vestía igual, con ese aspecto grisáceo, pobre y sombrío. Salvo para ir a la cama, jamás se quitaba su roída frazada de lana color rata. Pantalones vaqueros dos tallas más grandes y camisas de franela a cuadros, casi todo heredado de su hermano el pudiente. Sumido en su particular miseria, hacía tiempo que sobrevivía gracias a algunos recuerdos. Presencias espectrales de guerras pasadas, vividas y sobrevividas con intensidad, aventuras de las que guardaba su cojera, muchas cicatrices, hasta zarpazos, memorias de escaramuzas, honores y camaradería. Fueron buenos tiempos para él los de las trincheras, los de las batallas y

sus estratagemas. Y en torno a todo eso, siempre, un céfiro entre agridulce y agriamargo. El mismo que le procuraba ese aspecto mate y deslucido, el mismo que le hacía sobrellevar la vida con incompetencia, de forma tan opaca y displicente. Su mente solía estar en otra parte, en otra dimensión de la memoria. Padecía una acusada amnesia del presente, y ya no servía mirar el endeble y escaso futuro. Lo mejor para asirse y no caer del todo era el pasado. Papá existía en una perpetua evocación de un remotísimo tiempo, del que yo aún no formaba parte. No era diferente a los demás viejos, eso le sucede a casi todos. La vida se ve triste tras los visillos de marzo, cuando muere el invierno y nosotros morimos con él, en la certeza de que ya no llegará otra primavera. Casi impacientes, se reconfortan en la idea de una muerte soleada, sentados en los bancos de los parques, doblando esquinas con desmaña, levantando aún el sombrero para saludar a los flemáticos viandantes, admirando con envidia los juegos de los niños o el lento ascender de los edificios, día tras día, en los solares en obras. Mirando desde arriba, desde lo alto de las pasarelas que cruzan autopistas, el veloz transcurrir de ríos de automóviles. Se paran a observar con la vida apoyada en bastones y muletas, o sobre ruedas, renqueantes, desganados, curiosos, absurdos. Resignados. Pasan los días y las noches contando gotitas y mililitros, engullendo pastillas, cercenando su estómago con jarabes y cápsulas para que nadie llegue a entonar por ellos el amargo canto que se canta en las defunciones. Soportando esa tos seca que tantas veces les impide dormir, sonreír. Reposan en el cansancio y se cansan del reposo, tragándose uno tras otro todos los suspiros, bebiendo a sorbitos las agrias lágrimas, suspirando rezos y sollozos. Sus desolados cuerpos siguen anhelando manos y caricias, o menos aún, se conformarían

con un roce leve y afectuoso, compasivo, con un insignificante gesto de atención y estima, de tanto en tanto. Qué terrible condena la de envejecer. No sirve consolarse. No hay consuelo ni esperanza. El alma humana no es insensible al deterioro del cuerpo en el que habita. ¿En qué se convierten nuestras vidas? ¿Dependerá por entero de nosotros el rumbo con el que surcamos el espacio de nuestros días?

Repaso el tiempo en que era un pequeño bastardo huérfano de padre, desamparado de él, de casi todo, con los afectos mutilados, a veces feliz. Siempre os sorprendió mi capacidad para evocar los recuerdos de niño, la desenvoltura con la que rememoraba pasajes de la infancia que ya habían caído en vuestro olvido. Posiblemente sea sólo un modo de amparar motivos para seguir viviendo. Como un ratón fui acumulando recuerdos, pues sospechaba que tendrían valor algún día. Guardé muchos trocitos de placidez, algunas migajas de felicidad. También demasiados rastros de tinieblas, una rara colección de fragmentos del averno. Pero siempre he desconfiado de la verdadera naturaleza de las recordaciones, y dudo mucho que todas sean ciertas. Seguro que entre lo que guardamos y lo acontecido realmente existe un abismo insalvable. Forma parte de la condición humana, mentimos. Sobre todo a nosotros mismos. Sabemos distorsionar la realidad para apartar y olvidar la humillante o dolorosa realidad. Admitimos como ciertas las farsas que nos salvan, las que nos ayudan a superar algunos devastadores lapsos de la vida. Somos tan hábiles adulterando la verdad, que llegamos a olvidar que nuestras ficciones eran sólo eso, malos cuentos. La negación de algunas evidencias implacables y angustiosas. Acostumbrados a vivir en el corazón de la mentira terminamos al fin creyendo nuestras

dulces y balsámicas fábulas. Cuanto más compleja es nuestra existencia más tendemos a creer en ellas. Eso pienso, no lo sé. Pero ¿quién sería capaz de sobrevivir sin autoengaño?, ¿sin dar algún respiro a la alegría?, ¿cómo soportaríamos la ansiedad?, ¿el eterno dilema del padecimiento? De pequeñas verdades y colosales mentiras se nutre la memoria. Esa arcilla da forma a nuestros recuerdos. Los míos, sean quiméricos o irrefutables, están ya tan recordados que no se pueden olvidar.

Todos los seres humanos mienten. Yo miento cada día, con demasiada frecuencia, de forma casi compulsiva, incontrolable. Pero nadie pareció jamás caer en ello o fingieron no hacerlo, y si lo hicieron supieron disculparme. Todos detectamos mentiras, nos damos cuenta, fingimos creer y disculpamos a quien nos intenta engañar. Como yo les disculpé siempre a ellos. ¿No es extraño? No, no lo es. Nuestra única convicción es y fue siempre el disimulo, la farsa. Como todos los humanos, he pasado la mayor parte de mi vida deambulando entre falacias absurdas y rebuscadas. Fingimientos más o menos mezquinos, tan sofisticados como burdos. Cuestión de supervivencia. Así de sencillo. Nada original tratándose de subsistir en un mundo tan cínico y enloquecido como éste, tan repleto de falsedad. La ficción es nuestro principal alimento, el más nutritivo.

Nos fascinan las películas, las novelas, nos encantan sus leyendas y buscamos que las nuestras, tan mediocres, en algo se asemejen a las que reflejan las pantallas o cuentan las páginas. Amparándonos en esas y otras invenciones consumimos los escasos días de nuestras vidas. La mentira es el disfraz de nuestra ignorancia, el bienhechor barniz que cubre los poros de nuestros miedos, la retórica que arropa a los seres más respetados o denostados, la condena

de los más envidiados o repudiados, de los más poderosos y de los más desvalidos.

No soy nada original mintiendo v mintiéndome. Lo inaudito, lo excepcional, sería atender a la verdad y confesármela, confesarla aquí o allá sin disimulo. No podría soportarlo, no lo soportaríais.

Abro un cuadernillo cuadriculado, y sobre la cuadrícula trazo una línea, y sobre ella, cada diez cuadraditos, cruces que marcan las décadas que he vivido y las que, de haber ganas y fortuna, quedarían por vivir. No más de ocho o diez en el mejor de los casos. Así, de forma tan gráfica se puede apreciar nuestra yerma realidad, la dimensión real del escenario. ¡Qué corto trazo! ¡Qué corta la vida! Qué escasa existencia la nuestra, la de todos. Qué ridículas y presuntuosas todas ellas. Cuánto esfuerzo y cuánta turbación para tan poco corolario.

Ojeo una de las revistas que llenan la bolsa del respaldo.

Aún estamos en setiembre pero entre sus páginas ya se habla de la próxima Navidad. La que ya se acerca, asegura el articulista, debemos ir preparándonos. No sé si el que escribe rebosa ironía o imbecilidad. Pero tiene razón, pronto llegará. Una más, y una vez más regresará con ella la misma insólita nostalgia, el mismo desconsuelo, el mismo aborrecimiento, una idéntica incertidumbre. Cada vez nos la imponen antes, un día llegará en verano, aún olerá a sol y playa, a mar y sardinas. Otra vez esos ornamentos embaucadores, esos amargos dulces, esas lucecillas, millones de ellas, iluminando y coloreando nuestra exigua vergüenza, nuestro inmenso desasosiego, nuestro incomprensible afán por celebrar.

¿Qué celebramos? ¿A qué viene tanto enaltecer? ¡Malditos seamos todos! ¿Quién lo recuerda realmente? ¿Qué nos mueve al festejo?

Mientras lo hacemos, mientras nos regodeamos en esa orgía aniversaria, cebándonos, emborrachándonos, fermentando en piadosos fingimientos, en la depravación de esos caritativos y candorosos días, millones de críos allí abajo siguen agonizando de infamia y de hambre. Millones de hombres y mujeres vagan perdidos en sus infinitas y rotundas miserias.

¿Celebramos que no son nuestras esas míseras muertes? ¿Que están tan lejos los moribundos, sus cadáveres, que no se ven ni se huelen? ¿Celebramos la inmortal injusticia en que estamos instalados? ¿Celebramos que no hacemos nada por solucionar nada? ¿Celebramos nuestro absoluto egoísmo? ¿Nuestra bien aceptada impotencia? ¿Nuestra insuperable inmoralidad? Qué obviedad, ¿no es cierto? ¿Para qué decirlo o escribirlo? ¿Para qué repetirlo? ¿Para qué escucharlo otra vez?

Nuestras almas rebosan podredumbre. Si El realmente existiera, si alguna vez hubiera existido, no dudaría en fulminarnos lanzándonos una colosal e impasible centella, o ahogándonos en una marea gigantesca o en el peor de los diluvios, o abrasándonos en el fulgor de un astro ardiente, homicida y desbocado. ¡Ay! si Él existiera, ¿qué sería de nosotros y de nuestras excéntricas e indecentes celebraciones? ¿Qué sería de esta nueva Navidad que en un par de meses será nuestra condena?

¡Oh Dios!, si ahora me escuchas, ¿por qué no me das una razón para seguir viviendo y creyendo?

Levanto la vista. Miro a un lado. Veo a mi padre postrado, vencido, esperando la muerte sin saber siquiera cómo hacerlo. Viejo y perdido, tierno y podrido. Imagino a los que quedan, a mis seres queridos, ¡qué expresión!

¿Quiero aún realmente a alguien?

A mi pobre hijo. Lo que queda de un niño desajustado, un mutante, que ya desaprende con ganas y desprecio todo cuanto le intenté enseñar, mientras su cerebro se vacía al ritmo que enloquecen sus hormonas. Casi instalado ya en la adolescencia, empeñado en despreciar con soberbia e ignorancia.

A mi pobre madre, perdida para siempre, de forma irremediable, en sus lamentos y frustraciones, demente y desconforme.

A mis pobres tías, sus tres hermanas, locas todas, todas locas, sobreviviendo aún a sus desvaríos, todas subyugadas por vidas zanjadas con premura, vacías, vanas, apuradas, muertas en vida sin un ápice de vida.

Quiero llorar por él, por mi hijo, por ella, por todas ellas y no lo consigo. Quiero llorar por sus patéticas soledades, sus desamparos, sus cercanos finales, sus aceptados acabamientos, pero no sale una maldita lágrima, nada que moje la punta reseca de la pluma con la que intento describir sus maldiciones, que también son las mías.

El fuego arde todavía pero pronto, muy pronto, se consumirá.

¿Recuerdas, papá, aquella tarde en Aranjuez? La Rana Verde, a orillas del Tajo. Allí merendamos fresas con nata, ¿te acuerdas?, sentados en la terraza junto al entonces caudaloso río. Lo comparaste con el inmenso Congo, mofándote del riachuelo español. Me contabas historias de África mientras yo te escuchaba, imaginándolas, con la mirada perdida en el verde oscuro de las aguas. Me hacías soñar. ¿Lo recuerdas?

¡Ya no recuerdas una mierda! Qué vas tú a recordar...

La inquietud que me provocaba la puesta de sol, la noche ya cercana, me angustiaban las noches. Aquellas mesitas de mármol con las patas de hierro verde, como la

rana. Las sillas plegables de madera, «¡ten cuidado, Luisito, no te pilles los dedos, joder!» Mis pies que no llegaban aún al suelo. ¿Cuántos años tendría yo? ¿Cinco o seis? ¿Recuerdas? Pediste al camarero papel y bolígrafo. Luego escribiste aquel mensaje fantasioso con tu hermosa letra mayúscula:

«A QUIEN LO ENCUENTRE: ME LLAMO LUIS VAISSÉ Y TENGO NO SÉ CUÁNTOS AÑOS. VIVO EN...»

Así empezaba la misiva que también redactaste en inglés y en francés, por si acaso. Tú podías. Cuidabas los detalles. Metiste la hoja dentro del botellín de cerveza que acababas de apurar. Buscaste por el suelo un corcho, lo cortaste con una navajilla y tapaste bien con él la botella. Debía quedar hermética, que no entrara ni una gota de agua, asegurabas. La hoja sólo se puede mojar en ron o cerveza, eso decían los piratas, me recordaste. Luego, lanzamos la botella con fuerza al centro de las aguas del río. Pronto comenzó su viaje con la corriente hasta el océano. Llegaría lejos, muy lejos, prometiste. Quién sabe si la encontraría un náufrago barbudo y desesperado, perdido en alguna isla desierta. Tal vez caería en las manos de un fornido marino de piel curtida por el sol, que bien podrían ser las de un malvado y cruel bucanero. O posiblemente quedara atrapada entre las redes de pescadores de peces y de sueños. Quizá cayera en manos de una bellísima dama, una bellísima jovencita que paseara su melancolía por una playa tristona, remota y misteriosa. Todo lo decías muy serio, envolviendo cada palabra en un aire de solemnidad que me dejaba boquiabierto, absolutamente persuadido. Si mi padre

aseguraba que aquel *mensaje en una botella* llegaría al otro lado del mundo, sin duda, lo haría. Tranquilo, quien lo encuentre sabrá tu nombre y tu dirección, alguien contestará, dijiste.

El lento torrente arrastró río abajo la botella con mi valiosísimo recado. Miré cómo se alejaba flotando hasta doblar el recodo en el que la perdí de vista. Ya sólo era cuestión de esperar. Y así fue. Pero tuve que aguardar más de un año una resolución.

Yo ya había olvidado por completo toda aquella historia cuando recibí respuesta. La carta llegaba desde África, y esta vez no la enviabas tú. Sentí una emoción tan intensa, tan inmensa, una inquietud tan increíble, que jamás olvidaré el momento en que abrí aquella carta. Me entregaste un sobre roído y amarillento que estaba mezclado con el resto del correo. Venía a mi nombre, lo habían enviado desde un lugar llamado *Bamboesbaai, u*n pedazo de costa no muy lejos de Ciudad del Cabo, me explicaste, en Sudáfrica. El jodido botellín de Mahou alcanzó el Atlántico dejando atrás Lisboa y tras enfilar hacia el Sur, recorrió miles de kilómetros, bordeando el continente, hasta llegar a esa playa remotísima. Allí lo encontró una niña blanca llamada Collen O'Shea. Me escribía tan excitada como yo, o más que yo, tras haber tropezado con una botella semienterrada en la arena, y hallado en su interior un mensaje llegado desde España. Un país para ella tan exótico y desconocido como para mí el suyo. En su carta incluía una fotografía, una Polaroid, en la que posaba frente a la puerta de su casa con la botellita en una mano y mi carta en la otra, muy sonriente. Era pelirroja, con el rostro muy pálido y lleno de pecas. A su lado una señora también risueña que decía era su madre. Junto a la carta y la instantánea, un pequeño presente, un

billete de diez rands, la moneda de su país. Me dedicaba asimismo unas líneas con cariñosas palabras de asombro y admiración.

Qué bien lo hiciste. Cuántas molestias te tomaste sólo por sorprender a un niño fácil de sorprender. Aunque era innecesario convencerme de nada, yo ya lo estaba, por supuesto, por completo. Pero todo resultó tan absolutamente irrefutable. No has vuelto a mencionar aquello. En tu vida lo has recordado. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo pudiste esperar más de un año para saciar de ese modo mi fantasía?

Nunca te lo he agradecido, ya va siendo hora de hacerlo, ¿no crees? Pero también va siendo hora de que, ¡por favor!, me saques de dudas. Sigo temiendo, imaginando, que todo fuera un cuidadoso montaje. Que la carta la escribiera alguien por encargo, seguramente una de tus sobrinas americanas. Yo no las conocía. Tal vez era la niña que aparecía en la foto, y tal vez esa casa fuera la casa de tu hermana. ¿No es así? ¿He adivinado? Les pediste que lo hicieran, les hiciste cómplices de tus originales propósitos. Luego te mandaron desde Washington la carta manuscrita y la fotografía familiar, el posado con el botellín y el mensaje. ¿Cómo iba yo a discernir? Más tarde, después de meter todo en un sobre, incluido el billete de diez rands, se lo enviaste a alguno de tus amigos africanos para que me lo remitiera desde allí. Jamás me iba yo a fijar en el origen, en la fecha, en el lugar en que estaba matasellada. Daba igual que procediera de un país u otro.

¡Qué pena que hayas olvidado todo eso!

No sé hasta qué punto estará distorsionado este recuerdo, tal vez lo haya inventado, o pertenezca a otra vida, a otro papá, y por eso tú no consigues evocarlo. Se indignó ante esa posibilidad. Pero es maravilloso tenerlo

ahí, metido en el alma, bien iluminado, a salvo de las tinieblas de la indiferencia. En su sombra quedan ocultos tu pasado y el mío, nuestro ayer. Y guardo muchos más de esos recuerdos, de ese género, ¿sabes? ¿Quieres que te cuente algún otro? Resplandecen, sí. Les saco brillo de cuando en cuando. A pesar de su diminuta esencia siguen siendo suntuosos. Aún me protegen, y te los debo. También pesa en mi espíritu, como roca, todo el pesar que durante años me procurasteis. Claro.

En cualquier caso, la vida sigue. No será ya para ti, tal vez tampoco para mí, pero aquí nos tienes, ahí la tienes. Tan lozana como siempre, tan juguetona ella, sentada entre nosotros viajando satisfecha hacia otra muerte. ¿Cómo te despedirás de ella cuando llegue el momento? ¿Cuáles serán tus últimas palabras? ¿Qué melodía sonará en tu mente o cercana? ¿Qué recuerdos desgarrarán tu corazón justo antes de detenerse?

No recuerdo no tenerte, pero sí que me faltabas.

Recuerdo tus desdichas, tu angustia, tus gestos más íntimos de desesperación, también alguna alegría pasajera. No eras feliz aunque tampoco un desgraciado. Avanzabas sin pararte a pensar demasiado, poco más. En eso eras un extraño cobarde. Vivías los malos días jugando al impávido, como cuando de niños nos metíamos contigo en el agua helada sin poder hacer una sola mueca. En eso consistía el juego. Ganaba el que lo conseguía y solías ser tú.

Recuerdo vuestras broncas, las afiladas palabras que os lanzabais como cuchillos. Pasaban volando sobre mi cabeza, rozándome, para ir a clavarse en vuestros agotados corazones. Algunas atravesaron el mío, dejándolo dañado para siempre. Me volvieron loco y me hicieron ir

aprendiendo todo lo que no hay que saber acerca del rencor, de la ira, de la sinrazón. Y todo eso sin albergar aún una sola certeza acerca del amor. No, papá, no son reproches. Todo eso quedó atrás, ya nada importa, lo sé. Pero aún busco aliviarme al compartir la trama de la pesadilla. Después de despertar, del sobresalto, sólo contándola comienza a dispersarse su aterradora bruma. Fuimos infelices, como tantos, como la mayoría. Tampoco pasa nada. ¿Qué cabe en la felicidad? Poca cosa, algunos momentos, soplos efímeros de dicha que irán a convertirse en frustración. ¿Qué abarca la tristeza? El origen de casi toda nuestra ilustración, casi todos los misterios del alma, gran parte de la grandeza de la vida. Es chocante, ¿no? ¡Qué paradoja!

Vuestras miserias fueron dando forma a mi existencia. Yo caminaba entre ellas ajeno a nada, atento a todo. Así conocí vuestros defectos mucho antes de valorar de verdad vuestras virtudes. No fui como la mayoría de los cachorros humanos que, de sólito embrollados, tienden a enaltecer la figura de sus padres creyéndolos cercanos a los dioses, todopoderosos y ubicuos. Sin hacerse demasiadas preguntas sobre su verdadera naturaleza, sobre su esencia. Ejemplos a seguir con los ojos cerrados, con las bocas selladas, hasta que con la edad llegan, una tras otra, todas las decepciones. A mí ya me decepcionasteis de antemano. Eso llevábamos ganado o perdido. Vuestro ejemplo fue lamentable. Gracias a ello aprendí que no había mucho que esperar. Que papá y mamá eran frágiles, incluso más que yo. Que mi vida a vuestro lado era sólo mía y que así sería ya siempre. Que mi espíritu no pertenecía a nadie, ni siquiera a vosotros. Toda aquella mugre, vuestra usual inmundicia, me forjó más independiente, más fuerte, más

libre que los otros. Es algo que también tengo que agradeceros.

Pero recuerdo mi llanto, tantas y tantas lágrimas. Recuerdo recordaros, suplicaros, una y otra vez, que intentarais ser felices. Sí, era ingenuo hasta ese punto. Creía que los adultos pueden serlo. Os rogaba algo casi imposible, algo que no podíais conseguir, ni siquiera por un niño, por vuestro hijo. A veces fingíais serlo, como tanta gente, o tal vez os dabais un respiro. Eso me ayudó a salvar algo del pequeño Luis, de Luisito, algo que aún vive en mí, tristón y acurrucado. Todavía se acuerda de lo que es jugar, de que merece la pena la fantasía. Aún me brilla en los ojos de tarde en tarde, a pesar de tenerlo casi abandonado, encerrado en lo más hondo de mi alma, a pan duro y negra agua de regaliz.

Soñaba con veros sonrientes, abrazados, cogidos de la mano, lúcidos, silenciosos, agazapados en las caricias. No pedía nada para mí, todo era para vosotros. Sólo que me dejarais tranquilo con mis chapas y mis canicas, o persiguiendo lagartijas, o conquistando fortines con mi espada de madera, mientras vosotros os amabais o aprendíais a hacerlo.

Qué accidentada vida la vuestra, la nuestra. Cuántos escollos inútiles os empeñasteis en poner en mitad del camino y qué poco empeño a la hora de intentar sortearlos. ¿Para qué? ¿Por qué no seguisteis cada uno por vuestro lado? No me vengas ahora con lo de tu sentido de la responsabilidad. Detesto esa palabra. ¿A qué te refieres? ¿Qué es responsabilidad? ¿Acaso lo recuerdas? ¿Estar obligado a responder de las personas y las cosas? ¿Tener el deber de compensar, de reparar los daños, las culpas? ¡Qué

angustiosa es la obligación! Destruye cuanto toca. Esa hechicera odiosa es la peor enemiga de la libertad, esa princesita ingenua. ¿No hubiera sido más responsable por tu parte haber partido en busca de otra posibilidad de amar? ¿Haber partido en dos o en mil pedazos aquel drama?

He aprendido que los compromisos desaguan el amor, que lo secan, lo momifican. Pero el amor engendra siempre obligaciones, se basa en ellas, se nutre y muere en ellas. Ese amoroso río nace en el ensueño y desemboca siempre, tarde o temprano, en un mar de compromisos anacrónicos, imposibles, inevitables.

Recuerdo vuestra lucha titánica por llevarme cada uno a vuestro territorio, porque me pusiera de su parte. Y yo, como un menesteroso mercenario liliputiense, luchando en los dos bandos, acumulando magulladuras y heridas que no distinguían su procedencia. Los dos cargados de buenas razones para odiar, los dos reclamando que tomara partido en vuestras dementes disputas, a favor de uno o de otro. De otro o de uno.

> *Soy yo quien lleva razón, ¿lo ves?... tu madre es tan malvada. .. No hijo, no hagas caso a tu padre... ¿no ves lo cruel que es conmigo?...*

¡Maldita sea! Yo no veía nada más allá de vuestra eterna torpeza y mi infinita confusión. El pequeño domador, solo y desprovisto de látigo y de silla, en la arena de un circo detestable, recibiendo las dentelladas de dos fieras amadas y absurdas. Un par de alimañas inconscientes, ciegas de ira, que una vez preso el bocado tiraban de mí en sentidos opuestos, desgarrándome el alma, desmembrando la

infancia, mientras se entretenían en la captura de un insignificante aliado.

Muchas veces me puse de tu parte, otras, las menos, de la suya. Aunque eso daba igual, el espectáculo siempre resultaba atroz, muy dañino, sobre todo para mí. Todo suena ridículo y recargado con el paso del tiempo, exagerado, irreal. No lo fue. Todo aquello sucedió y ni siquiera puedes soportar que lo mencione. Lo entiendo. Pero hay cosas, muchas cosas que aún me zarandean el ánimo.

Jamás olvidaré aquella tarde que desde una ventana aullé a mamá: «¡Ojalá te mueras ahora mismo!» Ella se largaba de casa tras discutir contigo prometiéndote a gritos que se aflojaría con el primero que se lo pidiera. Yo tuve que emplear una banqueta para auparme hasta el alféizar y asomarme, debía ser muy crío. Tú llorabas tu desesperanza. No recuerdo bien cómo acabó todo aquello, o no quiero recordar, o ya no puedo. En esa ocasión, como en tantas otras, tú fuiste para mí el subyugado, el pobre toro vencido, masacrado en la plaza sin clemencia, digno de toda mi lástima. A veces, como te digo, también me ponía de su parte, pero no recuerdo desear tu muerte. Nunca. Por si fuera poco, tú me leías poemas de Miguel Hernández, ella no. Aquellas circunstancias se convirtieron en la escarcha cerrada y pobre de nuestros días y nuestras noches. Y yo, por desgracia, sí sabía lo que pasaba. Todo lo que ocurría: «Desperté de ser niño. Nunca despiertes. Triste llevo la boca. Ríete siempre... ríete niño que te traigo la Luna cuando es preciso.» Y tú lo hacías. Me acercabas la Luna si era preciso. Una noche me la diste bien llena y aún la conservo, casi intacta.

Recuerdo verte llorar. ¿Sabes lo que digo? ¿Sabes lo que es eso? Creo que muy pocas cosas pueden resultar más dolorosas y desconcertantes para un niño que ver gimotear a su padre. Hoy conozco las verdaderas razones de aquel llanto, su verdadero origen. Ya he recorrido alguna de esas cañadas que, a veces, conducen a la desesperación. Pero entonces, ¿qué sabía yo entonces? Apenas nada. Carecía de certezas y experiencias. Aunque no fueron muchas ¡cuánto aprendí de cada una de tus lágrimas!, de todas las suyas, de las mías.

Recuerdo las noches. El terror que llegaba con la noche, casi cada noche. No me asustaba el hombre del saco, ni el diabólico Sacamantecas, tampoco el lobo de Pedro o el que acosaba a los cerditos, tenía mis propios miedos esperándome de madrugada. Al menos no temía tanto la posibilidad de la visita de un monstruo como aquellos chillidos. Esos alaridos terribles que me arañaban en la oscuridad, que rechinaban en mi mente, partiéndome el sueño y el candor. Ella gritaba, aullaba, ¿lo recuerdas?

Sí, lo recuerdas. No puedes haber olvidado algo así. Aunque tú pocas veces estabas. Y estando, no te levantabas, no salías de tu cuarto. Permanecías allí, aislado en tu vacío. Sólo alguna vez, cuando la cosa se puso muy mal, interviniste.

Mamá gritaba. Su garganta, de forma inesperada, exhalaba un grito terrible. Se asfixiaba, o eso parecía, o eso sentía ella. Se incorporaba entre convulsiones, llevándose las manos al pecho, al corazón, a la garganta. Se retorcía pálida, fuera de sí, agonizante.

De repente ese maullido doloroso, ese lamento como brotado de ultratumba, recorriendo el angosto pasillo de nuestra casa hasta mis tímpanos, golpeando mi cerebro, mi espíritu dormido, negándome el silencio, la armonía, el

descanso. Era un grito seco, largo, concluyente, anunciador de muerte. Una disonante negación de la vida. Era insufrible escucharlo y saber que poco o nada podía yo hacer, excepto sobresaltarme hasta la locura. Recuerdo acostarme temiéndolo, esperándolo. Llegaba hasta mí cruzando con impiedad la penumbra, más rápido que el sonido, a velocidad de la luz. Aún soy incapaz de describir lo que sentía. Todo el miedo, ¿sabes? Todo. Todo el terror que un niño puede concebir, o más que eso. Toda la angustia. Cuando sucedía, con demasiada frecuencia, sentía una espeluznante premura por llegar donde ella agonizaba para salvarla, una vez más. ¿Salvarla de qué? De la piadosa defunción que la acechaba, de la mala vida que la mortificaba. No lo sé. No lo sé. Aquel pobre niño en el que ya no me reconozco, iluso, aterrado, recorría en pocos segundos los pocos metros que le separaban de la cama de su madre, del lecho que ya intuía de muerte. A la deriva. A veces despertaba cogiendo ya su mano sin saber cómo había llegado hasta allí. Todo sucedía tan rápido. Recuerdo saltar de la cama adormecido, como lanzado por un resorte siniestro. Recuerdo, mientras corría, escuchar mi propia voz, extraña, irreconocible, profunda, gritando machacona y gutural: «¡mamámamámamámamá!». Un lamento largo, repetitivo, ridículo, que salía de mi boca mientras en mi perturbada carrera, iba rebotando de pared en pared, golpeando contra los muebles y los quicios, como una bola en un *Pinball,* sumando miles de puntos para perder una partida más. Luego solía atravesar la puerta entrecerrada de su habitación estampando la nariz contra el contrachapado, o dislocándome las muñecas, aunque eso sólo lo notaba al día siguiente, cuando llegaba la anhelada mañana.

En el aciago instante, mientras ella parecía perecer, yo permanecía allí, junto al tálamo, impotente, tiritando de espanto, bailoteando en pijama la enloquecedora danza del pavor. Las manitas brincaban de la frente al pecho, resbalaban de los muslos a los tobillos, retorcían en su desesperación la camiseta o el pelo. Apretaban frotando con infinita aprensión la cabeza chiflada o el estómago retorcido y desde allí volvían a aferrarse a lo que quedaba de mamá, a consolar acariciando su espalda caída, su rostro deshecho, su mandíbula desencajada, sus ojos en blanco. Tarde o temprano la noche me regalaba esa puta situación, me devolvía a esa pesadilla insoportable y desvelada. Con voz grave seguía suplicando una explicación: «¿quépasamamáquépasamamáquépasamamá?...».

Mi madre seguía allí entre espasmos y ahogos, inclinada, desmoronada, rota de ansiedad, fingiendo sin fingir un nuevo síncope, tal vez un infarto, un raro ataque de epilepsia, una insuficiencia respiratoria que parecía irreversible. En toda la casa resonaba un crepitar de cristales rotos, el chirriar de la guadaña de la muerte, invencible, devastadora. Entrenado en mil sobresaltos, aprendí lo que era el Valium y dónde se guardaba, dónde estaban los comprimidos rojos, verdes o amarillos. Y rápido, muy rápido, le metía las pastillas en la boca, debajo de la lengua, o ponía en sus labios el vaso de agua para que las tragara. No sé cómo no la envenené una de esas noches. Ella, en un lamento, me decía: «Ya se me pasa Luisito, tranquilo», o «llama al médico Luisito, ¡corre!».

Y yo lo hacía, conocía la mecánica. Buscaba la banqueta para alcanzar el teléfono negro clavado alto en la pared, demasiado alto para mí. Descolgaba el auricular y marcaba el número escrito a lápiz en el papel pintado, un tono, dos tonos, tres tonos, esperaba impaciente que respondiera la

voz. «¡Vengan rápido, mi madre se muere!» Luego les daba la dirección una vez más y colgaba.

La espera entonces se hacía espeluznante, aún peor que el padecimiento anterior. Sumido en la más profunda desesperación, caminaba una y otra vez de su cama al ventanal del salón. Me asomaba una y otra vez buscando ver llegar el coche del médico de urgencias. Aguzaba la vista y el oído con la naricilla pegada al vidrio helado. La espera se hacía eterna. Mientras, intentaba que mi hermano pequeño no se despertara, que no supiera, que no se enterara de nada. Probaba una y otra vez a calmar a mamá: «¡yallegamamánotemuerasyallegaelmédicoyallega!...».

A veces me sentaba a sollozar en el suelo de la cocina o daba vueltas y más vueltas pequeñitas, majaderas, vueltecitas de pequeño loco. Miraba mis pies girando y girando, intentando acelerar el tiempo con sus inútiles pasitos. Sólo cuando por fin llegaba el doctor conseguía serenarme un poco. Como si su voz llegara desde una gran distancia, le oía hablar con mi madre, pero ya era incapaz de escuchar, de discernir. Una inyección solía poner las cosas en su sitio. Mamá se dormía, no sé más. Otras veces se la llevaban. Entonces avisaba a los vecinos, o telefoneaba a una de mis tías. Y esperaba, esperaba de nuevo, esperaba despierto a que la noche pasara, que mamá no muriese, que la tía llegara, que con un poco de suerte tú nos llamaras. «¡Que mi madre regrese!, Señor, por favor, que vuelva a mi lado...», me decía yo.

Alguna vez el dramático numerito te pilló en casa y alguna vez te levantaste a auxiliar con desgana a mamá. Tú sabías que aquello no era del todo cierto, pero yo no tenía ni idea. Para mí todo era real, definitivo. No recuerdo cuántas veces tuve que asumir yo la responsabilidad de

atender aquellas somatizaciones, aquellos ataques de nervios, aquellas situaciones inconcebibles, escalofriantes para un niño. Gané experiencia con el paso del tiempo. Aprendí a ser un eficaz enfermero infantil en el turno de noche. Pero nunca llegué a acostumbrarme a aquellos gritos, aquellos que te reclamaban a ti desde el centro del infierno, aunque fuera yo el encargado de atender a su llamada durante años. Aún hoy, algunas noches, se me encogen el alma y la razón cuando creo escucharlos, cuando me parece oír esa reverberación antigua, ese rechinar desgarrado que salía de las entrañas de mamá. ¿Cómo no os dabais cuenta de que yo era incapaz de distinguir entre el aullido de la verdadera muerte y el de la angustia o el ansia? Era a ti a quien llamaban, a tu conciencia y a la suya. Era su extraña forma de reclamar atención, pero el único que acudía a su lado era un niño roto, confuso, asustado. Cada vez que sucedía algo entre vosotros, cada vez que la «bruja», que tu ex mujer se cruzaba en tu vida de algún modo, o todos esos otros hijos tuyos, esos hermanos que yo ni siquiera conocía, a mi madre le daba un patatús. No fallaba. Terminé dándome cuenta con el tiempo. Era su forma de protestar, de rebelarse, de implorar piedad o perdón o compasión o amor. Su forma de joderte. ¿Quién sabe? Tú también tenías tu forma de hostigar, nada dramática en comparación, simplemente desaparecías una temporada. También tú me coaccionabas con tus escapadas, con tus lamentos, con tu actitud de pobre hombre incomprendido, fustigado. Desesperado, perdido, atrapado entre las dos locas que de un modo u otro te reclamaban. Y si lo pienso ahora, ¿qué podías hacer? Si no hubieras sido tan cobarde, tal vez, seguir tu camino, romper con todo. Pero ¿adónde ibas a ir? Eras demasiado cómodo, demasiado incompetente, como

casi todos los hombres de tu época y la mía. ¿Quién iba si no a planchar tus camisas? ¿Quién iba a prepararte la comida o la cama? ¿Quién iba a lavar tu ropa? Podría ser que aún la amaras, que ya no supieras vivir sin ella, sin nosotros, una vez más separado de tus hijos, como sucedió con tus otros hijos. Qué complicado todo, ¿no? ¡Pobre papá! Conozco esa congoja, la de echar en falta a un hijo. Sólo a uno, a mi dulce Adrián. No puedo imaginar lo que debió ser para ti añorar a tantos a la vez. ¿Nos añorabas?

Nada de esto le mencioné a mi padre aunque me hubiera gustado poder hacerlo. Hablar con él de ello sin rencor, sin prejuicios, sin un fin determinado. Tal vez sólo por curarme de una vez por todas, por librarme definitivamente de tan amargas evocaciones. Pero llegaba tarde, como de costumbre. Ya no tenía sentido hacerlo. Él ya no recordaría nada de eso o no querría recordar. ¿Para qué? Toda una vida soñando hablar con papá y ya no tengo palabras, ni ganas, ni él tiene ya oídos para mí. Es posible que le escriba una larga carta y que, una vez muerto, la coloque entre sus manos, sobre su pecho, dentro del ataúd, para que la lleve consigo dondequiera que vaya. Para que una vez convertidos en polvo o ceniza, algún día, pueda leerla con calma.

Aproximé mis labios a las aberturas de su nariz por adivinar si aún tenía aliento, si seguía vivo. Su respirar era tan callado que parecía no tenerlo. Apoyé la oreja en su pecho para escuchar los latidos de su corazón y cerciorarme. Eran tan débiles que apenas pude percibirlos. Aguardé un instante. Seguía hondamente amodorrado, pero aún palpitaba su corazón. Luego, recostado en mi almohada, empecé a escuchar el pulso del mío. Su latir me pareció un tanto acelerado, irregular. Su sonido llegaba como el inquietante eco de un tamtan, un golpear lejano,

amortiguado, que me incomodaba impidiéndome otra vez conciliar cualquier sueño. Sobrecoge sentir que esa pieza primordial está allí adentro, batiendo, ajena por completo a nuestra voluntad. Condenada a detenerse algún día, a detenerme. Dilatándose, contrayéndose, una y otra vez. Como un ser extraño de aspecto rojizo y repugnante que viviera dentro de mí, en mi oscuridad, enjaulado entre mis costillas, retumbando monótono. Mi existencia depende de ese sordo e incansable bombear que hace tiempo me planteo interrumpir. Con cada uno de sus golpes, como sigilosos pasos que se fueran acercando, regresó a mi mente la presencia de mi hijo. Toda su ausencia almacenada.

Adrián y Carolina

Desde que me separé de él, de mi hijo, dormía siempre con su foto a mi lado. Cada noche acariciaba la imagen de su rostro tiernamente, con renovada aprensión, temiendo los más oscuros presagios. La arrullaba con todo mi amor, con todo el que no podría darle en ese instante, con todo el que me faltaba de él. Una noche más, otra, una más. ¡Qué lento dolor! De tanto en tanto le quitaba el polvo con la camiseta o el pijama, con la parte de mi ropa más cercana al corazón. Cada noche, todas las noches, en el más sincero ritual, le pedía a mi Dios que cuidara de Adrián, por encima de todo, por encima de mí mismo, por encima de cualquier deseo, de cualquier necesidad. En la frente, el pecho, los hombros y la boca, repetía un gesto absurdo, extraño y familiar. Me persignaba besando temeroso la cruz que formaban mis dedos. Aún sigo haciéndolo por él, sólo por él.

Adormecido, miraba su sonrisa detenida, sus ojos fijos en los míos para siempre, su gesto entre alegre y triste, conformado. Sus manitas ocultas en los bolsillos manoseando algún mórbido peluche, sus hombros encogidos, su mirada cargada de amor y preguntas.

¿Por qué no estás siempre conmigo, papá? ¿Qué fue mal? ¿Qué me privó de tu adorable compañía?

Y yo sin respuestas, como siempre. ¿Cómo decirle la verdad?

En esa fotografía tenía los mofletes y la punta de la nariz encarnados de frío en un paisaje nevado. Cada noche la besaba como si fuera su rostro el que besaba. A veces intentaba sentir su respiración en mis labios, pero el cristal se empañaba por mi aliento, no por el suyo. Jamás volví a descansar en paz, nunca. Pudo parecerlo, tal vez eso pensaron los que me vieron dormir. Pero allí dentro, muy adentro, las noches quedaron rotas para siempre. El día y sus ocupaciones me permitían a veces dejar de pensar, dejar de sentir la amargura, la confusión, la injusta culpa que sentía. Sólo cuando estaba conmigo, durante esas breves noches, el soñar a su lado llegaba a repararme. Sólo tenerlo cerca me serenaba, sólo a su lado conseguía, en cierto modo, que el arrepentimiento abriera las fauces y aflojara su bocado. ¿El resto del tiempo? Era un infierno aterrador. Para siempre, para siempre, ya sin remedio, sin ningún remedio. Vivía abrasado por llamaradas que no amainarían, que tarde o temprano me harían claudicar y sucumbir, deshecho. ¿Quién puede vivir así?, me pregunto aún. Yo lo conseguí, durante muchos años. Incluso hice compatible los martirios con una vida relativamente *normal.* Pero dentro, muy adentro, era ya un difunto desde que Adrián quedó atrás, cuando lo dejé atrás, sin mí, tan lejos de mí.

Su madre decidió llevárselo a veinte mil kilómetros de distancia. Fui consciente entonces de hasta qué punto le había perdido. Mi hijo Adrián era todo lo bueno que tenía. Una vez más, la única expectativa de liberación era

inmolarse. Sin mi hijo no merecía la pena vivir. Sin él sería mucho más fácil poner fin a todo, al dolor que me acompañaba desde tanto atrás y a las décadas de tortura que podían quedar por delante. Estaba aburrido de sufrir hasta el aburrimiento, hasta no poder más, hasta caer rendido. Amanecer tras amanecer fui encontrando el ánimo necesario para levantarme y seguir vivo. Pero éste era siempre frágil, esquivo, muy inestable. Las lágrimas, infinitas, no me salvaron de la locura. Vi partir a Adrián. «Allí donde estés yo estaré —pensé—, no te preocupes mi pequeño.»Pero eso era imposible.

Tendría que conformarme con verlo muy de vez en cuando, sólo un mes al año, cada verano, si había suerte. Sentí cómo se difuminaba, cómo se perdía en la bruma. En la despedida, sus brazos se aferraron a mi cuello, sus dedillos a mi camisa. Después, mientras se alejaba, miré sus ojos desconcertados, llenos de dolor y reproches. No sé describirlo, tampoco sé describir lo que sentí yo. ¿Quién puede romper los lazos entre un padre y un hijo?, ¿quién podía separarme de él? Quién sino yo, ¡maldita sea!

Ojalá hubiera sido un verdadero desalmado como tantos, ojalá hubiera sabido serlo. Pero me fue imposible. Apartarme de su cínica madre me apartaba también de él, de forma inevitable. Pretender su custodia era imposible. La pérfida aprovechó la jugada, la mala mano, a su favor. Cuando se lo sugerí me contestó babeando odio, ¿acaso estás seguro de que eres su padre? Nada me estaba permitido, no tenía ningún poder sobre esa criatura. El chico era sólo de ella.

Al poco de su partida, mi corazón se infló de su ausencia como un globo oprimiendo el pecho, haciendo estallar sus barrotes de hueso. Después llegó la verdadera distancia, el vacío absoluto. La realidad inabordable nos arañó las almas,

desgarrándolas. Su despechada e infame mamá hubiera conseguido la bendición de cualquier juez. Cualquier veredicto le habría otorgado su tutela. Nada le impedía volar con él hasta el fin del mundo. Yo no pintaba nada. A cambio obtuve el «compromiso», siempre que a ella le diera la gana, de tenerlo a mi lado unos días de estío cada año. La farsa urdida por esa mujer incomprensible era total. Lo haré por el niño, me decía con compungido cinismo. Pero añadió que sólo sería así, que sólo podría tenerlo, siempre que no dejara de pasarle la pensión cada mes. No aprecié en ella ningún escrúpulo al decirlo. Aquél sería el peaje, el impuesto que tendría que pagar por liberar unos días al niño cautivo de una auténtica demente. ¿Cuánto tiempo duraría aquello? Podían ser meses, años. Dependía de ella, de sus deseos, de sus caprichos, de su estado de ánimo, de su rencor. Claro, yo era un auténtico gilipollas. Me dejaba chantajear por ella. Qué absurdo. Pero lo amaba.

En su despecho, después de nuestra separación, había decidido vivir una temporada al otro lado del planeta, en Nueva Zelanda. No había un lugar más lejano. El padre de su amiga Sara era cónsul de España en ese país y, gracias a ello, consiguió todo lo necesario para largarse e instalarse allí. Tenía la tutela. Nada se lo impedía. Consiguió un permiso de trabajo, un empleo, una vivienda, un colegio para Adrián, hasta ella se matriculó en la Universidad de Auckland. Todo se conjuró para que pudieran pasar una larguísima temporada muy lejos de mí. El niño aprenderá inglés, me decía con cinismo. Deseé su muerte, no lo niego. Ésa era la única solución, me repetía, la única forma de evitar que me arrebatara a mi hijo. Pero yo era del todo incapaz de llevar a cabo semejantes chifladuras.

Durante un tiempo creí ciegamente amar a Carolina. La conocí una calurosa noche de 1979. El verano planeaba bajo, pesado y sofocante. Yo tenía diecinueve años y era la primera vez que me interesaba de verdad por una chica, que me enamoraba. Coincidimos en una de esas fiestas delirantes, aún adolescentes, en las que casi nadie se conoce pero todos charlan, beben y bailan como viejos amigos. Eran ya las cinco de una madrugada ebria y sensual. Todos habíamos bebido y fumado de más, y la cosa empezaba a desmadrarse. Algunos intentaban despejar la tajada bañándose en el agua templada de la piscina. Se lanzaban de forma aparatosa o se empujaban unos a otros, entre risas, gritos y alborozo. Antes o después todos terminaríamos igual. No me apetecía. Yo charlaba con una peluquera pelirroja y algo rolliza, simpática, que acababa de conocer y que intentaba seducirme a toda costa. A punto estaba de conseguirlo cuando alguien cayó a la alberca cerca de nosotros, salpicándonos. La víctima del chapuzón era una muchachita rubia que nadó con gran estilo hasta el bordillo. Serena y sonriente, sin dejar de mirarme, me hizo un gesto rogándome que la ayudara a salir del agua iluminada. Puse mi copa entre los dedos rechonchos de mi acompañante y me arrodillé en la orilla, inclinándome para tomar su mano. Al hacerlo, me pareció acariciar un ser húmedo y delicioso. Acababa de pescar una bellísima sirena, pensé. Llevaba un vestido azulón mínimo, muy corto, calado de agua y agujeritos, cuadraditos, tantos que me pareció casi transparente. El agua lo ajustaba a la piel, casi no hacía falta adivinar. Emergió agarrada a mi mano y mi antebrazo descubriéndome un cuerpo sencillamente perfecto. Mientras la alzaba, como a cámara lenta, me vi reflejado en el claroscuro de sus ojos serios, en la enlutada y lentísima mirada que ascendía mirándome. Quedé

fascinado y confundido en sus labios entreabiertos, detenidos en una sonrisa crujiente, extraña, casi perfecta. Por un instante sentí que su pulso y el mío latían a un tiempo. Azorado, agaché un instante la cabeza y busqué para ella palabras en los bolsillos, pero no encontré ninguna. Permanecí mudo y atolondrado, mirando sus preciosas piernas. Nunca me había sucedido algo similar. Deseé acariciarlas de inmediato. La chica había perdido una de sus sandalias, posiblemente estaría en el fondo de la piscina. Caminó tambaleándose sobre el tacón que le quedaba hasta una mesa cercana, allí se lo quitó lanzándolo mientras se sacudía el pelo como lo hacen los perros. Yo cogí un par de toallas de las muchas que había tiradas por el césped y la arropé con una cubriéndole los hombros. Luego me arrodillé frente a ella, solícito, para secar con la otra sus muslos, sus pantorrillas, sus tobillos, sus pies que me parecieron delicados y deliciosos. Ella no se resistió. Desde abajo intenté de nuevo ver su rostro, pero aún se secaba enérgicamente el pelo con la cabeza envuelta en la toalla. En la penumbra, con fascinación infantil, adiviné entre sus piernas unas braguitas también diminutas y azules. Me incorporé sin dejar de mirarla mientras ella, imperturbable, se las quitaba con tal habilidad y rapidez que apenas pude ver nada. Esperé aún un instante recreándome en la enloquecedora idea de cubrir su cuerpo de besos levísimos, fugitivos, inesperados. Tuve miedo de perderla, un pensamiento estúpido, pero eso pensé, eso sentí. «Me llamo Luis», dije en un alarde de originalidad, mientras ella miraba a mi alrededor buscando el zapato extraviado. Luego, ya con cierta pereza ante mi torpe asedio, respondió escueta que se llamaba Carolina. Carolina, qué hermoso nombre, en seguida lo idealicé. Sin darme apenas tiempo a despertar, con un par de

atropellados y Cándidos besos me dio las gracias, muchas gracias y se disculpó, tenía que regresar con sus amigos. Como la Cenicienta, en la hierba dejó abandonado su zapatito, el único que le quedaba. Indiferente, se alejó con las braguitas aún goteando ocultas en el puño cerrado. Miró atrás mientras sus lindos pies descalzos aceleraban el paso. Luego, alzando la mano, hizo un gesto de adiós desde la otra orilla. Me sonrió un instante y desapareció entre el bullicio, entre los que bailaban en la pista de cemento.

No era nada ordinario lo que sentí en ese instante. De repente, con el alma inflamada en llamas y preguntas, me pareció invierno, inesperadamente invierno. El destino pasaba su dedo por mi espalda, haciéndome estremecer. Fue un escalofrío palpable, demasiado magnánimo y ardiente para un encuentro tan pequeño. Cuando volví en mí, me di cuenta de que la recia peluquera había desaparecido llevándose mi copa y una imagen de mí, seguramente, bochornosa. Recogí del suelo la sandalia y acaricié la plantilla con la intención, tal vez, de convencerme de que lo sucedido había sido cierto.

Carolina era delgada, esbelta y voluptuosa, una belleza absolutamente pura. Tocada por una rarísima e imperfecta hermosura, como una yegua o un pez inverosímiles. Me pareció extremadamente joven, demasiado, aunque la oscuridad y el alcohol emborronaban los detalles. Me pareció fascinante, un preciosísimo animal. Quise llamarla, hacerla regresar; pero quedé mudo, imposibilitado, taciturno. Deseé perseguirla, abrazarla, olería una vez más, jugar a levantarle el vestido, a mordisquear la carne, los pezones y el corazón. Verla y oírla gemir, aprender desde cero a volar con ella. Pero quedé petrificado. Invadido por un enorme deseo y un pequeño aunque certero dolor. Carolina tendría a alguien, me dije, un posible amor, o dos,

los que quisiera, y ahora alguno estaría junto a ella, rodeándola, adorándola. Yo no existía, sólo había sido un extra, el hombre sin nombre de un cortometraje que definitivamente había terminado. Ni siquiera aparecería en los títulos de crédito. Tal vez le parecí un cretino babeante, un necio meritorio. No era capaz de discernir. Como un ser invisible, escapé de la fiesta sin decir adiós. Arranqué el coche y tomé el camino más largo posible hasta casa. No pude dejar de pensar en ella. Aquella noche, fantaseando con la escena, con un millar de posibles continuaciones a esa escena, con su imagen, sacié mi deseo otorgándome un solitario y generoso placer.

A la mañana siguiente desperté inquieto, abrasado por una avidez incómoda, insostenible. Me masturbé de nuevo con furia y me corrí copiosamente. Eso me hizo sentir mucho mejor. En la ducha ya había conseguido apartarla casi por completo de mi pensamiento, eso creía. Lo cierto es que en lo más recóndito, siguió persiguiéndome, atormentándome, durante varios días, semanas. Pregunté a mi amigo si la conocía, si sabía quién era, pero no tenía ni la más remota idea. Esa noche estaba demasiado borracho y había invitado a demasiada gente, sobre todo tías, cuanto «más buenas» mejor. ¿Cómo discernir entre tanta belleza? Desistí como se desiste ante lo imposible, con desgana, pero lo hice al fin y al cabo. Era la primera vez que un sentimiento similar me cohibía, me torturaba. ¿Me había enamorado? Qué maldita estupidez.

La sorpresa llegó pasado algo más de un mes. En la siempre mugrienta luna trasera de mi coche, alguien había apuntado con el dedo un número de teléfono, debajo había escrito «¡llámame!». A punto estuve de pasar un paño y borrarlo. Pensé en limpiar un poco el cristal, por ver algo, pero por fortuna no tenía un trapo a mano. Al principio no

le di mucha importancia. Seguí viéndolo por el retrovisor, leyéndolo al revés. Comencé a fantasear hasta que la curiosidad me venció. Detuve el auto junto a una cabina y marqué el número anotado en el polvo. Mi sorpresa no pudo ser mayor. Después de varios tonos saltó un contestador automático: «Hola, soy Carolina, en este momento no puedo atenderte...» Carolina, Carolina, Carolina. Aquel nombre sonó maravilloso y extraño, casi tanto como aquella voz metálica. Colgué asustado antes de que la misiva grabada concluyera, antes de escuchar el pitido que seguro seguiría a las dulces palabras. Aturdido, brotó de mi garganta una carcajada ahogada, un extraño gemido. Por supuesto no dejé ningún mensaje. Aquella mañana no conseguí hacer nada útil, salvo poner a salvo el número en un papel y contenerme. Preguntarme una y otra vez cómo había adivinado ella que aquél era mi coche, tal vez me vio alejarme de la fiesta. También me preguntaba con insistencia cómo iba a afrontar esa conversación que ya me parecía inevitable. Serené mi impaciencia. Inventé una absurda excusa para no ir a trabajar y me tomé el día libre. Pasé largas horas en silencio, intentando ordenar la emoción y las ideas, sonriendo como un idiota enamoradizo. Era ella, eso me pareció. Aunque dudaba. Desconocía por completo qué mágica, oculta y absoluta casualidad se había producido para que aquella bellísima desconocida buscara escuchar mi voz, tal vez encontrarme. Anocheció. Recordé una vez más su larga mirada mientras se acercaba nadando, y sin poder aguantar más aquella inquietud, marqué una tras otra las siete cifras. Lo hice muy despacio, como un ladrón que tecleara la combinación secreta de una caja fuerte repleta de fortunas. En esta ocasión no respondió la grabadora.

—¿Sí?... ¿Dígame?...

—Hola, soy... —titubeé— Luis, el del coche. Quiero decir, soy el dueño del coche en el que apuntaste tu número de teléfono. Te he llamado... —No acerté a decir algo más estúpido.

—¡Ah!, hola... —respondió ella con cierta indiferencia. Luego guardamos un largo e incómodo silencio.

Esta vez fue su viva voz la que contestó a la imprevista llamada. Sonó perpleja, muy nerviosa. Con cierto desdén, inventó una estúpida excusa para justificar el haber dejado su reclamo garabateado en el cristal trasero de mi coche. Como si lo hubiera hecho por casualidad, como si jamás hubiera esperado una posible respuesta.

La cosa iba bien, pensé. O tal vez no, tal vez estuviera arrepentida de haberlo hecho. Más tarde descubrí hasta qué punto podía llegar a ser orgullosa. Después del turbado y titubeante inicio de nuestra conversación, nos fuimos relajando y seguimos charlando durante algo más de una hora. En algunos momentos como si ya nos conociéramos, sólo como si lleváramos tiempo sin vernos. Veinte horas después de aquella cháchara telefónica, tomábamos juntos un Martini blanco en un bar muy acogedor. Bebimos y conversamos hasta que cerraron. Luego, ya en mi coche, seguimos hablando hasta que llegó la luz del alba. Hablamos, hablamos, hablamos. Ya era de día cuando me invitó a subir a su casa. Vivía con su hermana mayor en un ático, un cuarto piso sin ascensor. Un apartamento pequeño y luminoso, bastante desordenado, que de entrada me pareció tan agradable como inquietante. Su hermana estaba de viaje, podíamos acostarnos en la cama grande, me propuso, la de matrimonio. Ella dormía en un sofá cama en el salón. En aquel tálamo oscuro y extraño, entre sábanas fragantes, follamos hasta que otra vez se puso el sol, hasta caer literalmente rendidos. Y en eso consistió la

mayor parte del tiempo de los meses que siguieron. Vivíamos sólo pensando en el encuentro, en mi casa o en la suya, en estar juntos, solos, abrazados, entrelazados, fundidos. Mirándonos, presintiéndonos, respirándonos, olfateándonos, deseándonos, acariciándonos, besándonos, desnudándonos, chupándonos, babeándonos, palpándonos, masticándonos, penetrándonos, derritiéndonos... Reviviendo y falleciendo cada día. Comencé a sentir algo cercano a la verdadera felicidad. Eso parecía, aunque mi naturaleza taciturna me hiciera desconfiar de tanta dicha inesperada. Pasábamos largas horas ceñidos el uno al otro, en silencio. O no parábamos de dialogar, de un modo casi compulsivo, frenético. Realmente sentí que la amaba, tal vez como no había amado hasta entonces. Tardó mucho en decírmelo, jamás lo hacía. Una de esas carnales y tiernas noches, después de preguntarme una y otra vez si yo la quería, quedó silenciosa, afligida, y se apretujó fuerte contra mi cuerpo. En un bisbiseo confesó amarme. Susurró un «te quiero» tan meditado, tan sincero, tan compungido, que me conmovió profundamente. También, no puedo negarlo, las palabras llegaron a inquietarme, a encresparme de algún modo. Me asustaron. Salieron de un rincón recóndito y sagrado, y las pronunció como quien pronuncia un juramento, como si llevara toda una vida esperando poder decirlas sin demasiado temor a equivocarse. Su voz sonó distinta, enaltecida y solemne a pesar del insignificante volumen con que las articuló. Luego, temblando como un cachorrillo, lloró en silencio y sin aceptar ningún consuelo hasta quedar dormida abrazada a mi pecho. Atrapada en el sueño, respirando al compás, me pareció una niña que no se había atrevido a confesar cuanto pensaba. Realmente no dijo todo lo que tenía que decir. Entre sus piernas, muy adentro, escondido,

Adrián ya esperaba que las llaves del tiempo le abrieran las puertas al mundo. Éramos demasiado jóvenes, los dos. Allí dentro pasó unos meses, cómodo, cálido y "recogido, creciendo y buscando la manera de salir. Cuando me lo dijo, pensé de inmediato en abortar ese destino. Pero aquello, estaba seguro, le hubiera partido el corazón. Me sentía incapaz de afrontar semejante tarea, la de ser padre. En absoluto estaba preparado para ejercer. Pero callé mi aprensión. No se lo dije, no me atreví. Tras el primer impacto, tras el *shock* que me produjo la noticia, acepté emprender aquella inevitable aventura, inseguro e inconsciente, como aceptaba cada una de mis frecuentes insensateces. Guardé silencio mientras miraba el fondo de sus enormes ojos. En ellos pude ver la mirada de Adrián. Llegaba desde adentro, desde el hogar en el que crecía. Fue un evidente intercambio espiritual. Nos miramos en ese instante, invocándonos, y desde entonces mi entrega a él fue absoluta. Buscamos una nueva casa para los tres. Durante las treinta y cinco semanas de su gestación, a pesar de mis temores, vivimos la incertidumbre con serenidad y amor. Llegamos a ilusionarnos en la espera. A medida que Adrián prosperaba, aquel vientre abultado emanaba una cada vez más extraña y contagiosa sensación de paz. Y así fue hasta que nació. Cuando el pequeño llegó a este planeta, la primera vez que lo tuve en mis brazos, me pareció sentir que ronroneaba dichoso de conocer a su padre.

Preparando Saka-saka

El resto del vuelo transcurrió sin más. Sin apenas darnos cuenta. A un punto, todavía medio dormido, sentí que los motores deceleraban suavemente. El avión comenzó su lento descenso hasta la pista 06/24 del aeropuerto internacional de N'Djili. Minutos después sonó la campanita de aviso y se iluminaron las luces de *«No smoking. Fasten seat belts».* El comandante, con voz serena, informó que aterrizaríamos en unos quince minutos. En Kinshasa el cielo estaba despejado, la temperatura era de 25°, la humedad superaba el 90 por ciento y soplaban brisas suaves del suroeste. Papá despertó preguntándose dónde estaba. Aún tuve que convencerle de que estábamos llegando a África, parecía haber olvidado entre sus sueños cualquier atisbo de realidad. Era difícil para él aceptar que, más de treinta años después, regresaba a aquel insólito país en el que vivió años peligrosos, intensos y felices. Ese lugar salvaje que un día le cobijara tras su fuga de Madrid, huyendo de dos hembras quebradas. El lugar en el que dejó varios años de su vida, otra mujer y un hijo más. Allí quedaron Collette y Mukerembe. Un asunto del que papá jamás había vuelto a hablar. Nunca le oí mencionarlos, nunca quiso volver a tocar el tema. Era tabú. Seguramente poco existiría ya de

todo lo que él conoció y amó. Aunque algo no había cambiado. La mayor parte de África seguía mancillada por el caos, el hambre y la miseria que un día sembraron y alentaron unos pálidos extranjeros sedientos de riquezas.

Uno. Cinco. Quince. Veinte. Veinticinco. Treinta, *¡full flap!*

La tripulación del 747 fue desplegando los hipersustentadores progresivamente hasta extenderlos por completo y bajaron el tren de aterrizaje. El avión tomó tierra dócilmente, luego rugió, vibró y se estremeció frenando, abanicando levemente las alas hasta detenerse por completo y casi en silencio al final de la pista. Viró 180° y rodó muy lentamente hasta el estacionamiento, frente al edificio de la terminal. Las azafatas desarmaron las rampas y abrieron las puertas. Pasó aún un buen rato hasta que llegaron las escalerillas. La sofocante atmósfera africana inundó de golpe el interior de la aeronave, impregnándola de un aroma inconfundible. Un tufo denso y acre, un bochorno lánguido, húmedo y pastoso que antes de bajar ya nos había empapado el alma y la ropa. Comenzamos a sudar de verdad, como sólo se suda en los trópicos. Tuvimos que desembarcar tras los últimos pasajeros. Papá necesitaba una silla de ruedas que no llegaba. Seguía sintiéndose confuso, mareado. El largo viaje, los cambios de presión, el asfixiante ambiente le habían dejado exhausto, como ido. No empezaba bien la cosa. Al fin, llegó la asistencia con la sillita y nos bajaron en uno de esos elevadores que utilizan los servicios de *catering* para cargar en los aviones contenedores llenos de bandejas. Nada más llegar a la terminal del aeropuerto comprendí que había regresado a África, que habíamos regresado. Una lentitud exasperante lo dominaba todo, una ineficacia que puede complicar, incluso arruinar, cualquier posibilidad de

disfrutar de un buen día, de un buen viaje. No teníamos visados, un asunto en el que apenas había vuelto a pensar desde que salimos de España. Surgieron las primeras complicaciones. No nos permitieron atravesar el control de pasaportes, ni siquiera para recoger nuestros equipajes. De poco sirvió que les implorara, que les intentara explicar la situación, viajaba en compañía de un anciano medio impedido, era evidente. Pero se mostraban tan lerdos como implacables. Nos aparcaron en una salita infecta, en la que el único aparato de aire acondicionado no funcionaba. Casi una hora después apareció un oficial obeso, de aspecto jovial, que hablaba chasqueando la lengua, pegándola al paladar con cada palabra que decía y con el que resultó casi imposible entenderse en cualquier idioma. El tipo transpiraba de tal modo que el sudor descendía formando caudalosos ríos por su rostro. Intentaba constantemente contenerlos secándose la cara con un pañuelo infecto. El hediondo líquido inundaba las cuencas de los ojos irritándolos, cegándolos. La secreción, como una extraña marea, bajaba a oleadas por su frente estancándose en las cejas, en los párpados, cayendo luego a cataratas hasta resbalar por sus grotescos y risueños mofletes. Era negro como la noche más negra y también un completo estúpido. Su incompetencia y su incapacidad me hicieron exasperar. Mi impaciencia crecía cada vez que miraba a mi padre postrado en la silla, asfixiado de calor y medio inconsciente. Le obligué una vez más a beber agua, toda el agua que pudiera. Temí que pudiera deshidratarse. Para empeorar la situación, al reclamo de mi cada vez más encrespado tono de voz, aparecieron dos funestos policías con intención de poner orden. Por fortuna uno de ellos hablaba un perfecto y pausado inglés. Una vez conseguí explicarle la situación y después de soltar varios billetes de veinte dólares a cada

uno, la trama pareció entrar en vías de solución. Apareció otra funcionaría arrastrando los pies dentro de unas chancletas floreadas. Era tan gruesa como el primero, pero mucho más eficiente y simpática. Ella puso las cosas en su sitio. Echó casi a patadas a los tres patanes que nos habían retenido para nada y nos acompañó a otra estancia, mostrándose muy amable con mi padre. Ella misma empujó la silla de ruedas. Consiguió que nos sirvieran un té y unas pastas, y lo más importante, que nos trajeran hasta allí las maletas que yo empezaba a dar por extraviadas. Luego, segura y sonriente, se marchó con nuestros pasaportes prometiéndonos que todo se iba a arreglar. No mentía pero cuando regresó con los documentos en regla, ya habían pasado más de tres horas desde el aterrizaje. Tuve que pagarle un precio desproporcionado por los visados. Seguro que ella se llevó también su parte pero poco importaba ya. Con los salvoconductos sellados y las visas válidas para treinta días, pudimos por fin salir de allí. Conseguimos un mozo que cargó con nuestro equipaje y tomamos un taxi que por fin nos llevó hasta el hotel.

Mientras recorríamos los veinticinco kilómetros que separaban el aeropuerto del centro de la ciudad, la cara de papá se fue transformando. Recobró cierto color. Pasó todo el trayecto mirando por la ventanilla, abstraído, fascinado como un niño, con la nariz pegada al cristal. Me recordó a Adrián. Creo que entonces fue consciente de dónde estaba, de qué le había llevado hasta allí, de la cantidad de recuerdos que guardaba casi intactos. Éstos parecieron ir revelándose en su memoria con nitidez a medida que avanzábamos hacia el centro de Kinshasa, por las calles de la que para sus ojos seguía siendo Leopoldville. Nos alojamos en el Gran Hotel Kinshasa, en la avenida Batetela. Un mastodonte blanco de veintidós plantas a orillas del río

Congo que rompía todas las reglas de la contención, el entorno y el paisaje. Nada del otro mundo. Era el único cinco estrellas de la villa, aunque no merecía más de tres. El servicio era pésimo, resultaba casi imposible entenderse con el personal y a primera vista la habitación me pareció húmeda, triste, demasiado ostentosa, decadente. Pero todo eso importaba poco. La nuestra estaba en el quinto piso, la 505. Los ascensores funcionaban, el aire acondicionado también, incluso en exceso, las camas eran cómodas, el agua de la ducha salía caliente y con fuerza. También tenía una televisión con un montón de canales vía satélite, incluso un mando a distancia. El servicio de habitaciones funcionaba las veinticuatro horas. ¿Qué más podíamos pedir por ciento treinta dólares al día? Pedí unos sándwiches y unos refrescos, algo de fruta, unas botellas grandes de agua mineral.

Llené la bañera y ayudé a mi padre a darse un buen baño que le desestresara, que le aliviara un poco después de tantas horas de viaje. Le froté bien por todo el cuerpo y lavé su cabeza enjabonándola y masajeándola con mimo. Se mostraba dócil y silencioso, sumiso. Apenas decía palabra y todo lo que yo le proponía lo acataba sin rechistar, cosa rara. Le puse el pijama, unas pantuflas confortables y le sequé el pelo peinándolo con esmero. Luego descorrí por completo las cortinas y acerqué un sillón a la ventana. La vista era magnífica. Abajo, unos metros más allá de las ostentosas piscinas del hotel, la cochambrosa ciudad en torno. Y un poco más allá el caudaloso Congo. Y al otro lado, en la otra orilla, se adivinaba ya Brazzaville. Aún más lejos parecía poder contemplarse incluso Punta Negra, frente al océano. Se sentó allí a admirar y esperar mientras yo me duchaba. Disfruté un buen rato del chorro golpeándome en la espalda, justo hasta empezar a sentirme culpable. Allí la

mayor parte de la gente podría beber todo un año con los litros que yo derrochaba. Salí del agua envuelto en un enorme albornoz. Desde el baño escuché su voz preguntarme algo muy quedamente. ¿Qué has dicho papá?...

—Me has traído aquí a morir, ¿verdad?... —repitió.

—No... Te he traído aquí a vivir lo que nos quede.

—¿Por qué hablas en plural? Tú eres sólo un crío.

—Nunca se sabe, papá. Nunca se sabe...

—Es extraordinario poder ver esto otra vez. Sólo por estar aquí sentado y echar un vistazo, ya merece la pena haber venido...

—¡Vaya!, no sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

—Deberías llamar a tu madre... y a Nadia. ¿No?

—Luego lo haré —mentí—. Estoy agotado.

—También a Adrián. Deberíamos haberlo traído con nosotros...

—No puede faltar al colegio tanto tiempo, además...

—Yo tendría que llamar a Collette y a Muke, seguro que están preocupados... —desvarió.

—Eso será muy complicado, papá.

—Me estarán esperando. Estarán intranquilos. No les he dicho nada...

—Papá, tal vez Mukerembe y su madre ya no vivan aquí. Puede ser incluso que hayan muerto. ¿Lo entiendes? Ha pasado mucho tiempo...

—Ayer mismo los dejé en el Pourquoi Pas.

—Déjate de estupideces, de eso, de ayer mismo, papá, hace ya más de treinta años, ¿lo entiendes? Estás muy cansado, deberías acostarte un rato...

—No estoy cansado, sólo un poco despistado...

—Ahora voy a afeitarme, abre si llaman a la puerta. Será la comida, ¿vale?...

—Tengo hambre.

—Yo también. ¿Quieres que encienda la tele?

No me contestó pero lo hice. Acababa de embadurnarme en pasta de afeitar cuando el camarero trajo el almuerzo. Firmé la nota, le di una buena propina y cerré la puerta con pestillo, por si a papá le daba por salir. Ya en pijama los dos, nos sentamos a comer unos sándwiches frente al televisor. El mundo está emponzoñado en las ondas hertzianas. En África o en Asia puedes consumir las mismas gilipolleces que en Europa o en América. La globalización del planeta, la peor, la más peligrosa, está en la estupidez televisiva y publicitaria que a todos nos iguala, sin distinción de razas o creencias. Pero a papá le gustaba mirar la televisión. Mirar y no ver nada, como la mayoría. Cambiaba una y otra vez de canal, sin ton ni son, en apariencia. Después de zapear un buen rato se detuvo en un programa que emitía la NBC: «El Show de Selina Scott.» Con la monótona voz de la presentadora quedé profundamente dormido.

Amanece. Me desperezo frente al ventanal. Preparo un café. Sirvo una taza negra y generosa. Abro la ventana, huelo, observo y escucho. El día despierta fresco, pero será sofocante y húmedo. Un intenso olor a ozono lo invade todo después de una noche de aguacero y tormenta. África despierta, comienza a rugir. A veces suena como una viola o un violonchelo, pausada y profunda, elegante e inalcanzable. Otras, como un vetusto acordeón con el fuelle rasgado, atropellada, desentonada, crispante, patética. Tristísima. En ocasiones relumbra como el ámbar, el diamante o la esmeralda, otras tiene el hosco aspecto del carbón o el pedernal, del estiércol. Todo en sus vastos territorios parece peregrinar a medio camino entre el

milagro o el desastre, trotar sin freno por el filo de los abismos o estar asentado y detenido en la más absoluta y llana pereza. Nada más pisar su suelo notas nítido bajo tus pies el pesado girar de la tierra, la sorda vibración de su parsimonioso mecanismo. Un rumor sordo y profundo, casi imperceptible, que hace tremar levemente toda su superficie y todo cuanto hay sobre ella, incluida tu alma. Allí puedes sentir, como en ningún otro lugar, el verdadero peso de la gravedad, esa fuerza misteriosa que nos mantiene pegados a la esfera. Una marea de sudor salobre corrobora nuestra condición de seres hechos de agua y de sangre. Cuando descansas recostado en su suelo, algo en el aire, en la tierra, un raro magnetismo, te hace sentir si estás cabeza abajo mirando al sur, atravesado de este a oeste, o bien orientado al norte. África te aturde con sus fulgores y te aterra con sus tinieblas. Vivirla, sentirla, contemplarla, te taladra los sentidos, para bien y para mal, agotándolos, dejándote exhausto. Es absolutamente deslumbrante hasta en la más absoluta oscuridad. La mirada no está acostumbrada a tanta y tan rara belleza, a tanta y tan inaudita fealdad. El oído no puede abarcar todos sus matices sonoros sin inquietarse, sin aterrorizarse en sus sordinas de muerte o ensordecer en el retumbar de sus exaltados alborotos y atabales. Sin hechizarse en los extravagantes cantos de sus aves, en los insólitos sonidos que decoran los silencios, provengan de las bestias o los hombres. Puedes enloquecer en el sigilo de sus arcanos desiertos de arenas, pedruscos o forestas. Es imposible no alucinarse en los hipnóticos ritmos de sus músicas y sus danzas, en el latir de los tamtanes que acompasan la vida, que lo son todo para los africanos, carta, corazón y campanario. Su aroma puede embriagarte como los más delicados inciensos y perfumes o demolerte asfixiado en

aires definitivamente fétidos, en la esencia misma de la putrefacción. Su piel tiene el tacto suave del marfil bruñido o la seda más fina, pero también todas las asperezas que uno pueda imaginar ajando su corteza. Lamerla, saborearla, puede llevarte al éxtasis o matarte de asco y de sed. Puedes morir de calor o de frío, de pena o alegría, de dolor o placer. No hay términos medios en África, no hay tibiezas, todo allí vive o muere en contrastes imposibles, bellísimos o repugnantes, mansos o feroces. Celosa de sus secretos, de su realidad, de sus fantasías, de su tiempo, se contrae o se dilata dependiendo de cómo vengan los días y las noches. En sus relojes un tictac no dura un segundo, todo sucede mucho más veloz o de forma exasperadamente lenta. El espacio que separa nacimiento y muerte suele ser efímero, tal vez por eso las vidas africanas transcurran siempre lánguidas, en algo delirantes. África, aparentemente ocupada en hacer nada, no concibe la prisa, ni frecuenta en exceso la eficacia o la justicia. No espera ser comprendida, su verdadero ser no es de nuestra incumbencia, no es atributo de los blancos alcanzarla, entenderla. Sólo se abre, y sólo en parte, ante aquellos que sabe se acercan para amarla, para venerarla con humildad, con enorme respeto, sin hacer demasiadas preguntas, pues ella no encontraría respuestas que ofrecernos. África parece vivir eternamente condenada al peor de los tribalismos, a la más infame de las desesperaciones, al hambre o a las hambrunas más atroces. Ahogándose siempre en la sed insaciable y en los anhelos imposibles. Asida con aparente ingenuidad a las impúdicas manos de gobernantes casi siempre corruptos y crueles. Caminando o nadando con torpeza en el más abundante sufrimiento que uno pueda imaginar.

En un rincón de ese escenario comencé a moverme con mi aturdido padre. La primera mañana, nada más salir a la calle, después de un buen desayuno en el hotel, me pregunté ¿y ahora qué? ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué hago yo aquí en compañía de un anciano medio impedido? En la recepción me entregaron las llaves y la documentación del coche alquilado, un Toyota Tacoma de color rojo. Un *pick-up* todo terreno, enorme, cómodo y bastante bien cuidado. El vehículo apropiado, pensé, para movernos por las calles y las pistas en mal estado, a veces llenas de trampas y baches. Después de recoger el auto y lamentar lo complicado que resultaba para el viejo subir y bajar de él, le pregunté qué quería hacer, si tenía especial interés en visitar alguna zona de la ciudad, el barrio de Thysville, en la colina roja, o los alrededores del aeropuerto, o si le apetecía deambular por la ciudad paseando sin prisa. Imaginé que iba a dudar, pero su respuesta fue tajante, quiero ir al Pourquoi Pas.

¿Cómo encontrarlo? ¿Cómo explicarle que eso era imposible? Lo más probable es que ese local hubiera dejado de existir hacía décadas, le insinué. Insistió como un niño caprichoso. Una búsqueda inverosímil podía ser un buen comienzo, intenté consolarme. Y ¿por qué no? Recorreríamos la ciudad hasta llegar a la zona del aeropuerto, le propuse. Por el camino podría intentar reconocer algún lugar, alguna esquina. Avanzamos lentos por el bulevard 30 de Junio buscando salir del centro. Tuerce a la derecha por la avenida Kasa Buvu, sigue todo recto hasta el bulevar Sendwe, luego coge a la derecha por el bulevar Lumumba, nos llevará hasta el aeródromo, y no corras. Mi copiloto salió de su mutismo convertido en un eficaz guía. Cerca de aquí, en la barriada de Mátete (lo que al pasar me pareció un suburbio infernal y peligroso), vivía

parte de la familia de Collette, aseguró papá. Iba recuperando la memoria a medida que avanzábamos, recordando recovecos de la urbe, calles y avenidas. Las que recorrió mil veces al volante de su viejo Opel Kapitán, un modelo de los años cincuenta que compró al poco de llegar al Congo y que aún recordaba con nostalgia. El coche que más le había gustado en su vida, añadía siempre al hablar de él. Poco había cambiado la ciudad, al menos en lo esencial. Kinshasa seguía siendo Leopoldville. Bochornosa, sucia, violenta y caótica. Un indescifrable y «jodido caos», muy común en todas las capitales del continente, en el que parece imposible que nada pueda funcionar con cierta cordura. El tráfico era diabólico. Pasamos más de dos horas deteniéndonos en embotellamientos de aspecto irresoluble que de improviso, de forma inexplicable, se deshacían en locas carreras y adelantamientos suicidas.

Los peatones, los asnos, las bicicletas y las motos competían con miles de automóviles destartalados o flamantes, con vetustas guaguas abarrotadas de gente, bultos y animales. A cada parón, un ejército de pequeños mendigos asaltaba literalmente nuestro coche. Casi toda la ciudad está tomada por los *shegués,* los niños de la calle, huérfanos en su mayoría que se afanan en conseguir unas monedas por las buenas o mediante la rapiña. Apenas te alejas de las pocas y más cuidadas calles del centro, mejor asfaltadas, todo es miseria y abandono, inmundicia. Cientos de kilómetros cuadrados de desventura y pobreza. Un deterioro infinito que convive con naturalidad con los retazos capitalistas de un escaso, tardío e inútil progreso, que casi siempre frena en seco la más absoluta corrupción. Así habían estado las cosas bajo la viciada dictadura de Mobutu Sese Seko, y así seguirían, incluso podrían empeorar. Todo el país estaba sometido a la bota de su

despotismo. Un gigantesco territorio (unas cinco veces el de España) asolado por guerras interminables, en el que cualquier atisbo de dignidad humana, cualquier derecho, era violado por sistema y con absoluta impunidad.

En las calles de la «moderna» Kinshasa, los pocos edificios nuevos contrastaban con centenares de viejas y ruinosas construcciones. Las pocas zonas residenciales que aún subsistían se ahogaban cercadas por miles y miles de chabolas que formaban barriadas infectas. Durante los años que pasó allí, papá vivía cerca del aeropuerto N'Djili, en un lujoso «gueto». Villas y residencias de estilo colonial, muchas de ellas levantadas en los dorados años veinte. Preciosos chalets que sólo ocupaban ciudadanos extranjeros, blancos en su mayoría. Algunos habían resistido, restaurados con mayor o menor acierto, otros se caían de viejos. Ya lo eran en los sesenta. Muy cerca del desastroso aeropuerto, poco antes de un paso a nivel, encontramos la desviación hacia Camp Ceta, cerca del lugar que ocupó la sede de operaciones de la ONU en los tiempos que mi padre vivió en el Congo. El mismo lugar que ahora ocupaba el Centro de Entrenamiento de Tropas Aerotransportadas. Por allí, dispersas, seguían en pie algunas de esas villas privilegiadas. Nada más atravesar las vías del ferrocarril tomamos por una pista a veces asfaltada, a veces embarrada, surcada por profundas zanjas. Un par de kilómetros después un grupo de gendarmes y militares bien armados nos detuvo sin contemplaciones. Después de unas turbias explicaciones, después de soportar durante un rato sus absurdas y amenazadoras mofas racistas, al comprobar que éramos sólo turistas blancos, nos permitieron continuar. Ascendimos un buen trecho por la suave pendiente hasta llegar a la cima de la colina. Desde allí se contemplaba todo el perímetro del aeródromo N'Djili.

Nos detuvimos y descendimos del coche. Mientras yo encendía un cigarrillo, papá miró en torno suyo intentando acordarse, probando a ubicar el paisaje en su memoria, ansiando encontrar el lugar en el que estaba su casa. En aquel tiempo los DC-7 de Sabena y los Hércules de Naciones Unidas, me dijo, despegaban o aterrizaban en esa pista haciendo temblar los cristales con el rugido inconfundible de sus motores. Cuando papá no volaba pasaba muchas horas en la torre de control como oficial de tráfico aéreo. Esa misma torre seguía ahí abajo, ya en desuso pero avizora, vigilando el ir y venir de aviones muy distintos a aquellos que papá guardaba en su recuerdo.

Arriba, en el interior de la cúpula acristalada, pasó muchas tardes y noches sintiéndose un ser afortunado. Sólo por eso, por poder estar allí y mirar alrededor con sus prismáticos, atento al radar y a las radios, deleitándose en la extraordinaria sensación de camaradería que le unía a sus compañeros. Era el lugar más acogedor que recordaba, casi tanto como las cabinas de los aviones que entonces pilotaba yendo y viniendo hasta Stanleyville o Kigali, cargado de tropas y material. Pasamos un buen rato observando. Abajo, entre todas las casas que poblaban la falda del cerro, papá creyó reconocer aquella en la que había vivido. O lo que quedaba de ella. Bajamos callejeando por la colonia entre tramos pavimentados y otros de limo rojizo. Al fin la encontramos. Era la casa. La misma que mi padre había compartido durante varios años con su buen amigo Nus. Allí estaba, destartalada pero aún en pie. Incluso yo reconocí el caminillo, el porche, la entrada, aquello que aparecía en las viejas fotos de mi padre. El portón de acceso estaba asegurado con unas vueltas de alambre de espino. También con una gruesa cadena de la que pendía un herrumbroso candado abierto,

completamente inservible. Alguien había colgado un cartel con una advertencia mal escrita a mano y en francés: «No pasar, propiedad privada.» Liberé la puerta y entramos no sin cierta aprensión. Nada más cruzar el umbral, una brisa extraña sopló desde adentro acariciando nuestras mejillas y el mundo pareció quedar en silencio. El cielo se puso triste y durante unos minutos lloviznó. Cayeron lágrimas calientes, llantos tropicales. Papá estaba muy excitado por el hallazgo, tremendamente emocionado. Feliz y afligido a un tiempo. Una frondosidad oscura y asfixiante había invadido lo que antaño fuera un acicalado jardín cubierto de césped. Madreselvas y buganvillas, después de años de anárquico crecimiento, se retorcían entrelazando los colores de sus floridas ramas, oprimiendo las pilastras hasta casi quebrarlas, desmenuzando lentamente el cemento, las piedras y los ladrillos. Sobre el tejado, en parte hundido, sólo duraban unas cuantas tejas rotas de pizarra negra. En los enormes ventanales apenas quedaban cristales y los que había estaban rotos a pedradas. Las puertas y sus cercos ya no existían, las habían arrancado de cuajo. Hasta las cañerías y los cables habían sucumbido a los saqueos. La abombada techumbre daba la impresión de ir a derrumbarse en cualquier momento. Todo dentro o fuera de la casa amenazaba ruina, destilaba desolación. Papá cojeó arrastrando su figura por las demolidas habitaciones, una por una, apartando ramas, vidrios y cascotes con su bastón. Algunas ratas enormes escapaban al advertir nuestra presencia como espíritus grises y fugaces. Yo le seguía en silencio. Se detenía y miraba como si sus ojos pudieran ver aquel escenario horrendo transmutado por el esplendor de su recuerdo. De tanto en tanto sonreía como si alguna imagen antigua y radiante, durante un santiamén, hubiera iluminado su frente. Murmuraba para sí, como si

charlara con alguien, pero no era conmigo. Viéndole pasear por las estancias fantasmales, pensé que tal vez había merecido la pena llegar hasta allí. En ese instante, mi padre sintió certera la dicha de haber podido regresar y echar un vistazo a las decrépitas escenas de su pasado. Pasamos allí algo más de una hora. La fatiga empezaba a ser notable en él cuando le pedí que nos marcháramos. Debíamos regresar al hotel. Comeremos algo y luego echaremos una buena siesta, le propuse. Le pareció una buena idea, estaba muy cansado. Antes de salir, papá se agachó con dificultad y arrancó una de las amapolas que coloreaban lo que quedaba del jardín. La guardó con ternura en el bolsillo de su chaqueta y luego subió al coche sin volver a mirar atrás. Pasó el camino de vuelta hablando sin parar.

La pista de N'Djili le parecía más larga, más ancha, todo era a sus ojos más grande que entonces. Como la ciudad, como yo, como todo. Recordaba Leopoldville como una nave perdida en una inmensidad verde y difusa. Una ciudad a la deriva rodeada por una jungla que seguía siendo impenetrable. En la inmensidad de sus recuerdos, todavía habitaban animales feroces y tribus caníbales sedientas de sangre. Amenazas de un lugar inhóspito que él sobrevolaba casi todos los días. Como el imponente cauce del río Congo, que serpenteaba durante miles de kilómetros surcando y alimentando esa espesura. Como «una inmensa serpiente con su cabeza oculta en el mar y su cola perdida en las profundidades de la tierra», escribió Joseph Conrad. Realmente en aquellas selvas latía sordo el verdadero «corazón de las tinieblas». Había leído cien veces ese libro. Siguió rememorando. El y sus amigos, sus excelentes compañeros, después de cada misión solían ir a divertirse al

que llamaban «barrio europeo». En Thysville se amontonaban algunos de los bares y restaurantes que ellos frecuentaban. Abrían hasta muy tarde, algunos hasta bien entrada la madrugada. Allí bebían *bourbon* y escuchaban buena música en directo. Recordaba una peculiar orquesta, la Okáfrica Jazz Band, que mezclaba el sonido del tamtan y el likembe con los del saxo, el clarinete y la guitarra. En esas calles estaban también las más suntuosas villas de Leopoldville. Pero sus antros favoritos estaban en el barrio de Poto-Poto, en Brazzaville, al otro lado del gran río. En ellos encontraban las más bellas putas. Mujeres muy jóvenes, deliciosas, que «amaban» la delicadeza y la generosidad de sus pálidos y ocasionales amantes. En Chez Mingiedi, el Dollar, Lolita o Chez Tintín, donde incluso preparaban algo parecido a una paella. En todos esos locales eran siempre bien recibidos, como los mejores clientes.

Busqué en la radio algo que amenizara los brutales atascos que encontramos de regreso al hotel y amortiguara la monótona charla de mi padre, que ya desembocaba en una sucesión de «lances» de juventud, entre buenos camaradas y mejores prostitutas. Sintonicé una emisora, Radio Okapi, ponían buena música, un poco de todo, hasta canciones de Julio Iglesias. Nuestro compatriota cantaba en francés, *ne me parle plus d'amour,; laisse faire le silence...,* mientras papá hablaba y hablaba perdido en sus tarambanas recordaciones. De pronto dio un respingo en el asiento y su rostro y sus ojos parecieron iluminarse. Agarrándome la mano que tenía sobre la palanca de cambio exclamó emocionado: Pero qué idiota soy, ¡ahora me acuerdo! ¡Allí estaba el Pourquoi Pas!, en Brazza, y no en Leopoldville. Ahora lo recordaba bien. Estaba en algún rincón del barrio de Poto-Poto. Allí conoció a Collette. Allí

empezó todo. Ese debía ser el punto de partida, me dijo con impaciencia. Te aseguro que mañana intentaremos ir a Brazza, le prometí, lo intentaremos, pero ahora debes descansar, debemos descansar. Ya has tenido suficientes emociones por hoy, ¿no te parece?

De Kinshasa a Brazzaville hay pocos kilómetros, cinco o seis. En la recepción me recomendaron que para ir tomáramos un *cent-cent,* un taxi, mejor que nuestro coche. Nos proporcionaron uno de confianza. Cruzar el río y la frontera podía ser muy complicado, y el tráfico en la laberíntica Brazza sería, me prometieron, aún peor que en Kinshasa. Tuve que ofrecer una generosa suma al chófer, un tipo mayor que parecía espabilado y honesto, para que ese día se dedicara a nosotros en exclusiva. Lo normal hubiera sido recoger viajeros por el camino hasta llenar el coche, ése es el concepto de «transporte colectivo» que tienen en general los africanos. Taxis y autobuses viajan siempre abigarrados, completamente repletos de clientes. Le pagué la mitad de lo acordado antes de salir para que eso no ocurriera. Avanzamos lentamente por el paseo Alberto en dirección a la frontera entre Zaire y la República del Congo. Las dos naciones, las dos ciudades, llevan una eternidad separadas legalmente, pero sus habitantes siguen hermanados a pesar de los odios ancestrales que también comparten. Un trasiego incesante unía las dos márgenes, el mismo bullicioso ir y venir de cuando pertenecían a un mismo país. En cierto modo, Brazzaville, fue en tiempos un apéndice de Leopoldville, un enorme barrio más. Con el tiempo se convirtió en una poderosa capital llena de misterios desterrados. Nos llevó más ele dos horas coger uno de los ferris que cruzan las turbias aguas divisorias. Iban atestados y navegaban penosa y lentamente, luego, los funcionarios de aduanas eran aún

más parsimoniosos que los barcos. La tensión en el paso fronterizo era evidente, se notaba sobre todo por la enorme presencia de militares a uno y otro lado. Muchos zaireños iban cada día al mercado de Brazza a comprar o vender animales o mercancías y viceversa, multitud de congoleños atravesaban el río en dirección a Kinshasa. Las colas de gente y vehículos para embarcar o desembarcar eran eternas, me arrepentí de haberme aventurado con mi padre en ese desbarajuste. Pero él estaba empeñado en ir a toda costa, en buscar al otro lado. Las dos ciudades están una enfrente de la otra, cada una en una orilla, mirándose con repulsión y nostalgia, cerca del lugar en el que las aguas del Congo dejan de ser navegables. Más allá, está la infranqueable Puerta del Infierno y sus torrentes imposibles de descender o remontar. Sus aguas bajaban tan revueltas como el país en esos días. A mediados de los noventa, la situación en el Congo era dramática, especialmente dramática. La tensión ante la posibilidad de otra inminente guerra se notaba ya por todos los rincones. Aún chorreaba reciente toda la sangre derramada en los Grandes Lagos, el genocidio en Ruanda y Burundi, las matanzas a machetazos y pedradas entre hutus y tutsis, unos tres millones de personas perdieron la vida de forma terrible. Luego llegaron las avalanchas de víctimas expatriadas. En 1994, más de un millón de ruandeses, la mayoría hutus, entraron en el Zaire huyendo de la carnicería. Aquello desestabilizó aún más la ya inestable región: Los tutsis *bayamulengues,* sintiéndose abandonados por Mobutu, se iban a rebelar contra el tirano de la mano de Laurent Kabila. Después de todo aquel horror, la cruzada contra el corrupto Mobutu Sese Seko parecía ya imparable. El del Congo es conflicto eterno, eternamente olvidado, sobre el que las televisiones raramente enfocan los objetivos de sus cámaras, ocupadas

en guerras más «productivas», más interesantes para los espectadores. Guerras asépticas, terapéuticas, en las que se emplean soldados cada vez más estúpidos y armas cada vez más inteligentes. Guerras atractivas, controladas, televisadas en directo. Mientras, lo que sucede en muchos lugares de África, las muertes de millones de personas, pasan casi desapercibidas en Occidente, casi ocultas, tergiversadas. Cuando se cuenta, todo parece quedar resumido a una lucha salvaje entre salvajes negros, seres extraños e irracionales, que se matan unos a otros por razones incomprensibles, completamente incoherentes. Yen los titulares, cuando los ocupan, aparecen los mismos nombres y apellidos, los mismos miserables que ya estremecían y sangraban el país cuando mi padre lo conoció, o sus descendientes, haciendo todavía de las suyas. El Zaire pronto se iba a convertir en la República Democrática del Congo, aunque eso suene a risa. Los zaireños ya se preparaban para acabar con décadas de crímenes bajo el imperio de Mobutu. La revuelta de Kabila estaba en marcha, todo estaba a punto para que en pocos meses las tropas rebeldes marcharan sobre Kinshasa y arrebataran el poder al dictador. Mi padre, en los años sesenta, había vivido de cerca los devastadores efectos de otra sublevación, la que terminó con la dominación de los belgas. Después de su partida, el Congo ya «independiente» cayó en un abandono infinito que aún, décadas después, perduraba. Mobutu Sese Seko llevaba en el poder desde entonces, desde el año 65, cuando se lo arrebató por la fuerza a Tshombe. Treinta y un años después de aquel golpe de estado, el dictador seguía en el poder. Aunque al parecer ya no sería por mucho tiempo.

Papá permaneció sentado dentro del coche durante casi toda la travesía. Le veía hablar con el taxista, no llegaba a

imaginar de qué, con qué palabras, el conductor se manejaba mal en inglés y regular en francés, sólo se expresaba con fluidez en su incompresible dialecto, el Ungala. Papá se portaba bien, como un niño de excursión. Estaba cansado, tal vez dolorido, pero no dejaba escapar un solo lamento. Tomaba sus pastillas, que eran muchas al día, con diligencia, asumiendo la disciplina sin rechistar. Antes de salir del hotel le embadurnaba en loción repelente de mosquitos, los dos lo hacíamos; con todo, los bichos no nos dejaban en paz y alguno nos picaba. Me preocupaba que pillara una malaria, tener que ingresarlo quién sabe hasta cuándo en un hospital, o ponerme enfermo yo, lo que hubiera sido un total desastre. Pasé los tres cuartos de hora que duró el trayecto en el paquebote fumando y mirando las oscuras aguas del caudaloso río, que pocos kilómetros abajo se deshacía en torrentes infernales, en rápidos imposibles, hasta llenar el océano. Quedé ensimismado en mis coartados pensamientos; desde que llegamos a África mi mente estaba ocupada en lo inmediato, en papá, en sus medicinas, en nuestra aventura, poco más. No había vuelto a pensar en Nadia ni en Adrián. Tampoco en mis ambiciones suicidas. Como las aguas del río, seguiría dejándome llevar hasta que regresara a España, una vez allí decidiría cómo y cuándo hacerlo. O tal vez regresaría definitivamente a la vida.

Tenía la intención de pasar dos o tres días en Brazzaville, aunque nada dije a papá de mis propósitos. Reservé una habitación en el único buen hotel del centro, por si acaso. Había mucho que ver y hacer allí además de buscar el dichoso Pourquoi Pas. Antes ele salir de Madrid le prometí que iríamos a ver animales salvajes, que haríamos un safari.

La reserva de Lefini no estaba muy lejos, no sería tan espectacular como el Parque Nacional de Odzala, al que sólo se podía llegar en avión, pero colmaría nuestras expectativas. Decidiría sobre la marcha. Por fortuna, Sassou, nuestro chófer, tenía un buen amigo entre los oficiales de la aduana del puerto. Nada más atracar, después de descender del barco, consiguió que nos dejaran pasar el control sin esperar las interminables colas que se formaban a la llegada de los ferrys. El policía ojeó con desinterés nuestros certificados de vacunación y los pasaportes, nos hizo rellenar unos estúpidos impresos y luego selló los dos documentos sin mayor problema. No nos libramos de pagar las tasas ni de soltar una generosa propina al sumiso funcionario. Todo mereció la pena, al fin pudimos entrar en la ciudad fundada por el explorador Pierre Savorgnan de Brazza. Nuestro primer objetivo una vez allí, cómo no, sería el barrio de Poto-Poto.

Véronique

A pesar de su bullicio y su caótica circulación, Brazzaville es una ciudad más alegre y tranquila que Kinshasa. Sus calles están llenas de bullicio y de arte. En todos los rincones se venden máscaras y esculturas, pinturas coloridas e ingenuas, naif africano, bellos instrumentos musicales. Ya en Poto-Poto buscamos infructuosamente el Pourquoi Pas. Papá intentaba casi con desesperación recordar, orientarse en aquella maraña de calles repetidas, casi idénticas. En la enorme barriada conviven miles de personas, cientos de etnias, en un laberíntico y cuadriculado trazado de sucias callejas. Cada intersección, cada cruce, delimitaba parcelas cuadrangulares de terreno dividido a su vez en pequeñas parcelas. En cada una de ellas, decenas de casuchas levantadas con arcilla y madera, con cemento, ladrillos y planchas de uralita, muchas veces rematadas con plásticos y cartones. Todas rodeadas por cercas de estacas y enormes árboles, por una densa vegetación que ocultaba casi por completo las precarias construcciones. Un panorama pobre, denso, simétrico y monótono, en el que era muy difícil ubicarse, encontrar alguna pista que ayudara a su degradada memoria. Poto-Poto era un gigantesco e indescifrable suburbio. Fuimos preguntando a

unos y a otros hasta dar con alguien que recordaba el local. Un anciano esbelto y altísimo que accedió a llevarnos al lugar donde estuvo un día muy lejano, nos dijo. Subió al taxi y con firmeza guió a Sassou por las intrincadas callejuelas. No tardamos mucho en llegar. En la propiedad que antiguamente ocupara el café, encontramos una atiborrada quincallería. Hacía ya muchos, muchísimos años, que el Pourquoi Pas había dejado de existir, fue poco después de la revolución, nos contó el viejo. Curioseamos por el local, ya irreconocible, y charlamos con uno de los buhoneros, también de aspecto octogenario, aunque seguramente tuviera poco más de cincuenta años. Le explicamos el objeto de nuestra búsqueda. Entonces, por fin, encontramos una pista, una razón para seguir. El que fuera dueño del Pourquoi Pas aún vivía. Papá recordaba bien a Ranim, que así se llamaba el hermano de Collette. Habitaba en Kintsomdi, otra barriada al noroeste de la ciudad, en la casa del marido de una de sus hijas, Véronique. Hacía ya más de seis años que la habían construido, nos explicó. El hombre apuntó la dirección en un pedazo de papel. Nos despedimos de los dos ancianos muy agradecidos y pusimos rumbo a la casa de Ranim. Aún tardamos más de una hora en cruzar la ciudad y alcanzar la periferia de la periferia. Sassou detuvo el taxi frente a la casa. Era una vivienda de una sola planta, levantada con bloques de arcilla muy roja, con el techo cubierto de tablones de madera y plásticos de todos los colores.

Véronique entreabrió la puerta con timidez, mirando algo temerosa por la abertura. Nos miró muy seria, muy sorprendida, lo último que esperaba era encontrar allí plantados a dos blancos sudorosos con caras de

circunstancia. Nos miró varias veces, sin disimulo, de arriba abajo y de abajo arriba. Luego, con un suave acento francés, con indisimulada sequedad, nos preguntó que qué deseábamos. Buscamos al señor Ranim, usted debe de ser su hija, le contesté titubeando. El que fuera propietario de un café en Poto-Poto, añadí, el Pourquoi Pas. ¿Vive aún aquí? Aguardó un instante observándonos todavía con desconfianza, y luego vociferó adentro, llamando a su padre: ¡Papá, unos blancos te buscan! Escuchamos los lentos pasos de Ranim acercándose al umbral, arrastrando los pies tras la puerta verde y descascarillada. La abrió de par en par, un tanto desafiante, apartando con suavidad a su hija. Era un anciano de cara afable y tersa, con abundante pelo blanco sobre la fosca testa, muy rizado y abultado, como el de un payaso cano. Salió del umbroso interior de la casa y se plantó con los ojos guiñados y un poco encorvado al sol del rellano. En su mirada aún conservaba el brillo inquieto de la juventud. Nos echó un rápido vistazo con el cigarrillo casi consumido entre los labios, igualmente receloso. Todos nos miramos sin decir nada durante un instante prolongado y absurdo. Primero papá y él se escudriñaron con el rabillo del ojo. Luego, ya cara a cara, los viejos aguzaron los sentidos, observándose como si tuvieran ante sí la imagen de un espectro familiar, como dos aparecidos. Mi querido Ranim, ¿puedes recordarme?, le dijo mi padre. El veterano negro se ajustó las vetustas gafas y se acercó aún más a él mirando su rostro muy de cerca, a sólo unos centímetros. Después, retirándose, escupió la colilla, dio unos pasos atrás y se puso a cavilar. Soy Alfonso, el español de la ONU, insistió papá en su buen francés. ¿Te acuerdas de mí?, el hombre blanco de Collette. De improviso, el gesto en el rostro de Ranim se transformó por completo. Rumió algo al cielo,

sacó las manos de los bolsillos y las echó a la cabeza, balanceándose así delante y atrás, muy impactado, jurando en algún dialecto misterioso, hablando muy rápido, repitiendo una melódica frase, de la que sólo llegué a entender un nombre, Collette. Su hija y yo mirábamos la escena muy turbados, sin saber bien qué hacer o decir. Ranim y mi padre se abrazaron emocionados, con añoso afecto, sonriéndose como dos majaderos, dándose palmadas en la cara o en la espalda el uno al otro. Tomándome del brazo, papá me arrimó efusivo al viejo diciéndole que yo era uno de sus hijos. Ranim tomó mi cabeza entre sus manos ásperas y acercándome la frente a su boca, me besó tres veces como si fuera su propio hijo.

¡Ay! Véronique, gimoteó a su hija el octogenario, aún cogido a la mano de papá. Estos son buenos amigos de tu padre, le explicó, muy buenos amigos, buenos blancos, parte de nuestra familia. Secó una lágrima con el dorso de la mano y con gran afectación nos invitó a entrar en su humilde casa, que era la nuestra, aseveró con firmeza. Pasad, pasad, por favor. Reveló a su hija que ese anciano blanco era aquel del que tantas veces le había hablado. Alfonso, el hombre blanco de la tía Collette, su esposo. «El evaporado», añadió con voz taimada y sombría.

Papá y Ranim ocuparon las dos únicas sillas que había a la vista en una esquina del patio central de la casa. Yo me senté entre los dos, sobre unas esteras extendidas y un montón de viejos cojines, bajo un raído sombrajo de lona púrpura, polvoriento y descolorido. La vivienda estaba levantada con bloques de barro almagre, amasados con arcilla roja, excrementos y paja podrida. El techo era una cubierta de frágiles vigas y tejas desordenadas, de aspecto quebradizo y arenoso, y sobre éstas, cubriéndolas, innumerables plásticos de todos los colores, de todos los

tamaños, sujetos con pedruscos. Todas las habitaciones de la morada se ordenaban alrededor del patio, formando un singular rectángulo irregular. Conté cuatro o cinco lóbregas estancias con coloridas cortinas a modo de puertas. Véronique salió de una de ellas, de la que debía albergar algo parecido a una cocina. Llevaba entre sus manos una bandeja, y sobre ésta, una humeante tetera de azófar y unos vasos muy rallados, casi opacos. Unos cuantos críos, los que supuse serían nietos de Ranim, salieron tras la joven, silenciosos. Nos saludaron con respeto y a un gesto de su abuelo marcharon a jugar por los alrededores, sin formar demasiado escándalo. Véronique sacó de uno de los bolsillos de su mandil un manojo de hierbabuena fresca y llenó con ella los vasos. Después sirvió el té vertiéndolo y aireándolo una y otra vez, con parsimonia, arrodillada, seria y ceremoniosa. Todos aguardamos las bebidas en un conveniente silencio. Entrevistas en la penumbra de una de las habitaciones, ocultas en la media luz, pude distinguir a otras muchachas que reían alteradas por nuestra inesperada presencia. Más tarde supe que también eran de la familia. En la chabola, con el viejo, vivían cuatro de sus seis hijas, dos de ellas con sus siete hijos, y sus maridos. Me pregunté si la bella Véronique sería una de las desposadas. Nuestra inesperada aparición conmocionó a todos cuantos allí habitaban. Y todos, grandes y pequeños, terminaron por aparecer en algún momento, entre complacientes y desconcertados, luciendo su mejor sonrisa. Ranim se había alegrado sinceramente de ver a mi padre, de tener el honor de una visita tan inimaginable, jamás soñada. Papá aceptó confuso tan acogedor recibimiento, agradecido, algo incómodo tal vez. Pensaba que Ranim jamás le habría perdonado el haber abandonado a Collette y al niño, a Mukerembe. Mi desconocido hermano negro. Pero de todo

eso hacía ya tanto tiempo, tanto. Charlamos cordiales un buen rato, allí sentados. La gentil Véronique, un poco apartada de nosotros, acuclillada, pelaba patatas mientras asentía con la cabeza o reía quedamente de cuando en cuando, pero no articuló una sola palabra. Llegado un punto, Ranim hizo un ademán a su solícita hija y ésta, después de servirnos unos dedos de un fortísimo licor, se retiró llevándose adentro su quehacer y también a los niños. El apuró de un trago, papá y yo bebimos sólo un sorbo de aquel caldo inmundo y virulento. Alcohol puro. Después, en toda la casa se hizo un extraño y denso silencio.

Ranim no había olvidado. Al contrario, tras dar un profundo suspiro, con un talante muy distinto, serio y solemne, de forma muy pausada, comenzó a hablar a mi padre casi como si todo aquello hubiera sucedido antes de ayer, y unas octavas por encima de su tono anterior.

—Destrozaste la vida de Collette, ¿lo sabes, Alfonso? ¿La recuerdas, verdad? Secaste su corazón, lo cercenaste, apagaste su luz. Cuántas veces se lo advertí —se lamentó—. No es bueno que una mujer negra cabalgue sobre un blanco, nada bueno. Es contra natura. No fuiste tú el único culpable. Ella se comportó como una furcia loca al prendarse de ti de ese modo. Ella sabía que terminarías marchándote de aquí, que jamás regresarías. Todos lo sabíamos. Éste no es lugar para los blancos, no lo era entonces, no lo es ahora y no lo será nunca. Cada uno tiene una tierra que pisar, que arar, en la que morir y ser enterrado. Esta es la mía, ésta era la de Collette. La tuya está y estuvo lejos. Muy lejos de aquí. Pero cuando las hembras pierden el juicio son así. Ella salió adelante a pesar de todo, a pesar de sus actos y de su mala fortuna. Tú fuiste un buen marido y un buen padre mientras estuviste a

su lado. Justo es decirlo. Nada puedo reprocharte de aquel tiempo. Pero no pertenecías a África y jamás debiste entrar en ella, amarla. Los espíritus blancos son torpes y fugaces, demasiado impacientes, demasiado inquietos. ¿Qué se podía esperar de un hombre volador?..., que alzara el vuelo, nada más. Que volara lejos y solo, persiguiendo a la bandada. Pobre Collette, pobre Collette. Cuánto llegó a sufrir por ti. Después de tu partida vivió un tiempo con nosotros. Lloró muchos meses tu ausencia. Trabajó duro, muy duro, penando siempre por ello. Cuidó de vuestro hijo con apego, lo amamantó mientras pudo, lo crió sano y fuerte. Un par de veces lo salvó de las fiebres, arrebatándoselo a la muerte. Sacó adelante al mulato sin su maldito padre blanco. Humillada pero sin perder un ápice de su orgullo. Ah, la bella Collette. Un día se echó el pequeño a la espalda y se fue sin decirnos adiós. Viajó al norte huyendo de su dolor, del hambre y de la guerra que otra vez nos asolaban. Tal vez soñando llegar más cerca de ti, de tu lugar. No encontró otro esposo, tampoco lo buscó. Vivió sola con su hijo hasta su muerte. Mukerembe regresó un día convertido ya en un hombre y nos contó la triste historia de su madre, cómo creció a su lado, cómo murió en sus brazos, dejándole para siempre. Luego Muke se marchó y nunca volvimos a saber de él. El chaval tenía demasiados sueños en la cabeza, demasiado ruido aturullando sus pensamientos. Quería viajar a Europa, buscarte. Pretendía cruzar desiertos y mares, viajar hasta la tierra de los blancos y encontrar en ese laberinto a su padre y una nueva vida. Le advertí que sería como buscar una gota del rocío del amanecer perdida entre las dunas. Qué muchacho tan loco. Qué insensato. No hemos vuelto a saber de él. De seguir vivo, ahora tendría la edad de este tu otro hijo... —dijo señalándome con la mano muerta.

La penetrante voz de Ranim quedó ahogada en un profundo suspiro, en un sollozo contenido durante largos años. Papá le escuchó en silencio, tal vez también conmovido, confuso, sofocado, seguro que sin saber qué decir. Sintiendo ya aquella historia tan lejana, tan ajena, del todo irreal. La escena, el escenario, el hecho de estar allí, nuestro viaje, su vida entera, todo debía estar cancelando la poca lucidez que quedaba en su decrépita mente, anulándola, desmenuzándola. No supe qué hacer para evitarlo y escapé un instante. Rogué a Ranim y a mi padre que me disculparan, necesitaba ir al baño. Me indicó el camino a la cloaca comunitaria más cercana, en la que ellos orinaban y hacían de vientre. No estaba muy lejos, en el interior de una choza sin techumbre, a unos cincuenta metros de la casa. Mientras me alejaba escuché a mi padre rogar a Ranim que le perdonara, que entendiera los increíbles avatares que le llevaron, décadas atrás, a tomar aquellas decisiones que ya no recordaba bien, las que desembocaron en acontecimientos tan tristes también para él.

Mientras "meaba, un montón de críos se burlaron de mí desde la puerta, o asomando por encima de los mu ros, o por los huecos abiertos en éstos, imitando mi postura, riéndose de mi cara de asco, de la grotesca palidez de mi pene, tal vez. Dentro de la caseta el olor era nauseabundo. Al salir del sumidero repartí entre los chavales unos caramelos y caminé despacio hasta la casa mientras encendía un cigarrillo, demorándome, intentando no regresar en seguida al embarazo. Sentía un creciente desvelo por mi padre, solo ante la marea de flemáticas amonestaciones de Ranim, sometido a aquel imprevisto sacrificio, sufriendo aquella turba de inútiles reproches. Asomé un instante al interior, allí seguían los dos ancianos

mirándose el uno al otro, tranquilos en apariencia. Juzgué que el tono había cambiado, que conversaban o recordaban otras cosas, otros sucesos, ya más distendidos. Véronique apareció en el umbral tirando de un viejo carrito de la compra, un cestón de tela a cuadros escoceses muy deteriorado, chirriante. Tropezó conmigo al salir y quedó encajada entre mis brazos, muy atolondrada, avergonzada por la torpeza. Iba al mercado, se disculpó, tenía mucha prisa. Me esquivó y casi echó a correr con paso firme, con la cabeza gacha. Espera, le rogué, déjame acompañarte. No quiero interrumpirles, le mentí. Mejor dejarles un rato a solas con sus recuerdos. Me miró seria y un poco indignada ante mi atrevimiento. Luego se le iluminaron la boca y la mirada, y haciendo una graciosa mueca infantil me indicó que la siguiera.. Quería preparar un almuerzo especial en nuestro honor. Un buen Saka-Saka, una delicia que no estaba al alcance de los paladares blancos, añadió guasona. Un plato típico congolés, un guiso reservado para las grandes ocasiones y los días de fiesta. Una especie de cocido de verduras mezclado con pescado ahumado y arroz, o sémola, todo sazonado con curry y otras especias ignotas para mí. Imaginé algo parecido al cuscús magrebí. De improviso me entusiasmó la idea de ir al mercado con Véronique, nada podía apetecerme más. Tuve que pedir permiso a Ranim para hacerlo. Este pensó un buen rato antes de, no muy convencido, concederme su beneplácito. Antes de salir de compras, ayudé a mi padre a orinar en una esquina del patio y le hice tragar su oportuno cóctel de pastillas de colores. No tardes, me rogó. ¡No puedo perder toda la mañana esperándote!, me gruñó Véronique cuando regresé a su lado. Lo hizo como lo hacen las adolescentes, como una chiquilla enamorada que aparenta no estar encantada con la compañía. Qué pecado ser blanco y no

poder pasar desapercibido a tu lado, le respondí. Poder caminar junto a ti y mezclarnos con la gente sin que todos nos miren. Tal vez no deba hacerlo, no deba acompañarte, sugerí con fingido cinismo. Sentirás vergüenza, estarás incómoda. La muchacha reaccionó como yo esperaba, aunque esto suene tan petulante. Casi se horrorizó ante la posibilidad de que no la acompañara, de haberse pasado de rosca con su actitud desidiosa y antipática. No, no, por favor, estaré encantada..., al contrario, quiero que todos me vean contigo, me imploró clavándome la mirada, con voz pueril y suplicante. Reí enternecido e intenté agarrar la esquiva cintura de la doncellita negra. Escapó de mi mano y de mi brazo como de la pata de una langosta gigantesca. Sucedió como los dos esperábamos, como yo había vaticinado. Por el trecho que nos llevó de su casa al mercado de Ouezè, un par de kilómetros, todos miraron con socarrón asombro al blanco que caminaba junto a la bellísima Véronique. Ella caminaba orgullosa y muy erguida, manteniendo las distancias pero cogida con decisión de mi brazo. Con el culo aún más alto, con el pecho más henchido, con pasos aún más seductores y elegantes. Dichosa de pasear junto a un exótico europeo por Poto-Poto, agarrada a uno de esos bichos raros, sintiéndose importante. Recorrimos el trayecto hasta el rastrillo ajenos a las miradas, charlando, casi coqueteando, riendo. Compramos verduras, también dos hermosos peces, dos capitanes grandes y frescos, recién pescados. Lo último fue elegir unas hojas de mandioca, pedir un trozo de manteca de cacahuete, llenar un bidoncillo con aceite de palma. Así, cargados, paseamos aún un buen rato de puesto en puesto por el bullicioso mercado, perdidos en un ambiente completamente insólito para mí. Sumergidos en una ardiente composición de sonidos estridentes, de colores

inverosímiles, de aromas brutales, de rarísimas fisonomías, entre los rostros de mil etnias sombrías y dispares. Un par de horas después, regresamos cogidos de la mano, como dos mocitos indolentes.

Véronique poseía una singular belleza. Por las viejas fotografías que yo había visto de su tía Collette, bien podía decirse que se parecían, y mucho. Beldad que ensalzaba su modo de comportarse conmigo, entre la timidez y el descaro, entre la aridez y la ternura, entre coqueta y despechada. En cierto modo, como si me conociera de toda la vida pero llevara mucho tiempo sin saber de mí. Era guapa, simpática y radiante. Y muy popular en el barrio, cantarina, como una Marisol africana. Bromeó con casi todos los vendedores del mercado, fueran hombres, niños, niñas o mujeres, daba igual. Con muchos de los que se cruzaron en nuestro camino, con todos los pequeños que pasaron a nuestro lado reclamándome unas monedas o unas golosinas. Ella, de tanto en tanto, cantaba chillonas canciones a unos y a otros, estrofillas que imaginé satíricas, que arrancaban risotadas a su improvisado público. Todos por allí, por esas calles, parecían conocerla y quererla. Y casi todos la llamaron por su nombre. ¡Eh! Véro... Muchos le preguntaban por mí entre risas. ¿Quién es ese paliducho que llevas al lado, guapa? Se mofaban. Y ella contestaba a todos en su insondable dialecto, con voz chistosa y gesto afectado o en francés: Es un primo mío muy lejano, aseguraba burlándose de mí. Quedó así después de que una mamba negra le mordiera, ya veis, perdió el buen color, ¡mirad qué pálido y qué flacucho está! Más carcajadas. Una mujer oronda y hermosa, coronada por un peinado imposible, se detuvo un buen rato a charlar con ella. Bromearon también sobre mí. La gorda se tronchaba, lloraba de risa mientras hacía gestos con la mano,

sacudiendo el dedo índice a un centímetro de la nariz de Véronique, corno intentando reprenderla. Le pregunté qué le hacía tanta gracia. Dice —respondió atolondrada Véronique— que será mejor que mi prometido no se llegue a enterar de que ando paseándome con un blanco tan guapetón como tú. Le he dicho que sólo eres un extraño familiar y ella me ha pedido que le «preste» a mi apuesto pariente durante un par de horitas. La mujer regordeta me miró asintiendo y haciéndome una mueca' obscena, chupando uno de sus pulgares con libidinoso deleite. Me lanzó una sonrisa gigantesca y decenas de dientes blancos iluminaron su cara de charol. Yo le devolví amable el gesto, sólo la sonrisa, y le supliqué a Véronique que escapáramos cuanto antes de allí, por si acaso. Rió imaginándome entre los brazos de la insaciable mamá elefanta. Ya de regreso, a medio camino, algo fatigados, me propuso entrar a tomar algo en un local sombrío, un pequeño bar que de inmediato me recordó a aquel en el que saqué las últimas fotos de Nadia, en Mauricio. Acepté encantado, estaba sediento. Un camarero de aspecto afligido, flemático y espigado, sirvió las dos cervezas a un tiempo y con parsimonia, casi sin mirar los vasos y sin derramar una gota. No estaba fría pero me pareció deliciosa. Del altavoz de una radio mal sintonizada, a todo volumen, salía una música fascinante. Una armonía lenta y monótona, casi hipnótica, que sin embargo estimulaba a moverse. Un tamtan, de fondo, sonaba como los latidos del corazón de la tristeza. Era una canción de Zao, me aclaró Véronique como leyendo en mi pensamiento. Buena música congoleña, ritmos muy antiguos, que rejuvenecen en voces y manos nuevas. Se titula *Les interdits*, añadió. Habla de hacer cosas imposibles, prohibidas. De atrevernos a alcanzar todo aquello que las prohibiciones intentan arrebatarnos. Es una

letra complicada, intraducible a los idiomas que entendéis los europeos, suspiró. Dejó de mirarme y comenzó a tararear la canción con dulzura, con la voz y la vista perdidas, a contonearse al son de la música apoyada en la barra. Yo no podía dejar de comerla con la vista.

Su aspecto era tan resplandeciente, tan dichoso, tan exuberante que punzaba mirarla. No tendría más de diecinueve o veinte años, quién sabe si diecisiete. El rostro exótico, oscuro y plateado, un tanto extravagante, de belleza increíble y ancestral, y en él, la sonrisa más bella y franca que jamás había contemplado. El pelo muy corto, como rapado al uno, cubriendo la testa altiva, un cráneo perfecto tocado por una espesura rizada, mullida, gustosa de acariciar. I ,os ojos, dos lunas color canela sobre cielos blancos, límpidos, almendrados. Rasgados y enormes. La nariz no muy ancha y de perfil recto, escasa para ser africana y un poco respingona. Alrededor de un cuello interminable, decorándolo, collares rojos, cuerdecillas y cuentas de colores, plumas diminutas, medallitas de latón. Los hombros brillantes, prominentes, culminando una espalda ancha, fuerte y sinuosa. La cintura estrecha. Las caderas amplias. El culo respingado, exacto y duro, con forma de prieto corazón. Un precioso trasero encaramándose a las alturas de mi deseo. Las piernas largas, perfectas, firmes como columnas. Toda ella era esbelta, una bellísima estatua tallada en mármol negro, el cuerpo de una atleta azabache. Pedimos más cerveza. Absorta en la música, daba un trago de tanto en tanto. Su boca jugosa besaba con sensualidad los labios ámbar de la botella, y yo, cada vez más, deseaba sentirla así en los míos. Imaginé sus pequeños pechos retozando bajo el mandil estampado. Sus pezones, duros como diamantes, rozando y rasgando la tela cristalina. Un sudor fino, como rocío,

cubría toda su piel dándole un aspecto deslumbrante y sedoso, escurriendo por los brazos y el lomo, por entre los muslos y las nalgas. Podía oler su sexo, un fuerte e insólito olor a sexo. Ella, tan cándida, en ese instante tan inocente, era la representación del más absoluto deseo carnal, de la lujuria más feroz. Se había descalzado. Lanzó las roídas chanclas de goma a un lado como quitándose un peso de encima, un estorbo. Dando pasitos muy breves y seguidos, se separó de la barra avanzando con sensualidad, bailando enajenada, hilando pequeños giros con los pies sobre la desgastada tarima. De repente, sin saber por dónde había entrado, vi la cara oculta de la Luna recreándose ante mí, lenta y liviana, como si la danza fuera su única vocación. Como si el peso de la gravedad no tuviese que ver con ella. Exaltándose en las cadencias de la música, los pies descalzos se separaban levemente del suelo como si flotaran un instante antes de caer, de volver a pisar, contoneando los dedos, separándolos con erotismo infinito. Había pintado las uñas de un blanco brillante y la costumbre de andar descalza había tiznado para siempre la claridad lunar de las plantas. Sin apartar de ella la mirada, me adentré en la penumbra del local y me senté tras una mesita redonda, en una silla excesivamente baja. Allí, semioculto en la oscuridad e invisible al sereno vacío de su mirada, me abandoné en el deleite de su contemplación. Me dejé llevar por el espíritu de aquella inexplicable hembra, que albergaba toda la armonía, toda la paz que yo desconocía casi por completo. Se me aceleró el pulso y bajo mi pantalón de lona latió mi pene desbocado. En la radio, la voz del locutor interrumpió la canción que sonaba y el éxtasis de mi diosa africana, anunciando con rimbombancia otro tema. Sonó una balada ramplona. Me buscó con la mirada. Se giró hacia mí, me sonrió, y vino a mi encuentro.

Mirándome fijamente, tendiéndome la mano. Me alzó con suavidad de la silla y se abrazó a mi cintura, incitándome a bailar con ella, así. Yo la rodeé con fuerza, con franqueza, y noté que en ese instante los ojos se me llenaban de lágrimas. Pensé en papá y lloré. En silencio, apretando aún más su cuerpo contra el mío. Ella percibió en su vientre la fuerza de mi abultada pasión y me miró desde abajo seria y gozosa, meciéndose en ella sin timidez, con cierto disimulo. Cayó sobre su rostro una de mis lágrimas, rodó por la mejilla dejando una estela clara que fue a perderse en su boca. Ella saboreó la sal de mi dolor mojando sus labios. Me abrió un poco la camisa y besó mi pecho con ternura. Como una niña. Sus labios me acariciaron mientras, en Ungala, pronunció unas palabras que no entendí pero me reconfortaron: *Sango mini, sango mini, sangoté, sango mini...* Lo dijo muy lánguidamente, como un dulcísimo conjuro, como una tierna nana que arrulló y serenó mi corazón. «No es bueno estar triste, no es bueno para nada...» Repitió varias veces ya en francés: *Tendresse, tendresse, mon petit, tendresse, caresses...* Sollocé quedamente ceñido a Véronique y anhelé poseerla sin malicia, hocicando una y otra vez en su tupido cabello, besando su coronilla con los labios muy apretados. Abrazado a Véronique, una absoluta desconocida, un ángel negro perdido en un lugar absurdo, en una ciudad impropia y lejana, en el confín de ninguna parte. Así estuve un rato interminable. Me pareció haber pasado una eternidad a su lado, sentí que la conocía de siempre, como si tuviera entre mis brazos a una vieja amiga. De no estar tan seguro de que eso jamás volvería a sucederme, podría haber llegado a pensar que estaba enamorado de ella. Algo ya impensable para mí. Me deshice de su abrazo con delicadeza y me disculpé por haber llorado, tal vez por haberla violentado

con mi erección. También le agradecí su consuelo. Me miró incrédula, un poco aturdida. Aquí nadie pide perdón por llorar o desear —me dijo—, el apetito, el llanto o la risa son partes de una misma cosa, como canturrear, como bostezar o estornudar. En mis tinieblas repicó otra llamada, la inquietud que sentía por mi padre. La poca luz que alumbraba la oscuridad del bar se tornó amarga y el áspero rumor de la realidad creció de golpe alrededor. Todos los ruidos regresaron a escena, y todos los interrogantes volvieron dispuestos a plantar cara a la muerte, temiéndola. Desvié la vista de sus ojos y le propuse que regresáramos, estaba preocupado por el viejo. Lo hicimos como ella quería, como me había pedido, yo caminaba diez pasos por delante y con las manos en los bolsillos, mientras ella acarreaba toda la compra en el carrillo y en un par de pesadas bolsas tras de mí. La esperé en el umbral de la puerta de la casa y, antes de entrar detrás de ella, en un gesto insensato, la atraje hacia mí y arrebaté a sus labios un beso, breve, furtivo y delicado. De haber tenido la piel blanca se habría sonrojado. Huyó de mí embriagada y corrió cabizbaja hasta la cocina. Allí, junto a sus hermanas, se puso a hacer la comida, a preparar Saka-Saka.

Me acerqué hasta donde seguían Ranim y mi padre. El africano escuchaba la radio con el transistor pegado a la oreja y papá dormitaba con la barbilla clavada sobre el pecho, babeando, excesivamente pálido. Habían estado viendo fotos, intercambiando imágenes antiguas, ya ilusorias. Habían quedado amontonadas sobre la mesa. Eso resta de nuestras vidas, si hay suerte: fotografías. Acaricié la frente de papá con los labios por sentir si tenía fiebre y le arropé con su frazada con delicadeza. Ranim, que observó mis atenciones, me agarró la muñeca y la apretó varias veces mientras me sonreía. Eres un buen hijo, me dijo. Yo

no diría tanto, le respondí. Luego siguió escuchando su programa de radio mientras miraba con fascinación la empuñadura del bastón de mi padre, aquella esfera que guardaba una escena aérea e invernal. Seguro que aquel hombre jamás había volado o visto nevar, que ni una sola vez habría jugado con la nieve o visto la tierra a más de un metro sesenta de altura.

Intenté en vano ayudar a preparar la comida a Véronique y sus hermanas, aunque me dejaron estar con ellas mientras lo hacían, observando. Tres perolas de cobre, viejas y abolladas, hervían colgadas sobre el fuego de una escueta chimenea. Lo alimentaban con astillas, con algunas ramas, con trozos de cartón. Al lado, encima de unas brasas, se asaba uno de los enormes capitanes. Al caer la tarde todo estuvo listo y las mujeres sirvieron el almuerzo. Los cuñados de Véronique, que ya estaban en casa, se sentaron con nosotros, con los hombres, en torno a una mesa redonda. El Saka-Saka resultó delicioso. Sobre una hoja de mandioca serví a papá unas lascas del pescado hervido, otras del asado, unas verduras cocidas y un puñadito de sémola. Comió poco pero con apetito, parecía tener mejor aspecto, pero se le notaba agotado, silencioso. Ranim nos propuso pasar allí la noche, una posibilidad que ni siquiera me había planteado, no concebía para nosotros otro alojamiento que no fuera la habitación del hotel. Pero ésta estaba lejos, era tarde, y me pareció que papá necesitaba descansar con urgencia. Dormiríamos allí, quién sabía cómo, pero lo mejor era aceptar su hospitalidad, por no ofenderles y no agotar aún más a mi padre. Pagué generosamente a Sassou, que había pasado horas frente a la casa esperando para llevarnos de vuelta al hotel. Me despedí de él y le di otra buena propina para asegurar su

retorno al día siguiente. Regresaría a las nueve de la mañana, puntual, me prometió, y me pareció sincero.

Ranim cedió su camastro a papá, yo dormiría junto a él, sobre el suelo, en una esterilla. Era una estancia parca y lóbrega, sin ventanas, que se aireaba apenas mediante una claraboya abierta en el techo. Estaba pintada en verde muy oscuro y el suelo de arena estaba casi por completo cubierto con deslucidas y polvorientas alfombras. De una de las paredes colgaban dos retratos que no llegué a distinguir. En una esquina, rodeando una especie de altarcillo, ardían las llamas de unos cirios. Sobre una mesilla, escoltando un manoseado ejemplar del Corán, humeaban un par de escudillas con incienso perfumando la habitación. Nada más. Así, iluminada sólo por las velas, me pareció incluso acogedora. Una de las chicas colgó de un gancho en el techo una gigantesca mosquitera que cobijó por completo la cama, aunque la tela estaba tan agujereada que de poco serviría. Oscureció rápido y todos se acostaron, también nosotros. Desde que regresáramos del mercado e hiciera la comida, no había vuelto a ver a la apetecida Véronique. Me hubiera gustado haber pasado toda la tarde con ella, entre sus brazos y sus piernas. Cuando papá se durmiera me masturbaría concentrado en esos pensamientos. Charlé brevemente y en voz queda con él mientras le ayudaba a ponerse una especie de chilaba que le había prestado Ranim para dormir. Era suave y estaba limpia. Le acosté casi como si fuera un niño, tomándolo en brazos con esfuerzo y posándolo con dulzura en el duro tálamo. Lo arropé con una manta áspera, luego mullí y envolví en su camisa unos cojines y los coloqué bajo su cabeza, a modo de almohada. Le inyecté una dosis de morfina, y le hice tragar un puñado de sus redentores comprimidos. Me deseó buenas noches y en seguida quedó

profundamente dormido. Pensé en acostarme, en acompañarle en el sueño, pero estaba demasiado insomne, demasiado excitado. Salí al patio a fumar un cigarrillo. La noche, enmarcada en el rectángulo del patio, centelleaba poblada de estrellas, de extraños rumores. La corriente cercana del gran río como el mar, voces o risas lejanas, musiquillas en los transistores, cánticos de aves misteriosas, corales de ranas croando, el berrear o el mugir de alguna bestia, el rechinar de los insectos, los latidos de recónditos timbales. Fuera, más allá de los muros de la casa, me pareció escuchar la voz de Véronique. Trepé por una rudimentaria escalera hasta la parte del tejado que quedaba sobre la puerta, donde formaba un alto mirador de barro. Acuclillándome, me asomé con discreción a la calle, ocultando el pitillo en el hueco de uno de mis puños. Abajo, a sólo unos metros de la puerta, en mitad de la corredera, Véronique parecía discutir con su prometido, Mokalu. De inmediato, me tumbé boca abajo sobre el terrado y apagué con urgencia el cigarrillo, por temor a que pudieran descubrirme. También él había pasado esa tarde a conocernos. El novio de Véronique era un joven fornido y arrogante, altísimo, un tipo desconfiado y receloso de los blancos. Apenas estuvo unos minutos durante la sobremesa. Tomó incómodo un rápido café y se despidió de ella, de todos, con frialdad. Al parecer, con la oscuridad había regresado a buscarla. Mokalu le hablaba severamente, sin alzar la voz, mascullando palabras entrecortadas, áridas, amenazantes. Llenas de interrogaciones. Ella, desafiante, negaba con la cabeza o le hacía "gestos desdeñosos. En un momento dado, él la agarró con ira por el brazo zarandeándola, casi levantándola del suelo y levantando la otra mano como si pretendiera golpearla. Ella se zafó con habilidad de la manaza, aunque terminó cayendo en tierra.

Desde allí abajo miró a su hombre con fiereza y escupió a sus pies con ira. Luego se alzó digna y, sin decir palabra, le dio la espalda y entró en el patio cerrando tras de sí el portón, sin hacer ruido. El joven Mokalu se marchó calle arriba despechado, blasfemando y dando patadas a las piedras, señalando con el índice al cielo. Repté hasta el otro borde del tejado, el que daba al patio, y me asomé por ver a Véronique. Sin querer empujé un trocito de teja que cayó al interior. Ella levante') la mirada buscando en la oscuridad y me descubrió allí agazapado, mal escondido. Me sentí ridículo. Avanzó unos pasos, se encaramó a la escalera dando un salto y trepó ágil por ella hasta donde yo aún seguía tumbado. Acercó su rostro sonriente al mío y me dio un beso en la barbilla, un beso alegre y fugaz. Pero ¿qué haces aquí?, me preguntó radiante ante la inesperada sorpresa. Le chisté bajito por hacerla callar y puse mis dedos en sus labios con delicadeza, cerrándolos...

—... ¿estás loca?, ¿qué pasaría si nos descubrieran así, aquí?

—Todos duermen, puedes estar tranquilo. Escucha cómo roncan...

—Pueden despertar.

—No lo harán. Déjame subir.

Le tendí la mano y tiré de ella alzándola hacia mí, hasta cogerla entre mis brazos. A pesar de su exuberancia, el cuerpo era liviano y fibroso, delgado. Nos sentamos uno al lado del otro, muy juntos, tomándonos las manos con premura. Volvió a besarme fugazmente en la mejilla, con una mueca feliz en su cara.

—He presenciado la escena con tu novio, siento la indiscreción, no podía dormir y he salido a fumar un cigarrillo. No quería...

—No pasa nada. No tenía que haber discutido con esa bestia, es perder el tiempo.

—¿Cuál era el problema?...

—Está celoso. Quería que me escapara con él esta noche —casi se lamentó—. Alguna vez lo hago... Pero esta noche no, no me apetecía. Creo que está celoso de ti... —rió.

—No tiene ninguna gracia. Esa «bestia», como tú dices, podría destrozarme con un dedo.

—No es tan fuerte como parece... A veces ¡no lo soporto! Es un jodido racista, un jodido negro racista. Detesta a los blancos, a cualquiera que no sea de color negro.

—Si mi presencia aquí va a ocasionarte problemas, yo...

—No, no, no...

—Tal vez sería mejor bajar e ir a dormir, ¿no crees?

—¡No, por favor! —me suplicó abrazándose a mi cintura.

—Te aseguro que Mokalu me asusta, y no hablo en broma. No quiero meterme en líos ni molestar a nadie en esta casa.

—¿Cuándo te marcharás? —me preguntó sin haberme escuchado.

—Mañana, claro. Mi padre no está bien. Ya ha sido una locura tener que pasar aquí la noche. Necesita bañarse y descansar bien...

—En un hotel, claro...

—Claro...

—¡Llévame contigo! —me imploró medio en serio, medio en broma.

—Te haré un hueco en la maleta —bromeé, y ella quedó callada.

—¿Tienes mujeres allí?, ¿una esposa?...

—Tenía...

—¿Ha muerto?

—Más o menos...

—¿Cómo que más o menos? ¿Está muerta o está viva? ¿No será un zombi?... —preguntó un tanto asustada.

—Nos hemos separado y no creo que vuelva a verla nunca más...

—¿La añoras?

—Sí. Mucho.

—¿Es hermosa tu blanca?

—Bellísima, muy distinta a ti —dije sabiendo que decía algo inoportuno.

—Ya sé que no soy muy guapa, no hace falta que nadie me lo recuerde y menos tú —respondió enfurruñada, indignada.

—Sabes que no quería decir eso... Tú... Véronique, tú eres también bellísima, preciosísima, más que ella incluso. Sólo es que sois completamente diferentes, ¿entiendes? —Guardó un largo silencio, tal vez, sopesando la sinceridad de mi respuesta.

—Tienes sólo una mujer, ¿no hay más?

—No, no hay más.

—Aquí el que menos tiene, tiene tres...

—Allá es distinto. Eso no está bien visto. No se puede tener más de una esposa... No se debe...

—Sois muy raros... —Guardó otra vez silencio y pensó un rato antes de seguir hablando—. Si ahora tuvieras otras mujeres podrías consolarte en ellas...

—Me consuela estar ahora mismo aquí contigo. Me ha consolado bailar hoy contigo...

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto... —le respondí ofreciéndole un cigarrillo. Tomó uno de la cajetilla y lo puso entre sus labios como quien no lo hace con demasiada frecuencia.

—Si mi padre o mis cuñados me vieran... —musitó mientras lo encendía con desmaña.

—Fumando al lado de un malintencionado blanco en la oscuridad... —ironicé.

—¿Tienes malas intenciones?...

—Oh no, no, de verdad que no —respondí un tanto atolondrado.

—¡Vaya!, yo esperaba que sí las tuvieras —bromeó ella, maliciosa.

—Las tendría si pudiera, ¡créeme!, pero...

—Al fin y al cabo eres una especie de pariente, ¿no?, una especie de primo lejano —recordó satisfecha—. La tía Collette se alegraría de vernos así...

—¿Cuántos años tienes?...

—¿Importa mucho eso?, a vosotros los blancos sí, ¿verdad?

—No quisiera ir a la cárcel si intentara seducirte...

—No irías, tengo ya diecinueve años. Me hago vieja...

—Eres apenas una chiquilla...

—Mi hermana Fatoumata acaba de cumplir dieciséis, está casada y ya tiene un hijo de dos años. Aquí las cosas son así, ¿sabes? Si no me caso pronto con Mokalu, si lo pierdo, me quedaré sin marido. Todos empezarían a murmurar...

—Cualquier hombre se rendiría a tus preciosos pies, ;lo sabes? Cualquiera moriría por acariciarlos... —Pasé uno de mis dedos por el empeine que me rozaba.

—¿Y tú?, ¿cuántos años tienes tú?...

—Treinta y seis...

—Qué estúpida costumbre la de contar el tiempo, ¿verdad?...

—¿A qué se dedica Mokalu? —Cambié de tema tras un denso silencio. Me pareció que Véronique temblaba. Busqué arroparla en mi abrazo.

—Es pescador y también lleva gente de una orilla a otra del río. Suele trabajar en Soyo, en la desembocadura. Trabaja duro. Dice que está ahorrando para nuestra boda, pero yo no lo creo. Estoy segura de que se lo guarda para huir de aquí. Os detesta pero sueña con vivir como vosotros, en vuestra tierra. Un día de éstos se marchará lejos. Muy lejos. Y yo me quedaré sola...

—¿Tienes frío? —le pregunté acariciando el hombro desnudo.

—No, pero no puedo dejar de tiritar... Y creo que si me abrazas así aún temblaré más —me aseguró mirándome, insinuándose con dulzura.

—No imaginas cuánto te deseo —le confesé.

—Tú sí que no puedes imaginar la furia de mis deseos... —me susurró girándose y besándome en la boca, incendiándome, marcándome a fuego con el rescoldo que ardía en su entrepierna.

Montó sobre mí a horcajadas, abrazando mi cintura con sus piernas, haciéndome reclinar. Quedé tumbado debajo de ella en el suelo templado de la terracilla. Me besó largamente y después se puso de pie. Oteó el entorno poniéndose de puntillas y miró abajo, hacia la oscuridad del patio, cerciorándose de que no había peligro. Yo quedé absorto en la negrura que se adivinaba entre sus piernas abiertas. No llevaba bragas. Con un rápido gesto alzó su vestido y lo sacó por la cabeza, quedando completamente desnuda. Miré cómo sus maravillosos pechos se elevaban hacia las estrellas, cómo sus pezones competían con ellas en el brillo. Así volvió a sentarse sobre mí, encima de la fuerza henchida que latía bajo el pantalón. Me encorvé impaciente, empujando como un ariete, separando aún más las ardientes puertas de sus entrañas. Comenzó a desnudarme sin prisa, pidiéndome en silencio que no me

moviera, que la dejara hacer. Primero me abrió la camisa por completo y me despojó de ella. Luego avanzó deslizando su sexo por mi pecho hasta llegar a rozar mi barbilla. Así abrió las piernas cuanto pudo entregándose a la codicia de mi boca. Entrelazó sus dedos detrás de mi nuca y, sujetándome la cabeza, atrajo mi boca hacia sus labios. Jamás lamí con tal deleite entre los muslos de una hembra. Después bajó de nuevo resbalando por mi cuerpo, acariciándolo, humedeciéndolo, besándolo, relamiéndose hasta llegar a mi vientre, y más allá, hasta la cinturilla de mis vaqueros. Desabrochó el botón y descerrajó la cremallera con las dos manos, tirando hacia abajo, como si estuviera separando las agallas de un enorme pescado. Tampoco yo llevaba ropa interior. Mi pene saltó como un resorte escapando de su prisión, brincándole en la cara, dejándose atrapar en la mórbida opresión de sus jugosos labios. A pesar del riesgo que corríamos, quedé completamente enajenado, dejándola hacer, haciéndole cuanto deseaba. El tiempo quedó suspendido. La vida se disipó en otra dimensión. Casi agonicé de placer. Tal vez llegué a perder el sentido.

Podían habernos descubierto, haber subido a separarnos como a dos perros enganchados, habernos dado una buena paliza a cada uno, habernos cortado el cuello a los dos de dos certeros machetazos, nada hubiera importado. Lo juro. Pero por fortuna no fue así. Nuestra desbocada pasión se meció en el silencio, inflamándose en la clandestinidad, una y otra vez, hasta derrotarnos por completo, hasta que dolieron las quemaduras de aquel fuego. Las bocas mordieron y chuparon sigilosas, acuosas y fragantes, pujantes, casi mudas. Velando los jadeos, acallando los gemidos, aplacando en las gargantas las dulces palabras que luchaban por nacer. Sudamos amándonos sin medida

sobre la arenisca del torreón, encharcándola, bajo el cielo nocturno de Brazza, iluminándolo, como dos completos locos, como si estuviéramos solos y condenados al placer y al silencio, como si nadie más existiera en el mundo.

Cuando desperté, desnudo y helado, ya clareaba. Véronique había desaparecido. Todo el cuerpo me escocía y temblaba. Me sentí sucio y desamparado, sediento y estúpido. Pensé en el sida, en que seguro estaría infestado, en la insensatez de haberme entregado así a una desconocida en un país emponzoñado en el VIH. No daría tiempo al virus de matarme, lo haría yo antes, me tranquilicé. Por un instante vino a mi mente la imagen de Mokalu buscándome cuchillo en mano, era otra posibilidad. Luego pensé en papá, en si seguiría respirando allí abajo, en el catre de Ranim. Por la semipenumbra de la calle ya deambulaba bastante gente. Me vestí tumbado en el suelo con cautela. Luego, intentando que nadie pudiera verme, repté hasta la escalerilla de mano y, tras comprobar que no había nadie en el patio, bajé por ella. Por fortuna seguía en su sitio, el salto era de unos cuatro metros de altura. Corrí descalzo hasta la habitación en la que esperaba encontrar a mi padre durmiendo serenamente. Entré en las tinieblas del cuarto con aprensión, con incertidumbre, las velas casi se habían consumido y apenas alumbraban. Con paso medroso fui acercándome al camastro. De improviso tropecé con un cuerpo inerte, tirado en el suelo. El sobresalto fue tremendo, creí que el corazón se me iba a salir por la boca. Era Ranim al que, para mi espanto, encontré dormitando en la esterilla en la que yo debería haber pasado la noche al lado de mi padre. La patada despertó al viejo que se incorporó con parsimonia, seguramente mirándome a los ojos. Encendió un candil e iluminó con él mi rostro, luego el de papá, como

mostrándomelo. Estaba pálido, semiinconsciente, parecía ya un cadáver. Supe qué aspecto tendría cuando llegara la muerte.

—Tu padre ha pasado muy mala noche —apuntó severo y sereno, hablando muy bajito.

—No imagina cuánto siento no... —intenté justificarme desolado, buscando con urgencia el neceser con los medicamentos de papá. Preguntándome, ¿cómo no me he enterado de nada?

—Ha vomitado varias veces y aún tiene algo de fiebre —añadió Ranim—. Mi hija Diomi ha calmado la calentura con cataplasmas de «pan de mono» y le ha dado jarabe rojo de amapola para aplacar náuseas y espasmos. Ahora no siente dolor, no siente su cuerpo, y podrá descansar. Es buena sanando, no temas. Ahora está mucho mejor. Déjale dormir —me ordenó haciéndome gestos para que me olvidara de inyecciones y pastillas. Le hice caso aunque no tenía buen aspecto. Pero respiraba sereno y parecía reposar en paz, gracias a los cuidados de la piadosa hechicera.

—Salí a fumar y me quedé dormido, estaba agotado —intenté justificarme—, arriba en la terraza —mentí a medias—. No imagina, Ranim, cuánto les agradezco, a usted y a su hija, que hayan cuidado de mi padre...

—No tienes que agradecer nada a nadie —respondió con mirada y voz punzantes—, y no quiero saber dónde has pasado la noche...

—Siento que nuestra visita les esté ocasionando tantas molestias...

—Alfonso es mi amigo y merece toda mi hospitalidad. Ésta es su casa y ésa es su cama. No es una molestia. Además —añadió casi enojado—, debo mucho a tu padre, y nunca tuve ocasión de agradecérselo. Podéis estar aquí todo el tiempo que sea necesario, cuanto queráis...

—El chofer pasará a recogernos en un par de horas, eso será suficiente...

—Tal vez sería bueno llevarlo al dispensario, no muy lejos hay un buen doctor —sugirió mirando a mi padre y tomando el pulso en su muñeca, como sopesando la gravedad de su estado, sintiendo que quedaba poco para el fatal desenlace.

—Está muy enfermo, tiene un cáncer —le aclaré—. Teníamos pensado viajar mañana o pasado hasta el parque de Lefini, pero ya no llegará a verlo. Lo mejor será, como usted dice, pasar por un hospital y regresar a casa.

A través del tragaluz, el albor del día fue disipando la lóbrega habitación, haciendo visibles los detalles de la realidad. Véronique y Diomi entraron con una palangana llena de líquido humeante y unos paños. Se pusieron una a cada lado de la cama en la que parecía extinguirse mi padre. Mi fugaz amante desabrochó todos los bolones del camisón de papá, desnudándolo con habilidad, como unas horas antes había hecho conmigo. Su hermana fue metiendo los trapos en el brebaje rojizo, espeso y caliente, empapándolos bien. Después de escurrirlos, los colocó uno tras otro sobre el cuerpo blanco hasta cubrirlo por completo, tiñéndolo poco a poco. Luego, una comenzó a refregar sus pies con la pócima y la otra a frotar el cuero cabelludo, a mesar sus cabellos. De tanto en tanto, sacudían sus manos al aire, ruidosamente, chasqueando los dedos, como desprendiéndose de la destemplanza, de todo el mal que se aferraba a mi padre intentando consumirlo. Papá fue cambiando de color, recuperando la esencia. Véronique me miró un largo instante, candorosa y compasiva, tal vez enamorada. Me sentí agotado y confuso y lloré en silencio.

Deseé escapar de allí cuanto antes, regresar a Madrid. Todo sucedía como en algunas absurdas y angustiosas pesadillas. Temí desmoronarme, caer en un ataque de ansiedad terrorífico y paralizante. Tomé un ansiolítico. Ranim me hizo gesto de seguirle, y salí de la alcoba detrás de él. La luz cegó mis ojos. Tardaron unos segundos en acostumbrarse al fulgor del día. Cuando pude ver, plantado en el centro del patio, encontré a Mokalu esperando. Saludaba al anciano con respeto, inclinándose una y otra vez en una mecánica reverencia, sin mirarme o dirigirse a mí en ningún momento. Cogiéndolo del brazo lo llevó aparte hablándole en su lengua. Salieron de la casa. Al poco, Véronique surgió de la penumbra de la habitación.

—Mokalu ha ido a buscar al doctor —me dijo—. Le he pedido que lo hiciera. Ahora papá le estará explicando que el paciente no es un negro. Que es un viajero blanco y muy anciano.

—No servirá de mucho. Pero os lo agradezco... Ahora lo que debo hacer es llevármelo cuanto antes de aquí, llevarlo a un hospital —le respondí, mirándola con extrañeza, pareciéndome imposible haber pasado parte de la noche entre sus brazos.

—Tendréis que cruzar el río, pasar a Kinshasa, allí hay buenas camas, buenos médicos, todo muy limpio. El hospital de aquí es un sucio matadero —me advirtió.

Al poco, por la puerta reaparecieron Ranim y Mokalu, tras ellos un tipo gordo y sudoroso que me miró con indiferencia, tras unas gafas redondas y sucias, embutido en un traje ridículo, de tela clara, lleno de lamparones y tres tallas más pequeño. Tenía las manos pequeñas y regordetas, de una de ellas colgaba inerte un maletín de cuero muy ajado. Era el doctor N'Bolu, me aclaró Véronique mientras abría la cortina de la habitación al séquito.

Entraron caminando deprisa, casi sin mirarme, casi ignorando mi presencia. Mokalu, al pasar junto a mí, me lanzó una ojeada desafiante. Iba a entrar tras él cuando Véronique nos empujó a los dos para que nos quedáramos afuera, sacó también a su padre y corrió con fuerza el telón impidiéndonos la entrada. Sólo N'Bolu, sentenció con voz seca. Mokalu blasfemó algo en su lengua, escupió al suelo y fue a sentarse a la sombra de uno de los muros de la casa. Allí se puso a jugar con un palito en la arena. De tanto en tanto me miraba y volvía a escupir. Jamás debería haberme llevado a mi padre hasta allí, pensé, jamás deberíamos haber emprendido ese viaje. Encendí un pitillo. Véronique salió de la silenciosa estancia y se acercó a mí despacio.

—Verás como todo se arregla —mintió intentando consolarme—. N'Bolu tiene buenas manos, es un hombre sabio...

—Tengo el presentimiento de que mi padre va a morir... y no debería ser aquí, ¿entiendes? Lejos de todo, de su casa, de su familia...

—Morirá si tiene que morir —me respondió con firmeza aunque algo desconsolada—. Este será tan buen sitio como otro... ¿Te arrepientes de lo de anoche? —me preguntó en un susurro, cambiando de tema, esbozando una tímida sonrisa.

—No lo sé. Un poco sí. Pero no es eso... Me arrepiento de todo, ¿sabes?...

—Arrepentirse no sirve de nada. Tampoco torturarse ante lo inevitable...

—Lo de anoche, Véronique, fue un sueño, un hermoso sueño dentro de una pesadilla que ya dura demasiado...

Le dije eso mirando hacia donde seguía sentado Mokalu. La bestia negra me taladró con la mirada, bufando, tal vez loco de celos, inmovilizado por quién sabe qué fuerza,

mascullando algo con odio. Afuera, tras la puerta, sonó un par de veces un claxon, debía ser el coche de Sassou que llegaba a recogernos. En ese instante el doctor N'Bolu regresó al patio.

—Temo que poco se puede hacer por su padre —me comunicó molesto por el resol, levantando las gafas y frotándose los ojos con las manitas—. Hoy no morirá, tampoco mañana. Será dentro de diez o doce días —dictó muy convencido.

—¿Tendrá tiempo de regresar con vida a Europa? —Ésa parecía la única cuestión.

—Imagino que sí. Está muy débil pero puede viajar.

¿Qué medicamentos está tomando? —me preguntó el orondo galeno.

Abrí el neceser de los fármacos y le mostré los medicamentos. Sacó algunos prospectos, se ajustó los lentes e intentó leer, con interés pero con pocas posibilidades de comprender, imaginé.

—Morphine?—me interrogó en inglés.

—Sí, en inyectables y en parches. —Le mostré las cajas correspondientes—. Una cosa u otra, o las dos, dependiendo de la intensidad del dolor. También...

—Dele además esto —me interrumpió sacando de uno de sus bolsillos una bolsita de plástico llena de bolitas negras. La puso en mi mano, parecía pimienta negra—. Esto le sentará bien. Machaque un par de semillas, sólo dos, y mezcle el polvillo con un poco de agua, zumo o leche, y hágaselo tragar cada tres o cuatro horas...

—Muchas gracias, doctor —le agradecí sin atreverme a preguntar qué era aquello—. Intentaremos regresar esta misma noche, espero que haya sitio en algún vuelo. Ahora debemos irnos —dije mirando a Ranim—, creo que ya está aquí el coche que esperábamos. ¿Cree que deberíamos

pasar por el hospital antes de ir al hotel? —pregunté al médico.

—No serviría de mucho. Posiblemente le ingresarían y, casi con toda seguridad, moriría allí. Nada pueden hacer. Intenten llegar a su hogar, será mucho mejor. Vayan cuanto antes al hotel y que pase todo el día en cama, descansando. Intente mantenerlo sedado y que la habitación esté bien ventilada. De tanto en tanto tendrá que beber. Prepare un vaso de agua con unas gotas de limón y tres cucharadas de azúcar y que lo tome a traguitos. Por si no consigue que beba, le daré unas bolsas de suero, tendrá que pincharle, ponerle un gotero. Creo que también tengo algunas agujas en el coche. No queremos que se deshidrate —añadió secándose el sudor de la frente con la manga grasienta.

Dicho esto, deseándonos suerte y un buen vuelo de vuelta a casa, me tendió una mano flácida y se despidió ya con prisa. Intenté pagarle la asistencia, la consulta a «domicilio», pero rechazó tajante el dinero. Ranim, muy agradecido, le acompañó hasta la puerta haciéndole reverencias. Noté cómo Mokalu me miraba con odio. Allí afuera esperaba Sassou dentro del coche. Al vernos por el retrovisor salió de él precipitadamente. N'Dolu abrió el maletero de su polvoriento Peugeot, aparcado también frente a la casa. Dentro llevaba una de esas neverillas de camping, y dentro de ella, entre unas bolsas de hielo medio deshecho, unas bolsas de suero. Revolvió entre los cubitos, sacó tres y me las tendió, como había prometido. También me dio tres sobrecillos asépticos con tubitos y agujas en su interior. Metió la barriga en el coche con dificultad, arrancó ruidosamente y pisó a fondo levantando una polvareda, alejándose, diciendo adiós con la mano por la ventanilla. Ranim me tomó por el hombro como dándome ánimo.

¿Pero qué hacía yo todavía allí? Rodeado de extraños que me trataban con excesiva familiaridad, en el puto fin del mundo, atrapado en la lentitud, hundiéndome en las arenas movedizas de una tragedia absurda, con mi padre agonizante postrado en un camastro lleno de chinches. Tragando polvo y a la deriva, casi incapaz de tomar decisiones, ralentizado, sumiso y torpe. Necesitaba salir de allí, escapar a toda prisa, aligerar, acelerar como el brujo que acababa de desahuciar a papá. Urgí a Sassou para que me ayudara a sacarlo, a montarlo en el coche de la mejor manera posible, lo antes posible. Teníamos que regresar cuanto antes al hotel. Entramos de nuevo en la casa.

—Antes de que te vayas quiero enseñarte algo —me rogó Véronique tomándome de la mano—. No te preocupes, será sólo un instante... mi hermana está preparando a tu padre. Las dos os ayudaremos...

Tiró de mí hasta cruzar el patio y llegar a otra de las habitaciones, en la que supuse dormían ella, sus hermanas y los niños. Un montón de colchones y esteras se extendían por el suelo. Allí, en una esquina, dentro de un arcón de herrumbroso metal azul, muy descascarillado, la chica guardaba algo de ropa bien doblada y diez o doce libros, todos muy antiguos, varios títulos extraordinarios, la mayoría en francés, otros en español, Tolstói, Dunsany, Carpentier, Saint-Exupéry, Neruda... Levantó bien la persiana para que pudiera ver mejor. Abrió uno con delicadeza y lo puso en mis manos invitándome a leer. Un ejemplar que se desmoronaba de *El negro del Narciso* de Joseph Conrad. Una edición en castellano de la Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1947, conseguí leer...

—Eran de la tía Collette —me aseguró—. Fíjate bien..., están dedicados...

Pasé una o dos páginas y ojeé la dedicatoria. Me embargó una emoción indefinible, casi cierto espanto. Estaba escrita con la letra de mi padre. Él se lo había regalado a Collette poco antes de abandonarla. Tener aquel libro entre las manos me sobrecogió sobremanera, entorpeciendo aún más mis sentimientos. Tuve además la sensación de que leer aquello era una indiscreción. Me estremecí. Papá había dejado allí algunas palabras de amor, muy íntimas, también unos versos que tomó prestados:

> *... Y te querré, mi amor, te querré hasta que África y China se rocen y salte el río sobre la montaña y canten por la calle los salmones...*

—Se amaron mucho, eso parece, ¿no? —apuntó Véronique—. Todos están dedicados con gran ternura... Quédatelos, son para ti... —Me recorrió un escalofrío al oírle decir eso.

—No puedo aceptarlos... —acerté a decir.

—Llévate todos los que quieras, los que desees, los que están escritos en tu lengua...

—No puedo entretenerme mucho más, Véronique, yo...

—Llévate al menos el que tienes entre las manos, algún día te alegrarás de haberlo hecho... Nunca regresarás por aquí. Nunca volverás a verlos... ni a verme. —Ahogó un sollozo al decirlo—. Significan mucho para mí, por eso tiene más valor que los lleves contigo... Gracias a ellos aprendí a leer. Han sido muchas veces mi consuelo, mi fantasía, las palabras de mis sueños... Además a Mokalu no le gusta que yo lea, que las mujeres lean... ¡Llévatelos, maldita sea!... —me ordenó gimoteando y salió corriendo de la habitación.

«... Tengo entre mis brazos a la Flor de los Tiempos y nadie ha amado tanto...», leí antes de cerrarlo.

Cogí otros dos ejemplares al azar y salí detrás de ella con los tres libros en la mano, buscándola. Lloraba en mitad del patio y Mokalu giraba a su alrededor acosándola, como un jaguar enfurecido. Volví a preguntarme qué demonios hacíamos allí, por qué no habría dejado a mi padre morir en paz en Madrid, por qué no estaría yo ya muerto, convertido en cenizas o bien enterrado. Todo me resultaba cada vez más incómodo, más asfixiante, más escabroso y sombrío. Al fondo del patio, ajenos a la escena, Sassou parecía discutir con Ranim acerca de la mejor manera de sacar a mi padre y llevarlo hasta el coche. Deseé estar ya con él dentro del avión, alzando el vuelo, lejos, muy lejos de esa lóbrega chabola, de aquel laberinto de arenisca del que no conseguía salir, de aquella panda de negros chiflados... Todo el coraje que me empujó a emprender tan insensata aventura se tornaba más y más incertidumbre, mayor vulnerabilidad. Un absoluto desamparo se apoderó de mí. También una extraña furia al contemplar cómo Mokalu zarandeaba otra vez y sin miramientos a Véronique, como si la retara.

Me acerqué a ellos gritándole que la dejara en paz. El desalmado reaccionó como era de esperar. Sin dudar se abalanzó sobre mí largándome un brutal y certero revés que me derribó. Caí de culo, sangrando por la nariz, y los libros cayeron a mi alrededor despojándose de algunas hojas. Los pétalos escritos revolotearon entre nubes de polvo amarillento. Antes de que pudiera levantarme siguió el furibundo aluvión de puñetazos y patadas. ¡Maldito hijo de una puta cerda blanca!, rugió babeando. En apenas un minuto me molió a golpes. Véronique se agarró a su cuello

intentando impedirlo, pero Mokalu se zafó de ella sin esfuerzo, lanzándola muy lejos. Sassou no se atrevió a intervenir, Ranim se sintió impotente. Las hermanas y los niños aparecieron de la nada gritando como cochinos en el matadero. La fiera se acercó a Véronique y, delante de todos, mientras ella aún intentaba levantarse, le propinó un brutal bofetón que le partió los labios y la mandó de nuevo por tierra. Rebotó al caer en la arena como a cámara lenta, sangrando también con abundancia. Sassou y Ranim ya intentaban en vano frenar a la bestia, serenarla. ¡Te voy a matar!, aulló todavía mientras intentaban sujetarlo, golpeándome aún antes de salir corriendo de allí. Se escabulló humillado ante la severidad de las palabras de Ranim, amonestándolo, echándolo de su casa para siempre.

Nos socorrieron de inmediato. Diomi lavó nuestras heridas con diligencia y cortó las hemorragias conteniéndolas con fango color azafrán. En mi aturdimiento, me pareció ver a Nadia acercándose a mí, tendiéndome los brazos dispuesta a protegerme y consolarme. La necesidad de estar junto a ella tiró de mi vientre como una garra invisible, de uñas afiladas. Un nudo en la garganta me impedía hablar. La boca pastosa me sabía a sangre, sal y limo. Caminé hasta la tinaja en la que atesoraban el agua y bebí de ella hasta saciarme. Me mojé intentando espabilarme, empapándome el pelo y la camisa. Todos nos calmamos. Fui a ver a mi padre. Estaba despierto y consciente. Pero apenas podía moverse.

—Hola, papá..., ¿ya no duermes más? —le pregunté con ternura acariciándole la frente y las sienes, refrescándole, la piel con mis manos aún húmedas—. Tenemos que irnos. Es hora de regresar a casa. No hemos tenido mucho tiempo, lo sé.

—Qué le vamos a hacer, hijo... No quiero morir aquí... —suplicó en un murmullo, con dificultad. Un lamento chasqueó retumbando en el paladar reseco, sonando aún más dramático. Le di un vaso de agua.

Luego me arrodillé junto a su lecho en un gesto infantil, desamparado. Y lloré quedamente apoyado en su cuerpo, rendido, pidiéndole perdón una y otra vez. Papá puso sus manos sobre mi cabeza y habló confortándome, como cuando era pequeño.

—No pidas perdón... —me dijo casi bisbiseando—. No vuelvas a hacerlo... Fue una buena idea venir hasta aquí aunque todos puedan pensar lo contrario. Teníamos que haberlo hecho mucho antes, hace muchos años. Mi pequeño Luis, mi niño. Ahora me siento bien. Tengo menos miedo a morir. Será que estoy tan cansado que casi lo deseo, chico. Es hora de regresar... Ya no tenemos nada que hacer aquí. Estos recuerdos ya no me parecen míos y ni siquiera tengo fuerzas para mirar, para recordar. Prepara todo y en marcha. De vuelta a casa...

—Lo siento, papá..., de verdad —le dije enjugándome las lágrimas—. Te llevaré al hotel, te daré un baño y te acostaré. Mientras yo voy a cambiar los billetes me esperas en la cama viendo la tele... y esta misma noche nos vamos. ¿De acuerdo?

Véronique y Diomi me ayudaron a lavarlo y vestirlo. Ya no tenía fiebre y estaba mucho más despierto, intentando colaborar en lo poco que podía. Levantamos y sacamos a papá de la cama con menos dificultad y menos esfuerzo de lo previsto. Todo gracias al ingenio africano de Ranim y de sus hijas. Con unas varas y unas tiras de lona improvisaron un palanquín que nos permitió alzarlo fiel lecho ya sentado. Lo cogimos en volandas y lo llevamos en las angarillas hasta posarlo en el asiento del coche. Todos, pequeños y mayores,

uno tras otro, pasaron a despedirse de mi padre cogiéndole la mano con respeto y afectación, como si fuera la del Papa de Roma. Adioses definitivos, de los que de verdad son para siempre. Ranim se arrodilló a su lado, junto a la puerta abierta del taxi, y besó su rostro tres veces con emoción. Yo también fui despidiéndome de todos, agradeciéndoles su hospitalidad, sus desvelos. Véronique miraba la escena desde el umbral, apoyada en la puerta de la casa, como sin querer acercarse. Tenía el rostro amoratado, un ojo hinchado y se tapaba la boca con un trapo manchado de sangre. Caminé hasta ella. Apartó la mirada, girando la cabeza inclinándola, dolorida, abochornada, muy afligida. Acaricié su mentón y su barbilla girándola hacia mí, tiernamente. Aparté el lienzo que cubría sus labios deformados y los besé con delicadeza. Se abrazó a mí hipando, hundiéndose en el llanto y en mi pecho. Se aferró a mi cintura como si yo fuera un pedazo de su alma que se le escapara. Aún temblaba temiendo que Mokalu regresara, me confesó.

—¡Idos ya! —me urgió—. Idos de una maldita vez...

Me desembaracé de su apretón con cuidado, besándola en la frente y la dejé allí. Entré a recoger los libros deshojados, olvidados en la arena. Recogí una a una las hojas caídas, secas y polvorientas. Guardé todo en mi mochila y salí de aquella casa para siempre. Ranim me dio unas palmadas en la espalda mientras entraba en el coche y me sentaba junto a papá en la parte trasera. Cerré con fuerza la desencajada portezuela. Tomé la mano de Ranim por la ventanilla antes de que arrancáramos, dándole una vez más las gracias y rogándole que me perdonara.

—Venga, largaos ya... los blancos sólo traéis problemas cuando aparecéis por aquí —me dijo sonriéndose en un lamento, en un reproche. El viejo motor diesel del *cent-cent*

de Sassou repiqueteó escandaloso, destemplado y nos alejamos. Giré una sola vez la cabeza para mirar atrás. Pude ver a Véronique sentada en el suelo, acurrucada, llorando todavía, supuse, con la cabeza entre las piernas. No sentí nada, excepto un deseo infinito de salir de allí, de dejar atrás aquel mundo ajeno y oscuro.

DE VUELTA A CASA, DE REGRESO A NINGUNA PARTE

Tras dejar atrás la casa de Ranim, aunque teníamos habitación reservada en Brazza, decidí volver directamente a Kinshasa. Tuvimos mucha suerte, tardamos poco más de dos horas. Sassou condujo a toda velocidad, toda la que permitían el tráfico y su vetusto automóvil. Echado encima del volante, absolutamente concentrado en su temeraria conducción, metido de lleno en un improvisado papel de conductor de ambulancias, esquivando coches, bicicletas, burros y personas, saltándose semáforos, adelantando sin miramientos, al borde de la tragedia. Sassou consiguió que dos gendarmes nos abrieran paso en el habitual embotellamiento de la frontera, y subir al ferry sin más demora. Esa fue la única parte serena del recorrido, el tiempo que tardamos en cruzar el río. Luego más imprudencias, más sacudidas, frenazos y acelerones, el traqueteo. A pesar de ello, papá pasó todo el trayecto dormitando sobre mis piernas. Me vomitó dos o tres veces encima. El regreso era ya más que urgente. Los dos estábamos exhaustos, mi padre completamente acabado. Temí que pudiera fallecer allí mismo, en el coche, en una

cuneta, o más tarde en la habitación del hotel, en la sucia sala de la terminal, tal vez durante el vuelo. Eso si alguna vez conseguíamos despegar. Sassou me aseguró que en la recepción arreglarían lo de nuestros billetes. Y así fue. Consiguieron cerrar dos pasajes para el vuelo de la tarde a París, con Air France. Qué alegría. Me sorprendió tan inesperada eficacia. Tuvimos tiempo de asearnos y cambiarnos de ropa, descansar unas horas en el albergue antes de salir hacia el aeropuerto. Me pesaba como una losa el cuerpo magullado, amoratado. Hasta ese momento no recordaba haber sentido dolor. Después del baño y de acostar a papá, cuando conseguí relajarme un poco, me derrumbé en la cama como un fardo, completamente molido, en un sueño demasiado profundo. Casi en coma. Por fortuna había pedido a los empleados del hotel que nos despertaran a la hora prevista, a toda costa, echando abajo la puerta si era necesario. Alivié los síntomas de la somanta de Mokalu colocándome uno de los parches de morfina de mi padre. Su agradable efecto fue haciéndome sentir mucho más calmado y optimista, más capaz. El descanso en algo nos reparó a los dos. Bajaron nuestros equipajes hasta el coche del servicial Sassou, al que luego pensé pagar más que generosamente. Y después bajamos a mi padre sobre un colchón, tendido en uno de esos enormes carros que se usan para portar maletas. Llegamos puntuales al aeropuerto, pero la momentánea buena fortuna pareció dejar de fluir tras despedirnos de Sassou y facturar las maletas. Algún problema en el avión nos mantuvo retenidos varias horas más en el Kinshasa, expectantes, impacientes, encabronados. Papá dormitaba en la vetusta silla de ruedas que nos proporcionó el personal de la compañía. Al fin, poco antes de la medianoche, un funcionario apareció para intentar aliviarla incertidumbre.

Por fin alguien se dignaba a darnos una explicación. El hombre uniformado, un tipo blanco, sudoroso y achaparrado, de gesto amable, parecía desbordado por las circunstancias. Gran parte de los 197 irritados pasajeros atendimos su perorata sin demasiada esperanza. Megáfono en mano y subido en una silla, el empleado nos confesó sentirse apesadumbrado e impotente ante tan imprevista situación. El aparato que debía llevarnos de vuelta a Europa estaba averiado, completamente inhabilitado para el vuelo, aseguró. Aquello pintaba mal, era más que evidente. En el mejor de los casos, habría que esperar veinticuatro horas a que llegaran desde Europa las piezas que precisaban para resolver el problema. Que todos los pasajeros regresáramos a los hoteles era un asunto excesivamente complicado, nos confesó con cierta ironía. ¡Esto es África, señores!, añadió socarrón y nervioso. Pero estaban en ello, nos aseguró. Había otra posibilidad, embarcar en otro avión, en un vuelo «especial» de Air Afrique. Hubo un murmullo general ante la proposición. La compañía francesa estaba negociando con la africana. Si esto salía adelante, sería cuestión de esperar una hora más, como mucho, aseguró. El único inconveniente era que ese vuelo no sería directo, haría una escala técnica en Senegal. Allí nos detendríamos el tiempo justo para repostar y que subiera a bordo un grupo de pasajeros. Una hora, hora y media, prometió, ni siquiera tendríamos que desembarcar. Sentí una terrible impotencia, pero ante el panorama de tener que regresar al hotel, o pasar la noche y gran parte del día siguiente allí esperando, aquélla me pareció la mejor alternativa. A esas alturas la gente estaba ya agotada, nerviosa, ansiosa por regresar. Nada tenía ya demasiada importancia. Sería la mejor solución, siempre que fuera cierta. A pesar de nuestro escepticismo, a todos nos alivió la

posibilidad de poder salir pronto de allí. El aire acondicionado de la terminal funcionaba de un modo desmesurado, África parecía Alaska, volví a arropar a mi padre y le administré más drogas. Intenté que tomara un café con leche y unas galletas, hacerle lo más agradable la inevitable espera. Aún no había pasado una hora cuando, como nos habían prometido, la megafonía anunció el embarque del vuelo RK-0629. Ya no funcionaban las *jardineras,* incluso tuvimos que caminar hasta el aparato que esperaba chiflando bajo la luz anaranjada de los focos, estacionado en la enorme plataforma de cemento. Empujé la silla de ruedas de papá con gran esfuerzo, como si pesara una tonelada, pero sintiéndome a cada metro que avanzaba más feliz. Pasamos lentamente bajo una de las gigantescas alas del DC-10 de Air Afrique hasta llegar al pie de la escalerilla. Un fornido auxiliar subió por ella cargando con mi padre, como si llevara en sus brazos un grotesco bebé. La satisfacción que experimenté cuando por fin nos acomodamos en nuestros asientos fue indescriptible, hay sensaciones tan íntimas e intensas que no se pueden traducir a palabras. La tripulación puso en marcha los tres motores, uno tras otro. Luego un operario, tras retirar los calzos delanteros, hizo un gesto mirando a la altísima cabina con el pulgar apuntando al cielo. Por fin nos marchábamos, todo iba bien. Rodamos muy despacio hasta llegar a la cabecera de pista. El avión se situó en el centro dando un frenazo y, unos segundos después, bramó, aceleró y correteó por la pista bacheada hasta rotar y elevarse sin esfuerzo, trepando al cielo como una centella. Pasaban once minutos de la una de la madrugada cuando despegamos rumbo a Dakar. Desde allí, como estaba previsto, continuaríamos vuelo hasta París. Pasaríamos toda la noche a bordo, pero el interior de ese fuselaje me pareció el lugar

más confortable y seguro del mundo; nuestras dos cómodas butacas de primera, el mejor sitio incluso para morir. Todo iba bien. Nada más despegar viramos al noroeste. Ascendimos sobrevolando el Congo y Gabón. Cuando el avión alcanzó su nivel de crucero cruzábamos el golfo de Guinea. Mi padre no tenía fuerzas para hablar o abrir los ojos. Le pregunté si estaba bien, si estaba cómodo y sólo acertó a hacer un leve gesto afirmativo con la cabeza. En seguida cayó en un profundo sueño. Volábamos a treinta y tres mil pies, informó el capitán, unos once mil metros de altura. Hacía ya un buen rato que habíamos cenado y que prácticamente todos los fatigados pasajeros dormían o se disponían a hacerlo, hipnotizados en el monótono arrullo de las turbinas. La cabina quedó en completo silencio. Tuve la sensación de ser el único que aún seguía despierto. Tomé un sedante. Buscando adormecerme intenté leer en uno de los libros que me había dado Véronique, uno de Stefan Zweig, dos o tres líneas bastaron.

Desperté muy turbado casi cuatro horas después, agitado tras soñar inquietantes sueños. Me desveló un mal presentimiento, una pesimista premonición que no andaría errada. El sobresalto que nos esperaba iba a ser enorme. Primero se empezó a oír una especie de silbido anormal, casi imperceptible, que perturbaba el suave roncar de los motores al que ya nos habíamos habituado. El sonido fue haciéndose más y más estridente, despertando poco a poco a casi todo el pasaje. La iluminación de la cabina seguía atenuada. El chirrido metálico fue in crescendo hasta hacerse muy preocupante, intolerable. Noté cómo los pilotos reducían drásticamente la potencia de los motores. En ese instante, se escuchó una explosión sorda, en apariencia lejana, que despertó a los pocos que todavía dormían y el avión comenzó un precipitado descenso. Todas

las luces se encendieron a la vez parpadeando azuladas y todas las tapas que guardaban las mascarillas de oxígeno se abrieron a un tiempo, haciendo un ruido seco y alarmante. Las caretas de plástico amarillo cayeron como marionetas absurdas y quedaron colgando delante de nuestras narices. Tiré con fuerza de una de ellas y se la coloqué a mi padre. Abroché con urgencia nuestros cinturones. Temí que saliéramos volando por el hueco de alguna puerta desprendida, por algún agujero abierto en el fuselaje, pero no, no era una descompresión rápida. Nada a bordo, excepto las máscaras balanceándose, parecía indicarlo. Todos a mi alrededor, todos menos yo, se la habían colocado ya sobre la nariz y la boca, aterrorizados. Noté que aún podía respirar con naturalidad, que de momento no faltaba el oxígeno y que la temperatura no había descendido bruscamente hasta hacerse insoportable. Eso era lo que cabía esperar, teniendo en cuenta la altitud a la que volábamos y los 50° bajo cero que hacía afuera. Pero el pánico se apoderó rápido del pasaje. El DC-10 seguía descendiendo casi en picado, seguramente buscando un nivel de vuelo más seguro, en el que el aire fuera más cálido y respirable. El sobrecargo pasó corriendo hacia el *cockpit* donde los pilotos luchaban por solucionar el problema. Un fallo múltiple, eso parecía. Los demás tripulantes intentaban calmar a los atemorizados pasajeros y ayudaban a los más torpes a ponerse bien la máscara o abrocharse el cinturón. Iban y venían a toda prisa por los pasillos inclinados, usando botellas de oxígeno o tomando bocanadas de las mascarillas sobrantes para seguir conscientes. También yo me coloqué la mía. Era evidente que la presión de la cabina disminuía de forma preocupante, que el aire salía más rápido de lo que entraba y empezaba a escasear. Empecé a sentir un frío intenso. Por

la megafonía, el capitán intentó en vano calmar los ánimos. Buscaba expresarse con firmeza y serenidad, pero su voz sonó precipitada, titubeante, no del todo convincente, en medio de un caos de alarmas y pitidos. Su inglés sonaba además pueril, poco riguroso. Dudo que un piloto europeo o americano decidiera en semejante momento dirigirse al pasaje, pero el aviador africano lo hizo. Tal vez porque ya vislumbraba que aquello podía terminar mal, muy mal. Quizá para calmar también a su tripulación.

Your attention please...

«Señoras y señores, nos hemos visto obligados a iniciar un descenso de emergencia. Es imprescindible que hagan uso de las máscaras de oxígeno y que permanezcan en sus asientos con los cinturones de seguridad abrochados. Les rogamos que no se alarmen, la situación está bajo control. No es nada grave. Se trata de un problema técnico que esperamos poder solucionar muy pronto. Repito, hagan uso de las máscaras de oxígeno hasta que estabilicemos el avión en un nivel de vuelo seguro, por debajo de los diez mil pies. Es cuestión de pocos minutos. Tenemos previsto realizar un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto más cercano. Volaremos hasta Bamako, en Malí, y esperamos tomar tierra allí en poco más de media hora. Hasta entonces, sigan todas las instrucciones de la tripulación. Ellos les dirán llegado el momento cómo actuar. Gracias...»

El mensaje del capitán pareció, en alguna medida, apaciguar el miedo. En apenas diez minutos estábamos a unos tres mil metros de altura y ya pudimos quitarnos las máscaras y respirar con naturalidad. Tras el precipitado descenso, los motores empezaron a rugir de nuevo. Daban la impresión de tener aún potencia suficiente como para

llevarnos a buen puerto. Pero algo iba muy mal, eso era indiscutible. Pasaron otros eternos veinte minutos antes de que los *flaps* se desplegaran por completo y el tren de aterrizaje pareciera bajar sin problema. Afuera llovía violentamente, algo que no sucedía desde hacía varias décadas. Las turbulencias hacían brincar el avión, baqueteándolo como si fuera de papel. Una fuerte tormenta eléctrica azotaba la zona del aeropuerto de Senou, en Bamako. El enorme avión descendía dando bandazos a un lado y a otro, avanzaba a duras penas contra el viento y el incesante aguacero manteniendo una fuerte deriva. La tripulación ya no podía disimular su inquietud. Con los rostros desencajados, a voces, comenzaron a darnos atropelladas instrucciones antes del inminente aterrizaje. Échense todos hacia delante, coloquen la cabeza entre las rodillas y las manos en la nuca, ¡rápido! Sólo unos minutos antes de tocar tierra, se escuchó de nuevo por los altavoces la voz del capitán. Esta vez gritó con urgencia: *«Attention crexu on station!».* Las azafatas corrieron a sentarse y se abrocharon los cinturones. Miré por la ventanilla con aprensión. Apenas había visibilidad. El aparato parecía ya casi rozar el suelo planeando cuando los motores, a la máxima potencia, tronaron intentando elevarlo de nuevo al cielo. Por alguna razón los pilotos decidieron frustrar el aterrizaje, pero la desesperada maniobra resultó inútil. Los reactores se vieron impotentes y ya apenas pudieron alzar el avión un centenar de metros. Un extraño vacío en el estómago me indicó que caíamos de forma irremisible. En ese instante me preparé para lo peor. El ruido era ensordecedor, todo vibraba, todo crujía desmoronándose, todo comenzó a desprenderse, todo parecía rendido al desastre. El avión escorándose a un lado, se desplomaba impotente, vencido, herido de muerte. De las portezuelas

de los portaequipajes abiertos seguían cayendo bolsas, maletas, todo tipo de objetos. Lo último que escuché antes del impacto fue a una de las azafatas aullar: *«¡Brace, brace, brace!»* Luego, el aullido de una fuerte bocina saliendo de la cabina y una voz artificial, metálica, desalmada, que mientras aún nos precipitábamos insistía: *«Evacuate!..., evacuate!..., evacuate!...»*Después, un golpe colosal, un estruendo inimaginable, como si el mundo entero se hubiera partido en mil pedazos a nuestro alrededor. Sentí cómo el avión se magullaba contra el terreno, aplastándose, cómo se arrugaban los plásticos y los metales, cómo arrastraba su inmensa panza por el suelo haciendo saltar chispas, destellos que pronto se convirtieron en llamas. El monstruo moribundo avanzó sin freno echándose a la izquierda, volteando, desmoronándose. El ala de ese lado se partió y salió despedida hacia atrás envuelta en llamas, seccionando la cabina de pasaje y arrancando de cuajo el motor trasero y el timón de cola. El fuselaje quedó destrozado, dividido en tres enormes trozos que rodaron por una suave pendiente entrechocando y lanzando al aire restos, equipajes, pasajeros aún vivos o ya muertos. La fuerza del golpe fue tan brutal que la mayor parte de los asientos se soltaron de sus guías, y en sólo unos segundos quedaron prensados unos contra otros, aplastándose como naipes en una baraja y aplastando entre ellos los cuerpos de los que aún seguían atados a las butacas. Yo, antes de que el avión llegara a pegar contra el suelo, ya había desabrochado mi cinturón, y por increíble que parezca, eso me salvó. Aunque nada pude hacer por mi padre, salí despedido. Volé literalmente saliendo por la embocadura del fuselaje seccionado justo delante de nuestros asientos. Fui a caer de bruces en un barrizal que amortiguó el golpazo, a unos cien metros del desastre, agua sucia y

albero que olían a carburante. Roto en apariencia, medio desnudo, pero vivo. La última vez que miré a papá ya debía estar muerto, se zarandeaba inerte en el asiento adelante y atrás, a un lado y a otro, con los brazos y la cabeza colgando, con los ojos en blanco. Una última imagen espeluznante que intentaría no conservar en mi memoria. Creo que no llegó a enterarse de nada. Eso quise pensar. Como él, la mayor parte de los pasajeros debieron fallecer con el primer impacto. Muchos machacados, despedazados por las aristas o los filos de los hierros retorcidos. Otros quedaron malheridos o inconscientes, lo que significaba una muerte segura entre el humo y las llamas. Los cuerpos sufrieron terribles mutilaciones. Piernas, brazos, manos y cabezas volaron indolentes hasta golpear contra los mamparos, ensangrentándolo todo. Los que quedaron con vida, muy pocos, se abrasaron o murieron antes asfixiados en el infierno que se desató a los pocos segundos de chocar. Se oyeron dos o tres explosiones sordas, luego, el combustible que lo empapaba todo, que quedó esparcido por todas partes, se incendió. La tragedia era total. Ya no había escapatoria. Algunos, muy pocos, debieron correr mi misma suerte. En la absoluta confusión que siguió al accidente me pareció ver a varias personas deambular como espectros en torno al desastre. Sus siluetas se recortaban contra las llamas como siniestros títeres, completamente desorientados. Caminaban de acá para allá bajo un intenso aguacero que, sin embargo, no era capaz de extinguir la hoguera. La escena resultaba muy extraña, infernal, apocalíptica, como en las peores pesadillas. La más absoluta penumbra quedó rota por un fulgor anaranjado, por el impresionante resplandor del incendio. Del cielo llovía barro que intentaba teñir todo de amarillo. Del avión ya sólo se distinguía parte de la formidable cola. El ojo

pintado en el logotipo de la compañía aérea, como el de un Dios impotente, pareció mirarme a través de la humareda dorada ordenándome que me largara de allí. Caímos en una hondonada a sólo unos kilómetros del aeropuerto de Bamako, no muy lejos de una de las orillas del río Niger. Los equipos de rescate tardaron demasiado en llegar y encontraron demasiados problemas para acercarse al lugar del siniestro. Cuando lo consiguieron, todo estaba perdido. De los 197 pasajeros y los 14 miembros de la tripulación, de las 211 personas que viajaban a bordo del DC-10, sólo diez personas salieron con vida, lo que ya era algo milagroso. En realidad once, si hubieran llegado a contarme entre los vivos. Pero yo pasé a figurar entre los desaparecidos a los que, poco después, definitivamente, dieron por muertos. Los teletipos con la noticia del accidente en África no tardaron en salir de Malí y extenderse por todo el planeta, ocupando las portadas de todos los informativos y las primeras páginas de todos los periódicos. Tampoco pasó mucho tiempo antes de que las televisiones de todo el mundo, también la española, empezaran a emitir las primeras y macabras imágenes. En ellas se podía contemplar la verdadera magnitud de la tragedia. Oficialmente el siniestro costó la vida a 201 personas, entre ellas, dos ciudadanos españoles, padre e hijo que regresaban de pasar unas vacaciones en Kinshasa. Ya nunca más tendría que preocuparme por la salud o la muerte de papá, o pensar en mi propia muerte. Para todos, Alfonso y Luis Vaissé habían dejado de existir. De ellos no quedaban ni los restos...

El regreso

Se enteró por la televisión. Pocas horas después, la lúgubre noticia ya había dado varias vueltas al mundo saltando fulminante de emisora en emisora. Nadia se despertó muy temprano, demasiado, casi al alba, tras un sueño incómodo, muy intranquilo. Esa mañana tenía pensado acercarse a ver a Amanda, desayunar y charlar con ella. Sacarle algo. Se enfundó en un albornoz que aún olía a Luis, encendió la tele de la cocina para sentirse acompañada y se puso a preparar un té. Hablaban de ello en el telediario matinal. La presentadora, con gesto contrito, daba paso a la crónica de lo sucedido en Bamako, le pareció escuchar. En las imágenes, de pésima calidad, apenas se distinguía en la oscuridad la gigantesca cola de un avión envuelta en llamas, algunas sombras corriendo de acá para allá entre fogonazos y humaredas. Pobre gente, pensó. Que la terrible noticia del accidente aéreo llegara desde África la inquietó y quiso prestar más atención a lo que decía la periodista. Subió el volumen. Se tranquilizó al comprobar que hablaba de otro país, de Malí. Ellos estarían lejos de la masacre. Entonces sucedió algo que sólo suele suceder en las pesadillas. Después de la breve noticia enlatada, apareció de nuevo la presentadora y, titubeante, leyó a cámara de un

papel que sostenía con cierto nerviosismo, probablemente el penúltimo teletipo. Acababan de saber, aseguró, según un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores, que entre los pasajeros del vuelo siniestrado podía haber dos ciudadanos españoles. Luego, prometiendo más información en cuanto la tuvieran, la locutora pasó a otro asunto con naturalidad. Nadia quedó paralizada por el pánico, incapacitada para pensar o actuar con coherencia. Pasaron unos minutos hasta que consiguió reaccionar, e intentar hacer algo. Lo primero sería llamar al Ministerio, pensó, allí sabrían decirle. O quizá a Televisión Española. Tal vez a la policía. Un feroz nerviosismo le entrecortaba el tiempo, confundiéndolo todo. En ese instante, justo a las 7.13 horas de la mañana, sonó el teléfono. Era Daniel, el hermano de Luis. El corazón de Nadia dejó de latir unos latidos. Dani, que era piloto y como tal poseía información privilegiada, le confesó temer lo peor, aunque todavía, intentó tranquilizarla, no hubiera podido confirmar nada. No me preguntes por qué, cómo es posible, le dijo dando muchos rodeos, queriendo prepararla, pero era muy probable que viajaran a bordo de ese avión. En la tele ya daban por seguro lo de los dos españoles, también explicaban que el fatal vuelo había despegado de Kinshasa, que volaba con destino a París con escala en Dakar, y que se había estrellado en las inmediaciones del aeropuerto de Bamako por causas que aún se desconocían, posiblemente por una emergencia. Ya no escuchaba a Dani. Oyó y olió el fétido aliento de la muerte, las dos respiraban a un tiempo. Daniel le preguntó si aún seguía ahí. En el noticiario ya apuntaban la posibilidad de que no hubiera supervivientes, aunque la confusión era absoluta y los equipos de emergencia seguían buscando entre los restos. En ese instante, Nadia supo que Luis había dejado de existir y se

desgarró por dentro y por fuera. Se arrodilló llorando desolada, completamente desconsolada. El auricular quedó colgando del cable espiral, la voz de su cuñado giró, subió y bajó, se balanceó un rato golpeándose, llamándola expectante: «¿Nadia? ¿Nadia? ¡Responde, por favor...!»

Dos días después, Daniel viajó en compañía de un buen amigo hasta Bamako para traer de regreso lo poco que había quedado de sus familiares, de su padre y de su hermano, los que se suponía eran sus cadáveres. Luis y Alfonso no se contaron entre los escasos supervivientes, sino en las larguísimas listas de los muertos o los desaparecidos, lo que venía a ser lo mismo. El fuego había reducido a cenizas hasta los huesos de muchos cuerpos. Las penosas tareas de identificación se hicieron de forma chapucera y muy precipitada, con escaso o nulo rigor. En un viejo hangar del aeropuerto se improvisó una impresionante morgue. En dos filas, alineados sobre el cemento, reposaban más de dos centenares de ataúdes. Algunos, muy pocos, pomposas cajas de buena madera, al estilo fúnebre europeo. También había muchos cajones mal rematados hechos de retales. Otros, la mayor parte, resultaban inverosímiles a los ojos de un occidental, insólitos sarcófagos pintados en colores chillones y alegres, representaciones de estilo naif, incluso cómicas. Había uno con forma de cocodrilo, otro de mazorca de maíz. De ésos dos colgaban las etiquetas con los nombres de Luis y Alfonso. La escena resultaba absolutamente espeluznante y surrealista. Había costado encontrar tantos féretros de la noche a la mañana, intentaban justificarse los funcionarios. Éstos retiraron las tapas un instante para que los allegados pudieran mirar dentro, si encontraban el valor para

hacerlo. Echaron un rápido vistazo horrorizados. En uno de los cajones, sólo un cráneo partido y ennegrecido, algunos huesos dispersos, unas paletadas de arena y escorias. En el otro, aún menos, apenas nada, porciones de una masa negra e informe, carne y tierra mezclada, calcinada, retorcida. Los pocos forenses estaban desbordados y deseando acabar con todo aquello cuanto antes. Daniel no encontró fuerzas para ir más allá, para reclamar indagaciones más rigurosas, más partes. Aceptó que aquéllos eran sus restos y consiguió, al menos, que trasladaran las migajas de su hermano y de su padre a otros ataúdes, más aptos para viajar a Europa, más apropiados para ser incinerados o enterrados en España. Aunque habría que dar tiempo al tiempo, claro. Los trámites para la repatriación se hicieron rápido, sin demasiadas trabas. Pero ellos debieron esperar aún un par de días a que llegaran desde Madrid dos cajas fúnebres, dos ataúdes normales, forrados de caoba por fuera y de cinc y gasa por dentro. Con ellos en las bodegas de un avión, regresaron a casa una noche triste, muy triste. Agotados. A la mañana siguiente, nada más desembarcar, los llevaron directamente de Barajas hasta el tanatorio de La Almudena. Allí el velatorio se prolongó sólo durante un par de horas. Asistieron pocas personas, muy pocas. Buscaron la máxima intimidad, aunque no pudieron evitar que algunos reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión anduvieran rondando a las puertas del cementerio. Aquello, por desgracia, era noticia. A las tres de la tarde, las dos cajas entraron en la incineradora. Poco después de salir del horno, un operario les entregó las urnas funerarias, dos grotescos recipientes de un metal negro, siniestro y relumbrante. Luego pasearon casi en silencio hasta los nichos contratados, dos huecos oscuros pegados a la valla

exterior del inmenso camposanto. Estaban uno al lado del otro, en una hilera baja. Daniel llevó hasta allí la de su padre. Nadia la de Luis. El pequeño Adrián caminó a su lado con la mano puesta sobre la macabra vasija durante todo el trayecto. Poco antes de las cuatro, las introdujeron en las húmedas tinieblas junto a algunos viejos libros, un peluche, un reloj. Luego, los albañiles enladrillaron y sellaron con habilidad los sepulcros. Dieron de llana, y encajaron las lápidas fijándolas con cemento, calzándolas con unas cuñas de madera. La mezcla no tardaría en fraguar, aseguraron. Nadia colocó en los jarroncillos unas margaritas, algunas lilas, dos o tres amapolas y otras florecillas silvestres que cortó Adrián en los jardines. Los presentes, como se suele hacer y era de esperar, pensaron o rezaron un rato sin perder de vista las sepulturas, o frente a ellas mirando al suelo. Poco a poco, cada uno a su manera y en silencio, todos fueron abandonando el lúgubre escenario. Carolina no asistió al sepelio. Daniel tenía que llevar a Adrián de regreso con su madre. Los dos, tío y sobrino, se despidieron de Nadia muy afligidos y se alejaron despacio, callados y cogidos de la mano. Ella quedó allí plantada, perdida en el rumor de la autopista cercana, en mitad de una de las calles de aquella infausta barriada de difuntos, en aquel lugar inadmisible, leyendo una y otra vez la inscripción sobre la losa:

Luis Vaissé Torres (1960-1996)

Te recordaremos, y en nosotros, tus certezas y tus incógnitas resistirán a la muerte...

Ella había mandado grabar esa frase en la piedra. Nadia parecía pequeña a pesar de ser tan alta. Desvió su mirada del mármol y la alzó al cielo. Pasó un avión volando bajo,

atronando la paz en que descansaban los muertos. La cegó la amarga luz de aquel día radiante. Cerró los ojos, puso una mano en su vientre y lo acarició con ternura. El pequeño ser que crecía allá adentro, pensó, en el centro de sí misma, en su fondo, flotando en sus aguas, jamás llegaría a conocer a su padre. Besó por última vez el nombre tallado. Lo besó con gran delicadeza y se alejó de allí buscando una salida, la gran verja por la que tinas horas antes había entrado. Rompió a llorar varias veces mientras desandaba un camino que le pareció largo y hostil desde el primer paso. Pero no podía seguir allí el resto del día, el resto de su vida... No podía perder el vuelo que, esa misma tarde, la llevaría de regreso a París. La vida, con o sin Luis, dentro y fuera de ella, debía seguir su curso...

SEGUNDA PARTE

LA SINRAZÓN DE LA SENSATEZ

Reencuentro en Tulsa, diez años después

Cuando murió su verdadero padre, Paula ya crecía en el vientre de Nadia. No pudo o no supo decírselo a Luis, o tal vez no se atreviera, ya no lo recordaba. El caso es que se fue de este mundo sin saber que una nueva vida, completamente suya, estaba por nacer, quizá la savia que él necesitaba para enmendar de una vez por todas su maltrecho espíritu. Tras la muerte de Luis, absolutamente desolada, Nadia dejó todo atrás, todo inanimado, atascado, sin aparente sentido. Llenó un par de maletas con algunas de sus cosas y voló con ellas hasta Clermont-Ferrand dejando Madrid tal vez para siempre, pensó entonces. Poco de lo que quedaba allí importaba ya. Cerró su morada madrileña, tan llena de recuerdos, y corrió a cobijarse en la de sus padres; la niña nacería allí. Desde aquel día, el del entierro, no había vuelto a ver a Adrián. Apenas volvió a saber de él por Daniel, algo que de tanto en tanto le hacía sentirse terriblemente culpable. El chaval tenía dieciséis años cuando sucedió todo, una mala edad. Ella realmente no sabía cómo tratarlo. Nunca supo cómo hacerlo. Su relación con el niño Adrián no fue fácil. El pequeño, de

algún modo, siempre hizo a Nadia responsable de todo lo malo que le había sucedido en su corta vida, de no poder vivir con su padre, de no tenerle cada día a su lado. Además, su madre se empeñó hábilmente, de forma sutil, casi enfermiza, en hacérselo creer. Carolina odiaba profundamente a Nadia, odiaba que hubiera sabido hacer feliz (si eso se podía decir) a Luis, que le hubiera enamorado de aquel modo, que ya no cupiera otra posibilidad que ella. Ya que no podía recuperarlo, pasó muchos años intentando joderles, jodiéndoles. Aquella situación impuso un mundo de silencio y distancia entre Nadia y Adrián. Pero era el hijo de Luis, el futuro hermano de Paula, aunque aún no lo supiera...

Un buen día, diez años después, Nadia decidió poner fin a toda esa lejanía, a todo ese silencio, acallar de una vez tanto y tan prolongado desencuentro entre ella y Adrián. El llevaba años viviendo y estudiando en Estados Unidos. También, tras la muerte de su padre, a su manera, dejó todo atrás y voló hasta allí. Se marchó con apenas veinte años y un montón de billetes en el bolsillo y en la cuenta corriente, parte de lo que abonaron los seguros de vida por la muerte de Luis. En Norteamérica pasó unos cuantos años sin rumbo fijo, derrochando, entregado a la mala o la buena vida, según se mire, a la diversión y el descontrol, mientras intentaba sin ningún éxito acabar la carrera de filosofía. Una noche, soñó con su padre y éste le habló en el sueño. Le reprendió duramente y le pidió que de una maldita vez acabara con el desorden de su cerebro y de su alma. Una pregunta permaneció en la mente de Adrián mucho más allá del despertar: ¿qué quieres hacer realmente con tu vida? Quiero ser pilotó, se respondió, quiero volar. Y se puso a ello en cuerpo y alma, sumido en una férrea, espartana y

reconfortante disciplina. Alistado en la soledad y la eficiencia, ya estaba a punto de acabar su formación.

Nadia sintió que ya no podía esperar más y decidió escribirle una carta. Una carta sencilla, sincera, concisa, cariñosa. En ella le pedía que le perdonara lo que tuviera que perdonarle. Le decía que deseaba verle, sin ninguna duda, que necesitaba hacerlo. Hablar con él. Ya sería un hombre, un buen hombre, sabría entenderlo y concederle ese deseo... También le revelaba que tenía una preciosa hermana. Le mandó una foto de Paula, para que supiera cómo era, y un dibujito que había hecho la pequeña para su hermano. Lo que Nadia no podía imaginar era que Adrián también albergara ese anhelo. Sobre todo desde que sentó la cabeza, levantó el culo y echó a volar. Los dos se sentían de un modo similar, se recordaban de un modo similar. Y los dos, casi a un tiempo, habían pensado en ese posible reencuentro, en cruzar sus miradas, sus nuevas miradas.

Nadia y Paula echaron la carta al buzón como si se tratara de una misiva a los Reyes Magos, como se lanzan flores o monedas al agua de las fuentes o los pozos pidiendo deseos. Temerosas y esperanzadas. Ella había explicado muchas veces a su hija que tenía un hermano mayor, que vivía en América, muy muy lejos, tanto que resultaba muy complicado llegar hasta allí. Por eso no le conocía aún. Paula fue imaginando, posiblemente mitificando, la fraternal figura de Adrián. Cuando Nadia le mostraba las pocas fotos que guardaba de él, la niña siempre afirmaba que aquél era su padre «pero en pequeñito». Adrián y Luis se parecían, era algo innegable, evidente.

La misma mañana que envió la carta, llevada por un irresistible arrebato, fue con su hija a comprar los billetes de avión. ¿Sabes qué?, le dijo, tú y yo nos vamos a ir de viaje, por fin vas a conocer en persona a Mickey Mouse... y

es posible que también a tu hermano mayor. La emoción de Paula fue indescriptible. Haría un larguísimo viaje con su madre, volaría muchísimas horas en un gigantesco avión, eso era lo mejor. Bueno, eso y poder faltar al colegio al menos dos semanas. Sólo de pensarlo ya se sintió infinitamente libre y dichosa. El pretexto era pasar unos días en el Disney World de Orlando, en Florida. Luego, si todo iba bien, si conseguía hablar con Adrián, avisarle, desde allí viajarían hasta la escuela en la que su hermano aprendía a volar... tan bien como los pájaros. El Spartan College of Aeronautics, en el 8820 de East Pine Street. En la calle del «quinto pino del este», en Oklahoma, «iuesei», bromeó Nadia con la niña. Pasarían unos días en el quinto pino, en el oeste americano, fantaseó su madre. La pequeña imaginó el retumbar de los disparos en los duelos entre pistoleros, aventuras huyendo a caballo, con las botas de espuelas, el sombrero y el lazo. Pasarían un calor de mil demonios, mascarían tabaco y la arena que trajera el viento del desierto. En la agencia les informaron que podrían visitar una reserva india, un lugar, le explicó mamá, donde malvivían algunos de los pocos comanches que quedaban. ¡Comanches!, ¿qué más podía pedir?...

Tres días después partieron de España sin avisar a casi nadie, sin planear demasiado, sin que ella estuviera muy segura de estar haciendo lo correcto. Empecinada en la absurda idea de encontrarse con Adrián, aun a riesgo de no localizarle, de que no estuviera allí, de que no tuviera el más mínimo deseo de verla o de saber que tenía una hermanita. Volaron hasta Miami y desde allí, en vez de saltar a Orlando lo hicieron a Oklahoma. Primero intentarían ver a Adrián, luego a la familia Disney. Cuando aterrizaron en Tulsa, Nadia, con el estómago encogido, quiso no tener que bajar del avión, poder regresar con la

niña por donde habían venido. Se sintió presa de un necio pánico, tan estúpido como el que tenía a volar. Se sintió ridícula, osada, inconsciente, imbécil. ¿Qué hacían allí? ¡¿A quién se le podía ocurrir hacer una cosa así?! Sólo a ella, fue la única respuesta que encontró. Se alojaron en un hotel de tres estrellas cercano a la terminal, el Radisson Inn Tulsa Airport, e intentaron descansar, idear un modo de salir de aquel embrollo de forma digna. Llenas de curiosidad, con cierta ansiedad, las dos se preguntaban qué iría a pasar, cómo terminaría todo eso, si en aquel lado del mundo encontrarían a Adrián brillando en el cielo. Un olor a pan recién horneado inundó la habitación, aquello era un buen augurio, pensó Nadia.

Adrián abrió los ojos con la alborada. Madrugó con ganas. Se alzó, se duchó y se vistió sin esfuerzo. Tenía que entrar muy temprano en el simulador, le esperaba una prueba importante, tal vez la última. De ella dependía su calificación final. Desayunó afanoso oyendo las noticias, revisó el maletín de vuelo una vez más, y después se encaminó al aeropuerto seguro de sí mismo, impaciente ya por avanzar las palancas de gases y despegar. Pasó cinco agotadoras e intensas horas a los mandos de un 737-400. Luego, repasó con su instructor cada detalle, cada posible metedura de pata, analizando los datos y las gráficas de los vuelos que acababan de realizar. Lamentó una y otra vez los escasos fallos, cada pequeño y jodido error. Salió de la cabina aturdido, muy despistado. Pero en general, con la sensación de que la cosa había ido bien. No las tenía todas consigo esa mañana, desde que los recibiera, no podía quitarse de la cabeza los cuadernos de su padre muerto. Aquellas enigmáticas páginas que su madre le envió desde

Madrid y que aún no se había atrevido a leer. Tampoco podía dejar de pensar en la carta que acababa de recibir de Nadia, la otra viuda de su padre. Ésa sí la había leído. Quería verle... Últimamente había pensado en ella con demasiada insistencia, sin saber bien por qué. Con frecuencia le venía Nadia a la cabeza. Muchas veces pensó dar él el primer paso, escribir una carta, o tal vez hacer una llamada. Pero nunca encontró el momento o el valor de hacerlo. También a él le remordía tanta distancia, le reconcomía tanto destierro por parte de los dos. Se quedó petrificado cuando averiguó que tenía una hermana de casi diez años. ¡Una hermana! Esa insólita novedad latía una y otra vez en su cabeza mientras intentaba centrarse en lo que hacía o en lo que acababa de hacer. Un aviso de fuego en un motor y un piloto muerto le habían metido en un buen aprieto. Estaba ya a pocas millas del campo, casi en la aproximación final, volaba a los mandos y ya había bajado la palanca del tren, y extendido casi por completo los *flaps.* Empezaban a repasar la penúltima lista de chequeo cuando, sin previo aviso, por sorpresa, el cabrón del profesor que hacía de segundo piloto, decidió sufrir un infarto. Algo que le incapacitaba totalmente para el vuelo. Estaba solo, toda la operación quedaba en sus manos. He muerto —le dijo de improviso—, es todo tuyo, sigue tú. Atrás, el examinador y otro instructor se preguntaron cómo reaccionaría el alumno ante una siniestra circunstancia que ni ellos esperaban. ¡Un maldito infarto!, tenía que haber previsto algo así, se lamentó. La fatalidad le pilló completamente desprevenido y, aunque estaba preparado para afrontarla, tal vez, no supo reaccionar como debía. Cortó de inmediato el combustible a la turbina en llamas y disparó los extintores. Ajustó la potencia del motor que le quedaba, intentó compensar cuanto antes la guiñada,

centrarse en la cruz de instrumentos que tenía frente a sus narices, seguir volando, eso ante todo. Hizo lo necesario, eso creía. Pero la ansiedad precipitó alguna de sus decisiones. Quiso tocar tierra a toda costa, lo antes posible. Comprobó una vez más que las tres luces del tren estaban en verde, colocó la palanca en *full flap,* ajustó la velocidad de acuerdo al peso y la longitud de la pista y «se tiró» a por ella sin dudarlo. Planeó tal vez en exceso sobre el asfalto mientras una voz metálica cantaba la altitud que le separaba del suelo. En cualquier caso el aterrizaje fue correcto, algo largo y duro, pero correcto. Consiguió detener el aparato de forma eficiente y en una distancia aceptable, sin quemar los frenos, y abandonar la pista sin sufrir daños. Todo salió bien teniendo en cuenta las delicadas e inesperadas condiciones. Todo excepto un detalle importante. Nada más declararse la cadena de emergencias, como le amonestó su infartado instructor, debía haber frustrado de inmediato, abortar la maniobra de aterrizaje y tirar hacia el cielo aun con un solo motor. No arriesgarse a tomar tierra sometido a tanta tensión y desconcierto. «Motor al aire y ascender», eso hubiera sido lo mejor. Subir y tomarse tiempo para pensar. Informar al control de la situación, declarar la emergencia, y luego, con calma, una vez autorizado, intentar de nuevo el aterrizaje «ya sin riesgos», con una actitud bien distinta. Por fortuna, tras la reprimenda, el examinador le felicitó por la «sangre fría» y la eficacia que había demostrado. Al fin, escuchó de su exigente maestro un tranquilizador «excelente vuelo, Adrián», estás capacitado, enhorabuena. Aunque le recordó que hacer eso en un vuelo real, a su juicio, hubiera sido una temeridad, un riesgo innecesario, daba por superada con creces la prueba. Es muy fácil «cagarla», decidir en esas condiciones, tenlo siempre presente, concluyó. Adrián salió

del aula algo abochornado, abrumado y confuso, feliz y completamente agotado. Llevaba en pie desde las cinco de la mañana y desde las seis dentro del simulador, ese sofisticado potro de tortura para pilotos. Ya era casi mediodía. No había dormido bien, estaba inquieto, como cuando uno tiene la certeza de que algo inevitable va a ocurrir, bueno o malo, de forma inminente. Tal vez fuera sólo eso, el haberla «cagado» una vez más, y justo cuando se estaba jugando el todo por el todo. Pero había salido bien. Le costaba asumir esa idea, había terminado y todo empezaba otra vez para él. Al menos como profesional del aire. El examen final estaba superado. Aún aturdido sacó de la máquina un sándwich vegetal y una Coca-Cola. En ese momento oyó su nombre por la megafonía. Tenía una llamada en la recepción. Levantó el auricular desperezándose con discreción, medio bostezando y de forma mecánica contestó «hola» en inglés, con una mezcla de curiosidad y pereza. Imaginó que podía ser su madre desde España, algún compañero, alguien de la administración de la escuela. Así que la sorpresa no pudo ser mayor cuando, al otro lado, escuchó una voz femenina dulce y familiar, que habló con un acento extraño, muy titubeante...

—Hello!... I want speak with mister Adrián Vaissé, please.

— Yes, I am...

—¿Adrián?, ¿eres tú?...

—Sí... —respondió, y después hubo un larguísimo silencio.

—Soy Nadia —dijo ella casi en un susurro.

—¿Quién? ¿Qué Nadia?..., ¿la Nadia de papá?, ¿nuestra Nadia?, ¡no me lo puedo creer! —dijo completamente atónito.

—¡Ay! Adrián... el pequeño Adrián, pero si tienes la voz de tu padre, es igualita, ¡joder! —exclamó Nadia emocionada.

—Nadia, Nadia... Pero ¿cómo estás?... Pero ¿cómo...? ¿dónde estás? Cuéntame...

—¿Cómo estás tú, bribonzuelo?... —Así solía llamarle su padre.

—Ahora mismo agotado pero bien, muy bien... Estudiando sin descanso y volando todas las horas que puedo... Llevo vida de monje, de monje alado... Cuánto tiempo, ¿no?...

—Demasiado..., dentro de poco hará diez años que no nos vemos o hablamos. ¡Qué barbaridad! No puedo imaginar cómo serás ahora, cuánto habrás cambiado.

—Seguro que tú sigues siendo la misma... No puedo imaginarte cumpliendo años... Las personas no envejecen en la imaginación...

—¡Menos mal!, menudo consuelo... —exclamó simpática e irónica—, pero los años pasan para todos... también para mí. Aunque no me conservo mal, no —bromeó aún con picardía.

—Te recuerdo bien, Nadia. Ahora mismo parece que fuera ayer la última vez que te vi... aunque fuera tan triste aquel día...

—A mí me pasa igual, qué locura, ¿no? Te recuerdo como un adolescente serio e introvertido. He llamado a un muchacho y me encuentro que responde todo un hombre... Por casualidad, ¿has recibido mi carta?

—Sí..., llegó ayer..., y ya era hora..., ¿no? —rió.

—Qué estúpida soy y qué impaciente, casi llego antes yo que la carta. Casi no te he dado tiempo a leerla...

—Sí la he leído..., la he leído... ¿Por qué has esperado tanto para hacerlo? —Algo en la pregunta de Adrián sonó a

reproche—. ¿Cómo es eso de que tengo una hermana?

—¿Y tú?..., ¿por qué no lo has hecho tú?... —también había un tierno resentimiento en la respuesta de Nadia—. Es preciosa, si la vieras ahora mismo, está aquí a mi lado muerta de risa, pero no se atreve a ponerse, no me lo pidas...

—¿Paula?... Se llama así, ¿no?... Paulita. ¡Qué gracia! No imaginas qué curiosidad siento. Ni imaginas tampoco cuánto he deseado saber de ti, verte, hablar contigo. Sobre todo en los últimos meses... Es curioso que me hayas llamado. Será el resultado de una extraña premonición. Cuántas veces habré pensado ponerte unas palabras, mandarte al menos una postal con la foto de un precioso avión... Pero no he sabido hacerlo, perdóname... De verdad que lo siento...

—Tampoco yo he sabido hacerlo. No te disculpes. La culpa es mía, sólo mía. Tú eras sólo un niño cuando... —Nadia guardó un largo silencio—. Tendría tanto que contarte..., pero ¡qué digo!, no tendría, ¡tengo tanto que contarte!... y quiero hacerlo. ¡Muy pronto! —añadió con enigmático entusiasmo.

—Yo también quiero verte, conocer a Paula. ¿Qué le habrás contado de mí?

—No sé si seré capaz de encontrar las palabras, si sabré por dónde empezar... Pero debemos vernos, claro. Hay que hacerlo, ¡pero ya!... a lo mejor puede ser mucho antes de lo que imaginas...

—¡Ojalá!..., pero aún pasará algún tiempo antes de que regrese a España. Precisamente hoy..., bueno, se puede decir que hoy he terminado con esto, con la formación en la escuela. Pero me quedaré aún unos meses por aquí. Quiero irme a Nueva York. Y si encuentro trabajo..., pues... igual ni vuelvo, no lo sé. Pronto tendré todas las licencias en regla...

Probaré. Ya soy piloto, Nadia, uno de verdad —sonrió burlón—, cuánto le habría gustado a papá saberlo...

—Qué impresión me causa oírte decir eso. Ése era su sueño, el tuyo, y ahí lo tienes. Cumplido. Quería que fueras piloto, como tu tío, como tu abuelo. Qué feliz me hace saber que lo has conseguido. Si tu padre pudiera verte ahora se sentiría tan orgulloso...

—Seguro que lo sabe, que me ve... De tanto en tanto me habla en sueños... Seguro que está que «se sale»...

—Claro. Se sentirá muy feliz por ti. Muy feliz, como yo... —dijo esto en un sollozo.

—Aún le hecho tanto de menos —se lamentó Adrián.

—Yo también, todos los días —suspiró Nadia.

—No hablemos de eso ahora, ¿vale? No nos pongamos trágicos. Eso le jodería...

—No, no hagamos tragedia... Y si... —dijo Nadia alargando la sílaba—, y si mejor... quedamos para... ¿cenar?..., ¿qué te parece?

—¿Cómo para cenar?..., ¿dónde estás?...

—Pues aquí al lado, aquí al lado, aunque no lo creas... en un hotel muy cerca del aeropuerto... en el Radisson. Está tan cerca que los aviones parece que van a aterrizar en la habitación cuando pasan frente a la ventana. Paula está encantada, pocas cosas le gustan más que esos aparatos infernales... —rió Nadia.

—Pero ¿estáis aquí?, ¿en Tulsa?... No me lo puedo creer. —Adrián se quedó sin más palabras y sintió un extraño vértigo al imaginarlo.

—Espera un momento —Adrián escuchó cómo Nadia pedía a alguien la dirección del albergue—, estamos en el 2201 de la North East Avenue... cerca de la autopista 44, me dicen...

—Joder, Nadia, ¿qué me dices?, pero si estás aquí al lado...

—Sí..., aquí al lado... Pensarás que estoy mal de la cabeza... pero tenía previsto hace mucho tiempo —mintió— traer a Paula a Disneylandia y... si he sido inoportuna, dímelo, de verdad... No te sientas obligado... Nosotras... Lo siento. Debería haberte avisado, haberte advertido, haber esperado unos días..., darte tiempo para hacerte a la idea. A lo mejor no tienes la más mínima gana de que nadie te moleste.

—¿Cómo puedes pensar que sois una molestia?... Ahora mismo voy a veros..., si os apetece, claro... —ironizó.

—¿Quieres conocer por fin a tu hermano? —preguntó Nadia a su hija—. Dice que sí..., que le da mucha vergüenza... pero que quiere verte, ¡ya!... Aquí la tengo dando saltos..., ¿la oyes?

—¡Qué alegría, Nadia!, qué alegría tan grande me has dado... Verás, paso un momento por mi apartamento a ducharme y cambiarme de ropa, que estoy hecho un cerdo... y voy por vosotras. En menos de una hora nos vemos en la recepción del hotel..., ¿vale? De paso le compro alguna tontería a Paulita...

—No hace falta que le compres nada...

—Sí..., dile que le llevaré una enorme bolsa de chucherías americanas, que están buenísimas, y unos avioncitos, que aquí en la escuela venden unas maquetas preciosas... Bueno, no me entretengo más... Nos vemos en el Radisson, en una horita...

—Aquí te estaremos esperando...

—No me lo puedo creer... ¿Se parece la niña a papá?...

—Se parece a él, y a ti... No tardes...

—No, no tardaré... un beso...

—Otros dos para ti...

El día se puso gris y melancólico. Adrián llegó pronto al hotel, mucho antes de lo acordado. Cuando las vio se volvió de piedra, y así, petrificado, se entretuvo un buen rato en observarlas sin ser visto. Le esperaban en un saloncito recargado y vecino a la recepción, junto a una ventana, sentadas en un sofá rojo. La madre ojeaba una revista, un ejemplar atrasado de la revista *Elle,* la niña un cómic. Las dos parecían sacadas de una revista de moda, elegantes, pulcras, bellas, distinguidas. Nadia seguía siendo como la recordaba, tal vez más hermosa, más voluptuosa. Paula era una niña bellísima. Las dos llevaban el pelo recogido en un peinado muy similar. Él, a cambio del seductor uniforme, se había puesto unos vaqueros viejos, una descolorida camisa azul de cuadros un tanto horteras, sus roídas camperas, una vieja cazadora de cuero que un día fue de su padre. Sintió no haberse arreglado un poco más para la ocasión; al lado de ellas parecería un gañán. De repente le estremeció la idea de tenerlas allí enfrente, a pocos metros, de ir a encontrarse con ellas. Dio unos pasos difíciles de dar y se fue acercando a ellas sigiloso como un gato, con los lentos y almohadillados pasos que se suelen dar en los sueños. Paula fue la primera en divisarle. La expresión de su cara fue un poema, un precioso poema. Como movida por un resorte dio un respingo poniéndose en pie. Y se quedó así mirándole sonriente y azorada. Nadia levantó la vista y, con la indolencia que da la miopía, recorrió a Adrián de arriba abajo y de abajo arriba. Luego, también de un salto, se levantó y corrió hacia él. Paula fue tras ella sin saber bien qué hacer, cómo comportarse. Ellos se fundieron uno contra otro profundos y silenciosos. Adrián, mirando a su hermana por encima del hombro de Nadia, le guiñó un ojo.

Le tendió la mano para que se acercara y la unió al abrazo con mimo. Se saludaron emocionados entre besos torpones y balbuceos, metidos de lleno en la tierna incomodidad de tan insospechado encuentro. Se sentaron los tres, Paula sobre las rodillas de Adrián, sin soltarse de su cuello. La pequeña lloraba lágrimas que no entendía y que buscaba reprimir. Nadia también lloró. Adrián supo consolarlas, calmarlas con su radiante sonrisa y sus bromas, que a las dos hicieron sonreír. Luego, ya más serenos los tres, más cómodos, decidieron ir a almorzar. Adrián las llevó a comer unos buenos filetes de vaca. La mejor carne que hayáis probado jamás, les prometió. Ninguna de las dos le quitó los ojos de encima mientras conducía hasta el restaurante. Paula y Nadia competían por hablar con Adrián, por contarle o hacerle preguntas, felices en la posibilidad y en el encuentro. Ninguno de los tres, en ningún momento, habló de Luis, ni siquiera lo mencionaron. Nadia y Adrián dejaron aflorar otros recuerdos, recuerdos olvidados, y fueron desenredando Cándidos enredos en la memoria. A los postres ya se habían resumido el uno al otro sus vidas, y él ya sabía casi todo de la de su hermana. Los sumarios se iban narrando con desordenada euforia, alternándose las voces, encajando como las primeras piezas de un puzle de un millón de piezas. Sus corazones se inflamaban en la avidez por contar, por indagar, en la rara dicha de estar juntos. Así pasaron la tarde, paseando por un inmenso y frondoso parque, tumbados en la hierba, jugando, a ratos pensando sin pensar demasiado. Al empezar a caer el sol, y ante la insistencia de Adrián, fueron a por sus equipajes al hotel, pagaron la cuenta y se trasladaron a su apartamento. Estaba cerca y era enorme, muy confortable. En ningún momento sintieron que fuera algo inoportuno, inapropiado. Allí estaréis mejor, tiene hasta un *jacuzzi,* les prometió.

Ellas se instalarían en su habitación, él dormiría en el cuarto de invitados, no había discusión posible. Ya de anochecida, Paula y Nadia disfrutaron de un reconfortante baño de espuma y burbujitas. Después, ya en pijama, la niña tomó un vaso de leche con unas galletas y se acostó. Estaba agotada por las emociones y las caminatas, un poco pasada de vueltas. Aunque intentó resistir al sueño, seguir jugando y disfrutando, quedó pronto dormida. Adrián la llevó en brazos hasta la cama, la arropó con cariño y se arrodilló a su lado. Allí estuvo mirándola un buen rato, acariciándole las mejillas y el cabello mientras caía en el ensueño. La niña respiraba serena, sonriente, lánguida y bellísima, como un verdadero ángel. Reconoció en sus facciones la esencia de su padre, una sensación extraña. Llevaba algo de él, algo inconfundible, un rasgo inexplicable y certero. Tenía una hermana, era real, la tenía allí enfrente, estaba acariciándola... y sintió amarla de inmediato. Besó amoroso su frente y la abrigó de nuevo remetiendo bien el cobertor. Al salir de la habitación dejó la puerta entreabierta para que entrara algo de luz. Allí pasaron aquella inimaginable noche americana, su primera noche en casa de Adrián, la primera como dos adultos.

Se acomodaron sobre la alfombra, frente al fuego del hogar que ardía en una esquina del salón. Tomaron unas cervezas, unos nachos con guacamole y unas ensaladas. También descorcharon un par de botellas de buen vino para acompañar la cena y celebrar el reencuentro. Sobre la chimenea colgaban algunas fotografías. Una de su padre, de Luis, disparando su cámara en alguna remota trinchera, con su raído chaleco de reportero, un pitillo colgando de los labios y sus eternas gafas de sol. Al lado, una mucho más

antigua del abuelo Alfonso. Llevaba puesto el mono de vuelo y ocultaba sus ojos también tras unas lentes oscuras. Posaba desafiante como un auténtico héroe de la aviación. Muy sonriente, de pie y en jarras, ante su majestuoso avión, un imponente Hércules. A su lado, vestidos de uniforme y aferrados a sus armas, tres soldados malayos lo escoltaban también risueños. La magnífica figura de Alfonso destacaba iluminando la escena, tomada hacía tantos años en el aeropuerto de Leopoldville. Nadia descolgó las fotos enmarcadas para verlas mejor.

—Te pareces tanto a ellos...

—Sobre todo cuando me pongo mis Ray-Ban —bromeó Adrián.

—Era tan guapo tu abuelo, casi tanto como tu padre...

—Tenían algo los dos, sí...

—Tú también lo tienes, créeme, tienes el toque Vais—sé... —casi coqueteó Nadia—, de niño eras un poco soso —rió burlona— pero ahora... ¡cómo has cambiado!, ¡estás como un avión, chico!...

—La verdad es que tú apenas has cambiado... A no ser por esas patitas de gallo, por las tetas y el culo caído —respondió Adrián guasón—, no te echaría más de... ¿cuarenta?...

—Serás cabrón...

—Estás preciosa... ¡como siempre!... —le dijo tomándola por los hombros y mirándola a los ojos...

—Creo que es la primera palabra amable que consigo de ti de forma espontánea... ¡en toda mi vida! —rió Nadia.

—Que a veces pareciera que no te tragaba no significaba que a veces no te mirara..., muchas veces..., la mayoría sin que te dieras cuenta...

—En especial cuando salía de la ducha..., ¿no, golfante? Con esos ojos de pillo que tenías, que todavía tienes. Desde

muy niños tenéis esa forma de mirar con el rabillo del ojo a las chicas... Imagino que ya sabrás hasta qué punto era injusto que «no me tragaras», ¿no?

—Lo sé..., completamente injusto, de hecho a veces me costaba detestarte... Cuando me entraba la ternura contigo tenía que fingir rápido que era un «tipo duro», ¡ya sabes!

—¿Y por qué?...

—Por nada..., de verdad... Por celos, tal vez, porque tenías la suerte de tener a mi padre todos los días... y yo no... ¡Yo qué sé! Porque era un completo idiota...

—Pobre mío... —Nadia acarició su rostro con ternura—, pero nada de eso era culpa mía... El nunca habría vuelto con tu madre... De no ser yo... habría sido otra mujer...

—Lo sé..., lo sé... Es un poco absurdo que hablemos ahora de esto, ¿no crees?

—Es completamente absurdo..., tienes razón. Tú eras sólo un niño herido y yo una jovencita lerda y enamorada. Los dos fuimos víctimas de parecida estupidez. Y los dos sabemos que fue difícil para los dos..., para los tres...

—Hemos quedado en no hablar de eso, ¿no?

—Sí. Mejor hablemos de él...

—Te das cuenta de que, en el fondo, llevamos horas hablando de él...

—Es complicado quitárselo de la cabeza, sobre todo estando a tu lado...

—El vernos ha removido el fango en el fondo de la memoria..., lo mejor y lo peor..., pero parece que el agua no se ha enturbiado, ¿no? Siempre fuiste buena conmigo... Tuviste tanta paciencia... De él guardo, por encima de todo, el recuerdo de un padre que me quiso... mucho y muy bien, muchísimo..., aunque desapareciera..., aunque le perdiera dos veces a lo largo de una vida corta... Demasiadas veces para un niño...

—Y yo guardo el recuerdo del hombre que me amó tantísimo... y que siempre estaba desapareciendo..., ¡qué pesadez!..., hasta que un día desapareció por completo..., para siempre...

—¿Has encontrado a alguien?

—No... No... Desde que murió tu padre ha sido imposible reconciliarme con ese tipo de sentimientos. He conocido algunos hombres, claro, pero todos consiguieron decepcionarme antes de tener tiempo de conocerlos...

—Te entiendo... Me suele pasar...

—Me he vuelto demasiado exigente..., será eso... El listón quedó muy alto y nadie consigue superarlo... Alguna vez algo de sexo y nada más... Un vacío, un vacío enorme... Y muy pocas ganas... Después de morir tu padre se me apagó el alma... Huí de todo lo que había tenido con él en España, de todos los recuerdos... Regresé a Clermont con mis padres... Bueno y allí nació tu hermana...

—Qué raro suena... No lo imaginas... ¡Mi hermana!

—Luego, cuando el dolor se fue asentando, me fui con la niña a París... Y allí seguimos viviendo. De vez en cuando vamos a Madrid, aunque cada vez menos... Estamos solas, vivimos solas, y es mucho mejor así... Ya no aguantaría a nadie a mi lado... Y tú..., ¿sales con alguien?

—No... Ahora no... Hace mucho que no... Bueno, ya te he contado, aunque no lo creas, que llevo tres años de vida casi monacal. —Adrián rió ante el gracioso gesto desconfiado de Nadia—. ¡De verdad! ¡Es verdad! Te juro que en los últimos tres años sólo me he dedicado a estudiar, a volar, a hacer deporte y a dormir, a cuidarme mucho para poder seguir estudiando y volando... para ser bueno allí arriba..., sólo eso... Bueno... —se burló de nuevo de ella—, y algo de sexo de vez en cuando...

—¡Menudo fraile estás tú hecho!...

—No, en serio, me he dedicado por entero a esto. Estuve mucho tiempo dando tumbos, unos años, hasta que decidí que volar sería la única salvación..., lo único importante... Así ha sido y así es. —Los dos guardaron un largo silencio y llenaron de nuevo los vasos.

—Hay algo de lo que aún no te he hablado... —continuó Adrián de forma un tanto enigmática.

—Pues empieza... Me encantan los misterios...

—No sé cómo hacerlo...

—Inténtalo...

—Antes de aquella locura, de irse de viaje con el abuelo..., antes de que se fueran a África... papá vino a despedirse de mí a la puerta del colegio... A despedirse, para siempre. ¿Entiendes lo que quiero decir?... Ésa fue la sensación. Supe que ya no volvería a verle... No recuerdo bien cómo lo supe... pero no me equivocaba... O me equivocaba sólo en parte...

—De mí ni siquiera se despidió..., quiero decir, no pude verle una última vez, besarle por última vez... Aunque todo, en esa carta que te he contado que me dejó, sonara a despedida...

—Fue terrible sentir eso, lo fue para mí y debió serlo para ti...

—Lo fue. ¡Qué horror! No quiero pensar en aquellos días... ¿Era eso lo que tenías que decirme?

—No... No he terminado. Es mucho más fuerte...

—¿Más?... Me tienes en ascuas...

—Mi madre acaba de enviarme un paquete desde Madrid... Llegó ayer. Te lo voy a enseñar —dijo Adrián levantándose y yendo a buscar algo—. Dentro encontré esto... —le pasó unos cuadernillos que traía en la mano.

—¿Qué es esto?... —preguntó Nadia muy intrigada.

—No sé cómo decírtelo... —titubeó Adrián—, verás..., papá no murió en aquel accidente...

—¿Qué estás diciendo?...

—Esos cuadernos los escribió tiempo después. No tengo claro en qué fecha... pero... después... No he tenido tiempo. Sólo los he hojeado... No he podido ni me he atrevido a hacer más... Pero mira..., mira aquí...: 1998... ¡Como poco están fechados dos años después!... No murió en aquel avión, Nadia... Debió salvarse... y terminar después en algún lugar de África... El paquete tenía matasellos de Mopti, una ciudad perdida de Malí...

Nadia ya no podía apartar la vista de los viejos cuadernos manuscritos, sin duda, por Luis. Ni dejar de pasar una y otra vez las páginas acariciándolas. Aquellas hojas medio carcomidas y cubiertas por el polvo de toda una eternidad. El *shock* fue brutal. Pasó un largo rato derramando lágrimas lentas y silentes. Un tupido velo de agua salada cubrió su rostro y goteó sobre las palabras. Adrián, arrodillado frente a ella, guardó también silencio, conmovido, respetuoso, enternecido ante tanto y tan sigiloso dolor. Ante ese manantial de desdicha que lavó el rostro de la noche..., cambiándolo todo.

—Lo siento... —le susurró Adrián al oído.

—¿Cómo es posible, Adrián? —respondió ella alzando un poco la voz—. ¡¡¿A quién coño enterramos aquel día?!! ¿A qué viene esto?... ¿Intentas decirme que está vivo?...

—No lo sé..., créeme... —intentó calmarla—. Ya te digo que ni siquiera los he leído. Pero son ciertos..., son de él... Es su letra...

—¡Claro que es su letra! ¡Maldita sea!... ¿De dónde ha salido esto?...

—Mi madre recibió el paquete hace unas semanas. Luego se olvidó de enviármelo... ¡Si hubiera sabido lo que

había dentro! Es muy fuerte... Ya te lo advertí...

—No me lo puedo creer... ¿Cómo no me has llamado? ¿Cómo no se lo has dicho a alguien? ¿A tu tío Daniel?... Hay que intentar averiguar...

—¡Llegaron ayer, Nadia! Y han pasado muchos años... Tranquilízate... Esto no quiere decir que siga vivo. Simplemente que vivió un tiempo más...

—Pero han llegado ahora..., alguien ha debido enviarlos..., tal vez él...

—No lo creo... De lo poco que he leído se deduce que le quedaba poca vida... Mira el trazo en las últimas páginas... Lee aquí...

—Hay que joderse con tu padre... —sollozó—. ¿No nos había ocasionado ya bastante sufrimiento?..., y ahora esto..., ahora esto... ¡Maldito sea!

—Hay partes ilegibles... en las que el lápiz se ha borrado, en otras faltan frases, párrafos enteros que se ha comido la carcoma —acercó una lámpara para que viera mejor y le enseñó algunas hojas— pero en general se entiende bien lo que dice... Mira...

—No quiero ver más ahora, no puedo —se lamentó Nadia dejando en el suelo los cuadernos—, no puedo de ninguna manera...

—¿Te das cuenta? ¡Qué inmensa casualidad la de vuestra llegada! Primero estos cuadernos..., y después, tú y Paula. ¿Te das cuenta? Es como si nos hubiera reunido alrededor de sus palabras... Tenemos que leerlas juntos. ¿Te atreverás a leerlas conmigo?... ¿Mañana?...

—No lo sé... Mi impaciencia y mi curiosidad son ahora mismo feroces, pero el miedo que siento es aún mucho más fiero... No lo sé... No lo entiendo... ni te entiendo a ti, Adrián... No entiendo nada...

—No me jodas, Nadia... —respondió Adrián con comedida ira—, no me digas que no me entiendes... ¿Qué habrías hecho tú? Aún no me he recuperado de la impresión... pero no podía mandar a la mierda todo por las palabras de un muerto... que llegan en el peor momento posible...

—Son de tu padre... ¡y a lo mejor no está muerto!... Al menos no murió cuando creímos... ni como pensamos que murió...

—¿Qué habrías hecho tú? —insistió Adrián con gran abatimiento, casi sollozando.

—No lo sé... Ponerme a averiguar de inmediato..., a buscar...

—A buscar ¿dónde?... Al otro lado del Atlántico... En un lejanísimo e inmenso territorio africano... Así... Sin más...

—¡Qué locura!..., perdona..., perdóname... —le rogó Nadia abrazándole con fuerza. Y así, abrazados se desmoronaron los dos sobre la alfombra.

'—No pasa nada..., tranquila... —le dijo besándola Adrián —, volvemos a ser víctimas..., volvemos a ser dos estúpidos..., volvemos a no saber qué hacer con él..., ni el uno con el otro... —le susurró aún besando sus labios con ternura.

—¡Ay! Adriancito... —musitó Nadia atrayéndolo aún más hacia ella—. Tu padre te llamaba siempre así..., ¿recuerdas? Te ponía el nombre pequeñito...

—Mi dulce, mi dulcísima Nadia...

Ya no hablaron más. Sólo se besaron y se besaron y se besaron, primero lenta y tímidamente, luego insaciables... La brutal aflicción se mudó de improviso en inesperado y bestial deseo. El desconsuelo abrió apetitos básicos y sofocantes, del todo inevitables, tal vez insensatos. Se desnudaron el uno al otro poseídos por una irrefrenable y

terapéutica lujuria. Todo el cansancio de los últimos días, tanta y tan reciente inquietud, toda la incertidumbre y el dolor, la sinrazón y el enigma se disiparon durante unas horas en el sexo más inesperado, generoso y desinhibido que se pueda llegar a imaginar...

Durmieron acurrucados en la escasa cama de la habitación de las visitas. Un sueño corto y profundo pero inmensamente reparador. Les despertó temprano la algarabía de los dibujos animados en la televisión. Una inhumana resaca de pasión y de vino les pesaba en la cabeza, y una pastosidad entre amarga y dulce les secaba las bocas. Cuando Nadia se alzó de la cama y salió del cuarto, Paula ya se había servido un tazón de leche con cereales, y se los zampaba absorta en las locuras de Mickey Mouse, el Pato Donald y Goofy. Los tres viajaban en una destartalada caravana por una carretera infernal que discurría al borde de un profundo precipicio. No tan hondo y peligroso como el que ella había descendido desnuda y abrazada a Adrián aquella madrugada. Nadia se sintió ridícula y avergonzada al ver a su hija. Corrió a besarla y darle los buenos días. Intentó explicarse poniéndole una absurda excusa de adulto que, sin embargo, resultó totalmente convincente para la niña. Paula le devolvió un beso alborozado, feliz, se sentía tan bien, le aseguró. La niña o no se había dado cuenta de nada, o no le daba la más mínima importancia. No todo iba mal, buscó convencerse con un veredicto latiéndole insistente en las sienes: «Te has follado al hijo de Luis, al hermano de tu hija, a un chaval de veintitantos años, sólo un crío a tu lado.» Aún no conocía la sentencia. Adrián apareció en escena como si nada hubiese sucedido, recién duchado y afeitado, fragante, gentil,

bellísimo. Demasiado hermoso. Más apuesto que Luis en su mejor momento, como una resurrección mejorada. Qué pena, pensó Nadia, que Luis no pudiera contemplarle ahora, mirarse en ese espejo, darse cuenta de una vez por todas y sin ninguna duda, de que aquél era su hijo. Llegó a dudar de Carolina a ese respecto. Que viera cómo su sangre, su alma y su hermosura corrían vividas e inconfundibles por él.

Adrián no tardó en preparar y servir, con todo lujo, un delicioso tentempié matinal, además de dos milagrosos Alka-seltzer. Se sentaron uno frente a otro, hambrientos, sin apenas osar mirarse. Devoraron huevos, embutidos, frutas, tostadas, casi una jarra de café y otra de zumo de naranja. Paula dejó de ver sus «comiquitas» y acercó una silla para sentarse al lado de su hermano mayor, tan mayor, muy cerca de él. La pequeña agarró con discreción y ternura su brazo, y ya no paró de hablarle o escucharle embelesada. Elocuente, venturosa, intuyendo tal vez que algo bueno sucedía por allí, al me— nos a su forma de ver. Nadia y Adrián no conseguían borrar sus dos tontas sonrisas de los labios, ni evitar el inevitable y dulce gesto de idiotas, tampoco dejar de sentir una plácida laxitud estando cercanos. Pero nada mencionaron acerca de aquella noche de locura, de aquel demente deseo en que se habían consumido, ni de los misteriosos y polémicos cuadernos de Luis. Antes de hablar o leer tendría que llegar la noche y el sueño de Paula, parecieron acordar sin decir palabra. De tanto en tanto, en fugaces miradas, sus ojos conversaron llenos de interrogantes y proposiciones, de ansiedades y dudas. Adrián terminó su desayuno y se disculpó con ellas. Tendría que estar fuera un par de horas al menos. Se puso

el uniforme y se dispuso a ir a la escuela, era inevitable. Pero después, le prometió a Paula con entusiasmo, las llevaría a uno de los mayores zoológicos de Estados Unidos y a un parque de atracciones maravilloso que nada tenía que envidiar al Disney de Orlando. Montarían en una gigantesca montaña rusa de madera, una de las más grandes del mundo, y vivirían una emocionante aventura descendiendo en troncos por las corrientes de un caudaloso río. ¡Lo pasarían mejor que bien! La felicidad en los ojos de Paula oyéndole deslumbraba, casi cegaba. Por un instante, Nadia, completamente extenuada, sólo vio ante sí un larguísimo y agotador día, y las poquísimas ganas y fuerzas que tenía para afrontarlo. Luego, Adrián besó levemente sus labios al decirle adiós y se despidió de la niña como si llevaran juntos toda la vida. Se conmovió hasta tal punto que notó cómo el alma se le erizaba por dentro. Ante la idea de pasar el día con él, se sintió aún más dichosa que su hija, llena de vida y vigor.

Mientras Adrián atendía a sus asuntos celestiales, ellas tuvieron tiempo de sobra para holgazanear un rato, para ducharse y vestirse tranquilamente. Emocionadas, resueltas como si llevaran allí viviendo hacía meses. Luego él las recogió y lo pasaron incluso mucho mejor de lo previsto. Fue un día resplandeciente y feliz, muy feliz para los tres. Después de cenar, ya de regreso, Paulita cayó rendida en el asiento trasero del coche, sobre las piernas de su madre. Adrián tuvo que llevarla otra vez en brazos hasta la cama. Su madre le puso el pijama y la arropó con mimo. Soñaría profunda, silenciosa y cerrada como una flor dormida. Ellos superaron el silencio bebiendo dos copas de un magnífico coñac. Encendieron la chimenea y acercaron el sofá al fuego. Adrián puso música, sonó *Miss You Nights,* de Art Garfunkel. A pesar de la agotadora jornada, ellos aún

relumbraban como dos «diamantes de medianoche». No dijeron mucho. Deseaban sólo besarse después de tantas horas deseándolo. Y de nuevo se amaron, aunque con otra sed. Más vehementes y serenos, si eso es posible, más seguros, desoyendo otra vez la voz de la agorera sensatez. Después, todavía confundida por el goce, aún desnuda, Nadia fue a ver a su pequeña que seguía plácidamente dormida abrazada a su peluche, un roído ratón Mickey en blanco y negro vestido de maquinista. Mientras, Adrián echó leña al fuego, cogió los cuadernos de su padre, encendió unas velas y una lamparilla cerca del sillón en el que ya esperaba Nadia. Se los entregó con un gesto absolutamente inocente e infantil que a ella le pareció adorable, que otra vez hizo tremar su espíritu, que entrecortó su aliento. ¡No lo llames amor!, todavía no, pensó reprendiéndose con firmeza. Creo que ha llegado el momento de saber, le dijo Adrián, empieza tú a leer. Mejor hazlo tú, tienes su voz, le respondió Nadia llenando de nuevo las copas, recortando las palabras... Cuando Adrián abrió el cuaderno comenzaba a sonar otra canción del mismo artista, *Scissors Cut.* A ella le pareció una música adecuada. Él tiró de la tapa del cuadernillo despacio, muy despacio, como quien abre una de las pesadas puertas del tiempo, y empezaron a averiguar juntos y en voz baja...

DESDE EL BAOBAB, CERCA DE BANDIÁGAR...

Sé que recibir esto, si es que llegas a recibirlo algún día, te afligirá... Te desconcertará por completo, dolerá en tu corazón y llenará tu cabeza de preguntas. Te sorprenderá y te joderá un rato la vida. Perdóname por ello, por todo. Ojalá mis palabras sepan aliviarte de algún modo, dar respuesta a algunos de tus interrogantes. Calculo que tendrás ya dieciocho años, un poco más tal vez. Atravesarás ahora un tiempo complicado, no sé si el mejor para asimilar todo esto. Te ruego que no le des mucha importancia, nada la tiene, aunque a tu edad todo pueda parecer tan trascendente. La existencia, la mía, la tuya, la de todos, no es más que una raya dibujada con desgana en una pared, en la arena. Una larga línea discontinua cincelada de mala manera, como en un grabado mal trabajado. ¡Debes creerme! Vivirás y morirás, ya lo habrás hecho antes muchas veces aunque no lo recuerdes, y seguirás haciéndolo durante una eternidad. ¡Yo lo sé! No es una locura, es algo real. Creo que te debo una explicación, algo de luz sobre la lóbrega vida de un padre inexplicable.

De tanto en tanto, en la inmensa noche, escucho lejano y retardado el bramido de los motores de algún avión. Una altísima aerovía pasa justo por aquí arriba. Siempre quisiste volar, ser piloto como el abuelo. Desde muy niño, lo recuerdo bien. Era un sentimiento tan innato que, estoy seguro, algún día lo conseguirás. ¡Siempre fuiste tan cabezota y perseverante! Cada vez que veo pasar uno te imagino ya gobernándolo, sentado en el sillón de la izquierda, mirando hacia abajo a través del ventanal de la cabina. Y ese pensamiento me hace sentir tan orgulloso. Créeme. Ahora te escribo acostado sobre una estera de hebras, tendido en la arena. Veo sus luces blancas, rojas y verdes titilar veloces rumbo al norte, a diez mil metros sobre mi cabeza, trazando una magnífica línea celeste que señala justo el lugar del que provengo, el lugar donde quedaste, donde estarás todavía. Donde aún debes estar. En esta clara oscuridad puedo distinguir las nubes rectilíneas que abandona en su avance, las efímeras estelas que el calor de las turbinas deja en la gélida atmósfera. Aquí abajo el silencio es absoluto y el aire más cálido, completamente límpido, mucho más transparente que el que te envolverá allí donde estés. Si pudieras respirarlo a mi lado, sentirlo. Aún respiras, ¿verdad? Si pudiera tenerte ahora aquí a mi lado, un instante al menos. Si pudiera ahora hablarte en vez de escribirte. Cada vez que pasa una de esas inabordables y colosales naves voladoras pienso en ti con profunda nostalgia. Pienso en la manera de escapar de aquí y regresar a ti. Me martiriza ser consciente de cuán imposible es ya mi fuga, de cuánto tiempo y distancia nos separan. Siento una añoranza inconmensurable, infinita, merecida. Esos surcos fugaces que curvan el cielo, enhebrándose en él como hilos blancos, me zurcen el alma, hilvanan en ella la

verdadera magnitud de tu ausencia, la cadena de malaventuras que me trajo hasta aquí. Clavándoseme las agujas una y otra vez.

Te escribo desde un lugar de África. Qué curioso, ¿no?, pensarás, África de nuevo. Ya será para ti evidente que sobreviví a ese suceso en el que, seguro, me darían por muerto o desaparecido. La maldición y la bendición de este continente parecen perseguir a nuestra familia, al menos a tu abuelo y a mí. El abuelo murió allí, tus lágrimas por él no fueron en vano. Qué paradoja, ¿verdad? Hacía más de treinta años que se salvó de otro accidente aéreo en el Congo, y yo fui a traerle aquí para que se cumpliera ese destino que entonces no se consumó. Debía estar escrito en alguna parte. La muerte es muy rencorosa con los que consiguen eludirla. No sufrió, eso quiero pensar aún. No creo siquiera que se enterase de en qué forma se fue esta vez de este mundo. Ha pasado mucho tiempo desde aquella noche...

Ahora siento que ya no me queda mucha vida. Me voy consumiendo, creo que estoy al borde de la extinción. Ésa es la palabra, me extingo. Como una rara especie, como el rescoldo que me abriga cada noche y que intento mantener vivo de forma obsesiva. Y poco puedo hacer por evitarlo. Estoy tranquilo, no temas. Mi subsistencia es plácida y serena. Espero el nuevo tránsito casi con desinterés. Un muerto te escribe para decirte que está moribundo. Cómico, ¿no? Seguro que he conseguido hacerte sonreír. Siempre comprendiste mi macabro sentido del humor. No fue nada «morir» entonces y no será nada volver a hacerlo. Te pido otra vez que lo entiendas, nada de eso importa demasiado. Pero no quiero que toda la memoria perezca conmigo. Deseo contarte algunas cosas, recordarlas para ti, para mí, antes de irme

otra vez. Temo que todo se esfume convertido en polvo, en gemidos, en la resonancia y la sordina eternas de este lugar desértico. Es extraordinario escribir, poder volver a hacerlo, hablarte aunque sea así. He intentado olvidar y no olvidar tantas veces que no será fácil conseguir algo coherente, siquiera legible. Tendrás que disculparme. Deseo escribir con esmero y cordura pero ando extraviado en extrañas recordaciones, en raras ideas que martillan mi cerebro. Y a fuerza de usar las palabras sólo en el pensamiento, posiblemente, pueda errar en su verdadero sentido sobre el papel. Perdona si no consigo expresarme con más acierto, con más eficacia. No estoy seguro de la validez de mi caligrafía, tampoco sé si sabría hablarte... si pudiera hacerlo. Creo que mi garganta ha olvidado los vocablos que conoces. Al menos esa sensación tengo ahora. Espero no descaminar demasiado en las oraciones. Ni en mis rezos. Tal vez esto resulte indescifrable y absurdo de leer. El eco de un asunto ya casi olvidado, un tema insondable que debería haber quedado enterrado para siempre. Pero tú debes seguir siendo lúcido e inteligente, lo entenderás. Al menos lo eras entonces. Los chiquillos son siempre tan perspicaces. Puede que esto que sueño lo llegues a leer, suene en tu mente con el trabucar de un tartamudo, o con la repetitiva voz de los locos. Empeñado en relatar mi demencia mientras me pierdo en ella. Tal vez crea escribir lo que pienso en este instante y no sea así. Es posible que estos rasgos que quedan en las hojas, estos pequeños garabatos que distingo con dificultad y extrañeza, sean sólo eso, garabatos, una rara taquigrafía impenetrable para ti. Un enmarañado jeroglífico ajeno por completo a lo que pretendo expresar. Como si los símbolos salieran de las manos de un niño analfabeto. Como un parvulario, pongo

todo mi empeño en guiar con acierto la punta del lápiz entre las líneas, despacito, en moldear la caligrafía para hacértela legible, comprensible. La mano y la mente van entrando en calor. Espero conseguirlo. Por el camino, además de buena parte de la vista y casi toda la dentadura, fui perdiendo las letras y su costumbre. Fuera del cavilar, las frases son algo muy difuso. Divago, lo sé. Me justifico, también lo sé. Escribirte ahora, desde aquí, es como hacerlo en el agua o el viento con una varita de acacia...

No sé con exactitud cuánto tardé en llegar hasta este lugar. He olvidado en gran medida el patrón con que se mide el tiempo. Pero creo que han pasado unos dos años desde la noche del accidente. Me han dicho que estamos en 1 998. Debo fiarme. Ni siquiera estoy seguro de cuánto he empleado en llegar hasta esta línea, hasta esta palabra, hasta este trazo en el cuaderno, hasta esta a.

Te escribo desde un lugar muy remoto, en el país dogón. ¿Has oído hablar de él? Vivo cerca de un insignificante poblado que se llama Niminiama. No será fácil que lo encuentres en los mapas. Si ahora lo estás haciendo, si estás buscando en un atlas, ve a la página del África Occidental. Busca Malí, y luego Bamako, la capital. Sigue con el dedo por el gran río Niger, a la derecha, hasta llegar a Segou. Y luego continúa avanzando aguas arriba, te quedan unos cientos de kilómetros para alcanzar el lugar en el que aún existo. Llegarás a una zona en la que el caudal se deshace en cuantiosos afluentes. Allí encontrarás una ciudad llamada Mopti, junto a otro río, el Bani, cerca de la confluencia con el Niger. Mopti es una especie de sucio suburbio, al que de forma incomprensible llaman la «Venecia africana», y que es la última gran

> población cercana a la falla de Bandiágara. Ésta quedará aún más a la derecha en la carta. Búscala. No muy lejos del borde de ese enorme acantilado, más allá de los quebrados en los que viven los dogones, unos cincuenta kilómetros más al norte, está el lugar desde el que ahora te escribo. Justo en mitad de esa nada, dentro de un árbol gigantesco, a un millón de años luz de ti. Los que parecen haber pasado desde la última vez que te vi a la puerta de la escuela...

Llegado a ese punto, a esos puntos suspensivos, Adrián no pudo continuar leyendo. No pudo seguir más. Un sueño irresistible vencía ya con creces a toda la curiosidad, a la avidez por seguir leyendo. Nadia hacía rato ya que se había quedado dormida acurrucada en el regazo de Adrián. Señaló la página, cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesita. Con delicadeza, intentando no romper el sueño, consiguió acomodarla en el sofá e incorporarse. Sintió el alma y el cuerpo entumecidos. Puso bajo su cabeza una almohada, besó tiernamente sus labios y la arropó con un edredón de colores. Buscó en el mapa y señaló con un rotulador fosforescente la ruta, la zona, siguiendo las indicaciones escritas por su padre. *Niminiama* debía de ser un lugar realmente nimio, como señalaba, ni siquiera aparecía en el plano. Mañana seguiría con eso. Apagó las luces y atizó las ascuas en la chimenea por reavivar las llamas y el calor. Antes de meterse en la cama echó un vistazo a la pequeña. Su hermana dormía destapada y serena, abrazada a su peluche, totalmente ajena a la turbación que estaban provocando en él las palabras de su verdadero y desconocido padre. La arropó también con enorme ternura y le dio un beso en la frente, luego fue a acostarse, completamente agotado...

Mal durmió entre pesadillas difusas y tenebrosas. Cuando abrió los ojos, ya hacía rato que «sus chicas» estaban despiertas. Paula dibujaba a la vez que veía dibujitos en la tele y Nadia examinaba absorta las páginas del cuaderno. Después de besarlas, fue lo primero que le dijo Adrián, le preguntó un tanto inquieto hasta dónde había llegado en la lectura. Sólo hasta la página marcada, le tranquilizó ella. Había empezado de nuevo desde el principio, por releer lo que la somnolencia de la noche anterior había enturbiado, hasta hacerle perder el hilo y la consciencia. No pretendía leer más allá sin estar a su lado. Seguirían juntos a su regreso. El tenía que volar esa mañana, recuperar un par de horas que tenía reservadas y pagadas. Ésa sería otra sorpresa para ellas. Adrián les propuso salir a pasear un rato entre las nubes. A la niña no hubo que convencerla pero a Nadia le costó acceder. Al final, a pesar de la desgana, consiguieron persuadirla.

—No temas nada —le rogó Adrián—, estaremos en tierra para la hora de comer, sobre la una. Puedes estar segura de que Paula hará un aterrizaje perfecto —bromeó guiñando un ojo a su hermana. Después del vuelo, irían a comer a un precioso restaurante que alguien había montado dentro del fuselaje de un viejo DC-4—. ¡Os gustará! —les prometió.

Nadia ocupó uno de los asientos en la parte de atrás y dejó que Paula se sentara en la cabina al lado de Adrián. No se sentía demasiado bien aquella mañana, tal vez a causa de su recelo a volar, de los excesos de la última noche. Tomó una biodramina antes de despegar.

Luego pasó la mayor parte del vuelo mirando por la ventanilla, perdida en sus pensamientos, temiendo marearse. De tanto en tanto se acercó delante a verles y

acariciarles, a charlar un rato con su hija, a contemplar el panorama al frente y abajo, a través del vertiginoso velo giratorio de la hélice. Adrián se afanaba en su tarea con absoluta eficacia y profesionalidad, pero sin dejar de atender a su hermana, respondiendo paciente a sus insistentes preguntas de niña, explicándole con entusiasmo para qué servía cada instrumento, qué pasaba si accionaba este botón o aquella palanca, el porqué de cada una de sus acciones y gestos, de sus conversaciones por radio con los controladores. Para Nadia era extremadamente conmovedor verles así, disfrutando de aquel modo, uno al lado del otro, gozando de estar allí arriba, sentados en el cielo, volando juntos y ajenos a las turbulencias, al estruendo del motor, a las alturas, a todo lo que a ella le inquietaba al más mínimo descuido. Nadia intentaba vencer sus temores, convencerse de que nada malo podía pasar, recurriendo a aquello de las impecables estadísticas y la casi infalible seguridad aérea. Es tempranísimo para morir, se repetía mirando a su niña iluminada por el sol. La muerte, pensó, no se iba a atrever a irrumpir en medio de tanta belleza rompiéndolo todo... Luis jamás lo permitiría...

—¿Estará papá por aquí? —preguntó Paula a su hermano. Este meditó un rato mirando el cielo que quedaba a su izquierda antes de responder. Nadia, discretamente, volvió a su asiento dejándoles solos.

—Hoy seguro que sí —le dijo Adrián con convencimiento.

—Mamá dice que está en el cielo... ¿Podrá vernos?

—Para nosotros el cielo es inmenso, pero para él será un charquito azul... lleno de tiempo. Seguro que está ahí fuera, y nos ve y nos oye. Puede incluso que esté ahora mismo aquí, entre nosotros, o sentado por ahí atrás al lado de tu madre, mirándonos sonriente —dijo Adrián mientras la cría,

pensativa, miró en torno suyo como si en algún momento pudiera llegar a ver el espectro de su padre.

—Le querías mucho, ¿no? —le preguntó la niña.

—Claro, mucho más que infinito...

—¿Y él a ti? ¿Y tú a él?

—Mucho más aún...

—Me hubiera gustado conocerle...

—A él también le habría encantado conocerte... Tú eras lo que necesitaba aunque no lo supiera... Hubieras sido lo mejor de su vida.

—A veces sueño con él... Sueño que jugamos en la playa o en un parque... que nos reímos... que me espera a la salida del colegio... pero no tiene cara... o yo no me acuerdo...

—Vaya...

—Desde ahora le pondré la tuya —rió divertida y un tanto azorada.

—¿Te gusta volar tanto como parece? —le preguntó él por cambiar de tema.

—Me encaaaanta... —respondió la pequeña prolongando deliberada y exageradamente una A tan amplia como su sonrisa.

—¿Te gustaría llevarlo un rato?

—No me lo creo... No me puedo creer que me dejarás...

—De verdad que sí..., si te atreves..., ¿te atreves?

—¡Claro! Pero me da un poco de miedo... Además...

—dijo aún poco convencida, sin llegar a tomar del todo en serio la maravillosa proposición—... no llego a los pedales.

—Eso no es problema, yo tengo otros, ¿ves? Es muy fácil, verás... Pon las manos así en el volante que tienes frente a ti... Los pilotos lo llamamos cuernos. No te preocupes por los pedales, de eso y de otras cosas ya me encargaré yo...

Cuando estés lista, cuando me digas, desconectaré el piloto automático. Y cuando lo haga, mucha atención, porque estarás a los mandos —Paula tragó saliva—, haz sólo lo que te diga y sobre todo hazlo todo muy suavecito... ¿Ok? ¿Lista?... —Adrián pulsó un botón iluminado y sonó una breve alarma que hizo dar un respingo a la niña—. ¡Pues... ya está! —le aseguró—. ¡Es tuyo!... Ahora... gira muy despacito a la derecha, tirando a la vez un poquito hacia ti...

A un gesto de la niña el avión se inclinó desviándose de su rumbo con delicadeza. Ella experimentó una emoción incomparable, del todo desconocida, y se sintió el ser más poderoso y afortunado del cielo y de la tierra. Poco a poco fue metiéndose más y más en su papel de pequeña aeronauta. Seria, serena, concentrada, y siguiendo a rajatabla las instrucciones de su instructor. Se elevó unos metros y bajó otros tantos, hizo unos cuantos virajes más a babor y a estribor intentando después dejar niveladas las alas, también picó el morro cortando motor y recuperó la pérdida empujando hacia delante la palanca de los gases y tirando de los cuernos. Durante unos minutos gobernó aquella máquina prodigiosa adiestrada y ayudada por su hermano, navegando a su lado, a cientos de kilómetros por hora, a varios miles de metros de altura, completamente libre y feliz. Pilotaron una Cessna Caravan, un bellísimo aeroplano de ala alta y un solo y ruidoso motor, que podía llevar hasta ocho pasajeros. Era de color verde aceituna, con dos ribetes dorados pintados a cada lado del fuselaje.

Después de dos cortas y apacibles horas en el aire, las ruedas del avión se posaron con suavidad en la pista. Nadia respiró aliviada y agradeció al cielo (y a Luis) que nada malo hubiera sucedido. Ya en tierra se sintió de nuevo en forma. Los tres, parlanchines y radiantes, bajaron del avión y caminaron cogidos de la mano hasta llegar al coche,

jugando por el camino a levantar en volandas a Paula a la de tres, cada dos o tres pasos. Por un instante Nadia sintió que Luis había regresado para estar con su hija, para disfrutar de ellas. Paula y Adrián se comportaban como dos buenos hermanos, o tal vez, como un padre y una hija... La turbación y la felicidad de la niña tras el vuelo eran indescriptibles. Al fin almorzaron en una mesita muy coqueta junto a una ventanilla ovalada, dentro del fuselaje de un vetusto cuatrimotor varado y transformado en lujoso comedor. Después del postre y los cafés regresaron a casa donde Paula, rendida por las emociones, durmió una buena siesta. Ellos se entregaron de nuevo el uno al otro, primero en la pasión de los besos, después en la de la lectura. Esta vez, ante la insistencia de Adrián, fue Nadia la encargada de retomar la narración...

Unos días después del accidente llegué a esa ciudad inmunda de la que te hablaba, a Mopti. Agonizante y perdido. Me había librado de morir aplastado o abrasado entre las llamas del accidente y a punto estuve de morir ahogado en ese puerto. Un bullicioso ancladero fluvial al que arribé a bordo de un viejo y destartalado mercante, el *Poltsjerna.* Un barco rojo, blanco y oxidado, gobernado por un grupo de malditos. Siniestros negros, negreros, blancos, piratas que traficaban con hombres, mujeres, niños o niñas, con armas, drogas, cereales o especias, con todo lo que cayera en sus claroscuros garfios. Poco importaba el género con tal de que proporcionara algún beneficio. Embarqué en el *Poltsjerna* en un mal amanecer, no muy lejos de los restos del avión, aún cerca del aeropuerto de Bamako. No me entretuve demasiado en mirar atrás. Salí prácticamente ileso de la tragedia y dejé rápidamente el infierno en el que se incineró tu abuelo y,

probablemente, la mayor parte de los pasajeros. Aquél era el rodeo que me salvaba de la vida y de la muerte. Ya no tendría que volver a pensar en el suicidio: ya era un difunto. Me supe muerto en vida de inmediato. Todavía bajo los efectos del *shock*, muy aturdido y desorientado, muy asustado, corrí cuanto pude adentrándome en la oscuridad hasta llegar a la orilla de un río. Luego, completamente exhausto, caminando como un zombi, seguí la ribera hasta un caótico embarcadero en el que, en completa anarquía, se alineaban decenas de pinazas. Allí me oculté en el interior de una de las canoas, cubierto por una pesada lona que apestaba y enredado en una maraña de redes mal tejidas. Intentando dejar de tiritar, y no clavarme los herrumbrosos anzuelos que se amontonaban en el fondo y entre las mallas. La sangre que manaba de una de mis cejas corrió por mi rostro hasta la boca, aliviando en algo la sed. No sería la única vez que bebería del líquido rojo. En esa orilla me hundí, fallecido y desfallecido. El estruendo del impacto y las explosiones, las llamaradas y la incipiente luz del alba despertaron a una multitud de desposeídos, sacaron de sus madrigueras a todo un enjambre de pescadores y mercaderes, a todos los chiquillos de ese rincón de África. Un gentío que iba y venía tirando a tierra aparejos y echando al agua barcazas grandes y pequeñas. Todos corrían enloquecidos, nerviosísimos por llegar cuanto antes al lugar donde se había estrellado el avión. Toda aquella confusión favoreció que pudiera pasar desapercibido. No quería ser descubierto, llamar la atención de todos. Yo era el único rostro pálido desentonando en aquel oscuro pasaje. Un par de kilómetros más abajo aún resplandecía el incendio y una gigantesca columna de humo negro se inclinaba en el cielo señalando a todos el epicentro de la pesadilla que

querían contemplar, de la que buscarían sacar algún provecho. Un caos de chalupas, totalmente atiborradas de trastos y viajeros, atestó pronto el Niger. Todas navegaron río abajo a punto de irse a pique. El amanecer quedó pronto despoblado y la sucia playa casi desierta. Busqué esconderme otra vez, y mejor, en el único barco grande anclado por allí. Era el *Poltsjerna.* Un buque no muy alto, accesible. No había mucha distancia entre la línea de flotación y la borda. Nadé unos metros adentrándome en el río y, como un mandril despavorido, trepé por un cabo hasta alcanzar la cubierta. Parecía desierta, pero no me entretuve en más contemplaciones. Corrí a lanzarme por la embocadura de una bodega sin pensar en el vacío. Fui a caer unos metros más abajo sobre una montaña de grano empapado que en algo amortiguó el golpetazo. Rodé por la ladera de mijo hasta caer en el barrizal putrefacto que cubría las planchas de hierro del fondo. Miré arriba, al cielo enmarcado en el hueco por el que un segundo antes me había tirado.

El borde resultaba inalcanzable sin ayuda, trepar me pareció imposible, sobre todo en condiciones físicas tan mermadas como las mías. Me atormentó una insoportable claustrofobia. La angustia resultaba además casi tan insufrible como el olor. Me ahogaba. Una fetidez insoportable en forma de vapor me asfixiaba, una mezcla de hedor a cadáver, pescado podrido, gasoil, orín, leche fermentada, metal enmohecido... Aquel silo, aquella ciénaga emponzoñada, sería mi prisión. El gas pestilente y la humedad penetraron en la piel y en los pulmones quebrantándome, desvaneciéndome. Perdí el conocimiento. Cuando desperté, el barco ya había zarpado. La navegación aireó en parte aquel agujero infecto. Oí voces, gritos que me parecieron terribles. Ya era

del todo imposible desembarcar, volver a tierra. Me cercó de nuevo un dolor inhumano, una pavorosa ansiedad. Hubiera dado toda la necia y escasa vida que en apariencia me quedaba por un poderoso sedante... por morir sin más padecimientos. Pero éstos no habían hecho más que empezar. En una milésima de segundo tus decisiones pueden cambiar toda tu vida, toda tu buena o tu mala suerte. Meterme en el sucio vientre de aquella nave del averno y emprender aquella infernal travesía, me pareció entonces uno de los peores errores de mi vida, de toda una vida llena de errores. No puedo explicarte con certeza por qué hice todo aquello. Tal vez porque llevaba desde mi nacimiento huyendo de mí mismo...

Pensé en gritar a los de arriba pidiendo ayuda, pero por fortuna supe contener el impaciente impulso de mi desesperación. Muy pronto comprendí que sería imprescindible permanecer oculto allí abajo. El viaje hasta Mopti se prolongó durante varios días, no sé, tres o cuatro, puede que cinco. Creí morir de verdad. En mi semiinconsciencia noté que el barco efectuaba varias paradas a lo largo de su lento y pesado navegar. Para esconderme mejor, conseguí cavar una madriguera en la base del montículo de grano. Se había compactado y no era fácil avanzar, tampoco evitar las avalanchas de semillas que a veces me cubrían por completo. Terminé con las manos ensangrentadas y con las escasísimas fuerzas que aún me acompañaban. En ello estaba, cavando, cuando mis uñas toparon contra una superficie áspera y dura, partiéndose. Era madera astillada. Bajo la montaña de mijo podrido de la bodega, encontré una caja llena de piezas para montar armas, rifles y pistolas. Imaginé que no sería la única. Fui sacando y enterrando la quincalla hasta vaciar el cajón. Éste tendría metro y medio

de largo por cincuenta centímetros de ancho. En esa especie de sepultura para enanos encontré algo de cobijo, al menos estaba más o menos seca. Metí la cabeza y encajé allí dentro mi espalda, las piernas quedaron fuera, tapadas por el grano. Me dolían de un modo insoportable, también los riñones, pero debería permanecer así muchas horas, al menos mientras la oscuridad no fuera absoluta. Asomando desde mi escondrijo no podía ver nada excepto una pequeña porción de cielo maliano, ocre de día, azabache y estrellado cuando se ocultaba el sol. Desde allí escuchaba el casi constante griterío de arriba, el guirigay que armaba la tripulación yendo de acá para allá en cubierta. De noche, el eco del agua, el runrún de los motores, el martillar de los pistones, el pesado girar de la hélice. También los pleitos que mantenían los guardianes mientras, en vez de vigilar, jugaban a las cartas. Algunas risotadas obscenas desde el puente mientras una mujer chillaba, sin duda violada una y otra vez por aquellos bárbaros, luego algún susurrar, algo de silencio, y después, de nuevo, alguna voz lejana o cercana bramando órdenes. Para aliviar el hambre tuve que ingerir pequeñas porciones de la repugnante borona en la que me ocultaba, llena de gusanos blancos y diminutos, también algunos insectos más grandes, cucarachas y gorgojos que corrían entre el mijo. Calmé la sed insufrible lamiendo el fondo, bebiendo a sorbos el caldo inmundo que llenaba un palmo del suelo, un agua pútrida en la que flotaban manchas de aceite negro y toda clase de excrementos. Aquel líquido hizo que la disentería no tardara en cebarse con mis tripas. No paraba de vomitar y la colitis era incontrolable. Es inconcebible el límite al que puede llegar la resistencia de un ser humano. No exagero, ésas fueron las condiciones de vida durante esos días infaustos. Por

increíble que pueda parecer. La fiebre subió desfalleciéndome, una y otra vez, haciéndome perder la razón. Me desintegraba en los delirios de ese tenebroso duermevela, en atroces tiritonas. Así, diarreico, febril, desahuciado, bañado por completo en las heces, transcurrió el tormentoso viaje que me llevó a Mopti. Al amanecer de la última jornada que pasé a bordo, como en una alucinación, me pareció escuchar arriba el retumbar de unos tiros, el estruendo seco y fugaz de una ametralladora disparando. Al poco, tres cuerpos ensangrentados, acribillados a balazos, cayeron rodando hasta el fondo del silo. Uno tras otro quedaron amontonados cerca de donde yo estaba, como marionetas sin hilos ni crucetas, rotas y manchadas. Los cadáveres de los tres hombres negros se desangraron a pocos metros de mí. Uno de ellos golpeó la cabeza contra el hierro oxidado, y su cráneo crujió como la cáscara de un enorme huevo duro. El cuello quedó retorcido por completo. El muerto, dándome la espalda, me miraba fijamente con los ojos muy abiertos, con la boca detenida en una mueca aterradora, llena de dientes blanquísimos. Una de las balas debió entrar por la nuca y salir por su frente. La carne destrozada y partes del hueso se abrían en su faz como la flor de un flamboyán. Pasado un rato, me arrastré lento hasta los cadáveres y lamí sediento la sangre que manaba aún caliente de esos pobres diablos. Con ella suavicé la sequedad de mis labios y mi garganta, reconfortándome. Eso fue lo último que hice y que vi antes de perder de nuevo el sentido, antes de desmoronarme en el que imaginé sería un desmayo definitivo. En ese instante dejé de sentir dolor, dejé de sentir y casi me regodeé en el descanso de la muerte.

Sentí que flotaba, que me elevaba ¡evitando como a veces sucede en los sueños...

La endemoniada travesía acabó al atardecer de ese día en una de las dársenas de Mopti. Una vez amarró el buque, algunos tripulantes debieron bajar por cuerdas y escalas hasta el fondo de la bodega. Desperté oyendo el chapoteo de sus botas a mi alrededor. Ataban con sogas los cadáveres para sacarlos de allí y deshacerse de ellos. Junto a sus oscuros muertos, se encontraron con la sorpresa de otro cuerpo también exánime y pálido como la muerte. Me patearon sin miramientos, me golpearon con sus varas una y otra vez, empujándome, zarandeándome por ver si me movía, sí aún quedaba algo de vida en mí. No dudaron en darme por muerto. Otra vez me sucedía. Y en verdad casi lo estaba. Los cadáveres de los negros acabaron en el fondo del río con una piedra atada al cuello. El mío, tal vez por ser el de un blanco, no acierto a encontrar otra explicación, lo arrojaron sobre una montaña de restos de pescado y basuras, como un despojo más. Allí quedó semienterrado el que creyeron mi cadáver...

No sé muy bien cuánto tiempo pasé tirado entre tripas, colas y cabezas en descomposición. Un hombre y un niño que rebuscaban entre los restos me encontraron. A pesar del sobresalto, imagino, supieron distinguir en mí algo de aliento. Echaron mi cuerpo en una carretilla y me llevaron con ellos a su casa. Sigue siendo todo inexplicable, lo sé, pero así ocurrió. Lo supe más tarde.

Unas cuantas mujeres cuidaron de mí. Me tumbaron en un camastro de paja, me desnudaron, me lavaron y curaron la infinidad de heridas que se repartían por mi cuerpo, luego me cubrieron con hojas de banano y me envolvieron en sudarios. Me hicieron beber agua y me

alimentaron con leche de cabra caliente y otros brebajes durante dos semanas, hasta que recuperé en parte el sentido, hasta que pude comer algo más sólido. Cuando desperté, cuando conseguí abrir los ojos, vi sobre mí varios rostros. Uno de ellos sonreía desdentado y especialmente sorprendido. Era el de Ambén, el hombre que me salvó. También se alegraron los de sus hijos y sus mujeres. Todos dieron gracias a Alá por haberme salvado. Intenté hablar pero fue imposible. Me llamaron Blanco y, en cierto modo, me adoptaron como parte de la familia como una exótica mascota. Pasaron dos meses antes de que pudiera incorporarme y caminar aunque fuera con mucha dificultad. Ellos siguieron velando por mí de forma generosa a pesar de su' pobreza hasta que estuve casi recuperado. Había pasado casi un año. Todos me trataban de la misma forma que se trata a un buen perro compañero, con cariño pero con distancia, como si no fuera de su especie, como si no fuera humano. Los niños se divertían jugando conmigo y los mayores me mostraban a sus vecinos con orgullo, narrándoles cómo me habían encontrado y salvado. Unos y otros me llamaban de tanto en tanto para que acudiera. ¡Au, Blanco, ven aquí!... Acabé por no apreciar nada extraño en que lo hicieran. Todos se prodigaban en afectos y caricias, me sacaban a pasear todos los días y, una vez al día, llenaban mi cuenco de comida caliente, casi siempre arroz, más o menos abundante. No me faltaban el pan ni el agua, eso era para mí más que suficiente. De noche dormía acurrucado en mi confortable jergón de paja en el granero. Y pasaba el día también como un can, tumbado aquí o allá, dormitando, dejando la vida pasar. Así fui sanando muy lentamente. Cuando tuve fuerzas para hacerlo, Ambén me llevó a trabajar con él. Yo tiraba del

arado haciendo surcos en la tierra seca y estéril mientras él me dirigía como a un asno, o arrastraba el carricoche con el que recogíamos papel, cartones, vidrio y chatarra. Alguna vez fuimos al puerto en busca de pescado, otras embarcábamos allí para llegar hasta el mercado de D'Jené, en el que una vez a la semana vendía telas y quincallas. Yo no hablaba con él, ni con ningún miembro de aquella insólita familia que me había acogido. No hablaba con nadie. Me acostumbré a emitir sólo sonidos, a hacer gestos elocuentes, y aunque acabé por entender en parte lo que decían, nunca entablé conversación con ninguno de ellos. Sólo una vez dialogué con Ambén en su lengua, lo que le sorprendió tanto como si hubiera hablado con una de sus cuatro cabras. Fue el día que decidí salir de allí, dejar atrás mi animal existencia, probar a emprender de nuevo camino hacia ninguna parte... Ese largo sendero me trajo aquí, hasta este lugar desde el que hoy te escribo...

Seguramente te estoy embarullando con la narración, ¿no? Ten paciencia y piedad con tu padre. Me siento muy trastornado ahora mismo. Ardo en deseos de contarte, y no debo impacientarme ante semejante reto. Podría ser que estas palabras sólo consigan irritarte después de tanto silencio. Sigo sin estar seguro de saber ordenar las ideas... si continuar por el final o por el principio... o no seguir adelante y lanzar estas absurdas páginas al fuego...

¿Cómo y dónde empezó todo? También yo sigo preguntándome desde aquel día en que partí con tu abuelo en u" viaje ilógico, que ya intuía sin retorno. ¿Lo recuerdas tú?... Me es muy difícil ordenar la memoria, hacerte comprensible el largo y lóbrego episodio que pretendo resumirte en este escueto cuadernillo. Y me es muy difícil abstraerme al dolor que me produce recordar esos recuerdos, recordarte, recordar a Nadia... Toda la vida

que he vivido desde entonces y toda la que dejé cancelada de forma tan estúpida. Te suplico que disculpes mi torpeza y mis malditas divagaciones...

Te quiero tanto..., te quiero siempre tanto...

La lectura extenuaba por la emoción y la intensidad con la que los dos, ora uno ora otro, la ejecutaban. Se detuvieron llegados a ese punto. Leyeron esos últimos «te quiero» ya bajo la escasa luz que entraba por las ventanas entreabiertas del crepúsculo. En ese momento Paula despertó después de una siesta demasiado larga y apareció en la habitación con carita de bien dormida. Los dos se quedaron de piedra, sorprendidos in fraganti y sin saber bien cómo comportarse. Se les había ido la olla con la hora. Luego no habrá quien te duerma —lamentó Nadia su despiste contrariada pero bromeando con ella, tendiéndole los brazos—, anda, ven aquí. La pequeña dio un gran salto sobre la cama y se metió entre los dos absolutamente feliz y alborozada. Ellos completamente sonrojados, intentaron no dar más importancia al asunto. La niña encontró de lo más natural que estuvieran allí dentro, casi desnudos, ojeando juntos un libro. Se abrazó a su madre dichosa, momento que Adrián aprovechó para, tropezando de forma muy cómica, enfundarse unos pantalones. Nadia no pudo evitar reírse de él. La niña se abrazó a Adrián en cuanto éste regresó al lecho. Paula cogió el cuaderno que reposaba sobre el edredón y les preguntó qué era lo que estaban leyendo.

—Es un viejo cuento que escribió papá —intentó explicarle Adrián mostrándoselo—, mira, también hay algunos dibujitos hechos por él.

—¡De papá! ¡Qué bonitos son! —exclamó la niña observándolos con gran interés—. ¿Puedo recortar alguno para quedármelo?

—¡No! —intervino tajante Nadia—. Ni se te ocurra, ¡mira que te conozco!...

—Si los recortas —le insinuó Adrián—, también recortarías las letras que hay por detrás y ya nunca podrías leer el cuento completo. Y es muy importante que algún día lo hagas...

—Yo ya leo muy bien..., ¡eh! ¿Puedo?...

—Todavía no..., es demasiado pronto..., cuando seas un poco más mayor....

—¿Cuánto más?

—Cuando tengas unos diez años más por lo menos...

—¡Oh no!..., eso es demasiado tiempo... —se quejó zalamera—, no quiero esperar tanto... Léemelo tú..., ¿de qué va?

—Son historias de África, muy enredadas. Es un cuento muy triste y a veces también da mucho miedo... Ahora no te gustaría demasiado leerlo... pero te gustará llegado el momento. Además —añadió Adrián dando cierto misterio a sus palabras—, éste es un cuaderno mágico, muy secreto, créeme. Muy raro. Él solo irá escribiéndose únicamente para ti...

—¿A ver...?

—No se puede ver... Sólo lo hace cuando sus tapas están cerradas, muy bien cerradas... Así —le aseguró Adrián quitándole con delicadeza el librillo y cerrándolo—, muy despacito, aunque no puedas verlo, dentro, van apareciendo más y más letras, podría ser incluso que aparecieran otros dibujos...

—¡No me lo creo!... Me estás tomando el pelo...

—Escucha dentro, escucha atentamente... —le dijo muy serio y acercándole el cuaderno a la oreja. Paula atendió con mucha atención. Adrián arañó muy levemente en la contracubierta, imitando el sonido de una punta al escribir.

—¡Es verdad!... ¡Se oye algo!... ¡Ah!... pero seguro que eras tú...

—Yo no soy, ¡de verdad!... —respondió él riendo—; me creerás cuando seas más mayor y puedas leerlo...

—Vale...

La niña pasó a otra cosa con la misma soltura con la que había intentado entrar en esas páginas. Ellos suspiraron y la siguieron aliviados. En vez de salir a cenar fuera, Adrián preparó una apetitosa merienda cena. Decidieron que después verían una o dos películas, los tres. A Paula le pareció una idea estupenda, por una vez podría trasnochar, aunque fuera un poquito. Cada una de ellas elegiría una entre las que se amontonaban en la estantería. Paula escogió *El viaje de Chihiro,* una de sus favoritas. Nadia cogió *Memorias de África.* Parece que dan un buen programa esta noche, bromeó Adrián, mientras encendía la chimenea. Mientras, después de acabar su postre, Paula dispuso todo para la sesión doble de cine. Encendió la tele y metió el primer disco en el reproductor DVD, puso a mano los mandos a distancia, colocó y mulló un montón de cojines, trajo de la cocina un cuenco rebosante de palomitas y, acomodándose frente a la pantalla, se sirvió un batido de chocolate. Nadia se acuclilló junto a Adrián mientras él atizaba el flamante fuego. Intentó en voz baja convencerle de que tendrían que llamar a Daniel cuanto antes, hacerle saber.

—Ha llegado el momento de hablar de esto con Dani, ¿no te parece?... Tal vez él sepa qué hacer...

—No me parece mala idea llamarle, pero sabes que no hay mucho que hacer... Han pasado ya ocho años desde que escribió eso...

—Sí... pero alguien te lo ha enviado hace muy poco, Adrián. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Por qué llegan ahora esas palabras? Es muy extraño, ¿no te lo parece? ¿Y si las hubiera mandado él mismo?

—Eso ni se me había pasado por la cabeza...

—Es muy improbable..., lo sé, pero, piensa, ¿quién iba a mandarte una cosa así desde Malí? ¿por qué a ti?

¿quién hubiera podido saber o averiguar por allí tu dirección?

—Tienes razón... No lo había pensado de esa forma... Soy un poco tarugo, la verdad. Pero es que me cuesta imaginarle con vida... Imagínate pensar o admitir que podría estar vivo ahora mismo.

—¿Le has dicho algo a tu madre?

—No... no sabe nada. Aunque no sé qué pensaría al recibir el paquete...

—Yo no le diría nada... Todavía no diría nada a nadie. Pero a Dani sí..., hay que hablar con él..., tienes que llamar a tu tío cuanto antes...

—Ya es un poco tarde para hacerlo, son casi las ocho de la tarde... Estará durmiendo seguro... Además, mira a tu hija, no creo que quiera esperar más...

—Tienes razón, mejor le llamas mañana. Pero le llamas..., ¿vale?... Me quedaría mucho más tranquila...

—Lo haré, no temas...

Paula, ya muy impaciente, les apremiaba a comenzar la proyección cantando aquello tan pueril de «que empiece ya, que el público se va...». Los dos se disculparon fingiendo enseñar las entradas a la acomodadora. ¿Son éstos nuestros asientos señorita?, dijeron señalando al sofá. Ella

asintió haciendo una reverencia e invitándoles a tomar asiento. Se sentaron. Después de apagar la luz, Paula pulsó la tecla del *play* de forma muy ceremoniosa. ¡Silencio..., dijo con voz grave, que empieza la sesión! Durante los primeros minutos de la maravillosa película que había visto ya cien veces, Adrián no pudo quitarse de la cabeza las preguntas que acababa de hacerle Nadia, la no tan loca idea de que pudiera estar vivo aún, en alguna parte. Se sintió asustado y extraño, aún más cuando la mujer de su padre se abrazó a él una vez más con deseo y ternura. En la pantalla, la pequeña Chihiro entraba en un tenebroso callejón sin salida con sus padres, que ya no tardarían mucho en convertirse en dos enormes cerdos glotones y terroríficos. Paula, fascinada con la intriga, no vio cómo detrás de ella su hermano y su madre se besaban tal vez enamorados, cada vez más confundidos. Paula vio entera y muy atenta la primera película. Después se quedó dormida durante la segunda, mientras los protagonistas, junto al fuego de su campamento, brindaban «por la cándida adolescencia». En ese punto la pararon. Nadia acostó a la niña mientras Adrián preparaba un par de copas. Después regresaron a África, pero a otro lugar, a otros personajes, a otra aventura, mucho más cercana y desconcertante. Adrián puso la banda sonora de la película que acababan de interrumpir y continuaron leyendo juntos. Esta vez, él volvió a poner voz a lo escrito...

> Una mañana, después de aprovisionarme, dejé atrás la casa de Ambén y su familia. Cuando le anuncié que me iba, él mismo metió en un hatillo unas libretas de pan, un saquito de arroz, otro de sal, una escudilla para cocinar y un cuenquito para comer, una gran caja de cerillas, además de una cantimplora llena con cinco litros de agua.

Toda esa preciosa mercancía era para mí. Me entregó también un enorme *batik* de algodón color índigo, y unas cómodas babuchas de piel poco usadas. Le mostré mi agradecimiento besando tres veces su mano. Ha llegado el momento de partir, le dije en su lengua, gracias por todo. Ambén me abrazó un momento y también me dio tres besos en las mejillas. Luego, acariciándome la cabeza, golpeándola con afecto, como se golpea la de un buen perro, me deseó buena fortuna. Antes de marchar quiso todavía regalarme algo, un recuerdo, me dijo, un amuleto. Entró en la casa y al poco regresó con una especie de lanza de hierro oxidado, corta y labrada a mano. Tenía una ancha punta ovalada y sin filo, con forma de pez, y a modo de empuñadura, un raro fetiche, un hombrecillo barbudo tocado por un gorrete, de labios y ojos saltones, enormes pies y con las manos apoyadas sobre el taparrabos. Es dogón, me dijo, te traerá suerte. Puso el extraño báculo en mis manos, dio media vuelta y regresó a sus asuntos sin más adioses. Fue un gran adiós, una brevísima despedida, casi carente de emoción, al menos por mi parte...

Pero me fui mucho más vivo de lo que llegué, mucho mejor en todos los aspectos. El tiempo y los pesares pesaban menos sobre mis hombros. Me sentía mucho mejor de salud, muy recuperado y brioso. Aunque estuviera muerto y tal vez olvidado. Todo a la vez. El caso es que así partí. Debía emprender otra vez camino, seguir mi rumbo, fuera el que fuere. Dejé que mis pasos me guiaran sin pensar demasiado. Ellos eligieron salir de Mopti hacia el este, por la carretera de Gao. En ocasiones tuve la impresión de estar siguiendo la dirección que señalaba la punta del cayado dogón, que sostenía en mi mano balanceándola como un zahorí. No andaba errada

esa brújula. Empecé a caminar muy lentamente, y así, con pausada terquedad, viajé durante muchos días y muchas noches. Apenas me detenía para dormir o descansar un rato muy de tanto en tanto, cuando ya no podía más. Algún trecho lo hice en alguno de los escasos coches que recorrían la molida calzada, con buena gente que ralentizaba la marcha o se detenía en el arcén para invitar a subir al lento caminante encapuchado. Así seguí aquella carretera infinita, atajando a veces, cortando, pero volviendo siempre a retomarla. Kilómetros y kilómetros hasta llegar a las calles de la remota Bandiágara...

—Existe un camino para llegar a él, ¿lo ves? —dijo Nadia muy excitada—; sabemos qué dirección tomó, hasta qué zona llegó..., ¿no?

—Tendremos que seguir leyendo antes de sacar conclusiones, de abrir otros caminos... pero puedes estar segura de que mañana llamaré a Daniel —dijo Adrián con convencimiento—, creo que tal vez...

—Tal vez ¿qué?...

—Que tal vez deberíamos empezar a pensar en la posibilidad de emprender esa búsqueda algún día... por absurda que sea..., seguir todas estas pistas... aunque no será fácil...

—Daniel sabrá qué hacer..., es piloto, sabrá qué hacer... ¡Los dos sois pilotos! ¡Qué narices! —añadió Nadia apretando las manos de Adrián con orgullo—. Vosotros siempre sabéis qué hacer para llegar hasta el último rincón de la tierra... revoloteando como los pájaros... ¿Vienes a la cama?, me caigo de sueño...

—Aún no..., ve tú. Ahora no podría dormir. Si no te importa —se disculpó Adrián besándola—, seguiré un

rato..., al menos hasta que me entre la modorra...

—Mañana te alcanzaré, no lo dudes...

—Buenas noches...

—Buenas noches, Adrián... Te quiero...

Hace ya mucho tiempo de todo eso... Y hacía mucho también que no me alejaba de mi cueva, que no bajaba hasta el bullicio al pie de la falla. Muchos meses.

... Hace unos días, ¿cómo explicar lo inexplicable?, después de meses de inmovilidad, de mudez y hastío, casi de expiración, un poderoso e inexplicable impulso vital me empujó a moverme, a marchar. Tal vez fuera esta repentina impaciencia por emplazarte de algún modo, por relatarte mi desventura, mi mala o buena ventura, todo lo acaecido desde aquel día en que desaparecí... Metí en el hatillo unos frutos, llené de savia y agua la calabaza que me sirve de cantimplora y al anochecer, por evitar las ardientes horas del sol, emprendí camino hacia el sur, otra vez hacia Bandiágara. Despacio, casi inconsciente de mis pasos, bajo el firmamento, recorrí durante horas la larga distancia que me separa del filo del acantilado. Alcancé el borde de la meseta al amanecer. Una suave brisa me acarició al asomarme y vi salir el sol desde esa altura, cerca de la aldea de Shanga. Tendí la estera entre unos arbustos, bajo una frondosa acacia de flores amarillas, y me tumbé a su sombra a descansar. Unas horas después, sobre el mediodía, descendí, no sin esfuerzo, por la escarpada pendiente de arenisca de la falla. Por la misma pared que un día escalé buscando dejarme atrás, abajo, al fondo, para siempre...

Allí, en el mercado de Dona, conseguí el lápiz y este cuadernillo en el que escribo, en el que intento contarte.

Cuando no pueda más, cuando no quepan más letras o se consuma la mina, buscaré la forma de hacértelo llegar, intentaré que alguien, tal vez el bueno de Oukuro, lo certifique en la oficina de correos de Bandiágara. Espero tener fuerza y vida para hacerlo.

Esa vez, en el mercado, todo me pareció distinto. Los colores, los sonidos, los olores, todo resultaba más intenso. Todo sorprendía de forma desmesurada a mis desacostumbrados sentidos, tan ajenos ya a tanta agitación, a tanto ir y venir, al tumulto de tanta humanidad. Me sentí muy confundido y asustado. Llevaba ya mucho viviendo en una estricta soledad. Aquí raramente recibo la visita de algún nativo o de un animal. En mi parcela de desierto habitan pocas bestias, sólo algunas serpientes, algunos lagartos e innumerables insectos...

Hace unos días me ocurrió algo muy desconcertante. Un chacal blanco, enorme y famélico apareció rondando alrededor del árbol. Temí que la fiera, sin duda hambrienta, hubiera decidido roer la poca carne que le queda a mis huesos. Merodeó mucho tiempo mirándome, mirando sin atrever a arrancarse. Yo esperé armado con mi pequeña lanza. No tenía la más mínima intención de atacarme, resultó ser sólo un manso y curioso visitante. Tras la desconfianza y el desconcierto inicial, el animal se acercó a la entrada de la gruta desde la que le observaba y, alzándose sobre sus patas traseras, olisqueó y lamió mis manos con insistencia. Me atreví a acariciarle y él agradeció el gesto. Después se tumbó a unos metros, esperándome, esperando que saliera de mi madriguera y me acercara hasta él. Eso hice, con cierta aprensión y con la punta afilada en la mano. Entonces me habló. Te juro

que lo hizo. Pensarás que he perdido el juicio. No habló como un ser humano, pero escuché su voz áspera en mi mente, con claridad. ¿Sabes qué me dijo? Que mi hijo vendría un día a buscarme. Que tu corazón aún seguía inquieto por mi pérdida. Que volvería a verte... Nada más. Luego, después de darle a comer unos despojos de lagarto, se alejó caminando muy despacio hasta desaparecer de mi vista.

Describirte el decorado de mi entorno es representar una tierra sedienta, seca y agrietada, en la que sólo crecen arbustos llenos de espinas, algunas acacias desperdigadas por aquí y por allá, decenas de enormes baobabs. Así es aquí el mundo de noche y de día, bajo el sol o las estrellas. Aunque ninguno de esos árboles gigantescos es tan colosal como el que me cobija. No lo elegí yo, fue él quien me acogió a mí... Luego, si me acuerdo, te contaré más acerca de esto y del misterioso chacal... Ahora me ha entrado hambre y sueño... He de comer y dormir un rato...

Hoy, como el día, he amanecido desorientado, perdido en mitad de un tifón de arena que parece empeñado en desarraigar mi árbol. No lo conseguirá, nada ni nadie lo ha conseguido en más de mil años. No se puede salir fuera, no se podría respirar ni dar un paso, y apenas se ve en la penumbra amarillenta. No me encuentro demasiado bien. Por fortuna tengo la cazuela llena de té hirviente para apaciguar mi malestar. Quiero seguir escribiéndote. Me subleva este vértigo de palabras de buen o mal agüero, sus formas, sus significados, sus vaticinios. Apoyo la punta sobre el papel. Ella se nutre de mis pobres razonamientos, él se colma en los lentos signos. No estoy seguro ya de a

qué habla pertenecen las palabras. De qué extraña y postergada lengua provienen, ni cuándo fueron aprendidas. Valdrán si cumplen su misión. Llegar a ti de alguna manera, estés donde estés. Es un deseo tan puro, tan intenso, que tal vez puedas sentir ahora mismo lo que pienso mientras intento escribirlo. Justo en este preciso instante. ¿Lo sientes? ¿Sientes ahora lo que escribo? En mi mente el áspero *donno* se mezcla con el español, y mi deficiente inglés con el escaso francés que me quedó de Nadia. ¿Qué será de Nadia? Todos los sonidos que alguna vez aprendí, empleé o escuché, se afinan ahora en una sola e imprecisa lengua. Un enigmático idioma que sólo vibra en las cuerdas de mi pensamiento. Palabras cuyo significado se confunde en la garganta, la memoria o el papel. Ni siquiera recuerdo si recuerdo hablar. He abandonado el incauto hábito de expresar sentimientos con la voz. De tanto en tanto me descubro emitiendo sonidos en los que apenas me reconozco. Su eco me irrita, me inquieta como un gruñido en la oscuridad. Si pudieras escucharme ahora, si pudieras verme. Aquí, arrodillado en el suelo, encorvado como un animal, agarrando el lápiz torpemente con mi zarpa, intentando enfocar cada letra que escribo bajo la tenue luz del fuego. Si a duras penas puedo distinguirlas es gracias a unas gafas de gruesos lentes que conseguí en el mercado. Pero ni con ellas veo bien, los cristales están ya muy deteriorados. Pero son muy útiles para encender el fuego a modo de lupas. Las llamas, otro milagro. Pero hoy se ha perdido el sol bajo las dunas que vuelan. Debo avivarlo antes de que se apague. Tengo frío. Afuera el día vuelve a parecer noche. El silbido del viento es ya ensordecedor... La arena penetra con violencia por cada hueco formando remolinos de alfileres. La tempestad es mucho peor de lo que pensé. Debo

acurrucarme bajo las esteras, protegerme... Cuando pase, seguiré... Te quiero...

... El día que bajé al mercado de Bandiágara y conseguí estos prodigios de la escritura, también pude mirarme temeroso en un espejo. Qué extraño fue. Ni lo imaginas. Si me vieras ahora no serías capaz de reconocerme, o mi aspecto te intimidaría de forma insoportable como me sucedió al verme reflejado. Tengo la apariencia y el olor de las bestias. Su mirada. Mucha gente me huye. Todos los que no me conocen. Hace años que no me lavo en condiciones, que no me afeito la barba y que no corto mis cabellos. Que sólo limo mis uñas raspándolas contra las piedras o arañando la corteza de mi árbol como lo hacen los gatos. Parezco un raro animal, sí, pero a la vez un pobre náufrago albino, cegato, desdentado y delirante, creo que en algo tierno. Será por el aspecto que me dan las gafas. La parte más humana que reconocí en mi rostro fue esa desdichada montura. Cuando me las puse para intentar verme mejor, la única lente que quedaba, la otra se perdió, dio un aspecto desproporcionado a uno de mis ojos, haciendo aún más grotesca mi mísera imagen. Hasta mis cejas son canas. Todo el pelo hace mucho que debió volverse blanco y crece a su antojo, aunque cada vez menos. Mi cabeza, como mi mente, se ha convertido en una maraña cenicienta, en una enrevesada selva gris llena de parásitos. Mi piel también fue tornándose grisácea, rugosa y ajada, como la corteza de un viejo árbol. En eso, y en otras muchas cosas, me parezco ahora a este baobab. Me fundo con él. Somos casi uno. Él majestuoso, yo insignificante. Los dedos de mis manos son diez sarmientos retorcidos, llenos de nudos, ásperos, casi insensibles. Poco queda de aquellas manos que te acariciaron un día. Ahora apenas pueden manejar con

acierto esta varita mágica de madera y carbón. Qué maravilla poder escribir. ¡Qué maravilla! Me deja fascinado esa estrecha línea negra que deja a su paso la punta del lápiz. Debería apretar menos. Tengo que afilarlo cada dos por tres con mi cuchillo, si sigo así se consumirá pronto, incluso antes que mi vida.

En esta prehistoria en la que vivo, la mina negra resulta una sofisticada herramienta; emplearla, un acto tecnológico, casi futurista, un portento de ese pasado que escribiendo intento recordar.

Ya no soy la persona que conociste, la que quizás, aún recuerdes... ¿Me recuerdas? Quiero pensar que sí. Que no has olvidado a tu padre. Porque yo soy tu padre. Siempre quise serlo y lo fui. ¿Pensarás tú igual? Quiero creer que sí. Ahora, si me tuvieras a tu lado, no me reconocerías. Te espantaría no saber distinguir qué soy exactamente. Ni yo mismo sé bien en qué me he convertido, no tengo claro quién soy ni quién fui cuando era aquel que tú llamabas papá...

Pero a pesar de cuanto te cuento, no todo ha sido malo, no todo ha ido tan mal. No quiero darte una mala impresión. Seguro que al leer esto has vuelto a sonreír. Vivir lejos de ti, de vosotros, de todo, fuera del tiempo, te ciega y también te permite ver con mayor nitidez. Te hace alucinar en una irrealidad total y, a un tiempo, te proporciona una noción más real de las cosas, de los otros, de uno mismo. A veces, como ahora, todo gira frenético en el caleidoscopio de mi memoria. Peleándose ansiosas por acaparar mi pensamiento, me vienen a la vez millones de pequeñas imágenes. Un torbellino de rostros polimorfos, de escenas desenfocadas, paradójicas, la mayoría en blanco y negro. Pero ni siquiera estoy seguro de si pertenecen a esta u otra vida. Probablemente son

imaginaciones que me encandilan como si formaran parte de alguna certeza, o tal vez sean realidades que en todo parecen invenciones. En ocasiones llego a creer que por fin he comprendido, aunque lo cierto es que sigo sin saber nada... Que poco o nada he aprendido desde que partí un día tan lejano dejando atrás la vida y la muerte... Dejándote atrás a ti... Tengo tanto que decirte, tanto que contarte y me siento tan impotente. ¿Seré capaz? ¿Será ya tarde?

Te quiero tanto hijo...

... Hace unos días, ¿cómo explicar lo inexplicable?, después de meses de inmovilidad, un poderoso e inexplicable impulso vital me empujó a moverme, a marchar, a descender por la escarpada pendiente de la falla, la misma que un día escalé buscando dejarme atrás, abajo, al fondo, para siempre... para siempre...

... Ahora mi hogar es un árbol, un gigantesco baobab nacido hace muchos siglos en este lugar perdido de África, en la tierra de los dogones, en Malí. Imagina si es grande que la base de su tronco tendrá más de diez metros de diámetro y sus ramas más altas tocan el cielo a más de treinta metros de altura. Es difícil hacerse una idea. La primera vez que lo vi creí estar soñando. Tiene las desproporcionadas dimensiones que se ven sólo en sueños. Allí dentro está mi espacio, ésa es mi morada. Te sonará muy extraño, lo sé. Pero para mí es lo único palpable de verdad, mi verdadera condición, mi único cobijo, mi hogar. Dentro de él creo haberme aproximado con cierto éxito a la verdadera felicidad. Al menos sucede en ocasiones. A esa felicidad que desconocemos, la que no depende de nada ni de nadie. La que nos colma sin más colmándose en sí misma. La que siempre buscamos

en vano, pues ella jamás frecuenta los lugares que solemos frecuentar, esas situaciones, ese tipo de gente. Una felicidad en la que apenas cabe la desgracia, pues nada, excepto tu propio dolor puede hacerte desgraciado. Eso ya me importa poco, tengo mis propios remedios para aliviar muchas dolencias. Lo que siempre me angustió, lo que siempre temí más que al dolor, era a la desdicha que traen las pérdidas, las ausencias. Pero ya lo perdí todo. Siempre tuve más miedo a la muerte de los otros que a la mía. Sobre todo a la tuya. Ahora que vuelvo a pensar en ti sin restricciones, noto que puede regresar de nuevo ese pavor, tan cargado de infelicidad...

Me parece que te lo he dicho antes, que hace unas líneas te he hablado de él. No puedo pararme a releer, la vista no da para más. Disculpa si a veces me pierdo en las palabras. Vivo dentro de un árbol. Y éste no queda muy lejos de ese poblado que también creo haberte mencionado, Niminiama. Ésa es la humanidad que tengo más a mano, el planeta más próximo en el vacío de mi universo de cielo, árboles y arena. Sólo son cuatro chozas de adobe en las que viven algunos dogones. Dos buenas familias, la de Oukuro y la de Ogolu, dos hombres rudos, piadosos y hospitalarios. Dejaron abajo las tierras cercanas a las aldeas de la falla, y aquí arriba, en la meseta, se dedican a criar a sus innumerables hijos, a pastorear sus pocas cabras y a cultivar cebollas, mijo, mazorcas y tomates, que riegan con agua estancada. ¿Sabes? Lo único que añoro de verdad, además de ti, es el agua. Ver el mar, nadar o navegar en él, mirarlo a tu lado mientras hacemos castillos de arena. Una buena ducha de agua caliente. La recuerdo saliendo por los grifos, desperdiciándose de ese modo tan absurdo, y casi me entran ganas de llorar. La que allí se derrocha o se tira a lo

largo de un día, en una sola casa, aquí sería un tesoro incomparable y venerado que duraría meses. No hay mucha por aquí. No. Y eso que yo no me puedo quejar. Tengo a mi alcance un bendito e inagotable sucedáneo, la sangre blanca que corre por mi árbol. Ella calma mi sed cuando se agota la que, de tanto en tanto, me ofrecen mis buenos vecinos dogones. Son muy pobres y muy generosos también, y no dudan en compartir conmigo lo poco que poseen, la poca agua que tienen o los escasos frutos que su ardua labranza les proporciona. El agua aquí es el bien más precioso, mucho más que el oro o los diamantes, créeme. Por fortuna, dentro de mi «casa», bajo la piel del baobab, como te decía, se acumulan litros y litros de ese brebaje prodigioso. Sólo tengo que horadar un poco con la punta del cuchillo para que mane incesante el néctar que nos sustenta a los dos. Es una especie de resina pálida, mucho más líquida que la de los pinos, que sale casi fresca hasta que la herida del árbol seca y cicatriza, taponándose. Tiene la apariencia del semen o el jugo del aloe. Los dogones la atesoran en cuencos, en garrafas, en todo tipo de cacharros y botellas, y la dosifican con cuidado. La recolectan de la misma forma que allí se emplea en los pinares. Aunque esta sangría llene antes los potes, los baobabs más cercanos entre sí están a cientos de metros unos de otros y es una durísima tarea abrir y beneficiarse de esas fuentes. El agua que cae del cielo o que acarrean la acumulan en pocillos horadados en la tierra. En este territorio es tan arcillosa e impermeable que el líquido no se pierde salvo por la evaporación. También la guardan en rudimentarios aljibes. Si hay suerte, se llenan durante la breve estación de las lluvias para aliviar en lo posible la eterna temporada seca. No sé por qué te cuento todo esto, es

posible que no te interese lo más mínimo. Pero hace tanto que no hablo. Rara vez lo hago con los dos hombres de la aldea, sólo cuatro palabras de cortesía. Saludos, agradecimientos, algunas sonrisas.

Mientras ellos dos se ocupan en leer el Corán a sus hijos, pastorear u holgazanear de acá para allá, discutir de asuntos celestiales o terrenos, sus mujeres (uno tiene cuatro esposas y el otro siete) pasan la jornada trabajando como negras (nunca mejor dicho). Apaleando el grano en los morteros, triturando los preciados frutos de un enorme karité que se alza en el centro del poblado. De sus «nueces» obtienen un asombroso aceite. Una grasa espesa color miel con la que cocinan y ungen sus cuerpos y sus cabellos. También los míos alguna vez, cuando me acerco a visitarlos. Qué reconfortante sensación la del tacto de las manos y la grasa en la piel y el pelo, en el cuerpo reseco, abandonado. Con esa manteca y harina de maíz, amasan y hornean unas deliciosas tortas. De tanto en tanto mandan a los críos a traerme algunas. Todo un detalle, ya que, en ir y volver, emplean casi un día de camino. Es gente fuerte y extraña desde niños. También cargan todo ese trecho con una vasija de agua que van pasándose de cabeza en cabeza, unas hojas de té y algunas otras hierbas. Para mí es una fiesta recibirles, deleitarme saboreando ese manjar. Básicamente me alimento del «pan de mono», así se llaman los frutos que me da el baobab. Son como extrañas y enormes almendras. Una pulpa dulce envuelta en una cáscara de piel aterciopelada. Está rico y es nutritivo. A veces Oukuro y Ogolu me envían con sus hijos unas tiras de pescado seco. De vez en cuando salgo a cazar y, si hay suerte, como serpiente o lagarto asado. Cuando vienen, sigilosos y asustados, los chiquillos dejan sus ofrendas ante la boca

de entrada a mi árbol y luego escapan corriendo y riendo como locos, sin darme tiempo a agradecérselo. Me respetan y me temen como a un manso demonio, de hecho así me llaman los chavales: «el diablo bueno del pelo blanco». Aunque, por lo que intuí en el mercado de Bandiágara, parece que todos en esta remota región hubieran oído hablar de Dimoune Baobab, ése es mi apodo, el hombre del baobab, el loco que vive dentro de un árbol en mitad de la nada. Así me llaman. Creo que no sólo los niños sienten cierta aprensión hacia mí; también los adultos, en especial las mujeres, se muestran a veces recelosas ante mi desconcertante presencia...

Aquella frase hizo saltar a Adrián. Habría que buscar al «hombre del baobab».

Por lo que su padre decía no sería difícil encontrar alguien que hubiera sabido de él, o del lugar o la zona donde habitaba. Alguien podría guiarles hasta allí, hasta él, orientarles. Agotado, detuvo la lectura y se fue a dormir. A la mañana siguiente, nada más despertar, con un café recién hecho en la mano, lo primero que hizo fue llamar a su tío Daniel. No lo pensó dos veces. Nadia y Paula todavía dormían cuando marcó su número...

—¿Daniel?

—¿Sí? "—Soy Adrián..., tu sobrino...

—Pero bueno, Adrián, ¡qué sorpresa! ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida?

—Estoy muy bien. Muy bien. Y ya se puede decir oficialmente que soy piloto de líneas aéreas... Mañana pasaré a recoger las licencias.

—Joder... ¿Has acabado ya?... ¡Enhorabuena! Qué ilusión me hace...

—Quién sabe si un día no acabaremos volando uno al lado del otro... ¿Sigues en el 320?

—Ahí sigo... Un poco quemado si te digo la verdad, con unos horarios demenciales, pero también estoy terminando un curso... La semana que viene me darán la suelta como comandante...

—Bueno, ¡qué bien!... La enhorabuena tengo entonces que dártela yo a ti. Anda que no me queda nada a mí para poder decir eso... ¡La suelta de comandante de Iberia!

—Todo llega, no temas... ¿Qué perspectivas de trabajo tienes? ¿Vuelves a España o te quedarás por allí?

—Varios de mi promoción tenemos ya una oferta sobre la mesa, en los cargueros de DHL... En los 757. Dicen que es duro pero que te curtes bastante.

—Piénsatelo... No es que por aquí las cosas estén fáciles, pero hacen falta pilotos. Hace unos días salió una convocatoria en Air Europa, unas veinte plazas, a lo mejor esto te interesa más... El único inconveniente es que son con base en Canarias...

—Eso no importaría demasiado... Lo pensaré, aunque la oferta de aquí es segura, para empezar a trabajar el mes que viene. Un par de meses de curso y a volar, a hacer horas...

—Tengo muchas ganas de verte..., de que nos veamos...

—Es probable que lo hagamos muy pronto.

—¿Vas a venir?

—Creo que sí..., que no me queda otra...

—¿Qué pasa?... ¿Tienes algún problema?

—No sé por dónde empezar a contarte...

—No me llamabas para decirme que has terminado, ¿verdad?

—No... Te he llamado porque ha sucedido algo completamente insólito en relación con... con mi padre...

—¿Con tu padre?... ¿De qué hablas?

—Hace poco mi madre recibió en Madrid un paquete para mí. Llegaba desde África, desde Malí... Unos días después me lo envió aquí. Dentro había un cuaderno, una larga carta escrita en un cuaderno... Es de él..., de mi padre...

—Me dejas sin palabras... ¿Estás seguro?

—¿Cómo no voy a estarlo? ¿No reconocerías tú la letra de tu hermano? No hay la más mínima duda..., aún no he terminado de leerlo, pero...

—¿Cuándo está fechada?

—No está muy claro, pero parece que lo escribió en 1998...

—Dos años después de su muerte...

—Como lo oyes...

—No murió aquel día...

—No...

—¿Y qué dice?

—Es todo un poco absurdo... Un relato un tanto incoherente. Dice que vive dentro de un árbol, dentro de un formidable baobab... Cuenta cómo escapó de morir en el accidente, que el abuelo sí murió allí... Cómo llegó hasta ese árbol... No sé, Daniel, no te puedo explicar ahora, por teléfono, es todo tan extraño... No soy capaz, de resumírtelo... Aún intento asimilarlo...

—¡Joder!... No es fácil... no...

—Por lo que he leído hasta el momento deduzco que estaba muy mal..., que no debía quedarle mucha vida..., pero...

—Hay que joderse con tu padre...

—Eso mismo dijo Nadia al enterarse...

—¿Qué sabes de Nadia?

—Está aquí..., conmigo..., y no ha venido sola...

—Esta es la llamada de las sorpresas, ¿no? Llevo meses sin hablar contigo y ahora todo de golpe... ¿Ha vuelto a casarse? ¿Cómo está?

—No..., no está con nadie..., y sigue igual..., incluso mejor... La sorpresa ha sido para mí..., piensa que hacía casi diez años que no la veía...

—Es verdad..., ¿y cómo es que ha aparecido por allí? ¿Con quién?

—Agárrate... que aún hay más...

—¿Más aún?

—Tengo una hermanita y tú una sobrinita.

—¡No me lo puedo creer!

—Ni yo... Se llama Paula..., va a cumplir diez años y es...

—¡Pero esto es increíble!

—Sí... Nadia ha sido quien me ha empujado a llamarte. Ella y lo escrito en el cuaderno, claro. Está segura de que sabrás qué hacer...

—¿En qué sentido?

—Pues... cree que es posible poner en marcha una búsqueda..., indagar... Tal vez llegar hasta él... si es que aún sigue vivo...

—¡Claro que se puede hacer! ¿Cómo no se va a poder? Me pongo a ello de inmediato... ¿Tienes algún dato fiable sobre la zona donde estaba?

—Tengo muchísimos datos, no sé si fiables o no, pero describe todo con pelos y señales... Si me das un número de fax te mando el cuaderno fotocopiado, o mejor dame tu correo electrónico, lo escaneo y te lo envío.

—Apunta: devaisse, todo junto y con minúsculas, arroba, hotmail punto es...

—Esta misma tarde te lo envío... Tienes que leerlo y tomar nota de todos los detalles, de todos los lugares que describe...

—¿Desde dónde te llegó la carta?

—Desde Malí, desde Bamako, aunque los matasellos no se leen demasiado bien, eso parece...

—¿Y quién te la mandó?

—Ese es otro misterio... No lo sé... En el remite sólo pone su nombre, nada más...

—¿La habrá enviado él mismo?

—No lo sé, Dani... Estoy jodido con todo esto. Debería estar dando saltos de alegría por todo..., por haber terminado de una puta vez..., por haber conseguido la mejor nota del curso..., por tener licencia para volar..., por haber reencontrado a Nadia y tener una preciosa hermana..., por saber que mi padre no murió de forma tan horrible..., por poder pensar otra vez que está vivo, aunque eso sea tan improbable... pero... algo por dentro...

—No me extraña... Tengo el estómago encogido y un nudo en la garganta... Mándame eso cuanto antes... Intentaré averiguar algo por vía diplomática, iré al Ministerio de Exteriores, tengo un buen amigo que es f uncionario allí. Llamaré a las embajadas, a los consulados...

Hablaré con mis antiguos jefes del SAR, ahora mismo varios amigos, pilotos de helicóptero, están de misión humanitaria en el norte de Chad con un par de Súper Pumas... No sé... Hay que intentarlo todo... O tal vez lo mejor será que regreses cuanto antes y salgamos juntos para Bamako, ¡pero ya!... Alquilar allí un avión..., organizar sobre el terreno una expedición de búsqueda...

—Menos mal que tú sabes reaccionar ante una noticia así... Yo debo ser medio gilipollas..., de verdad... no sabía qué hacer...

—¿Cuándo podrías estar aquí?...

—Mañana me pasaré por la escuela y dejaré todo arreglado... Lo del trabajo en DHL lo pondré de momento en *stand-by...* En cualquier caso tenía pensado tomarme dos semanas de vacaciones, ir a Madrid a ver a mi madre... Regresaré en el mismo vuelo que Nadia y Paula, dentro de dos días... Eso voy a intentar...

—Bien... Os espero impaciente... Ahora me voy a volar, tengo que hacer un par de puentes... pero entre salto y salto haré algunas llamadas... Y yo también me voy a coger un par de semanas de vacaciones... En cuanto acabe y me den la suelta. Cuando llegues nos ponemos en marcha... ¡Es acojonante todo esto!, ¿no te parece?...

—Sí... ésa es la palabra, acojonante...

—Si está vivo, lo encontraremos..., ¡verás! Y si no..., intentaremos averiguar qué le sucedió..., dónde acabó... Su muerte era lo único que teníamos, y ahora... Es extraordinario, extraordinario... Oye... dile a Nadia que estoy deseando abrazarla y a... ¿Paula?... que estoy impaciente por conocer a mi sobrina... Bueno, tengo que colgar, Adrián..., me están esperando... ¡Qué fuerte es todo! ¿No guardarás más sorpresas, verdad?

—Dame tiempo... y lo mismo... Tengo muchas ganas de verte, tío...

—Y yo a ti, sobrino..., ven cuanto antes...

—Lo haré... Un beso...

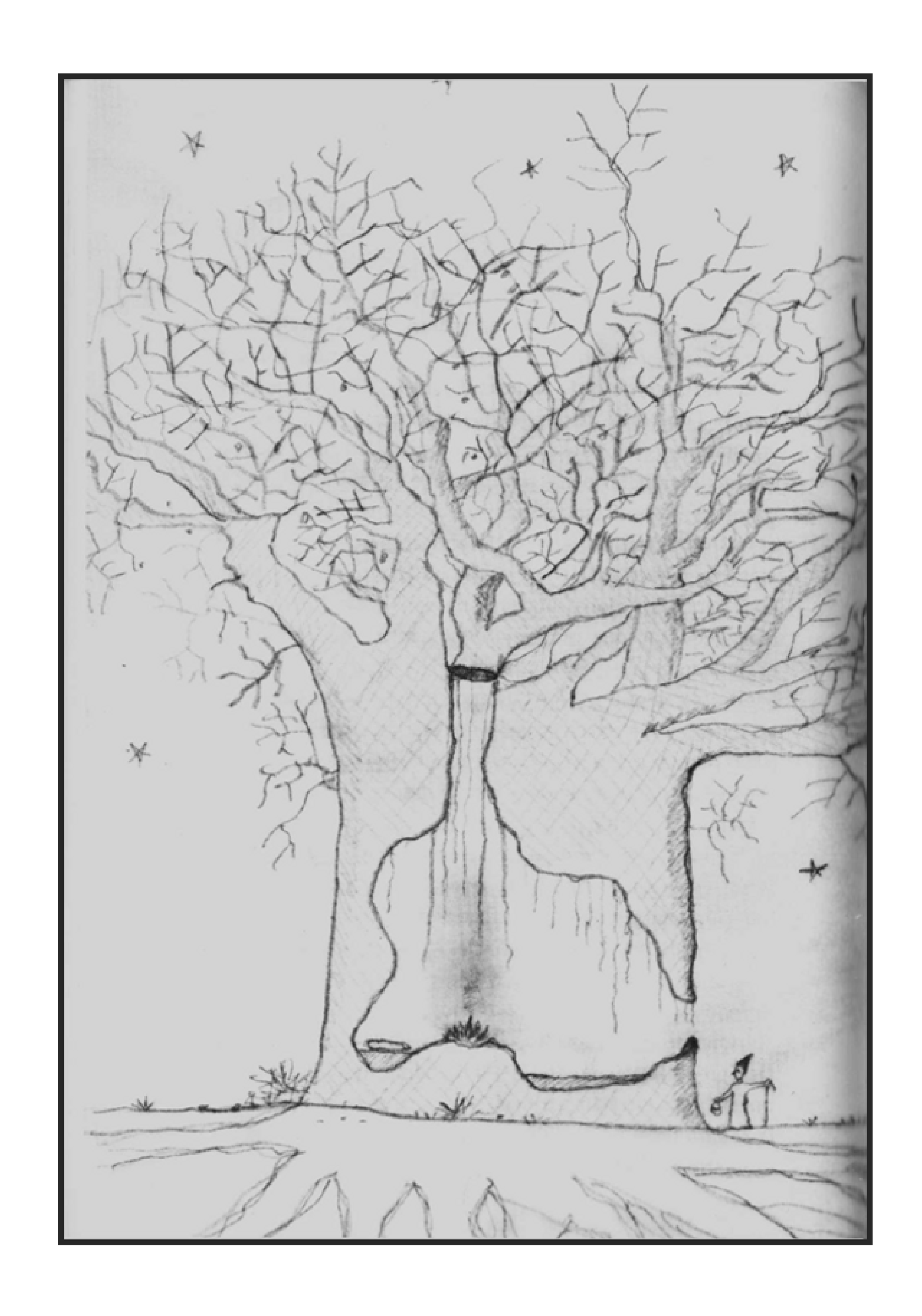
—Otro fuerte para ti...

Nadia, recién levantada, escuchó toda la conversación sollozando. Esa mañana parecía no poder parar de llorar por cualquier cosa. Y no quería que la niña la viera así cuando despertara. Debería sobreponerse. En cualquier

caso los dos se sintieron muy aliviados después de esa llamada, de esa conversación con Dani. La maquinaria de las pesquisas se había puesto en marcha. Intentaron no volver a hablar de ello, y aparcaron la lectura del cuaderno, al menos hasta el viaje de regreso a España. Cuando Paula se levantó, desayunaron con ella y luego fueron a solucionar lo de los billetes. No volvieron a besarse o acariciarse, reprimieron cualquier pasión, y tampoco mencionaron nada de eso. Adrián arregló sus papeleos, y los tres pasaron el tiempo que quedaba divirtiéndose con la pequeña, divirtiéndola. No pensando demasiado, buscando no desearse, intentándolo. Ahogándose en la impaciencia, acallando la confusión que les desbordaba. Perseguidos por una legión de incertidumbres a las que procuraron no prestar demasiada atención. Prepararon sus equipajes y, llegado el momento, embarcaron rumbo a Miami. Desde allí, al atardecer, despegaron hacia Madrid. Durante el vuelo nocturno, bajo la tenue luz de sus lamparitas, retomaron la lectura. Esa vez en silencio, intentando leer a un tiempo, con una sola voz, armonizarse para llegar a la vez al final de cada página.

> Qué chocante y aterrador puede ser el miedo, sobre todo cuando somos niños. Cuando yo tenía cinco o seis años, una tarde que recolectaba ranitas en una charca en compañía de mis dos mejores amigos, de improviso, me atacó un hervidero de sádicas avispas... Sólo me aguijonearon a mí. No sé de dónde salieron. De sopetón, sin motivo aparente, recibí decenas de picotazos que me provocaron un dolor insufrible. A punto estuve de morir a causa del veneno y la septicemia. Cuando salí del hospital ya no era el mismo niño despreocupado ante la presencia de esos malditos insectos. Se convirtieron en una íntima

obsesión. Esos pequeños monstruos eran para mí la encarnación del mal. Recuerdo que preguntaba con insistencia dónde se escondían las avispas durante la noche o cuándo llegaba el frío. Suplicaba a mi padre que encontrara sus guaridas, que las exterminara en masa, al menos en un par de kilómetros a la redonda. Todos, también tu abuelo, me respondían con evasivas, con explicaciones más o menos plausibles o directamente estúpidas, excusas seudocientíficas que en nada saciaron mi inquietud, ni aliviaron mi curiosidad ni mi terror. En cualquier momento, pensaba, volvería a aparecer todo un enjambre con sus afilados aguijones dispuesto a atacarme de nuevo, a rematarme. Así es la vida, me advertía irónico tu abuelo. Pero yo lo tomaba muy en serio. Aprendí pronto que cuando menos te lo esperas, llega el sufrimiento a clavarte sus saetas. Que la desgracia está siempre ahí, acechando, revoloteando a tu alrededor, dispuesta a alistarte en sus filas, a hacerte cruzar la línea que la separa de la normalidad, de la quebradiza dicha. Voy a dibujarte aquí el árbol para que te hagas una idea...



Es algo así... Ya no se me da tan bien dibujar, pero servirá para ayudarte a imaginar. Imponente, ¿verdad? Cuando lo miro aún me sobrecoge su presencia. Para los dogones son seres sagrados. Los custodios del territorio en el que merodea el dios chacal. Pero vienen poco por aquí. No les gusta demasiado acercarse a la tierra de los

baobabs. Todo más allá de su falla es un «más allá» demasiado inquietante para ellos. Un universo demasiado distante y mucho más abstracto que el verdadero universo que estudian y veneran. El lejano mundo de los tubabus, de los hombres blancos, es para ellos algo incomprensible, completamente inverosímil...

... Abajo, al pie del inclinado país de los dogones, en Bandiágara, la vida es un rompecabezas de hombres y mujeres, de niños y niñas que lloran, ríen, o corren al azar, como pequeños locos. Seres que irrumpen a voz en grito en el fascinante desafío de tener que vivir y sobrevivir un nuevo día. Habituado al apacible compás de mi silencio, sentí verdadero pánico ante la enloquecedora actividad del mercado. Un zoco al aire libre, asfixiante y tumultuoso. Entre sus puestos se movía una muchedumbre agitada, impaciente, vertiginosa. Me mezclé entre la gente imaginándome invisible. Pero me equivocaba. Mi aspecto llamaba a todos poderosamente su atención. A mi paso, unos cuchicheaban burlones, otros asustados, otros se apartaban asqueados, otros con torpeza, espantados o indiferentes. Me detuve a observar a la sombra de un árbol del mango. Aquella gente extraña, aquel escena—\
\rio perturbado, era todo un espectáculo de colores y aromas para mi monótona e inodora existencia. Un frenético ir y venir de insólitos seres de diferentes etnias, de todo tipo de objetos. Manos y pezuñas, monedas y billetes, pieles, verduras, altísimas máscaras talladas, portones labrados, camaleones vivos o disecados, pescado seco o maloliente, moscas negras, verdes y húmedas devorando ojos y frutas, posándose en los rostros, en las telas, las figurillas, en los abalorios... Iban de acá para allá cráneos y cuernos de antílope, manojos de crines,

tambores y lanzas, picas y cuchillos, puertas o ventanas, lagartos y murciélagos pudriéndose al sol...

... Poco han cambiado las cosas para el pueblo dogón desde que los primeros colonos franceses llegaran a Tombuctú, y desde allí a su falla, a la profunda trinchera en la que vivían ajenos a los preceptos del islam y a la arrogancia de los blancos y sus dioses. Sigue siendo el mismo pueblo, el mismo paisaje que, en los años treinta, encontró Marcel Griaule a su llegada a las montañas de Hondorí y la planicie de Bandiágara. Siguen siendo una etnia remota y aislada, un pueblo sabio y primitivo. Parece que el turismo, que por fortuna parece escaso, no ha contaminado aún lo más íntimo de su cultura y sus tradiciones. De su cosmología, que tantos debates habrá desatado. Pero en las calles ya se pueden encontrar objetos que hasta hace poco eran impensables para ellos. Instrumentos asombrosos y beneficiosos como gafas de sol, espuma y hojas de afeitar, radiocasetes, ventiladores, postales, linternas, pilas...

Entre todos los objetos del atestado bazar, encontré algo impensable. Algo que resplandeció a mis ojos y que deseé de inmediato. El deseo, ese encanto olvidado. Uno de los comerciantes, entre otras muchas bagatelas, vendía algunos lápices, cuadernos, gomas de borrar, sacapuntas... Todo usado y escaso. El vendedor, un anciano senufo, tenía la mercancía tirada por tierra. Me acuclillé frente a él como un niño frente a los juguetes en un escaparate. Pasé un buen rato mirando obnubilado esos codiciados objetos. El viejo llegó a sentirse incómodo ante mi insistente presencia, creo que de buena gana me hubiera echado a patadas. Pero no lo hizo. No se atrevió.

Por alejarme de allí, para que no le espantara a la posible clientela, me dijo con desprecio que cogiera lo que quisiera y me largara. No entendí bien sus palabras ni su malestar. Cruce con él una escueta y lenta mirada, y sin más tomé del suelo un lápiz y uno de los cuadernillos. Cuando los tuve en mis manos, el tiempo, la soledad y muchos de los anhelos olvidados pasaron por mi frente. No tenía dinero con que pagarle. Le ofrecí con un gesto lo único de valor que tenía, al menos era algo muy valioso para mí, el báculo que, cuando partí de Mopti, me regaló Ambén. Por llevarlo, muchos me observaban con asombro, mirándome con el rabillo del ojo. Desconfiados, suspicaces. Para ellos era un sacrilegio que un blanco poseyera aquel añoso bastón de mando dogón. Le tendí la mano con mi amuleto y, tras pensárselo un instante, lo cogió. Después me lo devolvió, rogando a sirio que le perdonara. Me alejé de allí escuchándole blasfemar. Sentí cierto vacío ante la posibilidad de perder mi báculo, pero pronto se llenó con las posibilidades que me abrían aquel cuadernillo de tapas anaranjadas y el lápiz de rayas negras y amarillas.

Con él, en él, te escribo ahora. Desde la inanimada soledad de este desierto, desde el vientre de mi árbol. Escribo para ti, corno se piensa. Las palabras resbalan: caen de la memoria, ruedan, resuenan, vibra su rumor negro entre mis dedos. Como diría el viejo Ambén: «¡Tengo un gran ruido por cabeza!»; pero siento que ese ruido me acerca ahora a ti, a ese otro yo que es tu recuerdo...

Hace mucho que descarté el regreso... Y sigo sin conocer bien la razón de este inmenso hueco, de tantos

años eclipsados. Quisiera poder explicarte, describir los senderos que me lanzaron al vacío. Describírtelos para que puedas reconocerlos y evitarlos, pues créeme, no merece la pena ni la alegría recorrerlos. Darte alguna clave, las llaves que entreabren las puertas de algunas incógnitas. Ayudarte a no convertir tu vida en una prisión, como me sucedió a mí. Atrapado tras las rejas de la ansiedad, de la sinrazón. Como viví tantos años...

El cielo, casi siempre amarillo por aquí, hoy está rojizo, como la sangre que a duras penas bombea mi angustiado corazón. Mientras escribo se desmorona la muralla de olvido que me protegía. Vuelvo a atarme a las preguntas. Vuelve a estrangularme todo cuanto ya no queda, cuanto regresa, cuanto fue quedando atrás. Debería mudar la sangre y la piel. He estado demasiado alejado, he ido demasiado lejos. Y tú, tal vez, huyendo de la nostalgia ya ni siquiera me recuerdes. Habrás crecido tanto, tanto. Recuerdas aquel día, la última vez que nos vimos, a la salida del colegio. Sí, me estaba despidiendo de ti. Te dije que salía de viaje, otra vez, pero que esa vez estaría mucho tiempo fuera. Me preguntaste si no podías venir conmigo. Y fui tajante. No, no podías, ¿lo ves como no? Hay viajes que uno sólo puede hacer consigo mismo. El de la muerte es uno de ellos. Yo deseaba morir entonces. Por encima de ti, de todo. Deseaba morir una vez más. ¡Cuánto me equivocaba! Lo necesario era vivir. Aprender a vivir...

Desde entonces...

Ahora, ya lo ves, sólo soy el hijo de este árbol. Soy una de sus ramas. La más frágil. Él me engendró de nuevo después de caer medio muerto a sus pies. Entré en él para

dejarme morir y renací. Lentamente crecí en la paz del vientre de este baobab, en el interior de su útero de madera.

¿Cuántas veces habré ya muerto y renacido? También lo he olvidado. ¿Qué habrá sido de tu madre? ¿Y de Nadia? ¿Dónde está ahora la mano de papá?... Eso te habrás preguntado tú tantas veces... Tal vez sigas preguntándote... ¡Qué tristeza!

Que un padre tenga que sobrevivir y enterrar a un hijo es el peor de los horrores, ¿en qué genero de tortura cabe su muerte?, ¿cómo se afronta su destierro?, no hay manera. ¿Quién hubiera podido consolarme? Para mí era así de algún modo. Como si de algún modo hubieras muerto aún sin haberte ido. Y fui yo quien implantó esa alternativa. No es lo mismo que contemplar al hijo moribundo, o verlo morir, no. Pero sí es perderlo a rachas para siempre... Tener que limitarte a remirarlo una y otra vez sin apenas tiempo para mirar. Saber restringido el espacio para el beso, la mirada y la caricia. Verlo crecer a trompicones, sobrecogido por los cambios y por cuanto se perdió en los intervalos. Es no saber nunca bien a dónde va o si volverá. Si volverás a verlo. Y así, hay que seguir adelante, sabiendo que no habrá nada mejor después, que siempre encontrarás en su piel y en sus ojos la evidencia de todo lo perdido, de todo el tiempo errado, de todo cuanto temiste que sucediera. No supe afrontar la maldita e injusta culpa. Y enfrentarse culpable a un hijo, créeme, es un sutil castigo. Mi alma y mi rostro se fueron demacrando. Mi error fue errar, una y otra vez. Cuando tu madre y yo nos separamos no imaginé hasta qué punto sufriría por tu ausencia. ¿Recuerdas aquel pequeño príncipe del libro? Aquel Principito que dejaba atrás su planeta para ir a recorrer otros mundos. Al partir

abandonaba a su querida rosa, lo único que de verdad amaba. Con el tiempo la nostalgia por ella se hacía insoportable. Le faltaba cada uno de los minutos que empleaba en cuidarla. *L'important c'est la rose!* Ahora lo sé, lo sé de verdad. Tú, como ella, eras lo único importante. Pero en aquel momento en mi cabeza bullía el universo mientras tu madre vivía ocupada en la perfidia, completamente ajena a tanta creación. Pero tú eras mi hijo, mi bienamado hijo, por mucho que un maldito papel dijera que...

... que no eras mío... ¡Qué estupidez!...

En mitad de mi caos apareció Nadia. Y pasó el tiempo. Unos años más tarde, de la noche a la mañana, también perdí todo cuanto acepté como bueno a cambio de perderte. El único trofeo que obtuve de Nadia fue una esclavitud dura y humillante. Más ruinas...

Creo que siempre sucede así. El amor es sólo un espejismo que nos anima a follar para gozar y perpetuarnos. Debería haber pasado solo toda mi vida. Haber vivido en la castidad y la contemplación. Sin querer ni dejarme querer. Dependiendo sólo de mí mismo, sin más preocupación que mi propia existencia, o mi muerte. Sin amar ni ser amado...

Nadia también me propinó un golpe brutal. Como tu madre. No las culpo. No culpo a Nadia. Pero la bofetada me hizo despertar, despabilar y descubrir cuán insípidos eran mis placeres, qué idiota era mi vida, qué cautiva, qué falsa...

Supe de golpe qué inmensas y odiosas eran mi ignorancia, mi soberbia, mi inútil osadía, la profundidad del inmenso abismo por el que volví a caer. Algo peor que la muerte...

Al marcharme de tu lado quise dejar en la cuneta todos mis errores, pero su peso era infinito, y yo cargaba con ello de forma inevitable. Y hasta aquí llegué arrastrándolo. Los hombros y la espalda jamás dejaron de martirizarme por cargar con tanto lastre, con tanto pesar...

Todo esto no sería una idiotez para cualquiera, tal vez también lo sea para ti... pero para mí no lo es... nunca lo fue...

Un día, rendido, convencido de que nunca lo conseguiría, desistí de volar. Acepté que debería seguir reptando como un caracol, arrastrándome a ras de suelo bajo la densidad de roca de mi alma. Soportar para siempre el ansia, la desazón del más absoluto antagonismo con cuanto me rodeaba... Y siempre ¡es tanto tiempo! Me resultaba agotador estar obligado a ser, ¿cómo decirlo?, un hombre adulto, civilizado, conforme, domesticado. Admitir que en eso consiste la existencia, en soportar la insoportable tiranía del absurdo impuesta y admitida por casi todos los humanos, al menos los que entonces tenía a mi alrededor. Lo intenté, intenté adaptarme. Pero al renunciar a los sueños, a la esencia, a mi verdadera naturaleza, una gravedad insufrible, mucho más pesada que la de la Tierra, comenzó a oprimir casi tanto como tu insoportable ausencia.

¿Quién podía entenderme?, nadie...

Intuir los talantes de la malvada calamidad no es fácil. Y es extenuante vivir constantemente con el sapo de la aprensión sumergido en tus entrañas, devastándote día y noche. No se puede vivir siempre sobrecogido, siempre temiendo que en cualquier momento la vida y la cordura se desboquen. Me costaba tanto encontrar el deseo de vivir, completar las horas, los días. ¡Si supieras! No había nada que hacer, salvo cortar los hilos y dejarme llevar.

Suicidarme...

Intenté imaginar cuánto te dolería, pero no fui capaz. Perdóname.

Antes de acabar quise hacer ese loco viaje con el abuelo. Darnos la oportunidad que tú y yo ya no tendremos. A la vuelta lo haría, me mataría, lo tenía todo planeado, aunque no hubiera pensado demasiado en ello. Aunque no tuviera aún decidida la manera de hacerlo, de poner fin a mi vida. Pero guardaba varias ampollas de morfina... Tal vez así habría sido...

Pero la vida supo burlarse de mí... Mató al abuelo y casi me mata...

Luego, mientras me sucedían las cosas que te he contado y otras que no menciono, fui comprendiendo lo valioso que es tener la oportunidad de estar vivo. Vivir y aprender, ése es el único objetivo. Ni las penas ni las alegrías tienen trascendencia. Vivir, nada más. Saber luego morir en paz...

Creo que sabré hacerlo... y que, tal vez, mi próxima existencia será mucho más placentera... porque sabré afrontarla y vivirla mucho mejor. Con más sencillez, con menos arrogancia, con infinita humildad. Eso espero... y espero poder averiguarlo pronto...

Estoy tan cansado de esta vida..., de toda mi vida... Vivirla es como intentar vaciar el mar sacando el agua con una palangana...

... Vuelvo a escribirte desde esta tierra de nadie, metido en este tiempo de nadie, entre la oscuridad y la luz, enfrentando recuerdos olvidados que cortan como afiladísimos cuchillos, que dejan la piel del alma a tiras sólo con rozarlos. Ha debido pasar tanto tiempo desde que dejé de contar el tiempo... Las sinuosas interrogaciones ¿?

se han ido enderezando hasta convertirse en tiesas exclamaciones ¡!.

A fuerza de preguntarme y no hallar respuestas, aquellas hoces negras segaron los delgados tallos de mis pocas certidumbres.

No estuve a tu lado para ayudarte a comprender que no existen respuestas... y explicarte que es mejor no preguntarse demasiado. Seguramente me culparás de ello. Nada hubiera cambiado el veredicto, para pocas cosas hay respuestas. Al menos yo nunca las tuve, ni las tengo después de tanto, después de todo. Por muy arduo que busques no podrás encontrarlas. Quizá tras la muerte... Aunque ahora también lo dudo...

La mente olvida en seguida las facciones que fueron Cotidianas, queridas... entre los restos del pasado. No me acuerdo de tu cara. Es terrible, recuerdo cómo eras pero tu rostro está difuminado. Elegí vivir el presente para que el mañana pudiera ser mejor, para que en el ayer se atenuara la añoranza de lo que ya no llegaría a vivir, de todo lo malvivido...

Intento imaginarte... con todas mis fuerzas. A veces creo que estás ahí, en la oscuridad respirando suave a mi lado. Me giro para tocarte, acariciarte, besarte... pero ¡qué tristeza!... no estás... no estás... no estás..., ¡maldito sea!... Qué dolor no recordar tus facciones, ni siquiera las mías de entonces... Se me seca el cerebro, todo yo me he ido secando, endureciendo, corrompiendo. Mi espíritu vive sin mí en este cuerpo escuálido que ya no le incomoda. Y se prepara ya para vagar de nuevo a su antojo. El polvo de esta tierra me ha cubierto por entero, hijo, se me ha infiltrado y ha teñido la sangre de gris. El color rojo ya no cabe en mis venas. Tendrás algunas fotografías y podrás

recordarme tal como era. Cuánto daría por tener aún la tuya que siempre llevaba en la cartera, pero se perdió en el accidente... Qué paradoja... ¿Qué son los recuerdos cuando ya no tienen forma? ¿Tinieblas? Nubes bajas que se difuminan lentamente mientras creemos que podremos tocarlas. Nada más. ¿Quién sabe en qué andarás ahora? Si serás el proyecto de una buena persona... o de un miserable... Un futuro hombre de provecho o un futuro infame. Quisiera poder encontrarme contigo en ese utópico lugar en el que las cosas son siempre como debieron ser. Poder olvidar que te he olvidado, aunque estés siempre dentro, mellándome la paz y la memoria...

¿Tendrán tus ojos mi mirada?...

Si ahora me dieran a elegir, preferiría pasar a tu lado cien vidas... Sin importarme nada de todo lo demás. Sólo eso, estar a tu lado. Vivir juntos los dos... Solos tú y yo... Sin enturbiar nuestro camino con metas que no existen, sin aspirar a inalcanzables destinos, sin ansiar ni ambicionar nada más que eso, poder cuidarte, verte crecer día tras día, poder amarte cada milésima de segundo de cada día. Sin nostalgias ni engaños, entretenidos en el precioso juego de vivir para vivir. Sin mirar siquiera de reojo dónde conducirá nuestro camino, sin preguntarnos jamás de dónde partió o cuándo acabará...

Pero... ¡maldito de mí!... ¡Soy el prisionero de todas las distancias! Me he convertido en esto que lees... En un fantasma desatinado, en el alma hueca de un baobab. Y como él, estoy condenado a clavar las raíces en el vacío... En un cielo tan desconsolado como mi pobre corazón... Condenado a seguir vivo... ¡¿Hasta cuándo?! No lo sé...

... ¡Qué largo, doloroso e impreciso es el olvido! Aúllo a las estrellas. Es un grito profundamente subterráneo, gritos que claman a quien nunca escuchará. Bajo este firmamento magnífico sigo esperando que en el sueño me alcance la muerte, sin más... Pero somos tan propensos a la vida... Qué raro castigo...

... Hoy me acompaña una tristeza amarga, seca y silenciosa. El cielo parece comprimirse a mi alrededor formando una enorme burbuja de nubes negras, cargadas de electricidad. Una pátina gris ha cubierto todo delicadamente y la escasa luz de esta mañana parece la de un tubo fluorescente. Siento melancolía. La melancolía es amable, húmeda, un sentimiento cubierto de rocío. Está aquí, girando despacito a mi alrededor. Me sonríe de soslayo, dulcemente, como queriendo disimular su ternura. Me mira con sus ojos de cometa sin perder detalle. En mis indefinidas horas, siempre es mejor su compañía que el vacío que normalmente pone sordina a mis sentidos. No, no estoy sediento de melancolía, de dolor... Pero me alivia llorar regocijado en el llanto. Sucede tan rara vez. Suspirar sin aflicción, sin anhelo. Evocar sueños serenamente. Reconquistar algo de lo que fui, reconocerme un instante en quien era. Pero dura poco. La muerte de las flores es inevitable. En esta esquiva nostalgia de ti, te busco más seguro y confiado...

... Anochece una vez más... Y yo sigo tan lejos de todo, de todos, perdido en el rotundo vacío de esta inmensidad desierta. Siento que la muerte va cobrando presencia... Tengo la impresión de ir a deshacerme sobre el lecho de hojas dentro del árbol. O puede que me pille afuera y termine fundiéndome con el polvo amarillento de esta

tierra yerma. Es una dama silenciosa, respetuosa, negra y serena. Camina junto a mí sin decir palabra, severa y empecinada. Poco a poco va succionando el escaso aliento que me queda. Mi alma cada vez más esquelética y!a suya cada vez más oronda, más rolliza. Anochece... y una vez más ella se acuesta a mi lado, paciente, segura de no estar esperando en vano...

... Caminé un millón de noches y días hasta llegar aquí... Llegué demasiado lejos buscando el olvido y en él me detuve. Ya apenas tengo recuerdos... Vaciar la memoria hace que los sueños dejen de tener sentido... que poco a poco dejes de soñar...

... Llegará tu tiempo para marchar... pero vigila hacia dónde te encaminas... Camina olvidando y detente sólo para soñar un rato de tanto en tanto... No mires atrás... Eso me decía siempre mi padre, tu abuelo. No hay que mirar atrás, ni debajo, como cuando aprendías a montar en bicicleta. ¡Siempre adelante! Pobre papá, cuánto le echo de menos si pienso en él... Eso hago ahora, soñar despierto entre renglones... en el sigilo de esta gruta de madera...

... Algunas noches, dentro del baobab, miro arriba, a través de la embocadura de este inmenso tronco hueco. Arriba, entre las ramas aferradas al cielo, se adivinan millones de estrellas. Parece la silueta de un extraño árbol de Navidad. Aunque cierre los párpados sigo viendo nítida la cúpula del firmamento... y me siento más cerca de las estrellas. Han llegado una vez más. Acaban de detenerse. Cada cierto tiempo, sucede algo inexplicable, un buitre y una cigüeña, rompiendo el silencio, vienen a posarse

juntos allí arriba, en una de las ramas más altas. Y allí pasan la noche, aleteando de vez en cuando, manteniendo el equilibrio. Graznando a ratos. Desde muy lejos llega el eco machacón de algún tamtan. Ella, la cigüeña, parece crotorar al ritmo. Él parece seguir el compás moviendo el cuello. Los dos componen con sus murmullos una monótona e hipnótica melodía. Oyéndoles recorro el tiempo transcurrido, veo escenas del mundo del que provengo, donde quedaste, allí donde me era imposible discernir entre lo equívoco y lo justo. Aquel hueco negro en que me iba consumiendo. Esas dos bestias, con sus arrítmicos cantos, me cuentan que la vida no se equivoca, que somos nosotros los que acabamos siempre confundiéndola...

Sin pretenderlo, conseguí sobrevivir y vivir una nueva existencia en estas coordenadas perdidas. No bastarían mil años para explicarte la sencillez y complejidad de este lugar, para aprender todo cuanto puede enseñarme...

Hay noches en las que puedo escuchar los latidos del árbol... el rumor de su vigorosa savia ascendiendo y descendiendo al cielo y a la tierra... Es todo lo que tengo... Debe llevar aquí más de mil años. Parece muerto pero está lleno de vida. Habrás oído hablar alguna vez de la leyenda de los baobabs. Cuenta que no es bueno despertar la envidia de los poderosos. Al parecer, la majestuosidad y la fuerza de estos seres irritaron a algún celoso dios, y éste, en castigo, los puso del revés, patas arriba. Las raíces al aire y su frondosidad bajo la tierra. Tal vez la envidia esté en el centro de todos los males. Los condenaron a vivir sin sol, eternamente. En ocasiones puedo sentir el leve y angustiado crujir de sus ramas atrapadas bajo el suelo. En las noches plenas de luz, dicen, el árbol se nutre del agua

de la luna. Ésta corre poderosa por sus venas. Lo cierto es que sólo un trago de esa savia luminosa puede saciar la sed de todo un día...

Su madera es muy blanda. La punta del cuchillo entra en ella sin mucho esfuerzo. Y de sus heridas mana pronto ese líquido blanco, agridulce. Cuando lo bebo siento que alcanzo a vivir y comprender un poco más. Durante unos minutos siento la certeza de ser parte del árbol, del aire que respiro, de la tierra en la que reposo, del fuego o del sol que abrasa la vida, del universo que envuelve el tronco que me refugia. Siento vahídos que me serenan en la sensación de no existir, de formar parte también de la nada...

Él es mi aliado, mi castillo. Me amamanta. Me alimenta con su blanca sangre y sus pulpas. Soy hijo de este árbol y nada me falta a su lado. ¿Te he contado ya cómo llegué hasta aquí?...

Después de dejar atrás la pobre y polvorienta Bandiágara, deambulé durante semanas por la desolada planicie de la meseta... Obsesionado, me empeñé en seguir la dirección que marcaba la punta de mi lanza. Ahora suena insensato, pero aquel hierro fue durante muchos días mi brújula. La sed fue mi perdición. El agua se acabó. Empezaba a ahogarme. En mi interior quedaba apenas un filo de vida. En mi peregrinar, las proteínas que me proporcionaban insectos y reptiles me daban fuerzas, pero éstas se agotaban cada vez más rápidamente. Cuando creí no tener fuerzas para dar un solo paso más, ya absolutamente desfallecido, me topé con él. Caí de bruces contra el suelo. Al intentar incorporarme, como un espejismo, como una alucinación, vi a lo lejos el colosal gigante. Se levantaba entre nubes de polvo desafiando cualquier perspectiva. Había encontrado en mi camino

otros baobabs, pero ninguno era similar a aquél. Achaqué aquella visión a mi agonía, a mi quebrada conciencia. Conseguí arrastrarme hasta la penumbra de su alargada sombra. Así alivié la insolación. Al acercarme, mi mirada, cegada por el sol y el cansancio, fue incapaz de abarcar su contorno, de ver más allá de sus límites, créeme. Hice un profundo corte en su piel y lamí la herida con avidez. Bebí cuanto pude, hasta saciarme. Luego, al rodearlo, me sentí como si me hubiera topado con la pata de un elefante grandioso, descomunal. Me pareció una caminata interminable. Al otro lado, a la altura de mi cintura, se abría en su corteza una entrada, un agujero de poco más de un metro de diámetro. Parecía la guarida de algún animal, y sin duda sería un buen refugio para pasar la noche. Lancé algunas piedras dentro por ver qué sucedía. Una pequeña bandada de murciélagos escapó revoloteando sobre mi cabeza, en su enloquecido aleteo me parecieron enormes mariposas negras. Después me asomé dentro con cautela. La oscuridad del interior estaba tenuemente iluminada, la luz del sol poniente entraba aún como por una gran claraboya. Me recordó la que cae desde la cúpula del Panteón de Roma. No había nada allí dentro...

Subí como pude hasta entrar por el hueco y me dejé caer al interior. Al hacerlo me acordé de la bodega del *Poltsjerna,* cuando me lancé dentro sin pensar, de aquella mala idea, aquel batacazo. Pero esa vez sería distinto. Caí sobre blando. El interior estaba cubierto de hojas secas y ramitas, alfombrado por las hebras y la suave pelusa que recubren la cáscara del pan de mono. El tiempo, la oscuridad y la humedad habían convertido toda esa materia vegetal en un oscuro y mullido compost orgánico. Por las paredes de la gruta crecían extraños líquenes,

musgos, raras setas. Entre el serrín vegetaban infinidad de larvas de insectos, todo tipo de gusanos y algún reptil que pronto escapó de mi presencia. Allí quedé tumbado, medio inconsciente, allí pensé que iba a morir. Debí dormir durante dos o tres días. Quedé al cuidado del dios de todos los baobabs...

El ruido de lo que me pareció un animal arrastrándose me despertó. Temí encontrarme cara a cara con alguna alimaña, fuera lo que fuese. Pero mi agotamiento era tal que no pude moverme. Creí estar inválido. Tal vez en las fauces de una bestia, pensé, encontraría de una vez alivio mi desesperación. Mis huesos no saciarían mucho su apetito... Después del inmóvil sobresalto, muy poco a poco, conseguí moverme, desentumecerme, hasta lograr incorporarme con torpeza. Dentro del árbol la temperatura era muy agradable. Tenía algo de la humedad y el delicioso frescor de las florestas. A pesar de los escorpiones y las arañas que se refugiaban en ella, la cueva me pareció acogedora, un lugar amable. La luz del sol entraba por la embocadura de la puerta y desde arriba rompiendo la oscuridad... como entra por la cúpula del Panteón de Roma..., creo que eso te lo he dicho ya, ¿verdad?...

Aquél, posiblemente, era el lugar que tanto había buscado. Sentí que lo era, casi de inmediato. No tardé mucho en recuperarme. En un par de semanas, gracias al jugo del árbol y a sus frutos fui ganando parte de vitalidad, forma y lucidez. Una vez «conquistado» ese territorio vertical, como un parsimonioso robinsón, fui logrando pequeños triunfos. En pocos meses había amoldado aquel espacio a mi seguridad y a mi comodidad de forma razonable. Cuando conseguí encender un buen fuego sentí que aquél sería mi hogar durante mucho

tiempo. El hueco del tronco resultaba un tiro perfecto. Los rescoldos siempre permanecían encendidos, día y noche. La madera no escaseaba y el humo no era un problema, la blanca humareda ascendía hacia el cielo por el interior del baobab. La copa del árbol humeaba levemente, como una enorme e insólita chimenea en mitad de la nada del desierto. Muy lentamente fui apropiándome de aquellos preciosos metros cuadrados, fui haciéndolos más míos, más placenteros, más humanos. Desbrocé y limpié el suelo. Horadé y encaucé varios manantiales que siempre que quería brotaban generosos. Quemé con una tea centenares de metros de telas de araña que taponaban el tubo, velos de seda tan tupidos que no permitían que ascendiera todo el humo de la hoguera, ni que entrara toda la luz del sol. Con fibras y ramas fabriqué un rudimentario y eficaz enrejado a modo de puerta, que en seguida me hizo sentir más seguro, más en casa. Con las mismas hebras y mi vieja manta mullí un lecho aceptable en el que reposar. Gracias a las lianas que colgaban desde la cima por el interior del árbol, con el tiempo, conseguí escalar hasta la embocadura, en la parte más alta del tronco. Era un magnífico mirador entre las ramas desde el que se podía ver a varios kilómetros a la redonda. En mitad de la nada había encontrado una cómoda morada. No me faltaba el pan, aunque fuera «de mono», ni tampoco el agua, aunque fuera tan rara y espesa...

... Allí dentro, como un ser invisible, inexistente, fui comprendiendo poco a poco la verdadera razón de la existencia. Llegué a sentir algo muy cercano a la felicidad. Había encontrado mi lugar...

... Hoy estoy muy cansado. Me cuesta más que nunca avivar la lumbre... y si no lo hago terminará por

apagarse... El sol se esconde otra vez tras el horizonte mientras escribo... Como el fuego, se va apagando el día, y a la vez se van encendiendo en mi alma los anhelos, los deseos, las obsesiones. Desde que he vuelto a pensarte, a pensar en tu mundo que fue el mío... se me escapa la poca cordura...

... ¿Y si de improviso descubrieras que toda tu vida ha estado equivocada por una razón u otra?... ¿Y si supieras que esos errores no servirán de nada?... Que no te harán aprender ni una sola de las tediosas e inútiles lecciones que precisamos para vivir...

Vives en un mundo completamente ininteligible para mí... Una sociedad levantada sobre los inestables cimientos de la codicia, la envidia, la sangre derramada y la mentira...

Allí pasé las horas mirando a través de la opaca falsedad de hombres y mujeres, sobreviviendo a duras penas en un loco baile de máscaras... Intentando vencer a los días, ganar tiempo, pero el tiempo es como el aire, te das cuenta de que existe sólo cuando falta, y así lo vas desperdiciando...

He despertado de infinitas pesadillas y de muy pocos dulces sueños. Siempre el mismo desasosiego y el ánimo tan enroscado como las eses de esa palabra... Tembloroso y desconcertado... El miedo y la angustia detienen la vida, la hacen deplorable. Atrás quedaron restos de momentos amables, de levísimas alegrías. ¿Quién inventaría la palabra felicidad?... La felicidad no es una alternativa, sólo una falacia, una utopía. Vivir rodeado de seres falsamente felices, irracionalmente satisfechos, de serviles fingidores, siervos de una inalcanzable dicha, me hizo sentir culpable de todo mi infortunio... Cuanto más desdichado te

contemplan, aunque finjan compasión, más se regocijan. Es su manera de sobrevivir. Todos nos aferramos a una u otra mentira para subsistir...

Mirar atrás es contemplar destrozos, ruinas. Rechazo la vehemente y humillante actitud de los «felices», de los que buscan aplacar el miedo negando lo innegable...

Acercarse a la muerte desvela, verla llegar lentamente aterroriza, tenerla caminando a tu lado, enfrentarla es casi imposible, negarla enloquece. La muerte es sólo un paso más en el camino de la vida, la zancada final que marca la distancia vivida. Como en los juegos de los niños, ¡zas!, hasta aquí llegaste. Seremos seres civilizados el día en que la aceptemos más serenamente, como cualquier animal, como las bestias que olvidamos ser... Cuando llegamos a la vida lo hacemos huyendo de la muerte..., y así nos vamos una y otra vez...

Pasamos la vida con el corazón entre los dientes huyendo de una idea, de un momento que nunca existió, de un instante incomparable. ¿Qué será preferible? ¿Vivir o morir? Poco importa ahora... La vida es un continuo suceder en que realmente no sucede nada, en el que nada tiene importancia. Pero este conocimiento no te hace inmune al miedo. Yo también temo a la muerte...

La memoria es un parapeto poco fiable, una frágil defensa para soportar nuestro vacío, un ingenuo engaño del que es difícil escapar o prescindir. Quise huir de mi propia vida, pues no la soportaba, pues no sabía cómo dejar de desperdiciarla... Quise huir del remordimiento, de la culpa, de la nada... y fui a descubrir que la nada lo es todo...

Ahora, escribiendo, busco de nuevo no estar solo, dejar de hablar conmigo para hacerlo con el papel..., contigo... y

no enloquecer más... ¿He adoptado el silencio o fue el quién me adoptó a mí?

Escapé de un mundo de años y de seres pero la piel y el tiempo siguen dentro, en alguna parte, indigestando las ideas. En mi árbol conseguí dejar atrás los pensamientos, librarme de la angustia y la inquietud. En mi soledad llegué a ver allí donde pocos se atreverían a mirar... aventurarme por lugares vetados a los vivos, donde los no nacidos esperan aún formando parte del cielo... Una vez llegué a ver a través de los ojos de *Vlimma*, una leona, ¿o tal vez fuera un chacal?, una de las bestias que deambulan por este desierto guardando los espíritus dogones. La fiera sólo esconde en su alma certezas, respuestas muy simples para todos los enigmas que hemos inventado. Respuestas que hombres y mujeres apartamos de nuestra mente para no caer en la demencia.

De repente viene a mi cabeza una frase: «Te toco y llueve.» Recuerdo haberla escrito alguna vez... ¡qué extraño!...

Echo de menos conversar. Alguna vez apareció por aquí algún nativo... pero me temen..., no me hablan... Nunca entendieron bien de dónde llegué... En las reuniones de la toguna, los ancianos seguramente seguirán especulando sobre el lugar de procedencia de Dimoune Baobab. Algunos, normalmente niños o jóvenes, vencían el miedo y la pereza, y se acercaban hasta el árbol con curiosidad. Se sentaban en cuclillas a unos metros de la entrada y allí esperaban a que el extraño hombre blanco asomara... Luego, velozmente, con el dedo o una ramita, dibujaban unos cuantos símbolos en la arena, algunas estrellas... Me saludaban con la mano y se alejaban por donde habían venido...

Los dogones tienen ideas singulares acerca de las estrellas. Pasan gran parte de sus vidas observando y esperando del cielo... De sirio, el lucero que adoran... Como yo... Como este árbol que sólo teme a los rayos... Hace mucho que dejaron de venir...

... Sé que ya no soy el mismo pero sigo sin saber quién soy... Quisiera reconocerme en este ser en que he llegado a convertirme. Quien ahora soy no quisiera ser quien es en este instante, ni tampoco volver a ser quien fue. Como ves, ya soy completamente incompatible.

Descubrí tarde que el olvido jamás marchita entre las hojas del corazón. Que el recuerdo permanece siempre como un ardor apoderándose de sus entrañas. Elegí desertar, y no sé qué daría ahora por poder pasear a tu lado entre las ruinas que dejé atrás. Desde entonces espero la muerte, o el despertar de esta pesadilla, como se espera que todo florezca tras el largo letargo del invierno.

No debería haber bajado otra vez a Bandiágara. ¿Qué me trajo de nuevo hasta aquí? Hoy he despertado en este Babel, en este confuso caos... He roto la hipnosis del silencio, de la lentitud... He vuelto al vértigo de esta ansiedad y caigo rendido en el esfuerzo de intentar retroceder... He rasgado el velo del olvido, ahora que ya no recuerdo cómo recordar...

Te amo poderosamente, mi pequeño Adrián, con todas mis fuerzas... y eso me mantiene vivo. Te necesito, necesito encontrarte... Pero tu lugar y el mío son inalcanzables...

Dicen los dogones que el azar no existe... pero espero que estas páginas, aunque sea por azar, caigan algún día entre tus manos. Que me entiendas si es que puedes hacerlo... y me perdones...

La propia muerte está cavando ya la fosa que me guarda...

Hasta ese punto la escritura fue haciéndose cada vez más tortuosa, más incomprensible y caótica, las ideas más absurdas. Costaba leerlo. Después, el texto resultó ya totalmente ilegible. Revisaron hasta la última página. Sólo eran trazos sin significado alguno, una sucesión de monótonas rayas garabateadas con profusión y mano nerviosa. La extraña taquigrafía parecía querer imitar la forma y la cadencia lineal de las palabras escritas. Que el cuaderno terminara así, en aquel galimatías sin sentido, supuso una gran frustración para ellos. Luis no había dejado ni una sola de las sesenta hojas del cuaderno sin rellenar. Línea a línea, prodigando el absurdo. En la última página, abajo, en la esquina inferior derecha, había escrito su nombre, una estrellita perdida y un número, ¿una fecha?: 2000.

Aquello explicaba algunas cosas, supuso Nadia, había tardado al menos, dos años en escribirlo, en rellenar el cuadernillo. Tal vez luego, lo envió él mismo, quién sabe cuándo..., en el año 2000, o mucho después. Bien podía haber dado a alguien el encargo, alguien que tardó en cumplirlo. El paquete pudo traspapelarse en las estanterías de alguna remota oficina de correos, o también podría haberlo remitido Luis hacía unas semanas. ¿Cómo descartar esa posibilidad? Adrián no la eliminaba, ninguna de ellas, pero seguía mostrándose escéptico. Su padre, por lo leído y no leído, no parecía estar ni muy cuerdo ni muy bien de salud. Albergaba poquísimas esperanzas. Le rogó a Nadia no seguir hablando de ello. Necesitaban dormir, el vuelo aún sería largo. Paula llevaba un par de horas haciéndolo con placidez. Compartieron una pastilla y se

acurrucaron en sus butacas dispuestos a descansar durante el resto del viaje.

Cuando llegaron a Madrid, Daniel ya les esperaba en Barajas. Iba vestido de uniforme. Él también había aterrizado hacía poco. Fue un encuentro emocionante, muy amoroso, muy tierno y sincero. Dani ya había leído el cuaderno y estaba entusiasmado con el misterio y sus posibilidades. Todos acabaron en su casa. Nadia no se sentía aún con ánimos para entrar en su piso de Madrid, para afrontarlo. Daniel les contó que había intentado hacer algunas gestiones, por desgracia todas infructuosas. Nadie parecía mostrar demasiado interés en buscar al «hombre del baobab», a aquel supuesto superviviente. Todo eran problemas legales o no, inconvenientes grandes o pequeños. Los trámites necesarios sólo para poner en marcha una posible búsqueda serían demasiado largos y costosos. Deberían valerse por ellos mismos. Esa era la conclusión. Invertir algo de pasta y emplear toda su perspicacia, toda su pericia, para emprender cuanto antes la expedición y llevarla a buen fin. Se había informado: conseguir las visas y los permisos para volar a Malí, no sería demasiado difícil. En Bamako podrían alquilar una avioneta, tal vez un bimotor. Si Adrián estaba dispuesto, partirían en unos días. Esperarían el tiempo necesario para vacunarse y solucionar algunos papeleos, nada más. Daniel ya había conseguido la calificación en vuelo, el ascenso. La compañía le había adelantado sin problemas la fecha de la prueba. Ya era comandante y ya estaba de permiso. ¡Dispuesto a partir!, exclamó entusiasta. Lo festejaron con una buena cena y unas botellas de buen vino. También celebraron esa decisión: Daniel y Adrián irían a buscar a Luis. Nadia

descartó la idea de acompañarles. No quería viajar a África con Paula, la pequeña correría riesgos innecesarios y posiblemente los dos serían un estorbo. Podía haberla dejado con sus padres y viajar con ellos, pero le parecía mucho más sensato e importante estar a su lado. La niña y su madraza esperarían noticias con impaciencia. Los tres brindaron por el éxito de la misión, por encontrar a Luis, por conseguir hallarlo con vida...

Tuvieron que pasar tres semanas antes de poder partir de Madrid. Llegaron a Malí con un visado para seis meses. Pero en Bamako aún tuvieron que dar muchas explicaciones, rellenar absurdos formularios, firmar seguros de todo tipo, obtener nuevos permisos, en especial los que les permitirían alquilar el avión y poder volar con él. Pasaron otros quince largos días de espera y tribulaciones, hasta que por fin, una mañana, un funcionario les entregó el último salvoconducto en regla. Se desesperaron mientras el tipo encargado del asunto escribía a máquina la autorización, encendiendo un pitillo con otro, tecleando sin prisas con un solo dedo.

En el aeropuerto les esperaba una vieja Cessna 206, una avioneta de seis plazas que, tras una revisión somera, les pareció bien conservada, en buenas condiciones para el vuelo. Pagaron por ella una pequeña fortuna por adelantado, a modo de fianza, y tendrían que pagar setecientos dólares por día. Entre los dos consiguieron sacar de España y meter en el país unos treinta mil. Sólo declararon llevar encima la tercera parte. Calcularon que el dinero llegaría pero en cualquier caso tendrían que darse prisa. Los mecánicos ya habían llenado los depósitos y la habían limpiado especialmente para ellos. La cabina apestaba a pulimento y ambientador de rosas. Cuando ya se disponían a subir al avión, se enteraron de que no iban a

volar solos. No podrían. Un empleado de la empresa que les alquilaba el aparato tendría que acompañarles, así lo exigían las normas gubernamentales. El encargado de African Airways fue tajante al respecto. O su oficial iba con ellos o no volaban. Ésa fue la última pega antes de poder despegar. Parecían no fiarse en exceso, por muy pilotos de líneas aéreas que fueran. El aviador africano que iría con ellos, Kananga se llamaba, les pareció un buen tipo, y no se equivocaron en su juicio. Resultó ser un hombre amable y simpático, bien educado y servicial, inteligente y colaborador. Ka, que así prefería ser llamado, se disculpó con ellos por su obligado papel de «carabina».

En seguida congeniaron con él, y pensaron que probablemente les sería de gran ayuda. La primera escala sería en el aeropuerto de Mopti. Daniel se puso a los mandos y Adrián se sentó a su lado, en el asiento de la derecha. El agregado observaba y sonreía desde una de las butacas de atrás, dispuesto a dejarse llevar. Una vez autorizados a entrar en pista y despegar, cuando las ruedas de la avioneta dejaron de tocar tierra, Adrián y Daniel sintieron de algún modo el regocijo de su primer despegue...

La primera noche que pasaron en Mopti, ya se demostró hasta qué punto iba a serles útil la compañía de Kananga, casi imprescindible. Necesitarían guía e intérprete para llegar hasta la falla de Bandiágara y poder moverse en el país dogón. Un buen interlocutor sería la única forma de conseguir contactos, alguna información fiable, una camioneta, camellos o porteadores si fuera necesario. Kananga conocía a la persona indicada, Thiemoko, el director de una agencia que organizaba salidas a los

acantilados desde Mopti. Se alojaron en el hotel que regentaba y en el que tenía su base de operaciones para internarse en las tierras dogón. Cenaron cuatro capitanes al horno, un pescado delicioso, con guarnición de arroz y vegetales, a orillas del Niger. Sentados a la mesa, apurando varias cervezas de mijo, pusieron a Thiemoko al tanto de sus planes. Kananga parecía sentirse feliz con los excéntricos clientes que le habían tocado en suerte, no se aburriría, como solía sucederle. Para visitar las aldeas o montar campamentos, les explicó Thiemoko, era necesario hablar con los jefes comunales. Nada sucedía sin su conocimiento y su aprobación. Pagaron a Thiemoko el triple de lo que solía cobrar por organizar una excursión. Viendo buenas perspectivas de negocio, éste decidió de inmediato ocuparse en persona de todo. Y también les acompañaría en su búsqueda. No sería sencillo, les advirtió, pero sí posible. Encontraría el inmenso baobab del que hablaban y al hombre que suponían vivía dentro de él. Si aún vivía, si aún seguía allí...

Dos días después aterrizaron en una pista de arena llena de baches, entre campos de mijo y cacahuetes, a las afueras de la aldea de Shanga, en la parte alta de la falla de Bandiágara. La toma no fue sencilla. Un enjambre de excitadísimos chavalillos se acercó a toda carrera, para ver de cerca el aparato que acababa de descender del cielo. El calor y la humedad del Sáhel les dieron también la bienvenida. Cuando se apagó el rugido del motor y se apaciguó el griterío de la muchachada, llegó el melancólico sonido de la kora que un viejo tocaba apoyado en una acacia, sentado sobre una lata...

Nada más tomar tierra, Thiemoko se puso a hacer su trabajo. Y lo hizo bien. Lo primero fue consultar a los jefes dogones de la zona. Éstos, intrigados, aceptaron recibir a

«los blancos que buscaban a otro blanco». Ante la complejidad del asunto, decidieron que éste requería ser dilucidado con calma en la Toguna, el lugar donde los dogones intentan solucionar todos sus problemas, acallar todas sus preocupaciones. Los ocho ancianos se vistieron para la «ceremonia» con raídas tú nicas azules y singulares sombreros, e invitaron a entrar a los extranjeros, de forma absolutamente excepcional. Ni ellos, ni las mujeres o los niños podían hacerlo. Allí dentro, entre máscaras que representaban diferentes animales, los viejos se colocaron formando una media luna y escucharon con gran atención la historia que contaban los dos jóvenes blancos. Sus dos acompañantes negros sirvieron de intérpretes. Pasaron muchas horas sentados en la toguna, bajo un techado ancho y abierto, excesivamente bajo para poder levantarse y ponerse en pie. La techumbre se apoyaba sobre ocho gruesas columnas de madera tallada. Una por cada uno de sus ancestros fundadores, nos explicó Thiemoko, sus ocho antepasados, la serpiente, el lagarto, la tortuga, el escorpión, la rana, el caimán, la hiena y el conejo.

Gran parte del país dogón crece como hiedra aferrándose a las paredes de la falla. Casas y graneros de barro se alzan colgando literalmente de los acantilados. Cerca de una de sus cuevas sagradas, casi en el borde del precipicio, se celebró la larga reunión de la toguna. La rara solemnidad de la situación, las magníficas vistas desde ese extraño balcón al infinito, embriagaron a los invitados. Allí pasaron muchas horas explicando a sus anfitriones los verdaderos significados de su visita, de sus propósitos. Después de escuchar en completo silencio, los ancianos reflexionaron y hablaron. Sabían de la existencia de Dimoune Baobab y de su árbol, el mayor del universo, sentenciaron. Para mayor alegría, les aseguraron que

sabrían llevarles hasta la zona donde arraigaba el gigante. A los dogones les fascinó conocer los detalles de la historia de Luis, les gustó cómo sonaba su verdadero nombre. «Uisss», lo pronunciaban ellos en su acento. Entendieron la inquietud de los visitantes y decidieron ayudarles. Al día siguiente, dos guías les acompañarían hasta la aldea de Niminiama. El baobab no quedaba muy lejos de allí. Adrián y Thiemoko decidieron viajar por tierra, en la camioneta, junto a los batidores dogón. Daniel y Kananga buscarían desde el aire, e intentarían aterrizar lo más cerca posible de la aldea o del árbol si es que lo avistaban. Intentarían avisarles en caso de hacerlo, por radio o sobrevolando el coche en círculos.

Abandonaron la insólita reunión en la toguna poco antes de que se ocultara el sol. Por apaciguar la impaciencia de los inquietos blancos, esa noche llevarían a cabo un extraño rito adivinatorio. Al amanecer, les prometieron, les dirían con certeza si Dimoune Baobab seguía vivo o no.

Con la ayuda de una vara, el más anciano del grupo dibujó en la tierra un gran rectángulo y trazó varias líneas cuadriculándolo. En cada una de las celdas fue echando unos puñados de cacahuetes. A la mañana siguiente, leyendo, interpretando los rastros de los chacales, sabrían decirles si la búsqueda merecería la pena o no, si sería o no en vano. Al chacal le enloquece el maní, les explicó sereno y convencido Thiemoko ante sus caras de incrédulos. Ese animal era uno de los principales dioses dogones, alguno vendría, les aseguró. Para todo lo inexplicable hay siempre una explicación, les dijo un hombre que escondía su rostro tras una máscara con forma de pájaro. Luego, el hechicero les invitó a retirarse, a ir a descansar. Los jefes les dieron libertad para acampar donde quisieran, también les ofrecieron una cabaña para pasar la noche. Los cuatro

eligieron quedarse cerca del avión. Kananga y Thiemoko durmieron dentro, uno sentado en la cabina y el otro atrás, tirado en el angosto pasillo, con las botas como almohada. Ellos en dos sacos, al aire libre, bajo las estrellas y las alas.

Adrián tardó en conciliar el sueño. Le dio por pensar en Nadia. Deseó soñarla. Pero la noche se prolongó para él en una pesadilla atroz, en la que el cadáver de su padre le imploraba ayuda.

Despertó trastornado y aterido de frío. Encendió un fuego no muy lejos del avión, preparó un puchero de café y fue a ver si algún animal había entrado en el rectángulo de los adivinos. Estos, dando grandes zancadas en torno al dibujo, examinaban ya ensimismados las huellas de los chacales, dos o tres, decían, sin duda, que no habían dejado rastro de los maníes. Después de muchas deliberaciones, uno de los chamanes se dirigió con solemnidad a Adrián. No podía asegurar que su padre habitara aún dentro de un baobab pero era seguro que, estuviera donde estuviera, seguía con vida, sentenció escupiendo al suelo.

Una hora después, Thiemoko ya estaba al volante de la *pick-up* esperando a que subiera Adrián con los dos guías dogones sentados en la parte trasera, un hombre maduro y enjuto y un chaval risueño de unos quince años. Todo estaba dispuesto para partir, el agua, las provisiones, hasta improvisaron una rudimentaria camilla por si llegaban a necesitarla. Tío y sobrino revisaron juntos el avión, observados con curiosidad por el gentío que los rodeaba. Antes de separarse, Adrián y Daniel se abrazaron con fuerza, esperanza y aprensión. Luego probaron una vez más los walkie-talkie con los que intentarían comunicarse, permanecer en contacto, y sintonizaron una de las radios

del avión en la misma frecuencia. Los teléfonos no funcionaban bien por allí, conseguir cobertura era un auténtico milagro. Adrián subió a la camioneta y Daniel a la avioneta. Cuando puso en marcha el motor, la multitud se alejó unos metros hacia atrás, veloces y asustados. Luego, el aparato correteó dando botes hacia el punto de partida, mientras muchos corrían a colocarse a ambos lados de la rudimentaria pista de despegue. La Cessna rugió impetuosa en su carrera hacia el cielo dorado y limpio de la mañana. Subió y se alejó virando al este. No tardarían mucho en sobrevolar la zona, menos de media hora, calculó Adrián mirando en el mapa una vez más. Ellos, en coche, transitando aquellos carriles infames, sorteando socavones y piedras, emplearían en llegar tres horas como poco... Adrián no andaba equivocado. Desde el aire, en unos veinte minutos avistaron las chozas de la aldea. Descendieron y dieron un par de pasadas por encima de sus pocos y asombrados habitantes. Un par de hombres, unas cuantas mujeres y muchos niños. Aquello debía ser Nimininiama. Introdujeron las coordenadas en el GPS y ascendieron de nuevo hasta los mil pies de altura, poniendo rumbo a la zona marcada en la carta de vuelo, donde se suponía que se alzaba el árbol gigantesco. Entre las acacias cada vez más dispersas, sobre la tierra ocre y rojiza, empezaron a asomar algunos altísimos baobabs, engrandeciéndose en el paisaje de forma inverosímil. En pequeños grupos o solitarios, se alzaban por aquí o por allá en medio de una frondosidad de arbustos llenos de espinas. Dispersos e imponentes, crecían a lo largo de muchos kilómetros cuadrados de terreno, formando una franja larga y ancha de paisaje completamente insólito e inquietante, absolutamente irreal. Sus desnudos ramajes, como dedos gigantescos, se aferraban al cielo moteado de nubes bajas. Cortaron motor

y descendieron a menos de quinientos pies. Las manos de los árboles parecieron entonces querer agarrar el avioncito de juguete. Daniel pidió a Kananga que tomara los mandos, que siguiera volando en línea recta, muy atento al rumbo, a la altitud y la velocidad, él observaría con más atención afuera. Al poco, fue Kananga quien por casualidad lo avistó primero. I —o divisó a su derecha y dio un grito de admiración. Ahí estaba el baobab que buscaban, no podía ser otro, a unas cinco millas, aunque era complicado calcular tomando como referencia aquellos desproporcionados seres. Daniel cogió los cuernos y viró a la vez que metía potencia. A medida que se aproximaron pudieron comprobar sus verdaderas y soberbias dimensiones. Kananga intentaba con insistencia comunicar con el coche. La voz de Adrián contestó entre silbidos y estridencias: «¡Os recibimos!..., *roger...»* Daniel, ocupado en el vuelo rasante, y muy aturdido por la emoción, sólo acertó a darle un lacónico mensaje: «¡Lo hemos encontrado!» Mientras Daniel maniobraba de forma endiablada rastreando un lugar donde posarse, Kananga, temiendo perder el contacto por radio, se afanó en señalarles el rumbo y las coordenadas que debían tomar para llegar hasta allí. Iban a intentar aterrizar. Podrían hacerlo. Muy cerca del cíclope había un área en apariencia despejada. En cuanto tomaran tierra encenderían un gran fuego, la humareda les ayudaría a tomar la buena dirección. Y esperarían. Esperarían su llegada antes de acercarse al árbol. No soplaba un hilo de viento. El paisaje parecía detenido en una formidable fotografía en tres dimensiones tomada en otro planeta. Todo parecía inanimado, y sobre todo aquel baobab en el que se adivinaba con claridad una embocadura oscura. La entrada que Luis describía en su

carta, por la que muy pronto accederían para salir de dudas...

Daniel consiguió tomar tierra con pericia y detener el avión a unos trescientos metros del árbol. Todo parecía muerto. No se escuchaba un solo ruido. Nada se movía, ni una rama, ni una hoja, nada en el entorno tenía en apariencia el más mínimo atisbo de vida. Se cercioró de que podrían volver al aire llegado el momento. Para asegurarse limpiaron de piedras un buen trecho del terreno. Esperarían allí, junto al avión, a la sombra de las alas. No se acercarían al árbol hasta que Adrián no llegara, hasta que no estuviera a su lado. El sol ya estaba alto en el cielo y el calor era asfixiante, el termómetro marcaba más de 37°. Durante la sofocante espera desbrozaron matorrales, recogieron palos secos y fueron amontonándolos formando una gran pira. Dos horas después de aterrizar la encendieron, asegurándose de que no se extendería. No consiguieron volver a contactar con el coche, que calcularon ya no debería tardar en aparecer. Por hacer más visible y negra la humareda, echaron a las llamas uno de los neumáticos de repuesto que llevaban en la bodega del avión. Luego, lo que les pareció el lejano rumor de un motor fue creciendo hasta hacerse inequívoco. Poco después distinguieron a lo lejos la polvareda que levantaba la camioneta acercándose. Una vez reunidos, comieron y bebieron algo, charlaron un buen rato, tardaron aún en atreverse a caminar hasta la boca abierta del baobab.

Los últimos pasos fueron aterradores. Aproximarse a aquella mole perdida en la nada resultó sobrecogedor. Adrián y Daniel caminaron delante, tras ellos, a sólo unos pasos, Kananga, y mucho más atrás, muy recelosos, los guías dogones. Thiemoko, poco amigo de los posibles difuntos, decidió quedarse acuclillado bajo uno de los

planos de la avioneta. Prefería estar alerta, vigilar por si acaso, se excusó sombrío. Una vez estuvieron a los pies del árbol la perspectiva resultó turbadora. La inmarcesible copa se perdía en las alturas cada vez más nubladas, como un extravagante rascacielos arborescente. La boca de entrada quedaba a un metro y medio del suelo, y tendría otro metro y medio de diámetro. Se detuvieron un instante antes de aventurarse a mirar en la oscuridad. Adrián fue el primero en decidirse. Se aupó agarrándose al borde de la entrada y, asomándose, preguntó al vacío dando una voz: «¡¿Hay alguien ahí?!» La única respuesta que obtuvo fue la del eco de sus palabras y el frenético aletear de unos murciélagos. Los bichos escaparon despavoridos de la gruta para volver a entrar en seguida, huyendo de la ardiente luz del día. Todos se sobresaltaron y se sintieron ridículos por ello. Aunque desdeñaron con nerviosas burlas el miedo, supieron que habría que armarse de coraje para, de una vez por todas, penetrar en el arcano. No habían llegado hasta allí para amedrentarse de forma tan grotesca. Ayudándose el uno al otro, y con el apoyo de Kananga, Daniel y Adrián ingresaron tímidamente en la escabrosa cueva, con gran precaución. Para poder avanzar y adentrarse en las tinieblas, tuvieron que limpiar el acceso, apartar una gran maraña de espinas. Daniel se hizo un profundo corte en una mano con una de las púas, que desinfectó y vendó de mala manera. Detrás de los abrojos que cegaban la entrada, encontraron el primer signo inequívoco de que algún ser humano había pasado por allí. Una especie de enrejado, una tranquera medio caída que intentaba hacer las veces de puerta. Era una rudimentaria defensa artesanal, ramas trenzadas a mano con jiras de liana. Alguien la había colocado allí a propósito, eso era seguro. Avanzaron un poco más e intentaron iluminar el

interior con sus linternas. La bóveda parecía enorme y la luz del todo insuficiente. Dentro aún revoloteaban los ratones alados arrastrando enormes velos de seda arácnida. Un olor acre, nauseabundo, les obligó a taparse la boca y la nariz con pañuelos. Los haces de luz de las lámparas se perdieron en la tenebrosidad, casi impotentes. Esperaron a que los ojos se fueran habituando a las sombras para poder ver con más claridad. Se dieron cuenta de que, desde arriba, tamizada por una densidad inimaginable de telas de araña y restos de vegetación, entraba algo de luz, muy tenue. Ese hueco ahora casi obstruido debió ser antes la «chimenea» que Luis describía en su cuaderno. Con unas varas, como dos ciegos, se movieron más hacia el interior palpando antes de pisar. Descendiendo, resbalando por una ligera pendiente. Todo el suelo era inconsistente y escurridizo. Los pies se hundían un poco más a cada paso en la putrefacta capa vegetal que lo revestía. En el centro de la gruta se alzaba un promontorio, una especie de volcán enano lleno de cenizas. Allí debía haber mantenido Luis encendido el fuego durante años. Les pareció que la escoria aún conservaba algo de calor. Era otra posible «prueba de vida» que les alentó a seguir con sus ingratas pesquisas. Subidos a lo alto del cráter enfocaron con las linternas girando alrededor. Muy lentamente, escrutando en cada recoveco, alumbrando cada pequeño rincón. Al fondo, unos metros más atrás, la figura de Kananga se recortaba a contra luz mirándoles desde la embocadura de la caverna. Casi habían desistido cuando Adrián creyó ver algo. Los dos concentraron allí los faros y quedaron petrificados. Al fondo, oculta entre bejucos y trepadoras, dentro de una recóndita oquedad en la pared, casi impenetrable, distinguieron lo que les pareció una figura humana, una especie de momia...

Los dos se acercaron con cautela, y con infinita tristeza, a lo que muy probablemente sería el cuerpo sin vida de su padre y de su hermano. Apartaron la enramada que lo escondía e iluminaron de cerca la siniestra silueta. No reaccionó. Reposaba con la cabeza apoyada entre las rodillas, cubierto por una especie de lienzo inmundo. El ser, acurrucado en posición fetal, tenía una apariencia completamente exánime. Estaba sentado sobre una materia viscosa que apestaba. Fue una visión y una sensación indescriptible, pavorosa. Daniel acercó su mano al cuerpo y lo zarandeó muy levemente. Luego, con gran reparo, retiró la maraña de pelo gris y mugriento que colgaba cubriendo el rostro del que imaginaron ya un cadáver. Entonces, para colmar el momento de espanto, el despojo humano alzó y giró levemente la cabeza, entreabrió sus mortecinos párpados, y se les quedó mirando. Subyugado, vencido, dispuesto a entregarse a cualesquiera fueran aquellas bestias que lo acorralaban. Aunque estaba del todo irreconocible, no tuvieron la menor duda, aquel momio era Luis. En sus ojos macilentos, velados por las cataratas, aún se desaguaba un hilillo de vida. Adrián rompió a llorar. Daniel maldijo una y otra vez en un susurro...

Desbordados por la impresión, por los inconcebibles sentimientos que soportaron en ese instante, a punto estuvieron de desfallecer, de salir corriendo de allí como almas que lleva el diablo. El cuerpo inerte siguió mirándoles sin mover un músculo. No hubo otra reacción. Con extremo cuidado, Daniel tomó entre sus brazos lo que quedaba de su hermano sin que éste opusiera ninguna resistencia. Como un gorrioncillo lánguido y desplumado, o un superviviente de un campo de exterminio nazi. Ya no pesaría más de

cuarenta kilos. Parecía un niño grande, contraído y famélico.

—Soy Daniel, tu hermano, ¿me recuerdas? ¿Puedes oírme? ¿Puedes hablar?

Kananga entró en la caverna con la mochila de los primeros auxilios, una cantimplora, mantas y una lámpara de gas que iluminó mejor la aterradora estancia, la terrible escena, la horrible visión de ese pobre hombre marchito. Recostaron a Luis sobre un cobertor y lo cubrieron con el otro. Adrián consiguió entreabrir los labios sellados y resecos de su padre y darle a beber unos sorbos de agua de su boca. Parecía muy deshidratado.

—Es tu hijo... Adrián... —insistió en hablarle Daniel—, ¿le recuerdas?

Las pupilas del «muerto» se movieron muy pesadamente, a pequeños respingos, buscando los ojos de Adrián. Este, sollozando de forma incontenible, abrazó con cuidado a su padre arrodillándose a su lado. Luego lo tomó en brazos y lo arrulló como a un crío. Daniel se abrazó a los dos. Kananga salió fuera de nuevo, discretamente.

—Papá..., ¡pobre papá! —lloró Adrián con infinito desconsuelo...

Adrián cogió una de las manos de su padre y le pareció notar que éste apretaba la suya levísimamente. Dani sacó del botiquín un termómetro y le tomó la temperatura. Confirmó lo que el tacto de su piel advertía, padecía una severa hipotermia. Ungieron y frotaron con aceite toda su piel intentando hacerle entrar en calor, activar la circulación de la escasa sangre que debía correr por sus venas. Luego lo abrigaron de nuevo. Había que sacarlo cuanto antes de allí, de aquel humedal insalubre, proporcionarle el calor del sol. Kananga y el supersticioso Thiemoko ya habían acercado la angarilla para portarlo

hasta el avión. Lo tumbaron en ella con delicadeza. Debía llevar mucho en la oscuridad, antes de acarrearlo afuera, cubrieron sus ojos con uno de esos antifaces que dan en los aviones y un paño oscuro. Así evitarían que la luz del día derritiera el estambre de su mirada, cegándolo tal vez para siempre. Si es que no lo estaba ya.

Consiguieron sacarlo del árbol sin mucha dificultad. La camilla dogón resultó ser un utensilio muy eficaz. Para poder meterla dentro del fuselaje, desmontaron los cuatro asientos traseros y los echaron en la cuba de la camioneta. Por si botaban más de lo previsto, aseguraron la hamaca y el cuerpo de Luis improvisando unas trabas con los cinturones de seguridad. Daniel y Kananga se sentaron a los mandos del avión y Adrián se sentó atrás, en el suelo, al lado ele su padre. Thiemoko y los dogones regresarían por donde habían venido en el coche. Aunque sabía que sería muy improbable que le hicieran caso, Daniel pidió a los guías que antes de partir inspeccionaran el interior del árbol, que buscaran dentro cualquier objeto que hubiera podido pertenecer a su hermano. El motor del avión se puso en marcha sin problemas. Kananga pisó a tope los frenos y aceleró a la máxima potencia. Cuando parecía que el aparato se iba a desmoronar, los pilotos soltaron las riendas y corrió desbocado zarandeándose por la accidentada pista. Temieron reventar una de las ruedas, o las tres a la vez. Unos cientos de metros después rotaron y se elevaron veloces, dejando atrás el recóndito y misterioso territorio de los colosales árboles...

Para siempre...

Parecía mentira que aquel mundo de apariencia infinita, extraterrestre, poblado ele baobabs, estuviera a poco más

de media hora de vuelo, a unos ciento cincuenta kilómetros en línea recta del aeropuerto de Mopti. Aterrizaron para repostar y luego continuaron viaje volando durante otra hora y media hasta llegar a Bamako. Allí ya estaban sobre aviso de la emergencia y esperaba una ambulancia. En ella fueron aullando hasta el Hospital Gabriel Touré. Kananga se ocuparía del avión, de los papeleos, explicaría a sus jefes la situación. Ya pasarían al día siguiente, o al otro, por el aeródromo para ajustar cuentas. No en vano, tenían sus pasaportes retenidos, eso además del dinero de la fianza, que superaba con creces la deuda contraída. Sin duda pasarían a pagar la factura...

Luis perdió el conocimiento al poco de despegar, y así ingresó en el servicio de terapia intensiva, algo parecido a una UCI. Los médicos no daban crédito, no se explicaban cómo aquel hombre blanco de aspecto desahuciado pudiera seguir vivo. Durante el vuelo, una fiebre altísima e incontrolable había reemplazado a la hipotermia. Adrián fue aliviándola con paracetamol y trapos húmedos. En el hospital, los enfermeros raparon su cabeza, afeitaron y lavaron todo su cuerpo, y desinfectaron cada una de sus heridas. Nada más llegar le suministraron oxígeno, colocaron vías clavadas en sus venas y en ellas inyectaron un montón de medicamentos. Por uno de los agujeros de su nariz entró un tubo que llegó hasta su mermado estómago. Analgésicos, antipiréticos, antibióticos, calmantes. Inyectaron también un suave puré que llenó sus famélicas entrañas. Los médicos constataron su importante pérdida de peso, los graves síntomas de des— hidratación, el lamentable estado que el extraño paciente presentaba en todos los aspectos. Era un caso sin duda singular. En su deteriorado organismo apenas quedaba un hilo de vida, advirtieron, pero todo parecía funcionar medianamente

bien. Su robusto corazón aún latía, eso era lo más importante, aunque fuera de forma casi imperceptible. Harían todo lo posible por salvarlo, les prometieron. Después de sedarlo y someterlo a mil pruebas y análisis, quedó intubado y monitorizado, en observación. Muchas horas después, uno de los doctores les comunicó en un pasillo que lo peor había pasado, que el enfermo parecía estable y dormía sereno. Posiblemente se salvaría. Aunque en ese caso, tardaría meses, tal vez años, en recuperarse por completo. Habría que esperar, tener mucha paciencia. Estaba en buenas manos. Les recomendó que fueran al hotel y regresaran al menos veinticuatro horas después. Tampoco a ellos les vendría mal asearse y descansar, insinuó el médico.

Antes de ir a reposar, regresaron al aeródromo y ajustaron cuentas en las oficinas de African Airways. Recuperaron sus documentos y la fianza. Desde allí reservaron habitaciones en el mejor hotel de la ciudad, en el lujoso L'Amitié. Una vez allí, aseados y bien comidos, se plantearon cómo decírselo a Nadia. Según los doctores, aún tendría que pasar un mes antes de poder regresar a España. La llamaron desde la habitación y le contaron la aventura vivida para rescatar a Luis, al hombre del baobab.

Mientras él se recuperaba en el hospital, ellos se ocuparon en solucionar con las autoridades del país todos los trámites para, llegado el momento, poder repatriarlo. Oficialmente estaba muerto y enterrado, no existía, no tenía papeles, pasaporte, nada que probara su identidad. Nada que sirviera para identificarlo, salvo los testimonios de su hijo y su hermano, y los documentos que poco a poco fue consiguiendo la Embajada de España en Bamako. Enviaron a Europa fluidos para realizar pruebas de ADN. Recibieron un nuevo DNI y su pasaporte en regla. La colaboración de

la embajadora fue imprescindible. Era una mujer inteligente y eficaz, que se implicó al máximo en un asunto que la tenía fascinada. Daniel y Adrián pasaban cada día por el hospital a ver a Luis. Le compraron pijamas y ropa interior, la ropa limpia parecía incomodarle, también el aseo diario que aceptaba con desgana. Pasó las dos primeras semanas en una especie de coma inducido hasta que una mañana despertó. Pero siguió sin hablar, sin dar muestras de reconocerlos, de acordarse de quién era o de dónde venía. Era pronto aún, aseguraban los doctores. Empezó a ganar algo de peso y a pronunciar algunos sonidos, extraños monosílabos que terminaron por aprender a interpretar. Ya comía purés de verduras, papillas de frutas, leche y galletas, alguna tortilla que tragaba con dificultad. No le quedaba un solo diente en la boca, pero las encías, a fuerza de emplearlas, le servían para masticar. Al parecer, su paladar no funcionaba bien, había perdido el sentido del gusto. También la vista y el oído estaban muy mermados. Su pulso era lento como el de un maratoniano, y aunque ausente, se mostraba dócil con las personas que le atendían. A veces tenía accesos de irritabilidad, de desorientación, e intentaba escapar de la cama y de la habitación. Pero era fácil controlarlo, calmarlo.

Adrián y Daniel pasaron muchas horas sentados al lado de su cama, hablándole, intentando hacerle recordar, contándole... Pero él en ningún momento reaccionó con interés o emoción a las palabras de su hijo y de su hermano. Simplemente los miraba.

En veinte días su recuperación física ya era notable. Sin embargo, mentalmente permanecía bloqueado, sumido en una cada vez más anómala percepción de la realidad. Padecía algo similar a la demencia senil o el Alzheimer, les dijeron los especialistas, algún tipo de enfermedad

degenerativa cerebral, seguro, aunque aún era pronto para emitir un diagnóstico fiable. Tampoco ellos podían hacer nada. Una vez en Madrid deberían hacerle pruebas imposibles de realizar allí que confirmaran o no ese diagnóstico. Su cuerpo seguía muy mermado, pero había recobrado el color y la apariencia de un ser humano. Una tarde los médicos les aseguraron que ya podría viajar a España para que continuara allí su convalecencia en otra clínica. Fue una alegría inmensa para los dos. Habían dejado demasiados asuntos aparcados por estar allí y se sentían muy impacientes por regresar.

Dos días después fueron al aeropuerto a sacar tres billetes en primera clase para regresar a Madrid. No iban a dejar de pasar a despedirse del bueno de Kananga. Éste se emocionó mucho al verlos, al saber que preguntaban por él y percibir en los blancos su sincero afecto. Se abrazaron y charlaron sobre lo vivido. Kananga, para su sorpresa, les dijo que Thiemoko le había enviado algo para ellos desde Mopti. Una caja pequeña con lo que los dogones habían encontrado en el interior del árbol. Superando su aprensión habían buscado dentro del baobab. La abrieron muy intrigados. Dentro encontraron una rudimentaria lanceta sin mango, mohosa y mal afilada, un báculo dogón, un pequeño lápiz roído y despuntado, una goma de borrar ovalada, unas babuchas de cuero carcomidas, casi deshechas, la montura de unas gafas con una sola patilla y una única y gruesa lente, un par de cuencos de cobre verdosos, una bolsita de arpillera llena de huesecillos, colmillos de animales y algunos de sus dientes, un pañuelo infecto, un gorrillo negro de lana... Poco más. Sólo con aquellos objetos había vivido Luis durante casi diez años dentro de su floresta. En el interior de una de las desgastadas sandalias, envuelto en un trocito de tela,

encontraron algo oculto. Al ver lo que era, Adrián se conmocionó profundamente y no pudo evitar una vez más las lágrimas. Era una pequeña foto de carnet de cuando él tenía siete u ocho años, una de esas que te sacan en el colegio cada curso. Estaba muy deteriorada, ajada y descolorida. Adrián sonreía repeinado, mirando a la cámara con gesto satisfecho y vestido con una camisa de rayitas rojas y blancas bajo un jersey granate.

Al mediodía del día siguiente pagaron la factura del hospital, se despidieron muy agradecidos de los doctores africanos y, ya con el alta médica en la mano, se llevaron a Luis en una silla de ruedas. Aún no podía caminar o no quería o había olvidado hacerlo. Kananga les llevó hasta el aeropuerto. Durante el trayecto pasaron por la legación española para despedirse de Marta, la embajadora, y agradecerle una vez más todos sus desvelos. Ésta se ofreció a acompañarles personalmente hasta el avión, por si aún pudiera presentarse algún problema. Les advirtió de que la historia ya había saltado a los medios de comunicación españoles. Cuando los periodistas se enteraran de su regreso, muy posiblemente, tendrían que esquivar a la prensa durante un tiempo. Poco después de las nueve de la noche embarcaron en un Airbus 330 de Air France que les llevaría a París. Desde allí, por fin, volarían hasta Madrid.

Les ayudaron a subir la silla a bordo y a acomodarle junto a una ventanilla. No opuso en ningún momento resistencia, no se quejó, apenas se movió, salvo un leve mirar a uno u otro lado, observándolo todo con expresión de pasivo asombro. En el hospital también les habían proporcionado unas gafas, tal vez no eran exactamente de su graduación, pero era seguro que él veía mucho mejor,

porque todo lo que alcanzaba a ver llamaba poderosamente su atención. Adrián se sentó a su lado y le cogió la mano. Despegaron puntuales. Al poco de elevarse, Luis giró la cabeza y miró afuera. Adrián vio su gesto de extrañeza reflejado y repetido en la doble ventanilla.

—Ya estamos en camino, papá, volvemos, estamos volando —le dijo Adrián apretándole la mano con mucho amor—, pronto estarás en casa... ¿Te apetece regresar a España?

Adrián preguntó a su padre como si realmente éste pudiera contestarle, como si estuviera ya lúcido y recuperado. Luis pareció no inmutarse, pero un rato después, un par de minutos más tarde, sin apartar la vista del cielo, dijo en un susurro inaudible:

No lo sé...

Adrián no llegó a oírle.

Nadia no fue a esperarles a Barajas, prefirió aguardar en casa de Dafii con Paula. No se atrevió. Habían decidido que, de momento, Luis viviera allí. Seguramente pasaría aún mucho tiempo ingresado, pero después necesitaría un hogar y toda la atención del mundo, y no iban a meterlo en una residencia. Tal vez un día llegara a valerse por sí mismo pero eso era muy improbable. Daniel vivía solo, no tenía pareja estable, más bien se podía decir que alternaba varias muy inestables. Casi todas azafatas. Seguramente, el comandante tendría que cambiar de vida y buscar alguien apropiado. En cualquier caso todos colaborarían en la tarea de cuidarlo. También Amanda. Ella aún no sabía nada y, al parecer, nadie, excepto Nadia, había pensado en contárselo, en decirle que su hijo mayor seguía con vida. Realmente no sabían cómo hacerlo.

A su llegada a Madrid, una UVI móvil esperaba a pie de escalerilla del avión, también un subsecretario de

Exteriores y un par de funcionarios de ese ministerio. Daniel, Adrián y Luis bajaron los últimos, en un ascensor del servicio de catering. Abajo, la austera e inesperada comitiva les dio la bienvenida a España. Un fotógrafo se encargó de inmortalizar el momento para las fotos oficiales. Les aseguraron que no tendrían que ocuparse de nada, estaba todo previsto. Una pequeña caravana de vehículos se puso en marcha detrás de la ambulancia dejando atrás el avión. Llevaron a Luis al mejor hospital de Madrid, una clínica privada que solía atender a los miembros de la Familia Real. Allí quedó ingresado, en una habitación que parecía la de un gran hotel. A su llegada, el equipo médico .también salió a recibirles. Les prometieron que el enfermo recibiría la mejor asistencia posible. La historia del «hombre del baobab», del madrileño muerto y resucitado al que un día, diez años atrás, dieran por desaparecido en un accidente aéreo, había fascinado, trascendido y saltado a la prensa. Fue portada en todos los periódicos y ocupó titulares en los informativos de la radio y la televisión. A la salida del centro médico esperaba un nutrido grupo de periodistas, fotógrafos y cámaras de televisión. Los informadores se abalanzaron sobre Adrián y Daniel. En el hospital les propusieron salir por otra puerta, intentar pasar desapercibidos, pero prefirieron afrontar el encuentro. Contestaron algunas preguntas, contaron una escueta parte de la historia de Luis Vaissé, agradecieron a todos su interés y se marcharon. Un coche oficial les llevó a casa de Dani.

Allí esperaban impacientes Nadia y Paula. Para Adrián el reencuentro con la mujer de su padre fue muy raro y algo traumático, más aún delante de su tío. La abrazó con ternura y sintió también cómo el deseo tiraba de él con fuerza. Sintió que a ella le sucedía algo parecido. Tuvieron

que contener sus impulsos por muchas razones. Pero para los dos, en ese preciso instante, quedó claro aquello que tanto habían temido, se amaban. A pesar de todo, por encima de todo. Daniel y Adrián pasaron horas contando a Nadia los detalles de la aventura del rescate. Paula escuchó hechizada la narración. Ellos supieron evitar a la niña los pasajes y los detalles más escabrosos. Nadia decidió ir a ver a Luis al día siguiente; aunque no sabía cómo afrontarlo, decidió no esperar más. Daniel la acompañaría y Adrián se quedaría en casa con la niña. Tal vez irían a ver pingüinos y a comer a Faunia.

Nadia abrió la puerta de la habitación 209 con verdadera aprensión. Aterrorizada, desvalida, llena de aflicción. Su cuñado Daniel seguía intentando arroparla. Nadia le suplicó que no entrara, que la dejara sola con él.

Cerró la puerta y suspiró muy profundamente mirando a Luis. Yacía en un lecho blanco, inmaculado, recostado de un lado y mirando hacia la luz que entraba por la ventana. Se descalzó y se acercó a él despacio, muy sigilosa, como intentando no despertarle. Tenía los ojos abiertos y la mirada perdida en el cielo. Rodeó muy lentamente el lecho, acariciando las barandillas de acero, mirándole. Mirando al hombre que más había amado en toda su vida, el más dulce y hermoso amante que había conocido. No quedaba nada de él. Estaba pálido, huesudo, muy delgado. Parecía un anciano. Los labios habían desaparecido, su boca no era más que una delgada línea entreabierta, completamente inexpresiva. Babeaba ligeramente y tenía boqueras blancas en las comisuras de los labios. Dos tubitos transparentes entraban por los orificios ensanchados de una nariz que Nadia no recordaba así, tan torcida y desproporcionada. Le

dijo hola sollozando..., y rompió a llorar, ya no pudo hablar más. Cayó desplomada y se arrodilló junto a Luis, frente a su rostro. Besó varias veces con dulzura aquella boca antes tan mórbida y ahora tan afilada, tan seca, tan rígida e insensible. Él pareció no inmutarse. Tal vez parpadeó un par de veces, nada más. Sus ojos parecieron atravesarla, seguir mirando las nubes a través de ella, mucho más allá de su rostro compungido. Pasó más de una hora así, a su lado, acariciándole la cabeza, las mejillas, con su otra mano cogida a su mano. En completo silencio. De tanto en tanto gimoteaba en un llanto incontenible, aunque las lágrimas, como un torrente inagotable, no dejaron de brotar de sus ojos ni un instante. Alguien llamó con los nudillos en la puerta y entró. Era una enfermera sonriente y demasiado dicharachera para el momento. Tenía que pinchar a Luis. Nadia se retiró hasta la ventana intentando devolver una sonrisa a la chica. Esta destapó al enfermo y le cambió de posición con gran habilidad, «es para evitar escaras», explicó a Nadia. Llevaba sólo puesto un camisón abierto por detrás. La sanitaria lo abrió para ponerle una inyección. Quedaron al descubierto las sondas que salían de algunas partes. Nadia se quedó horrorizada al ver lo que quedaba de su cuerpo encogido, mermado, esquelético, lleno de llagas y pequeñas heridas. La enfermera cumplió con gran diligencia y afición todos sus quehaceres. Inyectó otros medicamentos en el tubo que iba a parar a una de sus venas, cambió las bolsas de suero y comprobó que goteaban, ajustó el flujo del oxígeno, le tomó la temperatura, observó los parámetros vitales en los monitores. Hizo todo aquello sin parar de hablarles. Ninguno de los dos escuchó su retahíla. Luego, después de decir chillona: «¡venga Luisito, que se va usted a poner pronto muy bien!», se despidió de Nadia y salió de la

estancia cruzándose con Daniel, que entraba en ese momento. Nadia se abrazó a él empapándole la camisa de lágrimas. Dani intentó consolarla, pero eso era algo imposible.

Nadia no volvió a visitarle mientras permaneció en el hospital, ni permitió que Paula sufriera el *shock* de ver así a su padre. La niña tendría que esperar a que Luis se recuperara mucho más.

Seis meses después Luis salió de la clínica. Al final se instalaría en casa de su madre, de Amanda. Adrián se ocupó de darle la noticia, de contarle que su padre vivía y toda aquella historia inconcebible para la abuela. Pero vina madre es una madre. Ella cuidaría de él, tenía fuerzas para eso y para mucho más a sus sesenta y seis años. No iba a permitir que nadie volviera a separarla de su hijo. Se sentía culpable. Siempre se había sentido en deuda con él. ¿Quién sabía por qué? ¿Quién iba a cuidar de él mejor que ella? Además, todos la ayudarían. Hubiera dado la vida por su hijo, por no tener que verle así, pero de algún modo estaba feliz de recuperarlo, de poder tenerlo a su lado, fuera como fuera. Luis aceptó impávido su nueva morada, su habitación, los amorosos cuidados de esa señora extraña, dulce y cariñosa. Tampoco parecía recordarla. Aunque completamente ausente, Luis siguió mostrándose dócil y manso. Después de un tiempo, consiguió caminar aunque con mucha dificultad, apoyado en dos bastones. El hecho de recuperar esa habilidad le proporcionó otro aspecto, otra dignidad. Poco a poco, casi como un bebé, fue ganando pequeñas batallas a la inmovilidad, a los pequeños retos cotidianos, desde encender un interruptor a abrir un grifo. Pero sus pequeñas conquistas, sus pequeñas capacidades

físicas, esas tímidas habilidades que a todos alentaban y celebraban como un triunfo, durarían poco. A pesar de todo intentaron que llevara una vida lo más placentera posible. Los fines de semana solía pasarlos con Nadia y Adrián. Tenía una habitación reservada en su casa, y otra en la de Daniel, donde se quedaba también alguna vez. En ocasiones, les parecía apreciar en su semblante un leve cambio, como si de repente fuera a recobrar la conciencia. A veces les parecía que esbozaba una tímida sonrisa. De vez en cuando salían a pasear con él caminando muy despacito, empujando la silla de ruedas por los jardines cercanos, o por las calles entre la gente y el tráfico, deteniéndose a mirar escaparates. Siempre se entretenían un rato ante los instrumentos que se exponían en los del Real Musical. Era evidente que le gustaba mirarlos.

A veces tomaban algo en el Café de Oriente, dentro o fuera, en la terraza, según estuviera el tiempo, era un lugar que también parecía gustarle.

Tras muchas treguas y derrotas esperando siempre un milagro, una mejoría, de repente, de un día para otro, su estado físico empezó a empeorar vertiginosamente hasta igualarse a su estado mental. Desde su regreso de África, Luis aún vivió cuatro años más. Los pasó muy bien atendido, bien cuidado, bien amado, mientras su rara enfermedad degenerativa iba consumiéndolo, incapacitándolo, aislándolo más y más de la vida y la realidad. Llegó un momento en que la situación se hizo intolerable. Adrián decidió no permitir que la angustia siguiera prolongándose más de lo imprescindible. Habló con Amanda, con Nadia y con Daniel, también con Paula. Intentó hacer entender a todos lo que todos ya habían pensado alguna vez. Era evidente. Había que poner fin a la lentísima agonía de Luis, ya no había remedio. Estaba seguro de que su padre, más

que cualquier otra cosa, deseaba salir a toda costa y lo antes posible de ese cuerpo ya inservible, de esa vida tan aciaga e incómoda para él y para todos los que le querían. Luis deseaba morir y seguir su camino otra vez. Ya no cabía otra posibilidad. Una noche Adrián le susurró a su padre al oído: «No temas yo te ayudaré a partir.» Le pareció notar que la mano de su padre apretó levemente la suya al oírlo. Lo haría pronto, con determinación y sin el menor remordimiento. Todos estuvieron de acuerdo en que aquello era lo mejor, la única salida...

Después de todo.

Amaneció una mañana plácida, radiante, azul, muy azul. Nadia remoloneó entre las sábanas, sin prisa ni pudor, hasta que el apetito la empujó a salir de su fragante lecho. Estaba sola en la casa que tenían en la sierra. Allí pasaban muchos fines de semana, todos los que podían. Se le hacía raro tanto silencio, echaba en falta el constante alborotar de los chicos, de Paula y del pequeño Alejandro, su segundo hijo.

Ale nació apenas diez meses después del regreso de Luis, del inmenso amor que Nadia y Adrián se profesaban y que fue imposible contener, del mejor deseo. Alejandro era un tierno y jugoso fruto caído del árbol de un orgasmo muy esperado y prodigioso. También Paula fue concebida así, en el asombroso juego del mejor sexo, el más desinhibido, paciente y enamorado. Tal vez por ello, los dos, Paula y Alejandro, poseían algo especial, tenían el brillo y el don de la ternura, y una naturaleza llena de perspicacia, creatividad e inteligencia. Pero por encima de todo, pensaba siempre Nadia, ¡estaban sanos! Eran niños fuertes y de salud inquebrantable. Había tenido mucha suerte con sus hijos y con los padres de sus hijos. Nadia vivía íntimamente obsesionada, a veces atormentada, por la idea

de que algo pudiera sucederles. Adoraba a sus dos pequeños, los amaba con absoluta entrega, con locura...

Preparó té de jazmín, zumo de naranja y unas tostadas con aceite de oliva y tomate. Puso sobre ellas unas lonchas de aguacate y unas finísimas tiras de trucha ahumada. Luego se sentó en el porche a desayunar con calma, a mirar el cielo sin prisas. Echó una ojeada al reloj, eran ya las 11.20 horas. Intuyó que en cualquier momento la avioneta de Adrián aparecería flotando liviana sobre el horizonte, engrandeciendo las alturas. El, Paula y Alejandro habían salido a volar muy temprano, como tantos otros domingos. ¡Demasiados! A ella siempre le invadía una terca inquietud cuando lo hacían, mucha más de la que se atrevía a confesar. No terminaba de acostumbrarse a aquella fascinación aeronáutica, sobre todo a la de sus hijos. A Nadia le gustaba cada vez menos volar, elevarse, dejar de sentir la tierra firme bajo sus pies, pero a su hija y a su hijo les apasionaba cada vez más. ¿Qué iba a hacer?, tenían a quién salir, ése era el resultado de la temible «genética del aviador» corriendo por las venas de sus hijos.

Antes de llegar a divisar la avioneta a simple vista, empezó a distinguir entre la brisa el inconfundible murmullo de su motor, el rumor de la adorada Piper Cherokee de Adrián acercándose. Era un trasto del año 1969 que compró en Estados Unidos a precio de ganga, unos veinte mil dólares. Gastó otros cuantos miles en traerla medio desmontada desde allí y un pico más en restaurarla, en dejarla mejor que nueva. Según él, era una joya, uno de los aeroplanos más seguros que podía surcar el cielo, capaz de volar sin motor tan bien como con él. Lo difícil era hacer que cayera, le prometía burlón siempre que veía en sus ojos un atisbo de intranquilidad.

La insignificante avioneta fue creciendo aproximándose desde el sur, como un ave ratonera buscando a su presa, sobrevolando los campos recién arados, rastreándolos, avanzando lenta y segura en un aire seco, sereno y lleno de fragancias. En un momento dado el ruido del motor se apagó. La aeronave inició un lento y prolongado giro a la derecha mientras descendía planeando silenciosa. Luego, unos centenares de metros más abajo, pasó bramando a muy baja altura, a ella siempre le parecía demasiado baja, sobre la pradera que se extendía frente a la casa. Las ruedas casi rozaron las briznas de hierba. Mientras Adrián metía toda la potencia para elevarse de nuevo, el estruendoso aparato alabeó a un lado y a otro para saludarla. Nadia sintió en la piel el calor de los gases que emanaban del motor, aspiró el olor a combustible, notó la fuerza del rebufo estremeciéndola tras la pasada. Se quedó ahí plantada de pie en mitad de la parcela, diciéndoles adiós con las dos manos, agitando una servilleta al aire con una y haciendo ostensibles saludos con la otra. Para su disgusto, aún dieron un par de vueltas más y otras dos veces pasaron en vuelo rasante frente a sus ojos. La última tan bajo y tan cerca que pudo distinguir perfectamente tras la ventanilla a sus pequeños, el gesto emocionado y feliz de su hijo, la enorme sonrisa de su hija, los dos con las naricillas pegadas al cristal. El júbilo resplandecía en sus caritas de ángel, en dos muecas de alegría tan inmensas como las alturas a las que volvían a subir.

Paula ya no era una niña, aunque ella siguiera viéndola así. Tenía diecinueve años y cuidaba con mimo de su hermano pequeño, como una segunda madre. Podía estar tranquila. Alejandro pronto cumpliría diez. ¡¿Cómo puede pasar tan veloz el tiempo?!, se preguntó aturdida, con el estómago encogido aún. Los tres saludaron una vez más

desde el aire y le lanzaron muchos y muy amorosos besos al pasar. Allí, a bordo de lo que para ella era un peligroso armatoste, viajaba todo su amor, todo lo que de verdad le importaba en este mundo, lo único que realmente tenía sentido, su hija mayor, su hijo pequeño y el hombre que amaba más y más cada día. Sintió un terrible escalofrío y deseó que regresaran de una vez, cuanto antes. Tal vez, pensó, hubiera sido mejor estar con ellos allí arriba por si sucedía lo peor, algo que para ella siempre podía suceder...

La próxima vez vencería el miedo y les acompañaría, no se volvería a quedar sufriendo y esperando. Apartó rápido esos pensamientos de su mente. El avión describió varios giros elevándose y alejándose despacio hacia el sur, rumbo a Cuatro Vientos. La garbosa nave se hizo más y más pequeña hasta perderse y desaparecer en el mismo azul en el que había aparecido. Qué nadería en un cielo tan inmenso, pensó ella con desvelo, qué fragilidad.

Tardarían aún un par de horas en regresar, calculó. Se sirvió otro té, acabó su desayuno y entró en la casa. Pasó el aspirador, ventiló e hizo las camas y se puso a preparar la comida. Le encantaba cocinar sin prisas los fines de semana. Puso un disco de Van Morrison y se sirvió una copa de vino blanco, muy afrutado y frizante. Relamió sus labios después del primer trago, con el segundo paladeó el placentero regusto del espumoso. Las burbujitas cosquillearon en la punta de su lengua y su nariz al volver a beber. Éste es el sabor de la felicidad, pensó.

Después de todos aquellos episodios terribles en sus vidas, después de tantos años de desasosiegos, por una vez podía decir que se sentía muy dichosa, que su vida era feliz y serena. La serenidad se había instalado en su alma, en su precioso hogar, en su maravillosa familia. Todo iba bien, mejor que bien...

Hacía ya unos seis años de su muerte pero aún, a veces, pensaba en Luis y en su azarosa existencia, en los años vividos a su lado. Un periodo que ya recordaba muy difuminado, que le parecía extraño, ajeno, irreal. Qué corta es la distancia que nos separa de la desventura, pensó, qué estrecha y difusa la línea que marca los confines de la infelicidad. Todo puede cambiar en un santiamén, ¡todo!... Apartó también veloz de su mente ese aterrador pensamiento.

Se había prometido cien mil veces no volver a meditar sobre la impunidad y la inoportunidad de la desgracia, sobre el dolor, sobre el pasado, y dejarlo todo y para siempre donde quedó bien enterrado. Y mirar sólo adelante, sólo al día de hoy, mejor aún, al minuto de ahora, al segundo en que vives, en el que aún puedes respirar. ¡Eso es lo único que tenemos!, se dijo, el ahora, sólo eso. Su ahora y el de los suyos era casi perfecto, armonioso, extraordinario, tanto que le asustaba pensarlo.

Partió un poco de queso para acompañar al vino, y se metió en faena. Ralló un trozo de parmesano sobre un cuenco. Puso a hervir agua para la pasta, unos enormes raviolis que había elaborado y rellenado ella misma. Luego deshebró, lavó y troceó una rama de apio, también unos níscalos, picó un par de dientes de ajo y cortó en tiras finas el corazón de unos puerros. Fue echando cada cosa a su tiempo en el aceite que chisporroteaba en la sartén. Mientras sofreía todo pensó una vez más en sus hijos, en el hombre que amaba. En papá Adrián, en papaíto. Paula siempre lo llamaba así con total naturalidad y franqueza. Desde bien pronto dejó a un lado el hecho de que su amado «papaíto» fuera a la vez su hermano mayor, el primer hijo de su padre.

Mientras cocinaba y canturreaba abstraída en la tarea, sin venir demasiado a cuento, la música le trajo algunos recuerdos, sensaciones, emociones de esas que guardan la tinta y los espejos sin ser capaces de reflejarlas con exactitud. Fue recordando detalles, rememorando pasajes de un tiempo que, por mucho que se empeñara, no conseguía olvidar del todo.

Nada de eso importaba ya nada. Cuando se lo dijeron a Paula, cuando le confesaron que se amaban e iban a vivir juntos, la niña aceptó con inmensa alegría la suma de Adrián a sus vidas, y adoptó de inmediato a su hermano mayor como a un padre. En el fondo fue así desde el primer momento, desde que lo conoció en Estados Unidos. Apartó en seguida la idea de que su papá era Luis, quién sabe cómo, y aquella verdad nunca llegó a contar para ella, al menos no en apariencia. Jamás pareció que supusiera una traba o una contradicción que su hermano fuera su papá. Adrián también asumió con naturalidad y presteza su nuevo papel. Poco a poco, día tras día, se fue convirtiendo en «papaíto», sólo eso, hasta que ya no cupo otra posibilidad, otra realidad. Y para Paula, el inexistente recuerdo de su padre biológico, su invisible presencia, parecieron entrar a formar parte de una rara alucinación, de algún breve ensueño, extraño, amargo y olvidado. De un mal sueño en todo caso. Desde muy pequeña aceptó con asombrosa claridad aquellos «dramas» que mamá siempre intentó mantener alejados de ella, y todo aquel galimatías de parentescos que conllevaron. Sucesos, circunstancias, desenlaces que a los adultos tanto podían llegar a perturbar y que tantas conversaciones o chismorreos, seguro, les habría proporcionado.

El tiempo cabalgó para todos. Luis falleció a los cincuenta años en Madrid, una madrugada de setiembre de

2010. Sereno y rodeado del amor de los suyos, en la penumbra de una plácida habitación con vistas a los jardines de la Plaza de Oriente, en la casa de Adrián y Nadia, en su cama. Esa noche, la del adiós, todos pasaron a darle las buenas noches, a despedirse de él, a darle un beso, sin demasiadas solemnidades ni melodramas. Fue una especie de ceremonial improvisado, sincero, muy sentido. Un precioso «hasta la vista». Tal vez Paula, que entonces tenía trece años, fue la más conmovida, la más abatida en los adioses, la que peor aceptó que aquélla era la mejor solución, la única, ante el imparable deterioro de Luis. Alejandro tenía apenas cuatro años y no terminó de comprender bien lo que pasaba. Para él, el abuelo Luis se iba a marchar a alguna parte, subiría al cielo sin avión, como los pájaros y los ángeles...

Cuando todos dormían, Adrián y Daniel entraron en la habitación de Luis y se sentaron uno a cada lado de la cama. Allí yacía, probablemente deseoso de encontrarse con la muerte, el padre y el hermano. Daniel le pasó la jeringuilla con la última dosis del sedante, la definitiva. Adrián se abrazó a su padre durante unos interminables minutos antes de atreverse a inyectarle la poción redentora. Daniel tomó de la mano a su hermano durante todo el proceso. El tránsito del sueño a la muerte fue prácticamente imperceptible. La respiración de Luis se fue haciendo más y más pausada hasta llegar al último aliento, sin la menor señal de angustia. Sólo un leve estertor señaló el tránsito hacia el fin...

No hubo velatorio, ni funeral, ni drama, ni duró demasiado el desconsuelo. Al contrario, todos sabían que aquella ausencia sería mucho más humana que su tristísima presencia, que aquello había sido para él una bendita forma de liberación. Veinticuatro horas después, el coche fúnebre

llevó sus restos, esta vez sí, hasta su lugar reservado en La Almudena. El mismo que catorce años antes había acogido aquellas pavesas que no le pertenecían. Tras la incineración, las verdaderas cenizas de Luis por fin reposaron al lado de las de Alfonso, su padre...

Unos días después del fallecimiento, improvisaron una sosegada reunión familiar. Comieron y brindaron en su memoria. Todos estuvieron ocurrentes, serenos, tiernos y divertidos. A la mesa se miraron fotografías, se rememoraron momentos, se contaron anécdotas, chascarrillos, fábulas fantásticas de dos vidas intensas. También se acordaron del abuelo Alfonso, de sus aventuras en el Congo, de aquel último viaje que padre e hijo hicieron juntos por África. Recordaron sus existencias como a ellos les hubiera gustado que fueran recordadas.

Adrián y Nadia ya eran marido y mujer cuando enterraron a Luis. Llevaban cuatro años viviendo juntos, casi la edad de Alejandro. Paula era toda una madraza con él, con aquel hermanito pequeño y extraordinario que a la vez era su sobrino, el hijo de un padre que en verdad era un hermano. Aunque jamás llegara a sentirse tía de Alejandro ni hermana de Adrián.

Cuando rescataron a Luis del interior de su árbol y regresaron con él a España, todo cambió para todos. Si uno lo pensaba, aquel lejano e infausto viaje a África había trastocado todas sus vidas.

Amanda se dedicó en cuerpo y alma a cuidar de su hijo, antes tan díscolo y después tan sumiso. Encantada ele poder hacerlo y tenerlo a su lado aunque fuera así. Después de haberlo dado por muerto al fin lo recuperó, aunque fuera con tan escasa vida dentro de él.

Nadia dejó su cargo en la revista en París y se incorporó a trabajar en la redacción de *Elle* en Madrid como

redactora jefe de moda. Alquiló su casa frente al Sena y vendió la que un día había compartido con Luis. Ella y Adrián compraron un precioso y enorme ático en la calle de Pavía, frente a los jardines de Cabo Noval, al lado de la Plaza de Oriente. También esa casita en el campo, cerca de Segovia, que tan dichosos les hacía. Iban y venían con frecuencia a visitar a los padres de Nadia en Clermont, los billetes de avión les salían casi gratis. Adrián abandonó la idea de seguir en Estados Unidos y regresó definitivamente a España. Muy pronto empezó a trabajar en Iberia, volando al lado de su tío en la flota Airbus, como soñó un día ya tan lejano. Daniel terminó casándose con una violonchelista, una mujer bellísima y encantadora, que con el tiempo llenó su vida y su casa de partituras, de melodías y de hijos.

Adrián y Nadia, Paula y Alejandro, eran todo lo felices que podían ser y un poco más. La vida, a veces tan amarga e injusta, a ellos les sonreía, les cuidaba con esmero, tal vez por compensarles de todo el desconsuelo que les había proporcionado. Sin poner demasiado empeño en ello consiguieron ir olvidando hasta olvidar casi por completo... Sólo ella, aún, de vez en cuando...

El sonido del coche acercándose por el camino le hizo escapar de sus pensamientos. Por fin habían regresado, y llegaban justo a tiempo para comer. Menos mal. Fue metiendo uno a uno y con cuidado los raviolis en el agua hirviendo, en unos cinco minutos estarían *al dente.* Terminó de preparar la ensalada, se enjuagó las manos bajo el grifo y las s ó en el delantal. También enjugó alguna lágrima furtiva que aún paseaba descendiendo por su mejilla.

Toda la inquietud desapareció por completo en cuanto los tres entraron por la puerta. Regresaron alborozados por

la belleza y la placidez de la mañana pasada en el cielo, por la diversión, y los tres besaron y abrazaron a mamá con auténtico regocijo.

¡Qué bien huele!, debe estar delicioso...

Almorzaron fuera, en la mesa del jardín, entre el sol y la sombra bajo un frondoso pruno. Mientras tomaban los postres, Nadia alzó la vista un momento al cielo. Una bandada de pájaros blancos se aproximaba cruzando el azul, les advirtió. Los cuatro miraron y siguieron con la mirada su parsimonioso vuelo. Pasaron justo por encima de sus cabezas, a un centenar de metros de altura. En el silencio, entre algunos apagados graznidos, escucharon el ruido de sus aleteos. Sonaba como el rumor de un mar de lentas olas de nubes y viento. Todas las aves parecieron saludar con el acompasado aleteo de sus amplias alas. ¿Cómo les verían desde allí arriba?, se preguntó Ale en voz alta. Paula le recordó que él lo sabía, que podía imaginarlo sólo con cerrar los ojos. Acababa de estar ahí. Los pájaros se alejaron volando hacia las montañas, formando una U o una V muy abiertas, trazando en el cielo una enorme sonrisa. A Nadia aquello le pareció un buen augurio, pero no dijo nada...

Epílogo

Afuera el sol incendió las retamas grises de la ciudad, coloreó de rojo el hormigón, se tamizó entre las nubes. Ella sintió esa amarga y antigua nostalgia una vez más. A pesar de la felicidad y el olvido, él siguió para siempre en algún rincón dentro de ella. Hacía ya muchos años que Luis había dejado de soñar, de pensar, de sentir, de atizar sus ganas de vivir, de alentar su perverso y obstinado deseo de morir. Pero aún, cuando menos lo esperaba, volvía su recuerdo. Nadia pensaba todavía en todo ello, en él. En lo más recóndito del día o de la noche, en la memoria o en los sueños, donde todo es secreto y nada es definitivo ni imposible. Miró desde la ventana cómo terminaba el día. Posiblemente, pensó, Luis deambulara por esa inmensidad atravesada de pájaros y estelas de aviones. Tal vez viajó mucho más allá del infinito, por la misma eternidad en la que moran los pensamientos y las palabras, por ese espacio donde el tiempo aún no sabe que lo es. Por los vacíos y silencios donde vaga la razón incorpórea de todas las cosas, de todos los seres.

¿Habría pensado en ella un instante antes de morir?

Seguramente no, se respondió melancólica. Se entrego a la última sensación casi inconsciente, probablemente

recordando que ya no tendría nada más que recordar. Quizá se fuera en paz, o quizá no. Quién sabe si añorando su vida en el árbol, el silencio, la azarosa sencillez de su existencia dentro de él. Quién sabe si, en su demencia, vivió sus últimos años llenos de nostalgia por ese lugar del que tal vez nunca debería haber regresado. Nadia se preguntó una vez más si hicieron bien «salvándolo». ¿Cómo saberlo?...

A veces los secretos y sus enigmas son tan inmensos que no hay agujero donde esconderlos, ni siquiera en el que albergaba el alma inmensa de aquel baobab, los restos de Luis. Crecen, nos rodean, nos impregnan, nos transforman, y son ellos entonces los que nos guardan a nosotros y nos susurran de vez en cuando desde adentro. A veces el disfraz de la vida nos viene grande, demasiado grande, o excesivamente ajustado, tanto que nos asfixia. El tiempo y los hechos que no elegimos vivir nos pesan, nos sobrepasan, nos ocultan, nos raptan, nos llevan de acá para allá sin contar con nosotros. Impotentes, terminamos aceptando que no es sencillo eludir la vida que nos tocó vivir. Nos entregamos entonces a ella sumisos, aunque desde el instante mismo de la concepción la sintiéramos en algo ajena, incompatible tal vez con nuestros deseos, con nuestro espíritu. Incapaces de contenerla, de frenarla, de reprenderla, esperamos a que sea ella, la vida, la que se canse de jugar con nosotros. Y aguardamos pacientes o impacientes a que la muerte, una noche, una tarde o una mañana, se encargue de escribir al fin la palabra fin...

Nota del autor

Desde el primer pensamiento, desde la primera idea que me impulsó a emprender esta tarea, siempre, desde el primer instante, todo fue escrito por y para mi padre. En su honor, en su memoria, vivo o muerto, sin remedio, gracias a él. La primera certeza que guardo en la memoria acerca de la creación de *El hombre del baobab,* de su nacimiento como un hipotético proyecto literario, me lleva a los primeros años ochenta. Debía de ser verano o primavera, o no, porque yo por aquel entonces vivía en un soleado y tórrido ático de Sevilla, donde era fácil pasar calor hasta en invierno. Acababa de entrar a vivir en esa casa, un nuevo alquiler en el centro. Una mañana, mientras montaba unas estanterías y las llenaba de libros, mientras organizaba mi pequeño «rincón de escribir» con vistas a la Giralda, anoté en un papel el título del libro y dejé debajo algunas líneas. Tal vez las primeras palabras, no recuerdo ahora cuáles fueron. Creo que ese día decidí intentar crear esta historia, ponerme a ello. Ya había escrito entonces muchos poemas, tímidos textos cortos, cuentecillos, pero aquel empeño, el de escribir una novela, me parecía casi inalcanzable. Mientras trabajaba en esta obra, me nacieron tres hijos, perdí a algunas personas, planté una docena de árboles

(que ya se han convertido en hermosos ejemplares), publiqué un poemario, una novela, numerosos artículos de prensa...

Habrá pasado cerca de un cuarto de siglo y en todo este tiempo, recuerdo pocos días en los que no pensara de un modo u otro en *El hombre del baobab.* Gran parte de este libro está pues escrito a rachas, a tiras, aquí y allá, más deprisa o más despacio, en diferentes edades, con más o menos acierto. Año tras año fui, casi sin darme cuenta, tallando miles de piezas que raramente parecían poder llegar un día a encajar. Todo empezó manuscrito, después se redactó en una vieja Olivetti Lettera DL que era de mi padre. Cientos de páginas nacieron de cientos de notas, de centenares de anotaciones en todos los tamaños, tomadas en todo tipo de papeles, escritas en los lugares y en los momentos más insólitos. Buena parte del libro fue escrito dentro de otros libros, de la mayoría de los que fui leyendo durante todos esos años, rellenando de forma obsesiva las primeras y las últimas páginas en blanco, los márgenes, cualquier rincón vacío de palabras. No alcanzo ahora a imaginar cómo conseguí reunir y unir muchos de esos pequeños fragmentos.

Todo acabó pasando al ordenador, por varios ordenadores, por no sé cuántas impresoras, por muchos cajones y estanterías, por un montón de cajas y maletas, por diferentes casas, por habitaciones distintas, también las de unos cuantos hoteles de unos cuantos países de cuatro continentes. Si lo pienso, desde que recuerdo me ha perseguido la alargada sombra de este libro que ya no me pertenece. Durante parte del proceso, durante estos últimos años, me acompañó la lúgubre idea de la muerte de mi padre, la tristeza y la rabia por su enfermedad. Siempre temí que no llegaría a leerlo. Siempre supe que iba a ser así

y así ha sido. Le gustaba leer lo que yo escribía, pero creo que jamás le ofrecí unas líneas de este libro, aunque deseara tanto hacerlo, aunque todo estuviera escrito por y para él, gracias a él.

No llegué a tiempo. Mi padre murió hace poco, una tarde de viernes, el día 2 de enero de este año 2009. No hice lo que tantas veces había pensado. No dejé una copia entre sus manos, sobre su pecho, para que las páginas se incineraran con él, para que sus cenizas y las de estas letras se fundieran para siempre en un solo gris, para que se llevara al menos la esencia de una historia que le pertenece y que ya no podrá leer, al menos no aquí.

Debo a mi padre todo lo que es ficción y todo lo que no lo es. Una dedicatoria me parecía insuficiente para él. Dejo aquí estas palabras porque las merece, porque a él le hubiera gustado que lo hiciera, porque los lectores, tal vez, las sepan valorar. Espero también que sepan disculpar todas mis torpezas y adivinar entre las líneas todo aquello que las palabras no acertaron ni acertarán decir...

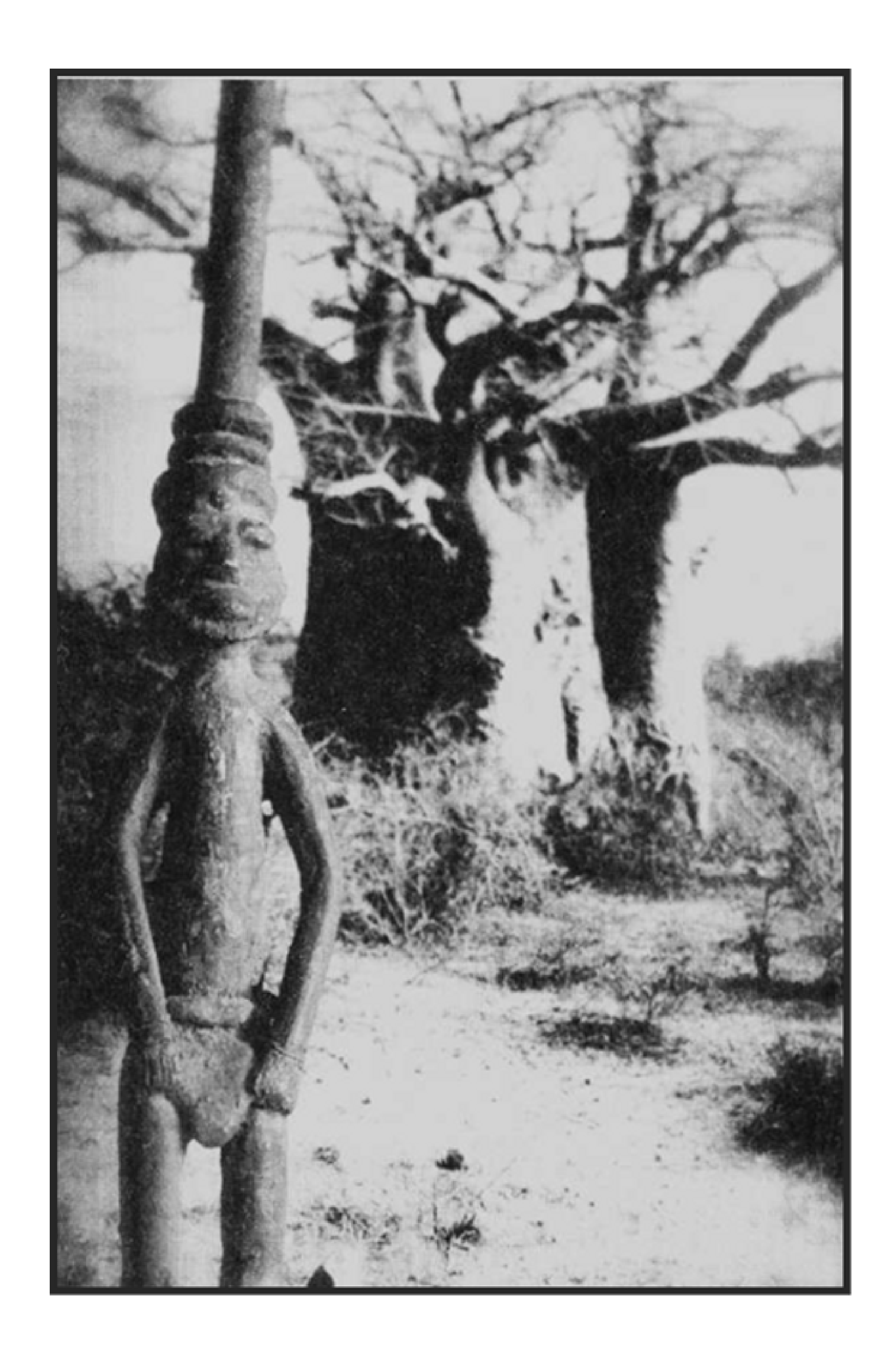
David Cantero

AGRADECIMIENTOS

Me quedé «vacío como un tambor» al terminar de escribir esta novela. Tras poner el punto final quise no volver sobre ello nunca más, no dedicarle un minuto más después de tantos años. Emprender otros proyectos, soltar su lastre y liberarme. Quería olvidar y casi lo conseguí. Cuando releo algunos pasajes ni siquiera los reconozco como míos. Ahora, que ya estoy en otras cosas, sería injusto olvidar dar las gracias aquí a algunas personas por cuanto aportaron, de una u otra manera, a la concepción y el nacimiento de este libro.

Gracias a mi padre, en el origen de todo lo que escribo, que me enseñó a amar la literatura y a ese continente extraordinario que es África. Gracias a todos mis hermanos por creer en mí, y en especial a Luis y a Daniel, por ser como son, por prestarme sus nombres, por enseñarme tanto de aviones y por sacarme a volar de vez en cuando. Gracias a mi hijo Álvaro, que siempre creyó en esta historia y que me empujó muchas veces a seguir, a concluir, a no rendirme. Gracias a Gervasio Iglesias por su complicidad creativa y su amistad; eso fue de gran ayuda. Gracias a María Oña por ser en su día parte de ella y haberla alentado con tanto cariño y firmeza. Gracias a todas las

personas que me empujan a seguir escribiendo, y a aquellas de las que me nutrí para crear algunos personajes, aunque, como se suele decir, cualquier parecido con la realidad sea siempre mera coincidencia. Gracias a Miguel y a Palmira, de Dos Passos, por su colaboración, su apoyo, su destreza y su confianza en mí, por rescatarme. Gracias a Ana y a Purificación, de Planeta, por contar conmigo, por hacer de una rara fantasía una novela, y repararla y darle brillo. Gracias a Gemma por recordarme que en los sueños nada es imposible, por darme el impulso que necesitaba cuando más lo necesitaba. Y gracias a Berta, que lleva muchos años a mi lado, amando y escribiendo conmigo, sin su convicción, su amor, su aliento y su paciencia hubiera sido imposible terminar esta tarea.



Fin